

NADINE GORDIMER

LA HIJA DE BURGER

Traducción de Iris Menéndez

Colección andanzas
Tusqueís editores

Título original: *Burger's Daughter*

1ª edición: noviembre 1986

© 1979, by Nadine Gordimer

Traducción de Iris Menéndez

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Iradier, 24 - 08017 Barcelona

ISBN: 84-7223-238-7

Depósito legal: B. 35.691-1986

Impreso en España

Yo soy el lugar en el que algo ha ocurrido
Claude Lévi-Strauss

UNO

Entre los que esperaban delante de la fortaleza había una colegiala con uniforme marrón y amarillo; llevaba un edredón verde de cuya presilla colgaba una bolsa de agua caliente de color rojo. Por allí solían pasar algunos autobuses y los pasajeros que se asomaban habrán notado la presencia de una colegiala. Fíjate, una colegiala: debe de tener a alguien dentro. De cualquier manera, ¿quién es esa gente? Incluso desde lo alto de un autobús, que avanzaba a bandazos cuando el semáforo se ponía verde, el grupo que esperaba no debía de parecerse a los visitantes habituales de la cárcel, pasivos y humildes alrededor de la cuesta del terreno de césped municipal.

La colegiala no estaba en primera fila frente a las puertas de la prisión ni tampoco muy atrás. Había varios jóvenes con suéters de cuello vuelto y *veldskoen* [en afrikaans: calzado de fieltro resistente que llega al tobillo y suele usarse para andar por el campo. (N. de la T.)] hombres con trajes de calle, llevados distraídamente a la manera de una piel exterior, un anciano con su cabeza de seda blanca echada hacia atrás, mujeres encojidas en sus pantalones y trencas, una con falda larga y chal de ganchillo, dos con elegantes trajes de tweed, joyas de oro y gafas de sol que no usaban como disfraz sino como afirmación de su indiferencia a la atención que despertaban. Todos permanecían ordenadamente delante de las puertas, más invasores que suplicantes. Todos llevaban paquetes y bolsas. Las voces de las mujeres eran claras y enérgicas ante el edificio público, el hombre de cabellera canosa apoyó los brazos en los hombros de dos jóvenes para sostener una conversación privada, una mujer alta y rubia se movía en el interior del grupo con persistente decisión. Fue ella quien tomó prestado el bastón con empuñadura de asta del anciano para golpear la puerta cuando pasaron las tres y seguían allí esperando.

Como no obtuvo respuesta se quitó una sandalia de tacón alto e insistió con ella en la otra mano. Nadie estaba de humor para reír pero se produjo una ola de movimientos y se oyeron voces aprobatorias. La colegiala empujó con el resto, volviendo la cabeza en el atrevido incentivo con que las miradas vinculaban a todos. Una portezuela con mirilla dentro de las grandes puertas dobles dejó ver unos ojos debajo de una gorra con visera. La cara de la rubia estaba tan próxima a la puerta que el carcelero retrocedió y en un instante se reafirmó, pero tal como un arma de feria de atracciones encuentra su diana, ella había ganado la partida.

—Exijo hablar con el comandante... Nos dijeron que podíamos entregar ropa para los detenidos entre las tres y las cuatro. Llevamos aquí veinticinco minutos, casi todos debemos volver a nuestros trabajos.

Se entabló una discusión. Llegó un hombre con cartera y todo el grupo le abrió paso hasta el frente; le permitieron pasar por otra puerta interior al gran portal y después, uno por uno, hombres y mujeres entregaron sus bultos a través de esa puerta salpicada de manchas oscuras que eran las figuras de los carceleros. La colegiala fue animada a adelantar cuando los demás le cedieron el paso; aquel día se encontraba entre ellos la hija de Lionel Burger, catorce años de edad, con un edredón y una bolsa de agua caliente para su madre.

Rosa Burger —de unos catorce años en aquella época, aguardando ante la cárcel con una túnica marrón encima de una camisa amarilla y un jersey marrón con rayas amarillas bordeando el escote en pico— era menuda para su edad, tenía las piernas en forma de botella (primer equipo de hockey) y la cintura diminuta. El pelo no estaba recién lavado y el cartílago de la punta de sus orejas quebraba la mata lacia y oscura, sugiriendo que las orejas eran prominentes aunque las llevaba escondidas. A partir de la raya al lado había un mechón que seguía una dirección contraria al resto y se había desteñido ligeramente debido al contacto con los productos químicos de la piscina de la escuela (segundo equipo de natación) y a la exposición al sol. De perfil era más bonita que de frente; el contorno ceroso que suele tener la gente de piel aceitunada, con la concavidad de los ojos marcada por la franja oscura y brillante de la ceja y el trazo abrupto de las pestañas, borroso en los extremos como antenas de mariposas nocturnas. Cuando la chica se volvía, aparecían muchas cosas decepcionantes: la mandíbula (mascaba una tableta de manteca de cacahuete que alguien le ofreció) pesada para un mentón pequeño, las ventanillas de la nariz que retrocedían bruscamente, las marcas de espinillas semicuradas y pellizcadas alrededor de la gran boca blanda que se abarquillaba y fruncía, vacilaba y se afirmaba cuando le dirigían la palabra y respondía, una boca idéntica a la de su padre. Pero sus ojos eran claros, de un gris descolorido, en cierto ángulo tan acuosos que la convexidad del gris parecía transparente bajo la luz de la tarde invernal. Nada semejantes a los ojos pardos de él, con la línea vertical de preocupación entre ellos, conjunto que dibujaba una mirada irresistible en las fotos de prensa. El marrón y amarillo del uniforme escolar no iba con su tez, aun teniendo en cuenta que probablemente no había dormido bien la noche anterior y que con las prisas de llegar a casa desde la escuela y de allí a la cárcel no había tenido tiempo de comer.

Rosemarie Burger, según el informe de la directora una de las alumnas más prometedoras de los años superiores pese a las desventajas —por así decirlo— de sus antecedentes familiares, la mañana siguiente a la detención de su madre fue a la escuela como cualquier otro día. Pidió permiso para ver a la directora y solicitó que le permitieran volver temprano a casa con el propósito de llevarle algunas comodidades a su madre. Su estilo realista y reservado volvió innecesario que nadie tuviera que decir nada, nada que significara condolencias... de hecho lo impidió, ahorrando así toda torpeza. Evidenciaba una «notable madurez»; esto al menos, sin ser específico, podía decirse en el informe. Sus compañeras de clase parecían ignorar lo que había ocurrido. No leían los periódicos matutinos, no escuchaban las noticias por la radio, ni tenían conciencia de la política como algo más concretamente afectivo que un pesado tema de conversación adulta, junto con el mercado de valores o los problemas ginecológicos. Después de un día o dos, en algunos casos de semanas, la reiteración del apellido de su condiscípula en relación con su madre en las pancartas de manifestantes callejeros contra la prisión preventiva, y las observaciones de sus padres señalando el parentesco —¿la hija no está en tu clase?—, hicieron que sus circunstancias fueran conocidas y aceptadas en la escuela. Le otorgaban el tipo de privilegios compasivos adecuados para las crisis de enfermedad o divorcio en un hogar, únicos riesgos que conocían las chicas. Las otras monitoras como ella se dividían entre sí su parte del patio y otras obligaciones. Su mejor amiga (a quien le había contado el arresto y detención el primer día) dijo que si quería iría a quedarse con ella en su casa, probablemente sin haber consultado a sus propios padres. Era una escuela privada para niñas blancas de lengua inglesa, que inocentemente expresaban su solidaridad de la única forma que conocían: malditos bóers, condenados holandeses, asquerosos afrikaners... ocurrírseles encerrar a tu

madre. Como si alguna vez hubiera hecho algo malo...

No se les ocurría que el apellido era, en realidad, afrikaner.

«Entre nosotros había una chica de trece o catorce años, todavía una colegiala, la hija de Lionel Burger. Era un riguroso día invernal. Llevaba mantas e incluso una bolsa de agua caliente para su madre. Habían dicho a los parientes de los detenidos en una brutal redada que podían llevar ropa, etc. a la cárcel. No estábamos autorizados a llevar libros ni comida. La pequeña Rosa Burger sabía que su madre, esa mujer valiente y cariñosa, estaba en tratamiento médico. La chica tenía los ojos secos y estaba serena; de hecho fue para todos nosotros un ejemplo de cómo debía comportarse la familia de un detenido. Ya había asumido el rol de su madre en la casa, proporcionando amoroso apoyo a su padre, al que en breve también detendrían. Aquel día él había dado prioridad a la situación de otros antes que a la suya, infatigablemente atareado desde que se habían llevado a su mujer a primeras horas de la mañana, yendo de comisaría en comisaría, tratando de enterarse dónde retenían a los miembros de familias africanas desvalidas. Pero sabía que podía contar con su hija colegiala en esa familia totalmente unida y consagrada a la lucha.»

Quando me vieron en el exterior de la cárcel, ¿qué vieron?

Nunca lo sabré. Está todo mezclado. Vi —veo— ese perfil en un espejo sostenido por la mano, orientado hacia otro espejo; sé cómo sobreviví, no desdichada, aunque no muy estimada entonces, en un tácito reconocimiento de que era superior, yo y mi familia, en esta escuela; entiendo la blanda grandilocuencia de las memorias mal escritas por los fieles; buena gente a pesar de la beatería.

Supongo que tenía conciencia de que la gente común y corriente podía bajar la vista desde un autobús y verme. Algunos con admiración, sabiendo de quiénes éramos parientes y amigos — incluso la hija de alguien, mira, una cría que todavía va a la escuela— y sabiendo por qué estábamos allí. Flora Donaldson y las demás hablaban en voz alta, al igual que haría otro tipo de mujer en un restaurante caro y, aunque en circunstancias muy distintas, por la misma razón: para demostrar confianza en sí mismas y una personalidad naturalmente dominante de un entorno, destinada a impresionar o intimidar. Extraigo esta analogía ahora, no entonces; es imposible tamizar lo que he aprendido, sentido, pensado, la presencia subjetiva de la colegiala. Es una desconocida acerca de la cual algunos datos me son conocidos, eso es todo. Éramos conscientes de nosotros mismos y de la gente que nos pertenecía al otro lado de las puertas enormes, anchas y tachonadas, de un modo que los transeúntes no comprenderían y que nosotros hacíamos valer, emitíamos... Wally Atkinson, que no tenía a nadie dentro pero había estado detenido muchas veces, fue a izar el estandarte de su cabellera blanca entre nosotros, Ivy Terblanche y su hija Gloria, tejiendo decididamente para el bebé de Gloria mientras esperaba entregar pijamas y jabón para maridos que también eran padre y yerno, Mark Liebowitz pasando el peso de su cuerpo de un pie al otro con el aire de nervioso regocijo con que encaraba las crisis, Bridget —Bridget Sulzer antes Watkins antes Brodkin, nacida O'Brien— golpeando las puertas de la cárcel con el tacón de una sandalia multicolor en la que se despellejaba el gastado cuero verde, su erótico pie de alto empeine con las uñas pintadas, descalzo a pesar del frío. Incluso las dos mujeres que según creo no conocía, las elegantemente ataviadas y que no tenían nada que ver (Aletta Gous atraía la amistad de mujeres ricas y liberales cuyos maridos, en aquellos tiempos, les permitían correr el riesgo a modo de indulgencia) se habían apartado de su medio en el extraño despertar de los perseguidos. Una de ellas había hecho que su cocinera preparara un pan especial de germen de trigo (Aletta siempre fue una fanática con la comida) y discutió despóticamente cuando el carcelero se negó a dejarlo pasar; lo recuerdo porque se lo dio a Ivy —la rara ocasión volvía posibles tales pretensiones de repentina amistad—, que cortó un trozo de corteza para que yo lo probara cuando me llevó a casa en coche.

Estaba en mi sitio, a las puertas de la cárcel; hacía varias semanas que mis padres esperaban que los detuvieran. Por supuesto, cuando ocurrió y se llevaron a mi madre, la realidad debió de ser diferente a la aceptación anticipada; es imposible dominar todos los temores y las pérdidas con antelación. Siempre hay fuentes de desolación que no se toman en consideración porque nadie sabe cuáles serán. Yo sabía que mi madre, adentro, sabría, cuando recibiera las cosas que le llevaba, que yo había estado afuera; estábamos conectadas. Flora pretendió abrazarme para protegerme del frío, pero yo no necesitaba para nada su exaltación emocional. Dijo algo sobre «las chicas» que estaban dentro, y mi madre era una de ellas. Flora era una adulta que me hacía sentir mayor que ella.

Yo conocía a casi toda la gente que me rodeaba y no necesitaba mirarlos para verlos tal como los conocía: igual que el camino a casa, con la aparición de una señal en cierta curva. Lo que veo es aquella puerta: la enorme puerta verde debajo de la arcada de piedra, con un bulto en forma de cuello de ganso apuntado hacia abajo, semejante a una gárgola. La minúscula ventanilla por donde aparecerán los ojos del carcelero podría ser una puerta para gatos si fuera más baja. Hay tachones de hierro con martillazos que labran facetas bajo la luz clara, como un anillo torneado. Veo estas cosas una y otra vez mientras espero. Pero la verdadera conciencia está centrada en la parte inferior de mi pelvis, en el dolor plomizo, interminable, oprimente. ¿Puede alguien describir la peculiar

concentración feroz de las fuerzas corporales en la menstruación de la temprana pubertad? La sangría comenzó inmediatamente después de que mi padre me hizo volver a la cama una vez que se llevaron a mi madre. Ningún dolor; sólo la humedad que comprobé con el dedo y que verifiqué encendiendo la luz: sí, sangre. Pero a las puertas de la prisión el panorama interno de mi cuerpo misterioso me vuelve del revés, siendo que en aquel lugar público, en aquella ocasión pública (todos los arrestos de la redada al amanecer habían aparecido en los periódicos, pusieron a la venta una edición especial, con los nombres de los que se sabía habían sido detenidos, incluido el de mi madre), estoy en esa crisis mensual de destrucción, la purga, el desgarramiento, el drenaje de mi propio organismo. Yo soy minuterero y hace un año no sabía —físicamente— que lo tenía.

Mientras me veo alternativamente sumergida por debajo y arrojada por encima del umbral del dolor, soy consciente del lazo de goma moldeada del que cuelga la bolsa de agua caliente de mi dedo, y del edredón que aprieto contra mi vientre, mi viejo edredón de tafetán verde que la abuela Burger me regaló cuando yo no tenía edad suficiente para recordarla; mi padre pensó que el de la cama de matrimonio de mi madre era demasiado grande y hermoso para permitir que se estropeará en la cárcel. La bolsa de agua caliente es idea mía. Mi madre jamás usó ninguna bolsa; así —mientras preparaba el artilugio la imaginé descubriéndolo al instante— comprendería que debía existir una razón muy especial para que se la enviaran. Entre la arandela de goma negra y la base del tapón de rosca he deslizado un trozo de papel delgado. Cuando llegó el momento de escribir el mensaje noté que no sabía cómo dirigirme a ella excepto como lo hacía en las cartas que le escribía cuando pasaba las vacaciones afuera. «Querida mamá, espero que estés bien.» Este tono inocentemente inoportuno se convertiría en un vehículo perfecto para la cuestión importante que yo necesitaba transmitirle. «Papá y yo estamos muy bien y nos ocupamos de todo. Recuerdos de los dos.» Ella sabría de inmediato que le estaba diciendo que no se habían llevado a mi padre desde su arresto.

Mi versión y la de ellos. Y si la de ellos se estuviera escribiendo, ambas parecerían igualmente confusas al ser leídas. Y si yo estuviera realmente contando, en lugar de estar hablándote mentalmente tal como descubro que hago... Uno nunca habla para sí mismo. Siempre se dirige a alguien. De pronto, sin conocer el motivo, en diferentes etapas de la vida, uno se dirige todo el tiempo a tal o cual persona, hasta los sueños se representan delante de un público. Lo comprendo. Es sabido que la gente que se suicida —el acto más solitario— se dirige a alguien. Pero en mi caso nunca había ocurrido antes. Ni siquiera ocurrió cuando creía estar enamorada... y nunca podemos haber estado enamorados.

Si tú supieras que te estaba hablando a ti yo no sería capaz de hablar.

Pero ya sabes eso acerca de mí.

Después de la muerte de su padre, alguien que no había tenido ninguna incidencia en su vida, alguien que permaneció ajeno, periférico, uno de los pegotes atraídos por la curiosidad que una o dos veces habían pasado por allí, apareció a su lado. Años atrás, cuando era universitaria y su padre todavía no había sido sometido a juicio, ni condenado ni encarcelado, el joven había ido a la casa un domingo, a nadar. Eso dijo. Ella debió de haberlo invitado; los domingos iba mucha gente, era una tradición. Iban cuando ella y su hermano eran pequeños, iban cuando su madre estuvo detenida, iban cuando su madre agonizaba a causa de una esclerosis en capas, iban cuando su padre estaba en libertad bajo fianza durante el juicio. Nada que la policía secreta pudiera hacer otra cosa que interrumpir. La vida continuaba; Lionel Burger, con su bañador, asando bistecs y *boerewors* para sus camaradas y amigos, era prueba de ello.

El invitado era un joven que se llamaba Conrad. Una espalda pálida y marcada por el acné bajo el sol, estorbando el camino pero en ningún momento estirando una mano bromista para coger las

piernas blancas y negras de los niños que corrían alrededor del borde de la piscina. Tenía el mentón apoyado en los antebrazos, en los que de vez en cuando apretaba la frente. No pertenecía al tipo de los que buscan comprometerse. Había habido, había algunos, y eran rápidamente reconocidos. A veces se aprovechaba su potencial. Ni siquiera era un espía pagado que se las daba de buscar un compromiso, arquetipo que también había llegado a ser reconocible. Lionel Burger no restringiría la normal sociabilidad estudiantil de su hija en función de sus temores a que uno de ellos pudiera usarla. Pero aquel chico no interesaba a nadie; que mirara todo lo que quisiera si el espectáculo le atraía: revolucionarios jugando, una visión semejante a la del apareamiento secreto de las ballenas. Recibió sus *boerewors*, calientes y aromáticos, de manos del propio Lionel Burger, como todos los demás. Rosa era bastante mona mientras crecía; muchos chicos la seguían, ignorantes de que no era para ellos.

Una o dos veces durante el juicio había notado la presencia de ese Conrad en la galería de visitantes del tribunal. Ella se movía, inevitablemente, en la falange de los familiares, algunos de cuyos amigos habían desaparecido, arrestados y compareciendo en otros juicios, en el transcurso del de su padre. Un día que salió a telefonar desde la cafetería griega cercana, lo encontró en la calle mientras regresaba al tribunal. La invitó a tomar un café exprés y ella rió, conocedora de los bares de los alrededores del tribunal, siempre apartada de su generación en experiencias de ese tipo: ¿dónde creería que podría encontrar un café exprés en las inmediaciones?

—Se puede, eso es todo.

La llevó una manzana más allá, giró en una esquina y entró en una galería comercial. Ella pensó que debía de haberla seguido al salir del tribunal. Un camarero negro provisto de pantalón a rayas, chaleco negro y elegante sombrero de paja, les llevó un auténtico exprés a una pequeña mesa de hierro. Ella hizo una mueca graciosa a espaldas del camarero, sonrió, amistosa y encantadora, una chica cualquiera elegida por un hombre.

—¿Qué te parece eso? ¡En Pretoria! —empujó hacia ella un cenicero en el que estaban estampadas las palabras EL BARBERO CANTOR.

—¿Qué crees que siente por tu padre?

—¿Mi padre?

Su galán rompió una cerilla entre sus dientes y agitó la V en dirección al tribunal.

Ah, comprendió: los negros, ¿saben, están agradecidos a los blancos que ponen en peligro su propia vida por ellos? Entonces ésa era la trayectoria que seguía la mente del muchacho; habían otros que se acercaban a ella, sudorosos y arremetiendo con gran intensidad, Miss Burger usted no me conoce pero quiero decirle, el gobierno lo llama comunista pero su padre es un hombre de Dios, el sacrosanto espíritu de nuestro Señor reside en él, por eso lo persiguen. También estaban las cartas que de vez en cuando habían llegado a la casa durante toda su vida; en cuanto tuvo edad suficiente —su madre supo cuándo llegó el momento: ¿cómo lo supo?— su madre le mostró una. Decía que su padre era un demonio y una bestia que quería robar y matar, destruyendo la civilización cristiana. Entonces sintió una extraña turbación, miró a su madre a la cara para saber si debía reír, pero la expresión de su madre era otra; percibió en ella cierta confianza, algo que estaba más allá de la risa. Era un sábado por la mañana y cuando su padre volvió a casa después de las visitas tempranas a sus pacientes del hospital, les dio a ella y a Baasie la lección semanal de natación. En ese momento, con la carta ante sus ojos, «su padre» llegó a ella como una mano ahuecada debajo de su barbilla, una mano que mantenía su cabeza por encima del agua mientras agitaba los brazos y las piernas. Baasie todavía tenía miedo. Su delgado cuerpo oscuro, con los dedos de los pies más pálidos rígidamente vueltos hacia arriba, se volvía más negro con el frío y se aferraba contra el pecho carnoso de su padre, cuya respiración cálida, incluso en el agua, ella sentía viendo cómo se aferraba Baasie.

En la cafetería seguía sonriendo. Daba la impresión de saborear el terrón de azúcar que sostenía, empapándolo en café caliente antes de dejarlo caer en la taza.

—Deja en paz al pobre camarero.

—No, pero... siento curiosidad.

Ella asintió en espasmódico, amable e improvisado rechazo, como si fuera la respuesta a la pregunta inútil que no le hizo: ¿Qué te trae a este proceso? Una chica en su situación no tenía mucho que decir a un desconocido y para cualquier persona ajena a las que debían ser sus preocupaciones más intensas tenía que ser difícil —respetar, torpemente— empezar a hablar con ella. Un importante testigo público sería llamado a declarar en las preguntas antes de que se levantara la audiencia de ese día; ella sabía que debía terminar el café y marcharse, él sabía que ella debía hacerlo, pero permanecieron sentados un minuto en una conciencia mutua puramente física. La mano rubia cobriza de él entre sus muslos cruzados, con la ridícula manilla de plata gruesa siguiendo el contorno de la protuberancia en la muñeca, la depresión de la axila de ella bajo el vestido sin mangas, brillante de humedad al empujar la minúscula taza... la conivencia entre dos jóvenes cuando éstos no parecen tener razones ni deseos de rezagarse.

La mayoría de sus encuentros fueron igualmente intrascendentes. El iba al juicio pero no siempre la buscaba... suponiendo que ella tuviera razón al imaginar que una vez lo había hecho. En ocasiones se integraba al inconexo grupo de los abogados y de ella, que comían sandwiches o pasteles grises en la cafetería griega, durante el aplazamiento del mediodía; se suponía que era ella quien lo llevaba, ella pensaba que otro lo hacía. El no le telefoneó al trabajo pero se encontraron una vez en la biblioteca pública y comieron juntos en una pizzería. Ella creía que era un profesor de la universidad o algo parecido, pero él le dijo, ahora que (sin curiosidad) se lo preguntaba, que estaba haciendo la tesis en literatura italiana, y que los miércoles y los fines de semana trabajaba como empleado de un corredor de apuestas en el hipódromo. Había comenzado la tesis mientras estudiaba en Perugia, pero la había abandonado cuando pasó alrededor de un año en Francia, Dinamarca e Inglaterra. Fue muy poco preciso en cuanto a qué había hecho y cómo había vivido. En el sur de Francia, en un yate; algo así como un sirviente y un animalito doméstico, aparentemente...

No se sintió ofendido por el gracioso disgusto que ella evidenció.

—La gran vida durante unos meses. Hasta que te hartas de la gente para la que trabajas. No había un solo sitio donde leer en paz.

Para la tarea que hacía no necesitaba permiso de trabajo de extranjero, y conocía todas las formas de vida que encajaban en esta misma categoría. En Londres ocupó ilegalmente un palacete de Knightsbridge. Con el dinero que había obtenido por introducir un coche británico libre de impuestos, después de haberlo usado durante un año en el extranjero, por acuerdo con un hombre que lo había comprado a su nombre, había acondicionado una puñetera casita de campo en Johannesburgo.

—Si alguna vez necesitas un sitio donde estar... yo suelo pasar fuera semanas enteras. Tengo amigos con una granja en Swazilandia. Un lugar maravilloso, bosque desde la casa hasta el río, vives en una especie de ocaso de verdes... pacanas, ya sabes —una inspiración indiferente—. ¿Por qué no vienes este fin de semana?

A él no se le había pasado por la imaginación:

—No tengo pasaporte.

El no produjo ruidos compasivos ni indignados. Meditó en ello como en cualquier cuestión práctica.

—¿Ni siquiera para dar una vuelta por allí?

—No.

La observó en silencio, confrontado con ella, considerándola como un tercero, un problema planteado para los dos.

—Ven a mi casa.

—Sí, iré, me gustaría verla. Tu enorme Jacaranda.

—Bauhinia.

—Bauhinia, entonces.

—Quiero decir ahora mismo.

—Esta tarde tengo que ir a Pretoria después del trabajo —pero al menos era una respuesta seria,

una cuestión práctica que podía solucionarse.

—Hay un aplazamiento hasta el lunes, ¿verdad?

—Sí, pero he conseguido permiso para visitarlo hoy.

—Al volver te queda prácticamente de paso.

La mansión y el jardín de principios de siglo a los que pertenecía la cabaña habían sido expropiados para hacer una autopista gratuita que se retrasaba debido a las objeciones de los contribuyentes; entretanto la cabaña había quedado sin posesión oficial en un domicilio que ya no existía.

El techo acanalado de hierro galvanizado estaba pintado de azul, lo mismo que la baranda de madera de la galería. Desde una pista de tenis abandonada, brillante de resplandecientes hierbas, un pájaro plañidero presagiaba lluvias. La bauhinia que se elevaba desde matorrales y palmas ornamentales se había convertido en una jungla enredada en verdes; las dos habitaciones estaban hundidas en ella como si de una piscina oculta se tratara. Era tan segura y acogedora como una casa de muñecas, y sexualmente excitante como un escondite de amantes. Estaba en medio de la nada.

Ella llegó del sol y el tráfico de la autopista directamente desde la prisión y él se levantó de un mueble sombrío sin fingir no haber estado tumbado, probablemente toda la tarde, y la mantuvo en el vano de la puerta, frotándose contra ella. Lo directo de la caricia era sencillamente la acción, en circunstancias mejores y más apropiadas, de lo que había ocurrido en la cafetería. El deseo puede ser muy reconfortante. Tendida con el vulnerable olor metálico del pelo de un extraño cerca de su respiración, vio moscas balanceando un móvil debajo de un farolillo de papel arrugado, el diseño floreado del interior de los cuadrados contados en un techo emplomado recargado de sombras proyectadas desde el jardín, el reloj de él en la mano que tenía apoyada en ella, mostrándolo ahora... exactamente una hora y veinte minutos desde que había estado en el banco del lado de los visitantes ante la mirilla enrejada que fragmentaba el rostro de su padre al tiempo que la charla entre otros prisioneros y sus visitantes rompía la secuencia de lo que él intentaba decirle.

—Es una suerte encontrar un lugar como éste. Es lo que todos buscan.

—Fácil. El único problema consiste en convencer al rico propietario o propietaria. Tendrían a un negro si les permitiesen tener negros con vivienda, porque son controlables, tienen que hacerte caso. Pero un blanco capaz de vivir en una choza como ésta sin duda será joven y no tendrá dinero. Tienen miedo de que pases drogas o seas políticamente subversivo, que crees conflictos. Cuando dije que trabajaba en el hipódromo todo se arregló, es la clase de vida honrada que comprenden; aunque para ellos no sea socialmente aceptable al menos forma parte del servicio a sus placeres. Mantienes la boca cerrada con respecto a la universidad pues no confían para nada en los estudiantes. Y no los culpo. Sea como fuere, a mí me va. Si logro terminar la maldita tesis y hacer mis cien o ciento cincuenta semanales entre los parásitos y timadores del hipódromo, me largaré a México.

—¡México! ¿Por qué México?

El se levantó, se desperezó en toda su desnudez, bostezó de modo tal que su pene se meneó y el bostezo se convirtió en una sonrisa de gato. Apoyó la palma de la mano en unos libros que estaban sobre una bandeja de cobre con un soporte desvencijado.

—No existen las buenas razones para la gente que tiene que tener buenas razones. Cuando leo poemas y novelas que me gustan quiero ir a vivir al país que conoce el autor. Quiero decir que deseo conocer lo que él conoce...

—Préstame algo.

Ella probó a decir los nombres que figuraban en los libros que le dio.

—Octavio Paz. Carlos Fuentes.

El le corrigió la pronunciación.

—¿Has aprendido castellano?

El se acercó y le tocó un pecho como quien ajusta el ángulo de un cuadro.

—Hay una chica que me da lecciones.

Ella ni se habría enterado si él hubiera dejado de estar por allí.

Si hubiera desaparecido en cualquier momento durante los siete meses del proceso de su padre habría supuesto, sencillamente, que se había largado a México o a cualquier otro sitio. De hecho, una vez que con el mentón en las manos al otro lado de la mesa, entre amigos y curiosos —en el descanso para el té mientras un observador del Consejo Internacional de Juristas comentaba algunos aspectos de las audiencias de la mañana— levantó la vista para mirarla desde abajo de las cejas y levantó una mano a modo de saludo, ella sólo reconoció el gesto de alguien que ha estado lejos y avisa que ha vuelto. Fue con ella en el coche hasta Johannesburgo. Era una de esas personas que habitualmente aguarda a que el otro empiece a hablar. Las declaraciones de los testigos de la defensa, por la tarde, habían ido mal; no había nada que decir, *nada*. En presencia de otro en el coche, ella sólo tenía conciencia de los actos que suelen realizarse automáticamente, el juego de los tendones en el dorso de su mano cuando cambiaba de velocidad, la curva de sus codos en el volante y su mirada entre el retrovisor y el camino.

—¿Cómo fue?

—¿Qué fue? —con un matiz de desafío ante tanta preocupación.

La voz de ella se debilitó a causa de la turbación.

—Has estado... ¿dónde? ¿Ciudad del Cabo?

—Siempre eres así de cortés, ¿no? Lo mismo que tu padre. Nunca se crispa. Le arroje lo que le arroje ese rastrero fiscal cargado de histrionismo. Nunca pierde la calma.

Ella sonrió en dirección al camino.

—Debes de haber sido muy bien educada. Nada de insultos ni portazos en casa de los Burger. Todos maravillosamente comedidos.

—Lionel es así. Ofendido, sí. Lo he visto ofendido. Pero no pierde la paciencia. Es capaz de estar enfadado sin salirse de quicio... Nunca, no recuerdo haberlo visto así una sola vez cuando era pequeña... No es aceptación, él es por naturaleza comprensivo a su manera.

—Maravillosamente comedido.

Ella sonrió y se encogió de hombros.

—La vieja de esta tarde, ¿era una amiga?

—Algo así.

—Algo así. Pobrecita. Temblorosa y lloriqueante y bajando la vista de reojo todo el tiempo para no encontrar la mirada de él.

No sólo la mirada, ni siquiera podía darse el lujo de fijar los ojos en la punta de sus zapatos. Se notaba. Y diciendo todo lo que consiguieron sacarle, ensuciándose ella misma... Delante de él. Observé al acusado Número Uno. Se limitaba a mirarla, escuchando como cualquiera. No estaba indignado.

—Ella estuvo detenida casi un año —la conductora debió de sentir que su acompañante la estudiaba—. Está rota.

—Pues hoy resultó desastrosa para tu padre. ¿Qué es eso? ¿Compasión cristianoide?

—El sabe las que ha pasado. Eso es todo.

La conciencia que tenía ella de la forma de su propio perfil imposibilitó que él agregara: ¿Y tú?

Para ponerlo cómodo le dedicó una semisonrisa, una semimueca.

—No «muy bien educada», sólo acostumbrada a las cosas.

El día que su padre fue condenado él debía de estar allí, la cara pálida y angosta como la de un mandarín chino, con el bigote caído, ostentosamente mal vestido con el propósito de inquietar a los imperturbables policías jóvenes que crujían dentro de sus atuendos abrochados y abotonados. Ella no recordaba haberlo visto aunque era cierto que se había acostado con él una o dos veces. Los sentimientos familiares dominaban cualquier otra consideración, como ocurre en una boda o un funeral; una tía —una de las hermanas de su padre— y un tío, primos por parte de madre que acudieron a su lado pese a que nunca habían tenido nada que ver con las ideas políticas de su padre. Como en un oficio religioso, la familia ocupó la primera fila en el tribunal. La tía y las primas

llevaban sombrero; ella tenía en el bolsillo el pañuelo de cachemira azul, lila y rojo, que sólo se ponía cuando el tribunal se levantaba al entrar el juez, cada uno de los doscientos diecisiete días que duró el proceso de su padre. A su alrededor, por todas partes excepto en el techo alto donde permanecían inmóviles las hélices de los ventiladores, había rostros. El estrado estaba bordeado de cuerpos, cuerpos móviles y encrespados en los bancos a espaldas de ella, alzados muslo contra muslo, las paredes acolchadas con policías de pie.

El, su padre, fue conducido desde las celdas de abajo hasta el estrado, un actor, un salvador, un boxeador profesional entrando en el reino de las expectativas que lo aguardan. El era, por supuesto, más corriente y mortal de lo que había anticipado su imagen de aquel día; un penacho de pelos se erguía desde su coronilla pulcramente cepillada y la mano de ella subió hasta su propia cabeza para alisarlo por él. Vio que veía primero a su hermana, luego a los primos; le sonrió haciéndole saber que había notado la presencia de los familiares y luego amplió la sonrisa, se la dedicó por entero. Lionel Burger, su padre, recitó sus señas desde el banquillo de los acusados. Sabía lo que diría porque los abogados habían trabajado con él los materiales y ella misma había ido a la biblioteca para verificar unas citas que necesitaba. Le oyó decir en voz alta lo que había leído de su puño y letra en las notas que había escrito en su celda. Nadie pudo interrumpirlo. La voz de su padre, Lionel Burger, estaba siendo oída en público por vez primera en siete años y por última vez, atestiguando de una vez por todas. Habló durante una hora. «...Como estudiante de medicina atormentado no por los sufrimientos que veía a mi alrededor en los hospitales, sino por el sojuzgamiento y la humillación de seres humanos en la vida cotidiana, que había visto a mi alrededor toda la vida... sojuzgamiento y humillación de gente viva en los que, con mi silencio y mi inactividad política participé, con tan poca opinión o voluntad por parte de las víctimas como las que había en los cadáveres negros, siempre abundantes, en los que aprendía la intrincada maravilla del cuerpo humano... Siendo estudiante universitario descubrí por fin la solución a la espantosa contradicción que conocía desde que iba a la escuela y se esperaba que no tuviera en la cabeza nada más conflictivo que mi situación en el equipo de rugby. Me refiero a la contradicción de mi pueblo —el pueblo afrikaner— y del pueblo blanco en general de nuestro país, que idolatra al Dios de la Justicia y practica la discriminación en virtud del color de la piel; profesa la compasión del Hijo del Hombre y niega la humanidad de los negros entre los que vive. La contradicción que escinde los fundamentos de mi vida, que me imposibilitaba verme a mí mismo como un hombre entre los hombres, con todo lo que implica de conciencia y responsabilidad... en el marxismo descubrí que se analizaba de otra manera: como fuerzas en conflicto a través de las leyes económicas. Vi a los marxistas blancos trabajar codo a codo con los negros en una igualdad que significaba aceptar las tareas más despreciables —tareas que significaban pérdidas de ingresos y de prestigio social, riesgo de arresto y encarcelamiento— además de compartir el desarrollo político y su dirección. He visto a blancos dispuestos a trabajar a las órdenes de negros. Allí había una solución posible a la injusticia, que debía buscarse fuera de la terrible falibilidad de cualquier moral que yo conociera. Porque como ha dicho un gran líder africano que no era comunista: "Las faltas morales de los blancos en este país sólo pueden juzgarse en la medida en que han condenado a la mayoría de su población a la servidumbre y la inferioridad".

»...La solución marxista se basa en la eliminación de la contradicción entre la forma de control social y la economía: mis antepasados bóers que emigraron para fundar sus repúblicas agrarias, sometiendo a los pueblos indígenas de sociedades tribales mediante la fuerza del mosquete contra la azagaya, ahora resistían a su vez las fuerzas económicas que volvían obsoleta su forma feudal de control social. Este hombre blanco había construido una sociedad que intentaba contener y justificar las contradicciones de los medios de producción capitalista y las formas sociales feudales. La devastación resultante, yo, un joven blanco privilegiado, la tuve ante mis ojos desde el nacimiento. Hombres, mujeres y niños negros viviendo en la desdicha de la inseguridad, la pobreza y la degradación en las granjas donde crecí, y en los "satánicos talleres" de la industria que pagaban barata su fuerza de trabajo y a causa de su color los descalificaban para organizarse o para participar

en los sucesivos gobiernos que decretaban su sino como eternos inferiores, cuando no esclavos... Un cambio del control social compatible con un cambio en los métodos de producción —algo conocido en el lenguaje marxista como «revolución»—, en ello vi la respuesta al racismo que entonces estaba destruyendo nuestro país y — ¡creédme! ¡creédme!— que ahora lo destruye más certera y sistemáticamente. No podía volver la cara a esta tragedia. Tampoco puedo ahora. Empecé entonces la persecución del fin del racismo y la injusticia, labor que he proseguido y proseguiré mientras viva. Digo, con Lutero: "Aquí estoy". *Ich kann nicht anders.*»

Una hora y media. Nadie se atrevió a interrumpirle.

«...Estoy en este tribunal acusado de actos intencionados para derrotar al estado y establecer una dictadura del proletariado en este país. Pero la meta que nos hemos fijado los comunistas blancos y negros que trabajamos armoniosamente con otros que no comparten nuestra filosofía política es la liberación nacional del pueblo africano, y la consecuente abolición de la discriminación y la ampliación de los derechos políticos a todos los pueblos de este país... Ese ha sido nuestro único objetivo... Más allá... hay cuestiones que esclarecerá el futuro.

«...Durante casi treinta años el partido comunista estuvo aliado como organización legal con la lucha africana por los derechos de los negros y la extensión del derecho de voto a la mayoría negra. Cuando declararon ilegal el partido comunista, que volvió a unirse más adelante como organización clandestina a la que yo pertenecía, continué durante más de una década participando en la lucha por el progreso negro a través de medios pacíficos y no violentos... Al final de ese largo, larguísimo recorrido, cuando el gran movimiento de masas del Congreso Nacional Africano y otros movimientos fueron proscritos, finalmente los oídos del gobierno se cerraron a las peticiones y demandas... ¿qué adelantos se habían conseguido? ¿Qué derechos legales se habían reconocido según las "pautas de la civilización occidental" que nuestros gobiernos blancos se han declarado depositarios de conservar y perpetuar? ¿Dónde encontró ese esfuerzo, esa paciencia que supera la resistencia normal, dónde encontró alguna señal de razonable reconocimiento de aspiraciones razonables? ...Y todavía hoy, los negros sometidos como yo a juicio en este tribunal deben preguntarse: ¿por qué ningún negro ha tenido nunca el derecho a defenderse, delante de un acusador negro, de un juez negro, de leyes en cuya redacción y promulgación su propia gente, los negros, hayan tenido algo que decir?»

Ni siquiera la agazapada y severa pantomima de dama con peluca gris rizada en el estrado: nadie se atrevió a silenciarlo. Ni los policías que lo habían llevado, ni los hombres con traje de paisano tan familiares como los comerciantes que iban a la casa desde que era niña.

«Esta es mi respuesta al interrogante que ha planteado este tribunal, y que mis conciudadanos se estarían preguntando: cómo puedo yo, un médico, un hombre que ha jurado salvar vidas, aprobar el riesgo siquiera accidental de la vida humana contenido en el sabotaje de objetivos selectos y simbólicos no destinados a hacer daño —la táctica que los proscritos líderes del Congreso transformaron en la creación de *Umkhonto we Sizwe*, la Lanza de la Nación—, nacidos después de trescientos años de represión por las armas y las leyes blancas, después de medio siglo de indiferencia blanca a las legítimas y razonablemente formuladas aspiraciones de los negros... último recurso salvo el derramamiento de sangre al que un pueblo desesperado se volvió como medio para llamar la atención después de que todo lo demás fue pasado por alto...»

Una hora y cuarenta y siete minutos.

«Mi pacto es con las víctimas del apartheid. La situación en que me encuentro no modifica nada... siempre habrá quienes no puedan vivir consigo mismo a expensas de la plenitud de vida de otros. Ellos saben que la "historia mundial sería fácil de escribir si la lucha sólo se entendiera en condiciones de oportunidades infaliblemente favorables".

«...Este tribunal me ha considerado culpable de todos los cargos. Si alguna vez he estado seguro de algo en mi vida, es de que he actuado de acuerdo con mi conciencia en todos los cargos. Sólo sería culpable si fuera inocente de trabajar para destruir el racismo en el país.»

Lo escucharon: las palabras del condenado, el juicio final sobre aquellos que lo habían

condenado, el juez escrupuloso y doctamente imparcial dentro de las leyes de los blancos, la policía secreta y la policía uniformada que las hacían cumplir, los blancos, su propia gente, que hacían las leyes. La sentencia fue la que su padre preveía; la que ella y los abogados y todos los que la rodearon durante el juicio preveían. Los periódicos dieron cuenta de «un jadeo en el tribunal» cuando el juez pronunció el fallo de cadena perpetua, prisión de por vida. Ella no percibió ningún jadeo. Hubo una fracción de segundo en que todo se detuvo; ninguna respiración, ningún latido cardíaco, ninguna saliva, ninguna circulación sanguínea con excepción de la de su padre. Todo se alejó precipitadamente de él, retrocedió, se eclipsó. Sólo él, con su cuerpo bajo de enorme cabeza y su pulcro traje gris, emitía el calor de la vida. Los mantuvo a todos acorralados, pegados, poseídos. Luego bajó los ojos; ella notó claramente que sus párpados caían en un gesto casi genuino de tímido reconocimiento.

Fijó la vista al frente por miedo a que alguien le hablara o la tocara.

En el fondo del tribunal, donde estaban apretujados los negros, de pie, para que cuando los blancos sentados levantaran la vista sobresalieran, se dispararon los gritos: *Amandhlal*

Y el estallido de respuesta: *Awethu!*

Amandhlal Awethul Amandhlal Awethu!

Cayeron sobre su padre: flores, laureles, abrazos. El sonrió, resplandeciente, y levantó su blanco puño hacia ellos.

Todo concluyó. Una espalda delgada bajó a las celdas entre muchos policías. Todo había terminado. Los grupos se separaron, los abogados, policías y empleados cambiaron de sitio. La cara regordeta y desesperadamente serena del abogado de su padre, prematuramente envejecida por un rictus de tensión alrededor de su boca sonrosada y bondadosa, la buscó con la mirada y ella se apresuró a llegar hasta él. La besó y por un instante ella se hundió en el cojín de esa mejilla, oliendo el aroma de algo que él se ponía cuando se afeitaba. La voz británica de un extranjero que pasó a su lado le dijo al oído:

—Aquí de por vida significa de por vida.

Conozco las horas que siguen. Después de que se han llevado a alguien.

Después de que mi hermano se ahogara. Después de los arrestos. Después de que murió mi madre a las cinco y diez de la tarde en el hospital y cuando volvimos a casa el aspersorio funcionaba en el jardín y el bebé de la lavandera intentaba sostener el vaporizador con las manos.

Pienso que mientras mi madre estaba viva y mi hermano era un bebé, mis padres organizaron sus actividades de manera que siempre estuviera disponible uno de los dos, siempre, uno de ellos siempre tenía probabilidades de quedarse para llevar la casa si arrestaban al otro. Por supuesto, también especulaban con que la Rama Especial prefería dejar a uno de ellos aparentemente libre, con la esperanza de ser conducidos hasta otros que trabajaban en la clandestinidad. Nadie me lo dijo, nadie hablaba de eso en casa... pero yo lo sabía, como los niños saben cosas que sus padres hablan en la cama por la noche. Cuando mi hermano y mi madre ya no estaban, estaba yo. Si arrestaban a mi padre, siempre estaría yo.

Después están los juguetes, los armarios llenos de ropa, las cuentas, y las circulares de personas que ignoran que su destinatario no las recibirá. Aunque no hay documentos ni cartas porque la gente como mis padres no puede conservar nada donde figure un nombre o conexiones, hay cajas (una vieja caja redonda, de piel, con un broche en forma de hebilla, que según me han dicho la gente — tal vez el abuelo de Lionel— usaba para guardar los cuellos duros) que contienen cosas rotas y que no sabes por qué se han conservado. El mobiliario de las habitaciones está acomodado de acuerdo con una lógica de movimientos, de corrientes vitales que ya no están.

Theo quería llevarme a su casa pero le dije que prefería volver primero a la mía e ir más tarde con los Santorini.

—A comer con nosotros.

—Sí, cenaré con vosotros.

—Abriremos una botella de Dáo.

Dáo era el vino predilecto de mi padre.

Theo podía decirme algo así. No era únicamente el abogado de mi padre, ni siquiera era únicamente un amigo. Cuando un colega hostil lo había acusado —los abogados que el gobierno etiqueta de comunistas son expulsados del colegio— de tener un interés más que profesional en el caso Burger, había adelantado sus finos labios rosados y respondió: «Digamos que tengo puesto en ello el corazón».

Sabía que tendría que resistir una escena con Lily y su marido Jamison y cualquiera de sus amigos que solían reunirse en la casa. Fue ella quien dio a la prensa las fotografías de bebé de Tony cuando éste se ahogó. Fue ella quien se puso de luto de la cabeza a los pies, con el único alivio del salmón de las palmas de sus manos y del blanco de sus ojos, cuando murió mi madre. Hizo por nosotros todo lo que los blancos le habían enseñado que se debía hacer. Yo sabía que le impresionaría que no volviera a casa sustentada por el tío, la tía y los primos que —con la lealtad consanguínea que era su forma de coraje o bondad— habían ido a escuchar la sentencia. Yo quería llevar a Lily arriba, a mi dormitorio, para que nos sentáramos en mi cama y pudiera rodearla con mis brazos y dejarla llorar, pero ella estaba formalmente sentada entre las *chaises-longues* levantadas y el equipo de la piscina, en el porche contiguo al estudio de mi padre, con Jamison y los sirvientes de los alrededores que eran sus amigos íntimos, esperándome. Le había dicho en varias ocasiones que debía esperar que esta vez estaría en la cárcel durante largo tiempo. Había intentado prepararla. Pero ella estaba allí sentada como en una de sus reuniones de fieles para rezar, aguardando la buena nueva, la misericordia del Señor. Había una bandeja con una jarra de zumo de naranja y un vaso —para mí— en la mesa oxidada con el agujero donde se encajaba la sombrilla. Todos se levantaron de las chirriantes sillas de hierro forjado cuyos cojines ella misma había guardado, y al verme llegar —como había llegado día tras día mientras duró el proceso— comprendió que no había buenas nuevas ni misericordia del Señor y su obstinación la abandonó. Dijo, con un beligerante sentido práctico:

—¿Qué le han hecho?

Luego gimió y balanceó la cabeza y echó con fiereza a los demás. Parecieron a punto de empezar sus aullidos penetrantes y vibrantes, pero con alguno de sus sentidos me observaba y formulamos el convenio tácito de que no caería al suelo presa de la histeria. Le acaricié la cabeza que al tacto era un colchón cubierto de bultos, su elástico pelo africano dividido en pequeñísimas trenzas debajo del *doek* [pañuelo que suelen usar las mujeres negras, en general de colores, confeccionados por ellas mismas. (*N. de la T.*)] (con frecuencia la había visto hacerlas, de niña). Me acunó.

—Dios estará con él en ese lugar. Todo el tiempo, todo el tiempo. Hasta que vuelva a casa.

Así intercedía por nosotros, también, mediando en nuestro rechazo de la fe hacia una forma aceptable para los blancos ricos que pasan por alto, simplemente, las visitas a la iglesia. No sé qué respondí; nosotros también teníamos nuestra forma de enmendar sin ofender.

—Piensa en él, Lily. Piensa en él a menudo y no se sentirá solo —o algo parecido.

Abrazadas, las dos solas, fuimos lentamente hasta la gran cocina donde ella había preparado tantas comidas para mi padre, para su familia. El despertador que se llevaba a su cuarto todas las noches estaba en el alféizar de la ventana de encima de la pila, marcando los segundos del fin del primer día... *de por vida significa de por vida*. Por último, me dijo que se habían terminado los huevos y que no había pan para el desayuno de mañana. Volví a salir aquel día; fui en el coche hasta la verdulería portuguesa, camino abajo. El lado oeste de la cuesta, donde estaban las tiendas, conservaba el calor del sol vespertino, volviendo llamativas las rayas y las manchas del parabrisas. Algunos niños blancos descalzos que ya se habían puesto sus pijamas cortos de algodón estaban comprando leche y cigarrillos y el regalo de un chicle o un helado de cucurucho para llevar a los pisos de arriba. Yo estaba entre mujeres jóvenes de mi edad, algunas con hijos colgando de la cadera o de la mano, con las espaldas y el declive de los pechos manchados de un rosa parduzco

profundo después de una tarde en sus piscinas, entre hombres negros en mono de trabajo, que bebían en silencio y de pie botellas de coca o naranjada, entre autoritarias blancas de mediana edad que lucían el yelmo de los cabellos recién teñidos mientras elegían frutas y lechuga y limones siguiendo el plan de la cena que darían esa noche. Henriques sabía que comprábamos huevos pardos, extragrandes. Probablemente mi madre había iniciado la costumbre; sea como fuere, Lily siempre insistía en que comprara esos huevos. Henriques tenía una sonrisa para todos, como si habiendo escapado al servicio de un pobre en el ejército colonial portugués de Madeira no tuviera ningún derecho a estar fatigado o irritado. No se atrevía a coquetear con chicas sudafricanas educadas, como yo, pero expresaba una tímida preferencia o deseo regalando un melocotón o una manzana perfecta cuyo precio pasaba por alto.

—Hoy tenemos mala suerte —unía las palabras al pronunciarlas—. Los pardos llegarán mañana, no sé si quiere esperar.

En la puerta de la tienda de bebidas de al lado, las negras desamparadas que siempre estaban allí, no profesionales pero sí dispuestas a negociar el uso de sus poco firmes cuerpos en el callejón a cambio de un trago, regateaban con atontados trabajadores negros de la construcción. Los hombres entraban y salían de la sección de la tienda donde servían a los negros, trayendo cervezas en envases de cartón y botellines de brandy cuya envoltura de papel de estraza quitaban apenas lo suficiente para desenroscar el tapón de la botella antes de pasarla de boca en boca. Las mujeres ebrias y pendencieras compartían de la misma forma un cigarrillo entre regateo y regateo. Una de ellas se tambaleó y tropezó: su blusa parecía una salchicha gris reventada y llevaba una manta atada a la cintura en lugar de una falda. Se agarró a mí:

—Disculpe, señorita, disculpe.

Pero los huevos no estaban rotos. Los sentí entrecrocarse suavemente como pelotas de ping-pong en la bolsa de papel.

Así fueron las cosas, Conrad. Esa noche fuiste a la casa de mi padre para ver cómo era pertenecer a una familia en la que el padre podía correr el riesgo de que lo encarcelaran para toda la vida, cosa que ocurrió. No te reprocho la curiosidad, la fascinación que todo eso tenía para ti. Yo no estaba; me encontraba con los Santorini y otros que habían formado parte de la vida de mi padre. Lily estaba en vela para un velatorio —necesitaba de algún tipo de ceremonia para hacer la transición a la vida cotidiana ahora que mi padre estaría entre rejas de por vida— y te impresionó que no te dejara ir sin invitarte a un vaso de zumo de naranja fresco. Me lo comentaste después. Estabas pensando que era otro ejemplo interesante del «gracioso nivel de vida» de la casa de mi padre: jarras de zumo de naranjas recién exprimidas siempre a mano. Ignorabas que era el que yo no había bebido.

En casa de Theo tomamos Dáo, el vino favorito de Lionel. Eran las botellas que quedaban de una caja que mi padre le había regalado a Theo para su cumpleaños (en ese entonces Lionel ya era un prisionero a la espera de juicio, me pidió que las encargara y se las enviara). Todos los presentes se mostraban vehementemente orgullosos de Lionel. Sí, ése era el estado de ánimo reinante. Marisa Kgosana, cuyo marido llevaba dos años en Robben Island, apareció a las diez con su habitual séquito de admiradores robustos y silenciosos; agitando sus bellos pechos, saludó con un arrollador gesto de las manos, tan engalanadas de su propia negrura como de sus sortijas y sus uñas pintadas de rojo.

—Rosa, ¿de por vida con respecto a quién? ¿La vida de ellos o la de él?

Mi padre está muerto y su marido sigue en Robben Island. Ella ha sido proscrita durante años. Tiene muchos amantes y probablemente lo ha olvidado como marido, no es la Penélope sobre la que escriben los fieles cuando encuentran una prensa comprensiva. El tampoco debe esperar que lo sea, porque su estilo, como el de mi padre, consistía en seguir viviendo como pudieras. Y si él no sobrevive a sus carceleros, los hijos suyos y de Marisa los sobrevivirán.

Theo me pone delante solicitudes para un curso por correspondencia en la universidad a distancia.

—Será mejor que te des prisa con esto. Lionel dice que la matrícula de presos para este año se cerrará la semana que viene —y a los demás, adoptando la negligente arrogancia ligeramente altanera con que expresó la asociación con mi padre durante el juicio—: Dios sabe dónde lo averiguó. Pero lo hizo, esta última semana. Cuando tenía el fallo encima. Y fue lo primero que dijo esta tarde, después que pronunciaran la sentencia. ¿Me oyes, Rosa? *No olvides mi curso*. Antropología, y si no es posible, el de psicología industrial.

—¿Imparten estos cursos?

—Si Lionel lo dice, así será. Rosa tendrá estos papeles enseguida... mañana por la mañana mi niña...

Lionel estaba pasando su primera noche sin los privilegios de un preso a la espera de juicio. Creo que fue eso lo que pensó. Se habían llevado su ropa. Había iniciado un encarcelamiento que sólo podía concluir con la conclusión de su vida o el final del régimen, no del gobierno del momento, sino de cualquier otro que lo sucediera. Había una demostración de valentía y sentimientos en la sala llena de gente, en casa de Theo, gente que se comportaba como Lionel Burger habría esperado que lo hicieran, como él mismo habría hecho en la situación de ellos. Así se veían a sí mismos. Las emociones fuertes —¿la fe?— tienen distintas maneras de manifestarse entre las diferentes disciplinas en las que la gente ordena su conducta. Eso despertaba tu curiosidad... eso era lo que te maravillaba. Eso fue lo que te llevó a la casa vacía de Lionel Burger. No puedo decirte nada más porque ahora comprendo que yo misma no sé nada más.

La placa de cobre de la puerta de la calle con el nombre y los títulos de Lionel Burger, se mantuvo pulida durante los meses de su proceso gracias a Lily Letsile, la sirvienta de los Burger. Su hija Rosa vivía en casa y trabajaba como fisioterapeuta en un hospital. Era el último miembro de la familia de cinco (contando a Baasie) que vivía allí, pero la casa nunca se igualó a la familia de madre y padre, hijo e hija, perro y gato, de su casa de muñecas, e incluso durante este período solía haber alguien alojado allí. El hijo de Bridget Sulzer —del matrimonio Brodtkin— ocupaba la glorieta del jardín mientras estudiaba para los exámenes. Una doctora en ciencias políticas que había sido expulsada de un estado negro vecino pasó seis semanas por su cuenta y riesgo (era una vieja amiga de la madre de Rosa), pues si la Rama Especial iba a hacer una de sus limpiezas acostumbradas, muy probablemente perdería los papeles de la investigación que había llevado. El viejo Kowalski —con sus antecedentes mixtos de europeo oriental más confundidos aún por la diferencia de pronunciación y las costumbres adoptadas durante los años que había vivido en un almacén de Sofía, en Madagascar, de modo tal que la policía ya no podía saber si el hombre tenía el color que no correspondía en una zona que no correspondía— ocupó una habitación por la que habían pasado muchos transeúntes. Había aparecido desvalido en el consultorio un día antes de que Lionel Burger fuera arrestado por última vez; lo habían reconocido como el mejor vendedor ambulante del periódico del Partido en sus últimos avatares, durante el período anterior a que lo prohibieran.

Pero cuando su padre fue condenado, los últimos entre todas las personas que habían compartido la casa desde su nacimiento ya se habían marchado. Su padre, al que permitieron consultar con su abogado sobre cuestiones familiares y comerciales, resolvió con Theo que la casa debía venderse. Encontraron un buen trabajo para Eilefas Bengu, el jardinero; Lily Letsile recibió una pensión y se fue a su terruño en el norte del Transvaal para reflexionar en si quería volver o no a trabajar; la perra Labrador quedó en manos de Ivy Terblanche, en cuya casa Rosa podía visitarla; la gata negra y dos gatitos atigrados fueron a vivir con la antigua recepcionista del consultorio; los conejos, los conejillos de Indias, la tortuga y los periquitos para los que Rosa y su hermano habían construido casas y con los que dormían y se comunicaban como hacen los niños, habían muerto o desaparecido tiempo atrás. El mobiliario se vendió en una subasta en la propia casa, a la que ella no asistió. Se presentaron trescientas personas (informó la prensa) y no todas para comprar; también sentían

curiosidad. Cuando Rosa fue a buscar algunas pertenencias personales encontró allí a los nuevos propietarios, caminando alrededor de la piscina en la que se había ahogado su hermano, planeando con arabescos dibujados en el aire y dimensiones medidas a pasos, las reformas de la zona del patio donde su padre instaló su *braaivleis* [barbacoa (*N. de la T.*)] y los helechos arborescentes de su madre, traídos de Tzaneen y que habían crecido tanto que levantaban las baldosas. Al retirarse hubo una incómoda conversación en voz baja y la nueva señora de la casa corrió tras ella.

—Estaba pensando... ¿qué hacemos con la placa? La placa del doctor.

La chica se disculpó; la haría retirar.

Volvió antes de que oscureciera con un hombre rubio de aspecto enfermizo, pelo largo y bigote ralo, con la camisa de moda, de bordado balcánico, téjanos y *veldskoen*. Tenía un destornillador pero le resultó difícil hacerlo girar en las ranuras apelmazadas con capas de pulimento para metales, convertido en pétreo verdín. Ella no se movió del asiento del conductor. El rectángulo donde había estado la placa se veía blancuzco en el crepúsculo. El puso la placa en el maletero y se alejaron.

Durante el primer año, mientras su padre era un preso de categoría «D», Rosa estaba autorizada a visitarlo cada dos meses. Recibía de él y contestaba una carta mensual, no más larga de las quinientas palabras reglamentarias. Cuando excedía este límite con una oración, el jefe de carceleros, que censuraba la correspondencia, cortaba la página en ese punto. En la siguiente visita, su padre le contó cuánto se había entretenido tratando de reconstruir, a partir del contexto de la oración anterior, la parte que faltaba. En julio y octubre de ese año no le escribió para dejar que lo hiciera su hermanastro, del primer matrimonio de su padre, un médico que trabajaba en Tanzania y tenía prohibida la inmigración a Sudáfrica. Durante el segundo año su padre era un preso de categoría «C» y le permitían varias visitas especiales. Las solicitudes presentadas por Flora Donaldson y Dick Terblanche (Ivy estaba en la cárcel pero la proscripción de su marido estaba caducada y aún no se la habían renovado) fueron rechazadas por el director de cárceles, lo mismo que la de un viejo camarada, el profesor Jan Hahnloser; éste opinaba que Lionel Burger había arrojado su vida por la borda, estúpida y trágicamente, en virtud de convicciones políticas que para el profesor habían llegado a ser abominables, pero en la tragedia descubrió la necesidad de reforzar los vínculos de una amistad juvenil. El director autorizó una visita navideña del tío y la tía, la hermana y el cuñado de su padre, el granjero y su mujer que habían estado presentes en el tribunal para escuchar el veredicto. Fue el otoño del segundo año cuando le permitieron visitar a su padre en semanas alternas, cuando tuvo que verlo en el hospital de la cárcel, porque había tenido la primera infección virósica de garganta que posteriormente reaparecería.

Durante un tiempo compartió un piso con Rhoda, la hermana de Mark Liebowitz, recién divorciada. Después su compañera de piso, secretaria organizativa de un sindicato mixto de blancos y mestizos, inició una relación amorosa con un sindicalista de color y se trasladó a Ciudad del Cabo para estar cerca de él, aunque no podían vivir juntos. A Rosa le disgustaban los olores a fritura que siempre flotaban en los pasillos y el ruido de la radio que se colaba por la puerta; ahora estaba en condiciones de mudarse. Vivió con Flora Donaldson y su marido, que por cuestiones de negocios pasaba en Europa la mitad del año. Era una casa, una casa abierta, como había sido la suya, la de su padre; habitaciones espaciosas con flores del jardín, sirvientes parlanchines y amistosos, libros, cuadros, invitados, piscina. Volvió a probar con otro piso, muy pequeño, para ella sola. Lo que en realidad quería era una casita con jardín. Una vez creyó haber conseguido lo que buscaba, pero cuando los propietarios se dieron cuenta de quién era soslayaron el trato. Como no manifestaron abiertamente sus razones ella no pudo decirles que la policía parecía haberla dejado en paz desde que su padre cumplía condena. No la habían visitado una sola vez en sus diversas viviendas.

Todavía tenía su puesto en el hospital; trabajaba principalmente en salas geriátricas y con niños. Su medio hermano le escribió desde el norte de Tanzania diciéndole que si pudiera tenerla en su hospital... allí no había dinero, ni tiempo, ni personal capacitado para hacerle fisioterapia a nadie. Podía haber ido a trabajar con un médico amigo entre africanos rurales del Transkei, que también estaban muy necesitados de sus conocimientos —habría podido viajar en avión dos veces por mes

para las visitas a la cárcel—, pero el administrador del territorio sabía quién era ella y no le dio permiso para vivir en una «patria» negra. Tal como ocurrieron las cosas, la tendencia de su padre a las infecciones de garganta se volvió crónica y ella tenía que estar allí, en la penitenciaría, para insistir en los informes médicos del comandante, negociar a través de Theo la visita de un especialista particular para que examinara a su padre, importunar a varios funcionarios que estaban en contacto con él aunque ella no pudiera verlo. Jugaba al squash dos veces por semana para no abandonar del todo la gimnasia. Iba al teatro cuando ponían algo que valía la pena. En las fiestas, su carne desnuda se veía tan bronceada por el sol como la de cualquiera que hubiese pasado unas largas vacaciones de verano junto al mar; en una o dos ocasiones pasó una semana fuera de la ciudad, aparentemente con un periodista sueco con quien (se daba por sentado que ni siquiera sus amigos íntimos debían esperar la menor información de labios de la propia Rosa) vivía una aventura amorosa. Se llevó de casa de la ex recepcionista de su padre una de las crías de la vieja gata negra y la instaló en una caja con arena, en el cuarto de baño del piso. Alguien notó que el sueco usaba un anillo de oro, según la costumbre que tienen los europeos casados. Los amigos de la familia y los compañeros de la generación de su padre lamentaban que no se casara con un sudafricano, alguien del lugar; pero nadie se tomaría la libertad de expresarle personalmente esta amable inquietud; estaba sobreentendido que no podía irse, abandonar el país como hacían muchos, ahora que su padre estaba en la cárcel y ella era lo único que le quedaba.

En noviembre, durante el segundo mes del tercer año de su cadena perpetua, Lionel Burger contrajo nefritis como secuela de otra infección de garganta y murió entre rejas.

Las autoridades carcelarias no consintieron que se celebrara un funeral privado organizado por sus parientes. Su condena de por vida había sido cumplida, pero el estado reclamó su cadáver. Un millar de blancos y negros habían asistido al funeral de Cathy Burger, su esposa y madre de Rosa, años atrás. En un homenaje a la memoria de Lionel Burger celebrado al mediodía en un pequeño salón sindical, muy pocos de los rostros que se presentaron volverían a ser vistos; los líderes negros e indios y mestizos y blancos terminaron en la cárcel o en el exilio, o por medio de proscripciones se les prohibió asistir a reuniones de cualquier naturaleza. Dos o tres personas que durante muchos años habían permanecido ocultas debido al arresto domiciliario, aparecieron en escena a la manera de actores que vuelven a las tablas con el estilo y la retórica de su época. Algunos jóvenes presentes preguntaron quiénes eran. Había bebés en brazos y niños inquietos. Un diminuto crío indio recibió una manzana para que se tranquilizara. Si estaban presentes miembros de la Rama Especial fueron discretos a pesar de la reducida asistencia, y difíciles de detectar bajo el cultivado aspecto desharrapado de jóvenes blancos intelectuales y el aire impasiblemente distanciado de empleados y recaderos negros que debían haber adoptado. Una vez pronunciadas las palabras de despedida, mientras la gente se levantaba de sus rotos asientos de madera, el mismo crío —que había sido alzado por su madre— levantó un puño apretado y gritó con el tono de triunfo con que un niño recita una poesía, exactamente con la misma entonación con que se la habían hecho ensayar: *Amandhlal Amandhlal Amandhlal* Una vacilante respuesta se aunó entre el escaso gentío que salía en tropel: *Awethul* Al ver que lo había hecho bien, empezó a gatear entre los pies de la gente para recuperar su manzana a medio comer. Un hombre que rondaba los juzgados municipales para tomar fotos de bodas a precio reducido y que trabajaba a media jornada para la Rama Especial, aguardaba en la calle para fotografiar a todos los que salían.

Pero de todos modos la gente rodeó a Rosa Burger a la salida; algunos, con delicadeza o turbación, le apretaron la mano y le dijeron que irían a verla... casi tres años es mucho tiempo y bastantes habían perdido el contacto con ella. Parecía distinta, no en la forma en que son difíciles de mirar aquellos a quienes han sobrevenido acontecimientos terribles. Ahora llevaba el pelo cortísimo, rizado como la cabeza de un pilluelo mediterráneo o de Ciudad del Cabo, haciendo que los tendones de su cuello parecieran más largos y más tirantes de lo que debían ser los de una mujer joven. Desplegó la sonrisa de su padre para todos. Pero algunas personas descubrieron que ahora no sabían cómo llegar a ella; ya no estaba en su piso: en la puerta figuraba otro nombre. Otros

explicaron que... sí, sabían que había encontrado una casita en el jardín de alguien, se había mudado, no tenía teléfono. Lleva cierto tiempo establecer un nuevo punto de referencia, incluso cartográficamente, entre un círculo de amistades. Siempre podían intentar encontrarla en el hospital. Algunos lo hicieron y ella asistía a los almuerzos de los domingos. Dijo que la casita estaba en algún sitio de la parte vieja de la ciudad, cerca del zoo... un plan muy transitorio; aún no había decidido lo que haría. Los Terblanche le preguntaron si no volvería a solicitar permiso para ir al Transkei.

—¿Y por qué no Tanzania... con el hermano David? ¿Por qué no? Tal vez ahora estén de humor para ablandarse y darte un pasaporte.

El marido de Flora Donaldson, que en general permanecía en silencio con los amigos de ella porque no era un correligionario, súbitamente se volvió hacia su esposa, invirtiendo la posición en la que se esperaba que fuera *él* quien metiera la pata.

—No seas absurda, Flora —todo su cuerpo y su cara parecieron dislocarse en un insulto a Rosa Burger mientras se movía innecesariamente de un lado a otro.

—William, ¿qué sabes tú de las cuestiones que están en juego?

—En mi ignorancia, aparentemente más que tú.

La chica no abrió la boca, tolerantemente desinteresada por una rencilla conyugal en la mesa. Pero aquella tarde le preguntó a William Donaldson si le daría la oportunidad de derrotarlo en una partida de tenis. Cuando estuvo viviendo con los Donaldson, era una broma corriente decir que aunque él jugaba asiduamente en un club deportivo para hombres de negocios, con el propósito de mantenerse en forma, nunca lograba ganarle un set a nadie salvo a ella.

Después de la muerte de su padre, a no ser que el antiguo círculo se pusiera en contacto con Rosa, cada vez la veían menos. El sueco había desaparecido; o ella rompió la relación o él se volvió a Suecia. Cuando alguien la encontraba solía llevar a rastras a un joven que parecía un estudiante radical o se creía pintor o escritor; a la gente de la generación de su padre le daba la impresión de un bohemio, a los contemporáneos de ella no mucho más que un marginado taciturno algo más joven que ella. Podría haber sido un pariente, la de su padre era una familia numerosa del Transvaal. Tal vez ella lo guiaba por la ciudad, o le había dejado una cama para que durmiera durante una temporada. Cuando estaban juntos y se encontraban con amigos de la familia Burger, ella parecía complacida y animada para charlar, olvidando la presencia de él; se llamaba Conrad No-sé-cuántos.

Ahora eres libre.

No sé si me lo dijiste o si lo pensé en tu presencia. Me vino a la mente cuando estaba contigo; se me ocurrió por estar contigo.

Fui a la casita porque era la vivienda de un extraño que dijo: si alguna vez... Los otros, los buenos amigos y camaradas de mi padre habrían sido demasiado presionantes en su comprensión y exigentes en su afecto. No querían que me sintiera sola, ya no quería estar sola en mi piso, pero estas dos cosas no significaban lo mismo. Tú habías dicho mucho antes que si alguna vez necesitaba un sitio donde estar, podía usar esa casita. Tu sugerencia no tenía nada que ver con la muerte de Lionel. No lo repetiste después de su fallecimiento. Tú tomaste lo que necesitabas. Usaste mi coche. Me pediste dinero y no te pregunté para qué lo necesitabas. Dormías mientras yo trabajaba y si por la noche no llegabas cocinaba y comía sola; la bauhinia estaba en flor y las abejas que atraía permanecían en el tejado, como un ruido interior de la cabeza.

Ahora eres libre.

Conrad salía algunas noches para sus lecciones de español y a veces volvía con la chica que le daba clases. Pasaba esas noches en la salita; Rosa, al salir a trabajar por la mañana, rodeaba a los dos, acurrucados entre los viejos cojines y *kaross* [capa ceremonial confeccionada con pieles de animales. (*N. de laT.*)] en el suelo, como niños vencidos por el sueño en medio de un juego.

Los domingos Conrad y Rosa solían estar juntos en esta misma sala. El yogur y la fruta de un desayuno tardío se complementaba de vez en cuando, cuando ella ponía un plato con sobras frías que sacaba de la nevera y él iba a buscar una lata de cerveza y pan con manteca de cacahuets. Algunas veces era pan que él mismo había horneado.

El gato que Rosa había llevado rozaba las hojas sueltas de la tesis de Conrad, enterradas debajo de los periódicos dominicales.

—¿Lo pongo en un lugar seguro o saco al gato?

Los dos reían por la pregunta implícita. La habitación estaba llena de sus libros y papeles, sus gramáticas de español, su violín y las partituras, discos, pero entre tantas muestras de actividad se tumbaba a fumar, con frecuencia a dormir. Ella leía, arreglaba su propia ropa y deambulaba en la inmensidad exterior, donde recogía ramas, cortaderas, pinas de abetos y en una ocasión gardenias que las fuertes lluvias habían hecho brotar en la aridez del abandono.

A veces él no estaba dormido aunque aparentaba estarlo.

—¿Qué era esa canción?

—¿Canción? —agachada en el suelo, limpiando trozos de corteza y hojas rotas.

—Estabas cantando.

—¿Qué? ¿De veras? —había llenado un tiesto abollado, de Benarés, con ramas de nísperos del Japón.

—Por la alegría de vivir.

Ella lo miró para ver si le estaba tomando el pelo:

—No me di cuenta.

—Pero nunca lo dudaste un solo instante.

Ella no le mostró el perfil de intimidad que él estaba acostumbrado a ver.

—Supongamos que no.

—Enfermedad, ahogo, arresto, cárceles —abrió sus ojos almendrados y vidriosos desde una ostentosa vulnerabilidad indolente—. Daba igual.

—Nunca lo he pensado. No. En última instancia, daba igual —una risilla embarazosa, casi forzada—. No éramos la única gente viva —se sentó en el suelo con los pies debajo del cuerpo, los muslos inclinados hacia las rodillas, las manos sujetas entre las piernas.

—Yo soy la única persona viva.

Podría haberlo desviado de este terreno con el tipo de comentario que surge fácilmente: Qué discretamente te deshaces de los demás.

Pero él poseía un dominio del timón que resistía las desviaciones.

—Una familia feliz. Tu hogar era feliz. Estuvieron los juicios de Moscú y estuvo Stalin antes de que tú y yo nacióáramos; la sublevación de Berlín Oriental y luego Checoslovaquia, allá hubieran cárceles y refugios llenos de gente como tu padre aquí. Los comunistas son los últimos optimistas.

—Mi hermano, mi madre... ¿qué tiene que ver esto con la política? Son cosas que le ocurren a cualquiera.

El se paseaba inquieto, con los brazos cruzados, las manos palpando clínicamente sus músculos pectorales.

—Eso es. A cualquiera... Pueden afectar a cualquiera. Y significan todo... Finalmente a nadie le importa un comino quién está preso ni qué guerra se está librando, mientras ocurra lejos, pero los Lionel Burger de este mundo... las angustias personales y las políticas son idénticas para vosotros. Sobrevivís a todas. Al mismo nivel. Y ocurra lo que ocurra, al margen de lo que ocurra. ..

Ella esperaba, apartada de él, frotándose con la mandíbula el hombro encorvado en obstinada escucha.

Conrad empezó a hablar y se interrumpió, insatisfecho. Por último se decidió, con una extraña expresión de esfuerzo en su boca bordeada de vello, como si tragara algo, tanto de las angustias como de su propia extrañeza.

—¡Por Cristo! Tú. Canturreando entre dientes. Recogiendo flores.

Ella sacó las manos de entre los muslos y se miró las palmas, una parte tan responsable y poco conocida de sí misma, como si hubieran actuado ajenas a su propia voluntad. Las palabras salieron de su boca de la misma manera.

—Nada más que una supervivencia animal, tal vez.

De vez en cuando él desaparecía; una vez trajo de Swazilandia un cuenco de madera y una talla *naive*. El cuenco albergaba al gato dormido o la masa del pan que ponía a levar, el pájaro rojo y negro siempre instalado donde él pudiera verlo al despertar por la mañana. Cuando se vendió el cochazo de Lionel Burger sólo quedó el Volkswagen de Rosa y él se arrogó su uso, e iba a buscarla al hospital, esperándola sin emplear jamás un saludo verbal. A veces, sin haberlo hablado, pasaban las noches en el cine o, paseando por los terrenos que rodeaban la cabaña de latón, seguían andando kilómetros enteros a través de los suburbios.

Una noche de esas pasaron junto a la casa de su padre. Al acercarse como una transeúnte cualquiera, aminoró el paso. El ritmo de su compañero se acompasó al de ella. El vio que las luces de las habitaciones de arriba estaban encendidas, pero sólo ella sabía que las filigranas de luz detrás de las oscuras ventanas del salón llegaban desde una ventana del pasillo en el que debían de haber dejado entornada una puerta. Sólo ella, con el oído acostumbrado a distinguir su tono de cualquier otro sonido, oyó que a través del jardín, más allá de los muros, sonaba el teléfono de arriba en su lugar, la habitación de su madre.

En la calle él estaba tan cómodo como los niños o los negros. Un puño golpeó el tronco del árbol callejero bajo el que permanecían, una especie de caricia por su solidez.

—¿Cuántos años teníamos tú y yo cuando ocurrió lo de Sharpeville?

Nadie atendió el teléfono que seguía sonando, que todavía sonaba, ni su madre, ni Lily que recorría el piso de arriba con zapatos con la parte de atrás inclinada debido a sus tobillos gruesos, ni el viejo Kowalski agradecido, Lionel, ella misma.

—Doce. Más o menos.

—Doce. ¿Lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo.

—Yo sólo sé lo que he leído, eso es todo.

Las manchas movedizas de las sombras de las hojas sobre sus cuerpos y rostros hicieron del aire algo visto en lugar de sentido, como si en vez de sentir su habitación alrededor, viera su propio esqueleto.

—Supongo que en esa casa había *crispación* —en el claroscuro cada uno de ellos era una criatura camuflada por la vegetación suburbana—. Tu expresión favorita.

—Lionel descubrió que les habían disparado por la espalda. Le pregunté a mi madre y ella me lo explicó... pero yo no entendía qué quería decir, cuál era la diferencia si te mataban por la espalda o de frente. Alguien que conocíamos muy bien, Siphó Mokoena, estaba allí cuando ocurrió y vino a vernos directamente, llamaron a mi padre a su consultorio. Siphó no estaba herido, la pernera de su pantalón había sido rasgada por una bala. Yo imaginaba (¿por las películas de *cowboys*?) que una bala te atravesaba y tenían que quedar dos orificios... exactamente iguales... pero cuando oí que mi padre le hacía tantas preguntas entendí que lo que importaba era que pudieras ver de qué lado y desde qué nivel partía un proyectil. Lionel sabía cómo ponerse en contacto con gente que trabajaba en el hospital al que habían llevado los heridos... a la prensa no se le permitió acercarse. Desperté muy tarde en medio de la noche, debían de ser las tres de la madrugada cuando volvió y todos estaban con mi madre en el comedor, recuerdo que los platos seguían sobre la mesa: ella había cocinado para todos. Nadie se acostó. Allí estaban los líderes del Congreso Nacional Africano, y los abogados, Giffbrd Williams y alguien más... era urgente salir a conseguir declaraciones juradas de los testigos con el fin de que si había una investigación saliera a la luz lo que realmente había ocurrido, para que no hubiera un encubrimiento estatal... gente del Congreso Panafricano. Tsolo y sus hombres eran los que de hecho habían organizado esa protesta específica contra los países en la comisaría de Sharpeville, pero aquello no importaba, lo ocurrido había sobrepasado con mucho la rivalidad política. Cuando volví a levantarme para ir a la escuela Lionel ya estaba encerrado con otra gente, no había dormido un minuto en toda la noche. Lily me dio una bandeja con café para que se la llevara, y noté que se habían olvidado de apagar las luces a pesar de que ya era de día. El tipo de cosas que se graban en tu mente cuando eres un niño. Tony y yo seguíamos pidiéndole a Siphó que nos mostrara dónde se habían roto sus pantalones. Siphó dijo que cuando la policía estaba cargando los cadáveres en camionetas tuvo que pedirles que se llevaran también los sesos... los sesos de un hombre con la cabeza aplastada y desparramada, que dejaron en el camino. Mi madre se puso nerviosa y se llevó a Tony del comedor. El chillaba y pataleaba, no quería irse. Pero yo oí que Siphó decía que habían enviado a un policía negro a recoger los sesos con una pala.

—Unos negros muertos por la espalda. Es algo que modificó para ti la visión de todas las cosas, allí —señalando la casa—, a la manera en que un fogonazo atraviesa una habitación en la oscuridad. ¿Se supone que debo creerlo?

—Pero a los doce años tienes que haber tenido conciencia...

—Para mí no podían existir los acontecimientos políticos a esa edad. ¿Qué es una matanza comparada con el hecho de haber descubierto por mí mismo que mi madre tenía otro hombre? Si en una conspiración tu padre hubiese logrado incitar a toda la población negra a que hiciera la revolución, yo no habría sabido qué era lo que me golpeaba.

—¿Qué hiciste?

—¿Qué hace Edipo con dos rivales? Me la tiraba en mis ensueños, en la escuela, y cuando servía la cena miraba fijamente su vestido en el punto donde se separan las piernas... ¿*Atroz*? —percibió en su voz la mímica del rostro impresionado que él imaginaba tenía ella en la oscuridad—. Estaba loco por ella; claro que podía estarlo cuando ya había allí otro que no era mi padre. Estaba enamorado y en tal caso nadie piensa en nada más.

Dos negros con una mujer balanceándose entre ambos, pasaron charlando explosivamente, sirvientes cómodos en la órbita de domesticidad vecinal de sus amos blancos. No vieron o no reconocieron a Rosa.

—¿Tu madre... la que vive en Knysna?

—Mi madre. La misma. No es vieja ahora sino otra cosa... de edad intermedia. Vieja en las raíces; cuando el pelo le crece canoso un centímetro, se lo vuelve a teñir. Nunca más vieja de un centímetro. Tiene mejor figura que tú con pantalones. Vive con mi hermana, ese personaje enteramente domesticado que ha parido cinco hijos. Ningún hombre excepto el gordito semental de mi hermana. Dirigen una escuela de cerámica, las dos mujeres. Siempre está inclinada sobre el horno o sobre un nieto que necesita que le suenen las narices. La misma: supongo que es la misma.

El teléfono había dejado de sonar en la casa. Rosa lo supo por la ausencia de distracción en sus oídos. Alguien que ahora vivía allí debía de haber atendido.

—¿Tienes una cerilla? —ella no fumaba.

El se detuvo un segundo y sacó un mechero con el pulgar listo para encenderlo. Como si alguien lo guiara, hizo pasar la débil llama por la placa cuyas dimensiones no cubrían exactamente el cuadrado blancuzco de la entrada de ladrillos: el perfil esmaltado de un perro feroz como emblema indicador de la instalación de un sistema de alarma contra robos.

—¿Qué ocurrió entonces?

—No ocurrió nada... no a la manera en que siempre estaban ocurriendo cosas en esa casa —se alejaron, bajo los árboles—. Algunos lo sabíamos y otros no, supongo. Creo que la chica que trabajaba en mi casa lo sabía y eso le daba alguna autoridad sobre mi madre, la señorita blanca le tenía miedo a alguien... me pareció notarlo en la forma en que mi madre la trataba, siempre halagándola. Uno aprende lo que es el poder a partir de cosas como ésta. Pobre mamá. No pensé más en su cuerpo porque me fascinaron las cargas eléctricas de la casa.

Las farolas los perdían y los encontraban a intervalos regulares, la calle cedió el lugar a otra.

—En uno de esos equipos para chicos que me regalaron para navidad o para mi cumpleaños... no, me parece que entonces estudiaba física en la escuela... aprendí con cuánta rapidez pasan por tu cuerpo doscientos veinte voltios. Apenas el contacto de un segundo, no tienes que agarrarte ni tironear. No es como clavar un cuchillo ni tan definido como apretar el gatillo. Sólo un toque. Yo solía fijar la vista en esa cosa de baquelita marrón durante minutos enteros: todo lo que tienes que hacer es encender y meter los dedos en los agujeros. Un miedo terrible, una tentación terrible.

Sus voces sólo se elevaban y bajaban cuando estaban en la cabaña. Unos pasos más allá, en el terreno, dominaban las cigarras, que los borraban como hacía la oscuridad con sus cuerpos entre una farola y otra; a ciertas horas del día el tráfico de las autopistas por las que estaban prácticamente rodeados aislaban las palabras como quedan aislados los gritos de los pájaros donde la marea rodea un promontorio.

—¿Nunca te imaginaste matando algo sólo porque era pequeño y débil? Ya sabes cómo se obsesiona uno con la posibilidad de la muerte cuando es adolescente. ¿Un conejo que te tenía miedo? ¿Un bebé que admiraste en su cochecillo? ¿Cómo sería... sería fácil herirlo como forma de castigo por su impotencia? Rosa, ¿no has notado nunca la mirada de un chico contemplando al bebé? Una cabecita que podrías imaginar aplastada aunque nunca hayas sido capaz de hacerle daño a nada ni a nadie. ¿Qué hacías con estos sentimientos cuando eras una cría?

En una ocasión reaccionó, casi furiosa.

—Conrad, no me creerás porque es lo mismo que decirle a alguien que nunca te masturbaste. Creo que jamás los he experimentado.

—El día en que alguien dijo por primera vez: mira, ésa es Rosa Burger... Tengo la impresión de que has crecido sólo a través de otra gente. Te decían lo que era apropiado sentir y hacer. ¿Cómo empezaste a conocerte a ti misma? Haces las cosas como es debido... lo que se espera de ti. Aquello en lo que has llegado a confiar.

Ella había adoptado una postura muy erguida, al mismo tiempo resistente y sin embargo atenta hasta la tensión. No necesitaba mirarlo.

—No sé de qué otro modo decirlo. Racionalidad, extroversión... Quiero despejar los términos porque a eso estoy llegando: sólo palabras; la vida no está allí. La tensión que posibilita la vida se

crea en otro sitio, de otra manera.

A veces ella le devolvía la pelota, insultando a la manera de una persona a quien no podía llegar alguien como él.

—En el I *Ching*.

—Esa basura —la chica con la que se acostaba siempre cargaba con el libro como si fuera su breviario.

—Según Jung, entonces —un libro junto a la cama.

—¡Descuida, allí también hay algo para ti! Una vez, de niño, Jung imaginó a Dios sentado en las nubes, cagando sobre el mundo. Su padre era pastor... Cometes la gran blasfemia contra toda doctrina y empiezas a vivir...

—¿*De qué* tensión hablas? ¿Por qué tensiones?

—La tensión entre la creación y la destrucción en ti misma.

Rosa, los labios apretados, la respiración profunda, la mirada de alguien que lucha contra la ira, el desaliento o el desprecio.

—Desvariando entre tus fantasías y obsesiones.

—Sí, fantasías, obsesiones. Son mías. Son la forma en que se me plantea la cuestión de mi propia existencia. De ellas derivan las maravillas —con ese gesto heredado de algún antepasado que aporreaba biblias apoyó la palma de su mano, dura, en los poemas de Borges que ella había estado leyendo—, las verdaderas razones por las que no matarás y por las que, tal vez, puedes seguir viviendo. Saint-Simón y Fourier y Marx y Lenin y Luxemburg, de quien eres tocaya... no puedes extraerlas de ellos.

Cuando él (que no tenía conversación con otros) empezó a hablar ella perdió la concentración en aquello en lo que estaba ocupada, manteniéndose quieta y callada como si quisiera atraer algo que pudiera aproximársele. Sus manos rezaban el rosario de un gesto repetitivo. Los pies y las pantorrillas se entumecieron debajo del peso de su cuerpo pero no se levantó del suelo, en la permanencia de una sensación que retiene la lucidez.

—Quería matarme, naturalmente. Creía que debía matarme por haber follado a mi madre. Esto es claro y fácil de entender tanto para ti como para mí. No hay ninguna diferencia, cuando se llega a la culpa, entre lo que has hecho y lo que has imaginado. Pero yo no tenía la menor idea... no sabía que existiera esta relación.

—Pobre diablillo.

—No, no, no. *Rosa, te estoy diciendo la verdad acerca de lo que importa*. Esta sólo era una de las maneras en que alcanzaba las realidades: el sexo y la muerte. El resto es escapismo.

Rosa rastrilló con cuatro dedos de su mano izquierda el pelaje tieso y sucio de la vieja alfombra, una y otra vez.

—¿Viste algún muerto de pequeño?

—No. Un perro o un gato. Los pájaros que matábamos en la escuela con tirachinas. O al menos que ellos mataban... Los otros. Yo renuncié.

Ella sonrió.

—¿Por qué?

—Porque dejaban de cantar.

—Así fue cómo elegiste «la alegría de vivir».

—A mi manera. Que me dijeran que era una crueldad no fue lo que me disuadió, sin duda.

En algún lugar del yermo exterior a la casita, los peones camineros habían hecho un depósito para herramientas con montículos de piedrecillas, carretillas volcadas pegoteadas con alquitrán, estacas y caballetes y faroles a modo de barricadas. Había un cobertizo levantado con chapas de plomo y ladrillos sueltos de la mansión demolida. El brasero del vigilante, penetrado de triangulares ojos rojos por la noche, humeaba a través de pimenteros semipelados y aterciopeladas hojas de nísperos durante el día; los gatos forajidos aguardaban para pasar como un rayo sobre la harina de maíz quemada que escupía sobre los carbones la olla negra sin asas. Los ruidos de un campamento

señalaban la dirección del emplazamiento; siempre había parásitos alrededor del vigilante. Rosa tropezaba con la curiosa postura de la espalda de un borracho que meaba contra un árbol, o el gato, al percibir la presencia de alguna amenaza de los de su propia especie, súbitamente daba un brinco incompleto en el aire.

El vigilante daba dinero a Conrad para que colocara sus apuestas en el hipódromo. El hombre iba regularmente a la casita a última hora de la tarde; se quitaba el sombrero de hule amarillo y preguntaba por el amo. Si Conrad no estaba pero iba a volver pronto, Rosa lo invitaba a entrar, pero semejante idea era incomprensible para él, sólo la entendía como el procedimiento para autorizarle a acercarse a la casa de un blanco; se sentaba en el peldaño roto, el único que quedaba de los cinco que en otros tiempos conducían a la galería, a esperar la llegada del amo blanco.

Conrad se agachaba a su lado. Leía en voz alta los nombres de los caballos y las probabilidades apuntadas; el vigilante respondía con sonidos de aprobación o, en ocasiones, dejaba flotar un silencio de indecisión después que Conrad se interrumpía a la espera de su asentimiento. Conrad se metía el dinero en el bolsillo de los téjanos, para luego usarlo como moneda contante y sonante; aparentemente cogía el equivalente de sus ganancias en el hipódromo cuando realmente registraba las apuestas en el totalizador. El vigilante reía tontamente, con voz de falsete, al recibir las ganancias. Cogía al joven blanco de la muñeca, del hombro, buena suerte hecha carne. Quería, como si estuviera en su derecho, una cerveza. Conrad reía.

—El tendría que invitarme a mí.

Rosa llevaba las latas de cerveza.

—Tú eres el manantial del que fluyen todos mis beneficios.

Una vez el negro estaba tan contento que se sintió inspirado a hablar con ella.

—Su hermano es muy inteligente. Me gustan los inteligentes.

—¿Qué ocurre cuando el vigilante pierde el dinero?

—Que no lo ve más. Eso es todo.

—No puede permitirse ese lujo.

—Tampoco puede permitirse el placer que encuentra cuando gana.

Con los amigos de Conrad ella hablaba tranquilamente y él permanecía casi tan reservado como cuando se encontraban con la facción Burger. Uno de sus amigos estaba construyendo un velero en un patio trasero. Rosa reía encantada ante la incongruente visión de la embarcación erigida entre una caseta para el perro, un garaje y la habitación para la servidumbre en la que a través de la puerta abierta se veía la cama levantada sobre ladrillos. Conrad estudiaba las cartas marinas y los gráficos relativos a la construcción del velero y a los mares de la ruta propuesta. Aparentemente la idea consistía en navegar de isla en isla a través del Océano Indico hasta Australia. El amigo de Conrad levantó la vista y la miró, indiferentemente generoso.

—Ven tú también.

—Me encantaría. Podrías dejarme en Dar es Salaam para que pueda visitar a mi hermano.

Era un juego, fingiendo que tenía pasaporte, refiriéndose al hijo del primer matrimonio de su padre, a quien jamás había visto, como a un hermano; su agradable fantasía de volverse aceptable para esa gente dedicada a cepillar madera de aroma silvestre y a coser cobertores para las literas. Como si cediera a la tentación, retornó a las convenciones mientras se cortaban mutuamente el pelo en el cuarto de baño de la casita. El había leído en voz alta un poema que escribió Baudelaire acerca de la isla Mauricio, traduciéndolo para ella.

—André y su chica lo sacan todo de un manual. A mí me asustaría internarme tanto en el mar con la única compañía de una persona que no sabe nada de navegación.

—¿Y qué? No le temes a quedarte en casa e ir a parar a la cárcel.

Rosa le sujetó la cabeza para comprobar si el pelo le llegaba a la misma altura sobre las orejas. El la dejó tijeretear hacia los lóbulos.

Ahora ella ocupó su lugar en la tapa del inodoro. El le cubrió los hombros con la toalla cubierta de pelos claros y duros como pelusa de arpillera.

—Cierra los ojos.

Rosa sintió la punta del frío metal junto a la frente.

—No demasiado. No me peles.

—Tranquila. Te ves muy bien. Sobrevivirás.

Rosa cambió de tono.

—¿Por qué tendría que ir a la cárcel?

—Irás. Tarde o temprano.

Mantuvo los ojos cerrados para protegerse del pelo que caía.

—Si Lionel y mi madre... si los conceptos de nuestra vida, nuestras relaciones, que de niños recibíamos y aceptábamos de ellos, eran de Marx y Lenin, ya se habían vuelto naturales y personales cuando llegaron a mí. ¿Comprendes? Todo estaba en el mismo nivel en el que tú, yo, los niños aprenden a comer con tenedor y cuchillo, a ir a la iglesia si sus padres lo hacen, a usar la forma de hablar... respeto, desaprobación, envidia, lo que sea, mediante la cual se expresan las actitudes de los padres hacia la gente. Yo era igual que los demás niños.

—No lo eras. No lo eres. No como los chicos de mi clase.

—*Tú* eras excepcional. Por lo que me has dicho.

—No. Ir a la iglesia si lo hacen los padres. Exactamente. Todos vosotros sois ateos, ¿verdad? Pero criarte en una casa como la de tu padre significa criarse en una familia devota. Probablemente nadie predicaba sobre Marx ni sobre Lenin... Ellos flotaban por la casa, sencillamente, encuadernados en piel con estampaciones doradas, en la mente de todos: la biblia familiar. Te lo tragabas todo junto con los copos de maíz del desayuno. Claro que la gente que iba a tu casa no se reunía a tomar el té con tu madre ni jugaba al bridge por la noche, fumando cigarros. No eran los colegas que jugaban al golf con tu padre ni las mujeres con las que tu madre salía de compras, ¿no? Se reunían para hacer la revolución. Para ti era común y corriente. Esa... *intención* era natural. Era la atmósfera normal en esa casa.

—Tienes ideas delirantes con respecto a esa casa —la cogió desprevenida su propio empleo de la definición «esa casa», distanciando el recinto íntimo de su ser.

—Quédate quieta. No quiero clavarte las tijeras.

—Das la impresión de creer que la gente habla de la revolución como si estuviera decidiendo dónde irá a pasar las vacaciones de verano. O qué coche nuevo se comprará. Fantaséas —atiesó el cartílago de la nariz. El estilo era condescendiente con él y mostraba el engañoso tópico que usa ante los no iniciados la gente acostumbrada al hostigamiento policial.

—No digo que con tantas palabras... pero sus preocupaciones suponían que la revolución debía triunfar; la medida de lo que importaba y de lo que no, de lo que te conmovía y lo que no, en la vida cotidiana, lo suponía. ¿No es cierto?

Ella había aguantado el ataque de la tijera, sosteniendo casi agresivamente un trozo de espejo mellado para ver qué le cortaba él en la nuca. Murmuraba, quejándose de él sin una coherencia aplicada.

—Yo iba a la escuela, tenía mis amigos, nuestra casa estaba siempre llena de gente que hacía toda clase de trabajos y que hablaba de cualquier tema... tú estuviste allí una vez y viste...

—¿Qué celebraban en tu casa? Las ocasiones en que alguien escapaba con una sentencia de no culpable en un juicio político. Cuando un líder salía de la cárcel. Cuando un puñado de negros alcanzaba el éxito en un boicot o desafiaba una ley. Cuando había una protesta de masas o una marcha, una huelga... esas eran vuestras nupcias y vuestras fiestas. Cuando los negros morían a manos de la policía, cuando detenían a alguien, cuando los líderes daban con sus huesos en prisión, cuando nuevas leyes desplazaban poblaciones que tú nunca habías visto, proscribían y declaraban ilegal a la gente, éstos eran vuestros lutos y vuestros velatorios. Entonces te enseñaban (por medio de preceptos y de ejemplos, lo sé, no había nada autoritario en tu padre) que ésa era la realidad y no tus placeres personales, tus pequeñas miserias innatas. ¿Pero dónde están esas miserias y tus épocas de locura? Te miro y...

—También había fiestas... árboles de navidad, bodas. Algunos tenían aventuras amorosas con las mujeres de otros... Tú no tienes el monopolio en esta cuestión. No sé si mis padres... pero lo dudo. Aunque Lionel era muy atractivo para las mujeres. Probablemente lo habrás notado en el proceso. Creo que casi todos los médicos lo son. Asimismo había broncas y antagonismos entre la gente...

—Pero siempre entre partidarios leales, entre fieles políticos.

Ella continuó con la lista:

—Y había muertes.

En medio de la noche Conrad empezó a hablar.

—Pero no es verdad... tú tenías tu fórmula para asimilar todo eso.

Rosa prestaba atención al bullicio y las barreduras de la bauhinia contra el techo de lata.

—¿No es así? Una forma prescrita para enfrentarse con la carne débil y díscola que se enferma y se consume y se ahoga. Algunos gritan y se golpean el pecho, otros intentan comunicarse con el otro mundo golpeando mesas de tres patas y así sucesivamente. Entre vosotros, lo que no puede morir es la causa. Tu madre no vivió para continuarla, pero otros sí. El chiquillo, tu hermano, no creció para continuarla, pero otros lo harán. Es la inmortalidad. Si puedes aceptar que existe. La resignación cristiana sólo es un ejemplo. Una causa más importante que un individuo es otro ejemplo. La misma estafa, el futuro en vez del presente. Vidas que no puedes vivir en lugar de tu propia vida. No lloraste cuando condenaron a tu padre. Lo vi con mis propios ojos. La gente decía, qué valiente. Otros dicen que eso es ser un pescado frío. Pero todo es condicionamiento, lavado de cerebro: algo así como una foca amaestrada, con toda probabilidad.

—¿Qué haces tú cuando ocurre algo terrible? —antes de que él contestara Rosa volvió a hablar desde el diseño de su perfil visto como los valles y los picos de un horizonte nocturno junto a él—. ¿Qué harías? No me refiero a nada semejante a lo que alguna vez te haya ocurrido.

—Querría arrastrar al mundo entero en mi caída. Eso es lo que haría.

—Sería inútil.

—Me importa un cuerno qué es lo «útil». La voluntad me pertenece. La emoción me pertenece. El derecho a ser inconsolable. Cuando siento no existe un «nosotros», sólo existo yo.

Susurraban en la oscuridad como niños que se cuentan secretos. Conrad se levantó y cerró la ventana a la azotante y oscilante negrura ventosa.

Tenía un magnetofón en el suelo, al lado de la cama; palpó los botones y apareció la tintineante sorpresa cambiante de la música de Scott Joplin. Las simples progresiones alegres treparon y se pavonearon por la habitación. Los pies de ella jugueteaban con las sábanas, adquiriendo lentamente el ritmo de las patas de un gato dando masajes. El arrancó las sábanas de la cama y juntos observaron las siluetas de sus ondulantes pies que se meneaban como lenguas, que hablaban como manos. En seguida se levantaron y empezaron a bailar en la oscuridad, volando y enlazándose, un saltito y un golpecito con los pies y un remolino, una risilla, un jadeo tan misterioso como el movimiento de las ratas en las vigas o el de un enjambre de abejas que busca amparo bajo el tejado de hojalata.

La del sombrero de ir a la iglesia que fue a escuchar la sentencia que pronunciaron sobre Lionel Burger era aquella a cuya casa enviaron a los niños la única vez que arrestaron juntos a ambos progenitores. Era hermana de Burger; ella y su marido tenían una granja y llevaban el hotel de la aldea del mismo distrito.

Desde muy pequeña los padres habían preparado a Rosa para el sobresalto de tales contingencias mediante el supuesto de que la cárcel formaba parte de las responsabilidades de la vida adulta, como visitar a los pacientes (su padre) o ir a trabajar todos los días a la ciudad (cuando a su madre le prohibieron trabajar como sindicalista, administró la oficina de compras de una cooperativa para negros y mestizos). A los ocho años Rosa sabía decirle a la gente el nombre por el que se conocía el juicio en el que sus padres eran dos de los acusados, el Juicio por Traición, y explicar que les habían negado la libertad bajo fianza, lo que significaba que no podían volver a casa. Quizá Tony no sabía dónde estaban; la tía Velma estimulaba la idea de que estaba «de vacaciones» en la granja, actitud que los padres no habrían considerado «correcta» y que su hija, ofendida ante cualquier desviación de la forma de confianza de sus padres como una crítica y una traición, intentaba contrarrestar. Pero al chico de cinco años le permitían ayudar a hacer ladrillos: tal vez si hubiese vivido hasta ser un hombre jamás habría superado —¿renunciado a?— ese feliz aislamiento de lo que él mismo veía, tocaba, sentía, a diferencia de todo lo exterior.

Baasie quedó atrás. Rosa se puso furiosa —dando paso a las lágrimas a través de un berrinche— pero Lily Letsile le dijo que a Baasie no le gustaría estar en el *veld* [campo, zona rural. (*N. de la T.*)] —Sí le gustaría.

—No, le da miedo, le dan miedo las vacas, las ovejas, las serpientes.

Un embuste. Lily y la tía Velma apelaban a los embustes; Rosa estaba convencida de que sus padres nunca mentían. Baasie, el chico negro que tenía casi la edad de Rosa y que vivía con la familia Burger, iba a la escuela privada que funcionaba ilegalmente bajo la dirección de uno de los compañeros de los Burger, y a la que la propia Rosa había asistido hasta que se hizo mayor y tuvo que ir a la escuela para niñas blancas. Baasie no le tenía miedo a nada excepto a dormir solo, a los perros alsacianos y a las clases de natación. Cuando él y Rosa eran tan pequeños como Tony a menudo compartían la cama, huían juntos de esa raza específica de perros y luchaban frenéticamente por el ancladero de vello húmedo del cálido pecho de Lionel Burger en la piscina fría. Enviaron a Baasie a casa de su abuela; aparentemente no tenía otra madre (de todos modos tenía a la de Rosa), y su padre, un organizador del Congreso Nacional Africano oriundo del Transkei, iba y venía demasiado para poder ocuparse de él.

Los parientes Nel vivían entre la granja y el hotel. Tres iniciales y un apellido sobre el portal del bar y la entrada principal de la galería del hotel representaban al tío Coen. Iba y venía de sus cobertizos para tabaco y ganado a la ciudad en un cochazo norteamericano de color amarillo, con protectores de goma para que no entrara barro en el chasis. La tía Velma dirigía la administración del hotel y conducía a toda velocidad una furgoneta con cortinas fruncidas, del hotel a la granja, a la estación de trenes con el fin de recoger pescado fresco para el segundo plato de la carta, a escuelas dispersas, todos los viernes, a buscar chicos, y los domingos a la iglesia. Tony tenía sus ladrillos y un primo que aún no había llegado a la edad escolar; gradualmente Rosa fue eligiendo, cuando el coche o la furgoneta volvían a la granja, quedarse en el hotel.

Cada vez pasaba más tiempo atrincherada en las dos habitaciones cuyas puertas decían **ESTRICTAMENTE PRIVADO - STRENG PRIVAAT**, en el extremo de la galería. Estas habitaciones no tenían número. Había, en cambio, en el lado exterior de una, un reloj de madera con grandes agujas, un cuco de alambre y plumas, y una inscripción en pirografía: Querido amigo, si

viniste y no estábamos, por favor antes de volverte escribe tu nombre. Y la hora. ¡Vuelve! COEN Y VELMA NEL. De una cuerda colgaba un bloc pero faltaba el lápiz. El artilugio era fácilmente reconocible para cualquier chico como algo del propio sistema de significados de la infancia. Más allá de todo talismán hay un mundo personal no relacionado y por lo tanto no afectado por lo que se pierde o se gana, lo que desaparece o es sustituido, en acontecimientos a cuya merced se encuentra el niño. Ella sabía reconocer un símbolo, una contraseña, cuando los encontraba. Nunca salía del hotel de los Nel sin alargar la mano y situar las agujas de madera en la hora de salida. (A ella y a Baasie les habían regalado relojes para navidad. Siempre se acordaba de quitarse el suyo antes de bañarse; Baasie no lo hacía.)

Desaparecía debajo del falso reloj de cuco mientras corría pasillo abajo en medio de un juego con los hijos de los huéspedes del hotel. Niños que también desaparecerían por la mañana. Pero en esas dos habitaciones que mostraban la leyenda STRENG PRIVAAT nadie podía pasar una noche como en los otros cuartos del hotel, dirigiéndose temprano, a la mañana siguiente, al Parque Kruger o a la siguiente parada de la ronda rural de un viajante de comercio, las camas rápidamente deshechas por las camareras Selena y Elsie bajo las luces que dejaron encendidas los que se fueron, la bandeja del café matinal y las botellas de cerveza vaciadas por la noche en el pasillo. Todas las habitaciones numeradas eran iguales, todo el papel higiénico rosa; las alfombras angostas junto a las camas tenían motas color mostaza; entre las camas gemelas una radio sujeta a la pared y encima de cada cabecera una reproducción en colores de una escena callejera con idénticos árboles, taxis, gente bebiendo, chicas con tacones altos, y caniches. Rosa sabía leer muy bien pero los carteles de las tiendas estaban escritos en un idioma extranjero; la única palabra reconocible era «París»... un lugar distante, en Inglaterra, explicó a Selena y a Elsie mientras las seguía de habitación en habitación, hablando alto para que la oyeran a pesar del ruido de la aspiradora y de la radio que dejaban encendida mientras trabajaban.

Las dos habitaciones donde no se permitía la entrada de huéspedes eran tal como cualquier niño habría deseado, como ella misma las habría planeado: abarrotadas, repletas de tesoros cuyo origen era tan individual como anónima la uniformidad del mobiliario del hotel, un mausoleo de fotos de boda y de bebés, *souvenirs* y curiosidades naturales. No había libros ni flores, no se parecía en nada a la casa —la casa de su padre—, pero guardaba tanta relación con el hotel como el armario lleno de tesoros de un chico con el ámbito de sus padres. La luz se filtraba por los barrotes de las ventanas contra ladrones, acogedoras con sus lianas de cortinas de tul y los sinuosos rododendros. Se tendía en la espesa alfombra del rojo que surge al cerrar los ojos para protegerse del sol, y miraba revistas de mujeres y el «Farmer's Weekly». Con un dedo menos en una garra, un periquito levantaba un párpado y luego el otro. Un cenicero de concha *deperlelemon*, un juego de té de Limoges en miniatura, un fragmento de fósil, una caparazón de tortuga, plumas de ibis sagrado con la punta negra que alguien había metido en un vaso de Vat 69... cada objeto cargado de recuerdos que ella sentía sin conocer la historia; el fértil desorden de fines personales perseguidos se encontraba allí, en su lugar.

Aunque nadie podía ir a esos cuartos, Rosa estaba autorizada a entrar y salir cuando quisiera. Por las mañanas, con el perro del hotel caracoleando en tres patas, vagaba por las amplias calles de tierra de detrás del camino principal. No se cruzaba con casi nadie; una mujer blanca que iba a la compra a pie, una bicicleta zigzagueante. Las casas —pequeñas y estropeadas, con techo de hojalata, oscuras galerías y ventanas que nunca se abrían, o a la buena de Dios, con aguilonos chabacanos que parecían buñuelos— no daban señales de vida salvo por el cloqueo de las gallinas y el frenesí de los perros que, como el que la acompañaba, estaban emparentados con el común progenitor de un cruce de pomerania y fox-terrier muy ladrador. Un cruce paralelo de jardines producía, a lo largo de las calles, la misma lujuria deslumbrante de buganvillas de color cereza, un dorado diluvio de trepadoras, hibiscos morados, el mismo mazapán rosa y crema rodeado del dulce confeti de sus propias flores colgantes, los mismos helechos aliagas y verdes papayos: los jardines «tropicales» artificiales de elegantes hoteles en balnearios de cualquier otro paraje del mundo. Se

desenredaban en manchones de maíz y calabaza donde terminaba la aldea, en metal caqui y herrumbrado fundiéndose con el *veld*. Cuando llegaba a estos serenos, silvestres y dormidos límites, repentinos crujidos conscientes de ella —la presencia de ratas o culebras, en una ocasión un nido de mínimos que bufaron y huyeron— le volvían la espalda.

Pero había mojones. Llegaba hasta un espacio de empedrado roto en el interior de bucles de cadena oxidada donde se devanaba los sesos con las letras grabadas en un obelisco de piedra, aunque ella era, como le decía tío Coen, «una señoritina bóer» que conocía su lengua materna, el afrikaans. La inscripción estaba en holandés y se remontaba a la época de la República Bóer del Transvaal; conmemoraba el emplazamiento de la primera *Gereformeerde Kerk* [Iglesia Reformada». (*N. de la T.*)] del distrito. Otra calle terminaba en la iglesia adonde la llevaba la familia Nel los domingos, con un sombrero prestado. Era un edificio nuevo, de esos que marcaban la existencia de una aldea desde kilómetros de distancia, en cada curva del paisaje. Su punta recubierta de cobre se hincaba en el cielo como un clavo trilátero gigantesco y brillante. La calle paralela al sendero más directo desde el *veld* hasta la localidad era el sitio donde negros o negras viejos la saludaban como si fuera adulta, donde los niños negros reían entre dientes y hablaban de ella, estaba segura, cuando pasaban a su lado con un pan o un paquete sobre la cabeza. Una vez un grupo que jugaba a una especie de «pilla pilla» rompió un paquete y cuando intentó ayudarles a recoger los gruesos granos de la harina de maíz derramada, se dio cuenta de que no sabían hablar afrikaans ni inglés.

Estaba descansando en el asiento que había descubierto por sí misma —las sólidas raíces superficiales de un marula, otro mojón—, cuando el anciano *oom* que solía sentarse a charlar en la galería del hotel con quien quisiera escucharlo, pasó por allí. Caminaba tan lentamente, aparentemente usando su rígida cadera como bastón más allá del cual arrastraba la otra pierna, que lo reconoció desde lejos. Se detuvo a su lado y le habló en afrikaans.

—¿Qué hace una niña fuera de la escuela a esta hora? —ella sólo pudo reír sin responder, como habían hecho los negritos cuando les dirigió la palabra—. ¡Niña mía! ¡Venga! ¡Ve a casa! Tu madre te está esperando. Tu pobre madre espera que vuelvas de la escuela.

Se levantó y se sacudió el vestido. El perro olisqueó los pantalones del viejo y se alejó de un salto, ladrando. Ella no le dijo: mi madre está encarcelada. El no podía entenderlo. La cárcel estaba camino abajo, detrás de la comisaría donde ondeaba la bandera. Un pequeño edificio de piedra y en el patio del fondo, donde guardaban el coche celular, barracas de hojalata con ventanas enrejadas. Los reclusos eran negros descalzos con pantalones cortos y flojos a quienes cualquiera podía ver cortando la hierba con pedazos de hierro afilado alrededor de las oficinas municipales.

Daniel, el camarero del bar que atendía las mesas de la galería, se sentaba en una caja de cerveza volteada, en la acera, cuando no había parroquianos. Usaba una chaquetilla de color rojo con solapas negras de gro que olía penetrantemente a sudor cuando movía los brazos, corbata de lazo, gorra roja y negra con visera, zapatos de charol negro cuyo lustre se agrietaba sobre las extrañas protuberancias de sus pies. Al igual que Selena y Elsie, iba andando a través del polvoriento *veld* desde la localidad, todos los días. Rosa brincaba en la acera, yendo y viniendo delante de él mientras hablaban. Le describió Johannesburgo, que él nunca había visto.

—Cuando usted se vuelva yo también iré. Iré a trabajar a su casa. Con su padre.

Ella respondió que no, que Lily Letsile trabajaba para su madre y su padre. El le informó que tenía cinco hijos y que enviaría a uno de los chicos a trabajar en su jardín.

—¿Cuántos años tiene?

—Se está haciendo grande. Me parece que ahora se acerca a los trece.

—Entonces tendrá que ir a la escuela en vez de trabajar en el jardín. Los niños no trabajan. Pero es demasiado grande para ir a la escuela con Baasie y a la mía sólo van niñas.

Daniel rió y rió, como si hubiera dicho algo muy divertido.

De pronto le dijo:

—Mis padres están en prisión.

Daniel bajó y meneó la cabeza, soltó unos gañidos, refunfuñó y le clavó una mirada de reproche.

—No diga eso de sus padres. Siempre la cuidan bien, la envían a una escuela hermosa, hacen todo por usted. No diga eso.

El camarero blanco tenía patillas negras y la piel brillante; usaba un cinturón con una hebilla en forma de cabeza de león. Una vez se lo quitó y persiguió a Tony y al primo para echarlos del bar cuando estaban fastidiando, pero sólo era un juego. Daniel le contó a Rosa que Baas Schutte usaba el cinturón si descubría a alguno de los camareros robando bebidas; éste era el tipo de charla que permitía pasar las horas, en la calle.

—¿Tú lo viste? —no estaba del todo convencida de que alguien pudiera golpear a un adulto, aunque sabía que alguna gente abofeteaba a sus hijos.

—¡Allí, en el patio! ¡Lo tenía agarrado y el muchacho no pudo escapar! ¡Baas Schutte es muy fuerte! —Daniel rió otra vez.

—¿Cuál de los camareros?

Los conocía a todos; le llevaban su comida, entrando y saliendo a paso quedo por las puertas de batiente del comedor a la cocina, con sus ráfagas de olores y ruidos; jugaban por dinero con tapas de botella o se echaban a fumar bajo el sol fuera de la cocina.

—¿Jack? ¿Era Jack? —había oído una discusión de tía Velma con Jack por la mostaza seca en los potes de metal que ponían sobre las mesas.

—¿Jack? Jack no es camarero del bar! ¿Por qué se preocuparía Baas Schutte por Jack? El que digo ya se ha ido. No puede trabajar más en los alrededores. Se ha vuelto a su tierra. ¡Le tiene mucho miedo a Baas Schutte! —Daniel batió palmas en su bandeja de hojalata.

Harry Schutte solía llevarla a su lado cuando salía en la furgoneta donde se leía el nombre del hotel y las palabras «Venta de licores». Bajaba de un salto en casa del contratista de portes, en la ferretería, en la agencia de propiedades y seguros donde trabajaba su novia; parecía olvidar a Rosa, pero siempre volvía con un helado o una pipa de regaliz para ella. La novia se apoyaba en la ventanilla de la furgoneta y coqueteaba con él a través de la niña.

—¿Cuándo volverá tu mamá del extranjero? ¿No quieres venir a quedarte conmigo? Tengo una casa muy bonita. ¿No es verdad, Harry? Y también dos cachorros... pregúntale a Harry.

Cinco semanas después de haber llegado con su hermano, Rosa estaba sentada en la caja de Daniel mientras éste atendía a la gente que llenaba las mesas de la galería desde media mañana. Era sábado. Un grupo de colegialas voluptuosas vestidas de deporte bajaban a saltitos por la calle principal, camino de una reunión deportiva. Unas mujeres negras vendían tortitas de maíz mientras sus bebés se arrastraban por debajo de las toallas de colores que usaban como chales. Granjeros cuyos sombreros ocultaban sus ojos esperaban a esposa e hijos que entraban y salían precipitadamente de las tiendas, chupando golosinas y apretando paquetes. Niños negros que iban detrás de sus padres humildes, desastrados y descalzos, cubiertos por encima de las rodillas con uniformes escolares que sólo se podían dar el lujo de comprar una vez en años, de modo que los pequeños parecían alfeñiques con vestimentas enormes, y los más grandes llevaban versiones reventadas y casi irreconocibles de los mismos. Jóvenes petimetres blancos aceleraban levantando polvo bajo las ruedas de sus coches, cuyas radios dejaban oír fragmentos de música. Jóvenes negros en simbólica imitación del mismo estilo —una bicicleta con manillar de carrera, un transistor en bandolera, cierta manera de gaudular contra las columnas del bar griego donde vendían cucuruchos de pescado con patatas fritas, enfrente del hotel— cruzaban de vez en cuando, obligando a los coches a eludirlos, para recoger colillas de cigarrillos que tiraban los parroquianos del hotel en la galería. Daniel sudaba en su ajeteo; los clientes subían los peldaños más allá de Rosa: grandes piernas marmóreas de una joven que le pidió a gritos una coca-cola con doble ron, primorosas chiquillas con bolsos en miniatura que entraban de la mano en el hotel. *Pregúntale al chico dónde está el servicio.* Los padres ante sus cervezas como si no se conocieran, las abuelas desparramadas en sus asientos como pan fermentado; los frágiles abuelos a quienes gritaban sus hijas de edad mediana, las jovencitas mohínas que no miraban a su familia, sorbiendo en pajitas con los ojos

entrecerrados, pretendiendo hacer caso omiso de las miradas de los transeúntes. Esposas de granjeros con cajas de pasteles intercambiaban gritos de saludo por encima de la cabeza de Rosa. El perro del camarero la ignoraba en el erizado placer de acercarse al pomerania del empleado del ayuntamiento de cuya estirpe era descendiente lejano. Esta vida ordenada rodeaba, cubría, envolvía a Rosa; el orden del sábado, el orden de la jerarquía familiar, el orden de los negros en la calle y los blancos a la sombra de la galería del hotel. Su flujo la contenía mientras hacía tamborilear sus talones desnudos encima de la caja de Daniel, sus voces la protegían. De repente se asomó su tía con la confidencial sonrisa de comediante de una mujer de mandíbula prominente.

—¿Sabes una cosa? Mami vendrá a buscaros.

Al nivel de sus ojos pasó un crío que retenía en su puño un dedo de la manaza de su padre.

—¿Y papi?

—Todavía no, Rosa.

Los cargos contra su madre habían sido retirados. Su padre salió en libertad bajo fianza poco después de que ella y su hermano volvieran a casa; el proceso duró veintiocho meses hasta que el tribunal anuló las acusaciones contra él y otros sesenta encausados entre noventa y uno sometidos a juicio. Entonces hubo una fiesta en casa de los Burger, más alegre que cualquier boda, más catártica que cualquier velatorio, más triunfal que cualquier *stryddag* celebrado por los granjeros del distrito de Nel en honor del poder blanco, herencia de sus antepasados que Lionel Burger traicionó.

Ahora eres libre. El conocimiento de que mi padre no estaba allí, no estaría allí nunca más, que no quedaba sencillamente oculto por los muros y las ventanas con rejas; el infantil dolor de tripas que me abandonó en medio de todos los que necesitaban gemir, aullar, mientras yo no podía decir nada, no podía decírselo a nadie: repentinamente fue otra cosa. Ahora eres libre.

Yo le tenía miedo: el tipo de descubrimiento que lo deja a uno frío y precavido.

¿Qué hace uno con este conocimiento?

La autoritaria alegría de Flora Donaldson en manejar la vida de otros me vio partiendo a otro país: siempre en África, por supuesto, porque era el sitio donde mi padre había ganado para todos nosotros el derecho a pertenecer. ¿Acaso no era éste nuestro pacto, ocurriera lo que ocurriese? Me viste en la cárcel. Realmente, finalmente, inevitablemente. Tú no me visualizabas marchándome, viviendo una vida distinta a la que la única necesidad —¿necesidad política?— me había hecho llevar hasta ese momento. Tú, siempre mirándote el ombligo a la caza del «destino individual»: ¿no comprendiste que todo lo que aquella chica hacía surgía de lo que existe entre hija y madre, hija y hermano, hija y padre? Cuando me mostraba pasiva, en esa cabaña, si hubieras sabido... Yo luchaba con un monstruoso resentimiento contra la llamada —¡no del Partido Comunista!— de la sangre, de los genes compartidos, del semen del que había brotado y del cuerpo en el que había crecido. Estaba a las puertas de la cárcel con un edredón y un mensaje escondido para mi madre. Tony está muerto y no hay otro hijo para ella, salvo yo. Doscientos diecisiete días con el pañuelo de cachemira en el bolsillo, mientras los testigos ocupaban y desocupaban el banquillo condenando a mi padre. Mi madre está muerta y sólo quedo yo para él. Sólo yo. Mis estudios, mi trabajo, mis amores deben adaptarse a las visitas bimensuales a la cárcel, de por vida, mientras él viva... si hubiera vivido. Mis profesores, mis jefes, mis hombres tienen que aceptar esta prioridad. No tengo pasaporte porque soy la hija de mi padre. La gente que se relaciona conmigo debe estar preparada para ser sospechosa porque soy la hija de mi padre. Y hay más, más de lo que sabes... yo quería ser abogada, pero no tenía sentido: era muy improbable que a mí, la hija de mi padre, me permitieran ejercer el derecho. De modo que tuve que ser otra cosa, cualquier cosa, algo que pasara como políticamente inocuo, por qué no en el campo de la medicina, yo, la hija de mi padre. ¡Y ahora él está muerto! ¡Muerto! Merodeé por aquel jardín abandonado —descendiente de la vieja Lolita cazando dioses hotentotes en la hierba que había cubierto la pista de tenis— y supe que tenía que haber deseado su muerte, que el regocijo y la tristeza eran lo mismo para mí.

Teníamos en común terribles secretos infantiles en la casita de latón. Tú puedes follar con tu madre, yo puedo desear la muerte de mi padre.

Hay más. Más de lo que adivinaste o me sonsacaste en tu curiosidad y envidia, hablando con las luces apagadas, más de lo que yo misma sabía o quería saber hasta que empecé a escucharte, incapaz de detenerte, aunque la forma de tus pies conservada por el sudor en tus calcetines tirados, la duda de que el dinero del bolsillo pequeño sin el botón en la cintura de tus téjanos fuera a parar donde el vigilante confiaba que fuera... estas familiaridades veniales de la exudación corporal o la tortuosidad mental me eran repugnantes aunque no las criticaba ni las revelaba por lealtad. Como cuando mi hermano Tony birlaba sellos del escritorio de mi padre y los vendía un céntimo o dos más caros que los de Correos a los sirvientes de los alrededores que escribían a sus hogares de Malawi y Mozambique, o cuando se delataba a sí mismo soltando pedos de angustia cada vez que mentía, pobrecillo. La mañana del sábado que Tony se ahogó lo vi llevar a sus amigos a nadar y le dije que no fanfarroneara zambulléndose. Me lo prometió, pero yo me olí algo raro.

Hay más aún. Mi sueco, el Marcus cuyo nombre no sacabas a colación porque pensabas que sería doloroso para mí, no tenía importancia, daba igual que se fuera o se quedara. Lo que hubo entre nosotros... como dice el lenguaje del contrato emocional... Eso es fácil. Quería hacer una

película sobre mi padre, en Estocolmo. Sería un *collage* de pruebas documentales de acontecimientos y vínculos ficticios, en la que un actor interpretaría el papel de mi padre. Yo tenía que revisar fotos de actores suecos y decir cual consideraba más parecido a Lionel Burger. Porque Marcus nunca pudo verle, desde luego. Ni siquiera tal como estaba entonces, en la cárcel. Un fin de semana fuimos juntos a una aldea del Transvaal para que le mostrara el tipo de ambiente en que había crecido mi padre. También fuimos a Ciudad del Cabo porque allí asistió mi padre a la escuela de medicina. Claro que no fue ésta la razón que el sueco le dio al rector. Entró en la escuela para filmar algunas tomas, explicando que estaba haciendo una película acerca de los sorprendentes trasplantes cardíacos de Sudáfrica. Pero la verdadera razón para ir a Ciudad del Cabo no era siquiera aquella que ocultamos, la verdadera razón fue hacer el amor en el mar. El experimentaba por la naturaleza la pasión sexual que, imagino, es peculiarmente nórdica. Algo que tiene que ver con el frío y la oscuridad, y con el breve período en que no hay noche y nadie duerme. El lo llamaba «verano de la libélula», como un largo y extraordinario día brillante en el que se cumple un ciclo vital completo.

Nosotros aceptamos la naturaleza con más indiferencia, el sol siempre está aquí. Excepto en la cárcel; incluso en África, las cárceles son oscuras. Lionel me contó que el sol nunca entraba en su celda, sólo el reflejo coloreado de algunos atardeceres, que formaban un paralelogramo cubierto por la delicada luz perlada, quebrado por la interrupción de los barrotes, sobre la pared opuesta a su ventana.

El sueco tenía las nalgas tan bronceadas como la espalda y piernas: una unidad, como si su cuerpo no tuviera secretos. Era hermoso. Y lo sea o no yo, él lo creía y extraía de mí —es la única forma que tengo para describir el orgullo y el aprecio, la sencillez de su paciencia y su habilidad— tres orgasmos, uno tras otro, cada placer prolongado hasta los límites del anterior, así como el agua roza su propia línea de la marea alta en la arena. Nunca me había ocurrido antes. Y cuando Lionel murió, me escribió. Dijo que intentaría pasar un fragmento de la película inacabada si el grupo antiapartheid escandinavo celebraba una reunión en su memoria. Se había ofrecido a conseguirme, a través de las relaciones de su mujer, un pasaporte en el extranjero, si alguna vez podía marcharme. Tal vez desde su seguridad, desde su estado benefactor en el cual los grupos de izquierdas eran como asociaciones de madres o Rotary Clubs y las perspectivas socialistas no contenían ningún peligro, ser durante uno o dos meses el amante de la hija de Lionel Burger era lo más parecido a acercarse a las barricadas. No me molesta. ¿Qué otra cosa era yo?

Te conté que mi «noviazgo» con Noel de Witt era un ardid para que pudiera mantenerse en contacto estando encarcelado. Me dijiste, con la insistente apetencia de los que sienten curiosidad por aquello con lo que no quieren tener nada que ver: Te refieres al movimiento comunista clandestino. ¿Te usaban para mantenerse en contacto con él?

Sí, naturalmente, era lo obvio, una excelente idea, resolvieron todos.

—¿En esa casa?

Sí, claro, en nuestra casa; era lo natural, a nadie se le ocurriría sospechar. Noel era uno de los compañeros conocidos de mi padre, de cualquier manera vivía prácticamente con nosotros y no tenía nada de extraordinario que supuestamente pensara en casarse con la hija de Lionel Burger. Las prometidas tenían los mismos privilegios que las esposas de los prisioneros: visitas, cartas y demás. Sin mí Noel no habría tenido a nadie; era medio portugués, su madre tenía la entrada prohibida en Sudáfrica porque era simpatizante del Frente de Liberación de Mozambique y en una ocasión había sido arrestada por los portugueses; su padre había desaparecido en algún lugar de Australia. ¿Quién podía haberle llevado libros y papel para escribir? Mis padres sabían lo que significan estas cosas cuando estás adentro: la visión de un rostro indicativo de que el exterior todavía existe, un rostro que supone que otros siguen adelante con lo que ha de hacerse. E incluso el ingenio, la burla al director de la cárcel, que no puede negarle a una «novia» el permiso para ver a su chico, los carceleros que sienten una furtiva complacencia incluso con un comunista cuando éste mira a su novia desde el otro lado de la barrera de la sala de visitas... eso daba confianza. Esta era una de las

satisfacciones que no pusiste en la lista de nuestros placeres en esa casa: ser más listos que la policía. Noel entró alegremente en el espíritu de la cuestión. Cuando notó el anillo que había aparecido en mi dedo en la primera visita, no dejó de preguntarme si estaba segura de que me gustaba. ¿Segura, completamente segura? Insistía con la gozosa persuasividad de quien sabe que ha elegido exactamente lo que su amada deseaba. Mi madre consiguió el anillo que yo llevaba pidiéndoselo a Aletta Gous, sabiendo que ésta revolvería cielo y tierra en busca de lo más acertado, en este caso un pequeño diamante redondo engarzado en un montículo de metal filigranado color acero, pieza indispensable para prometerse en una aldea. No creo que fuera falso; en algún momento de los años treinta, Aletta había sido una jovencita de una población rural y había estado a punto de casarse con el joven que llevaba el garaje de su padre y era ujier en la iglesia de una secta holandesa reformada denominada los *Pinksters*. Cuando se proscribió a sí misma fugándose a la ciudad y participando en reuniones callejeras del Partido Comunista, probablemente alardeó de su garboso desdén por las convenciones burguesas violadas conservando su endeble argolla.

Mío es el rostro y mío es el cuerpo cuando Noel de Witt ve a una mujer una vez por mes. Si alguien en nuestra casa —en esa casa, tal como tú me la has hecho pensar— lo comprendió, nadie lo tuvo en cuenta. Todavía vivía mi madre. Si lo pensó, si lo vio —y al menos ella podría haber considerado esta posibilidad—, decidió no verlo. A solas en la cabaña de latas contigo, cuando no tenía nada más que pensar, cuando callaba, cuando no te interrumpía, cuando no podías sacar nada más de mí, cuando no te prestaba atención, la acusaba. Cortaba ramas en el jardín suburbano convertido en vertedero de basuras donde estaba aislada contigo. Las hierbas rompían filas cuando yo pisoteaba papeles retorcidos sucios de excrementos humanos, botellas y trapos tirados entre los aromáticos matorrales donde solían perderse las pelotas de tenis. Lo acusaba *a él*, a Lionel Burger, por saber, como sin duda sabía, que yo haría lo que debía hacerse.

Todos los meses me decían qué debía comunicar con el pretexto de mi carta de amor. Por la noche, sentada en la cama de mi antigua habitación en esa casa, fumando cigarrillos cuando todavía no tenía dieciocho años, escribía una y otra vez las quinientas palabras. Nunca sabía si había logrado escribir con el efecto de una simulación (para que él lo leyera como tal) lo que en realidad sentía por Noel tan tierna y apasionadamente. Las fechas de mis visitas debidas estaban señaladas en el calendario de atrás de la puerta de mi dormitorio, iguales a las que marcaban el paso de los días en mi diario, en el que (bien amaestrada) nunca escribía nada que pudiera proporcionar indicios de mi vida. Cuando finalmente llegaba la noche anterior al día propiamente dicho, me lavaba la cabeza; antes de partir hacia la cárcel me ponía perfume entre los pechos y también me frotaba un poco el vientre y los muslos. Escogía un vestido que dejaba mis piernas al descubierto, o pantalones y una camisa que enfatizaban mi femineidad con su ambigüedad sexual. Huéleme, olfatea mi carne. Encuéntrame, recíbeme. Todo ello en un irreflexivo impulso de necesidad e instinto que podríamos llamar inocente y que tú denominabas «real». Siempre llevaba una flor. En general los carceleros no permitían que él se la quedara (de vez en cuando la sentimentalidad de alguno hacia las «noviecitas», o la vicaria excitación sexual que obtenía otro haciendo de alcahuete, lo llevaba a dejar pasar el regalo). Yo mantenía la flor en mi regazo o retorcía el tallo entre las manos, donde Noel podía disfrutar de su visión y saber que era para él.

Leyendo en el coche mientras me esperaba al otro lado de las puertas de la cárcel, mi madre levantaba la vista al oírme volver, con la expresión sagaz, ansiosa, cómplice y acogedora con que me aguardaba de pequeña a la salida de la escuela los primeros días de clase. ¿Lo había hecho bien? Allí estaba mi apoyo, mi recompensa y la garante a quien había contratado para mi actuación. En casa, mi padre, con las manos sobre mis hombros detrás de la silla en la que me sentaba a la mesa (su forma, desde que era pequeña, de acariciarme cuando volvía de ver sus pacientes y se detenía allí un momento) me interrogaba acerca de lo que Noel había logrado transmitir bajo el disfraz del amor. ¿Era verdad que Jack Schultz había sido trasladado a otra sección de la penitenciaría? ¿Habían hecho los presos políticos una huelga de hambre durante dos días la semana anterior? Yo siempre recordaba exactamente lo dicho en el diálogo entre Noel y yo, aunque —como ocurrió más

adelante con mi padre— había otros presos que hablaban con sus visitantes al mismo tiempo y muchas veces se cruzaban caóticamente con la suya y la mía. Recordaba palabra por palabra, el giro exacto que Noel había dado a una frase, su cadencia... de modo tal que al descifrar su significado — intercambiando miradas para confirmar la interpretación—, mi padre, mi madre y yo podíamos tener la certeza de que cada matiz había sido deliberado. También contaban con que yo había encontrado la forma de transmitir los mensajes que me habían confiado.

Cuando me dieron el carnet de conducir y empecé a ir sola a la cárcel para visitar a Noel, después de verlo conducía lentamente alrededor de los límites de los edificios de ladrillo rojo enjaulados en alambre de púas, con altas atalayas donde descansaban las armas y las luces. Vueltas y vueltas en primera, tantas veces como me atrevía para no despertar sospechas. Observé que no había escapatoria. Si es que eso era lo que buscaba; tal vez esperaba una señal —detrás de esos muros a cuya base ni siquiera se permitía la proximidad de una hierba, tan imponentes y recónditos y sin embargo tan vulgares— que me informara dónde estaba ahora él, en una celda cuya rendija hueca de malla metálica podía ser ésta o aquella. Me dejaba atolondrada el esfuerzo de seguir mentalmente sus pasos por los pasillos que había vislumbrado, a través de los olores de desinfectantes para retretes, de cera para suelos, de carne nauseabunda cociendo a fuego lento, cuyos efluvios había percibido. Si apartaba la mirada de los muros y la dejaba posarse en las casas de los carceleros, solía ver a unos niños jugando en los pequeños jardines, mientras chirriaban las cadenas oxidadas de sus columpios. Resultaba más fácil seguirlo hasta otra vida que él podía estar viviendo, conmigo en una granja (la que conocí de niña, con ramas de tabaco flácidas como guantes vacíos en el cobertizo de secado); él quería ser granjero (yo había reunido toda la información posible) aunque se había licenciado en ciencias y trabajaba en una fábrica de pinturas antes de convertirse en preso político. ¿Por qué razón debía ir yo a Tanzania o ser rescatada por Marcus y su mujer en Suecia? ¿Por qué no podíamos irnos Noel de Witt y yo a cultivar la tierra, a criar hijos míos que se parecerían a él, a plantar zarzos o tabaco o maíz o cualquier cosa que él quería hacer florecer y no podía, así como un nudo de hierba resistente era incapaz de abrirse paso entre los ladrillos de esos muros?

Hice —como tú dices— lo que se esperaba que hiciera. No era una impostora. Una vez por mes iba a donde me enviaban para llevar sus mensajes y recibir los de él; una chica se presentaba ante él con los labios sonrientes, la mirada fija aunque evasiva, los pechos un poco caídos cuando se agachaba, una flor como símbolo de lo que guardaba entre las piernas. No despreciábamos a las prostitutas en esa casa —nuestra casa—: las veíamos como víctimas, por fuerza, mientras perdurara cierto orden social.

Cuando Noel de Witt cumplió la condena, las autoridades carcelarias, como hacían a menudo con los presos políticos, le abrieron las puertas a primerísima hora de una mañana, pocos días antes de la fecha prevista para su liberación, y le dejaron salir con la vieja bolsa de una línea aérea llena de ropa y el reloj que le habían quitado al ingresar dos años atrás. El sabía que lo procribirían o decretarían el arresto domiciliario una semana después; tenía escondido en la ciudad un pasaporte australiano con el que podría abandonar el país si era lo bastante rápido. No se atrevió a ir a nuestra casa. Desde una de las verdulerías portuguesas que abren cuando llegan del mercado las provisiones, al amanecer, telefoneó a alguien que vivía en la periferia y en quien podía confiarse que ahora hiciera lo que correspondía, como yo lo había hecho antes... alguien que tenía el pasaporte australiano a buen resguardo. Al llegar a Inglaterra, Noel envió una carta a través de otro contacto, informándole a mi padre de estas cosas. Había una nota adjunta para mí, tierna y divertida, en la que me agradecía las cartas que tanto le habían alegrado, las visitas que le habían permitido seguir adelante, los dulces que con zalamerías había logrado que le entregara el jefe de carceleros Potgieter, los libros inteligentemente elegidos que había conseguido hacerle llegar porque eran esenciales para sus estudios. Frases de un veterano de hospital agradecido. Llegaron flores sin tarjeta y me dijeron que Noel había dejado una parte del poco dinero que tenía para que me las enviaran.

Esas fueron mis cartas de amor. Esas visitas significaron mis años locos. Todo esto pude entender en la casita de lata.

Un día me quejé, con un tópico:

—Estoy harta de este trabajo.

Me habías ido a buscar al hospital donde yo trabajaba y volvíamos en el coche. Cuando nos hablábamos estaba presente el atributo clandestino de hablar con uno mismo, el sarcasmo y la tentación de la culpabilidad mutua. Me reconociste en ti en lugar de mirar hacia mí.

—Hasta los animales poseen el instinto de correr un kilómetro para alejarse de la enfermedad y la muerte; es natural.

El tópico que yo había empleado inintencionadamente se me escapó; era una observación inofensiva que pertenecía al mismo nivel de comunicación que «Me duele un poco la cabeza». No había sentido de las proporciones para estas cosas en aquella cabaña; las observaciones, las imágenes, los incidentes casuales se apoderaban de mí; surgieron las páginas sin numerar. Las leía repetidas veces, su escritura aparecía en todo lo que yo miraba, pupilas de yema de huevo amarilla separándose de las blancas claras contra el borde del cuenco, leves marcas atrigadas de ascendencia rudimentaria en la panza del gato negro, la lenta fusión alfabética de identidad en identidad, cambiando una letra por vez al deletrear los nombres en la libreta telefónica. Todo hablado al amparo de tus sonidos cotidianos en el violín y los pandeos del techo de lata que desplazaba los silencios, el coro del agua corriendo en el lavabo con incrustaciones calcáreas de color masilla como las de un hervidor viejo, los gritos de borracho del vigilante en su trayectoria por encima del murmullo del tráfico nocturno, mi silencio martillaba hosco, histérico, reiterativo sin palabras: harta, harta de los inválidos, de los que corrían peligro, los fugitivos, los estoicos; harta de tribunales, harta de prisiones, harta de enseñanzas depuradas por el reglamentario aguante del miedo y el dolor.

No obstante, abandoné la casita donde era posible esta especie de ferviente rabieta personal.

Dejé la casa infantil del árbol donde vivíamos en una intimidad absorbente sin las reservas de la responsabilidad adulta, aceptando las respectivas intrusiones como un derecho de pernada, tratando la mugre del otro como propia, así como el pequeño Baasie y yo habíamos celebrado tiempo atrás la misa negra de los niños, probando con un dedo la hiel de nuestra propia caca y la salinidad de nuestro propio pis. Aunque tú y yo nos acurrucábamos en la misma cama buscando calor, nunca me molestó que te acostaras con la chica que te enseñaba español. Y tú sabes que habíamos dejado de hacer juntos el amor meses antes de que yo me largara, consciente de que se había convertido en una relación incestuosa.

Era como una enfermedad que nadie mencionaba entre los parientes de mi padre con quienes nos quedamos de pequeños. Una enfermedad que resultó fatal: vinieron a presentar sus respetos, mi tío y mi tía, los bondadosos y amables Velma y Coen Neis, cuando acudieron a mi lado para oír la condena a cadena perpetua.

Tony era muy feliz ayudando a cocer ladrillos en un juego serio de pastelitos de barro, con los trabajadores de la granja que lo llamaban «amito» (aunque éste era el nombre de *Baasie*) y jugando con niños negros semidesnudos que quedaban atrás cuando él y el primo Kobus entraban en la finca para tomar leche con tarta. En seguida comprendí que Baasie, con quien yo había vivido en esa casa, no podía venir aquí; entendí lo que quería decir Lily al afirmar que no le gustaría. Olvidé a Baasie. Fue fácil. Aquí nadie tenía un amigo, un hermano, un compañero de cama, un partícipe de padre y madre como él. Los que se debían mutuamente amor y cuidados eran identificables mediante la sencilla regla del parecido familiar, desde los ancianos debilitados hasta el bebé de cara arrugada en el cochecillo de la pareja recién casada. Todos los sábados veía con mis propios ojos a esta gran familia humana definida por la piel blanca. En la iglesia adonde nos llevaba mi tía los domingos por la mañana, niños pulcros y primorosos, nos sentábamos entre los vecinos blancos de las granjas de los alrededores y de la aldea, a quienes el predicador nos decía que no debíamos hacer a los demás lo que no queríamos que nos hicieran a nosotros. El camarero al que el otro había golpeado con su cinturón no aparecía por allí; estaría en su lugar, debajo de los árboles, fuera del alcance de la vista de las granjas, donde los negros cantaban himnos y golpeaban viejos tambores, en la iglesia de hojalata de la localidad. Harry Schutte no asistía a la iglesia (los sábados por la noche, cuando los equipos de rugby de los granjeros ponían fin a la actividad deportiva), llegaba desde el bar el estruendo de canciones y el estrépito de vasos rotos, pero había trabajado duro para dormir en la casa y nunca olvidaba el helado para una chica que podría haber sido de su familia (al fin y al cabo él y mi padre habían nacido en el mismo distrito). Daniel conocía la fuerza del brazo tatuado del que estaba a salvo en tanto no cogiera la botella del hombre blanco y se contentara con tragar las heces que quedaban en la copa.

Para el hombre que se había casado con la hermana de mi padre, la granja «Vergenoegd» era un don de Dios que pertenecía a ella por herencia, hipoteca, préstamo bancario y los beneficios que él obtenía; el hotel era de mi tío según el cartel pintado sobre la entrada en el que aparecía su nombre como concesionario, la tienda de bebidas era suya por la extensión del mismo permiso de venta. Sus hijos heredarían todo por un derecho igualmente indiscutible; el chico que jugaba con Tony haría prosperar el tabaco, el pelitre —cualquier cosa que el mundo crea necesitar y pague—, aquello que Noel de Witt nunca se daría el lujo de cultivar.

Cuando la prima que tenía mi edad venía a casa desde el internado para pasar el fin de semana, hacíamos de señoronas en el hotel y en la granja, algo que ella asumía con toda naturalidad. Daniel recibía la orden de servir coca-cola; importunaba al cocinero del hotel para que pusiera pasteles en el horno; un trabajador de la granja reparaba su bicicleta, un chico del *kraal* le llevaba huevos de hormiga para alimentar a la inofensiva serpiente de una condiscípula, una criada de la cocina debía lavar y planchar el vestido que se le ocurría usar. Su madre no tenía otra pretensión ni otra obligación salvo la de complacer a su hija.

Con esta prima compartía la segunda mitad de mi nombre; era el nombre de nuestra abuela común, muerta tiempo atrás. Marie me mostró la tumba de nuestra abuela, cercada junto con otras de la familia, en la granja. El nombre MARIE BURGER estaba grabado en un espejo de lisa piedra gris con vetas brillantes. En la fosa había domos de cristal empañados por la condensación, debajo de los cuales se habían desteñido unas rosas de plástico.

Tú pensabas que me habían puesto el nombre en memoria de Rosa Luxemburg, y el nombre por el que siempre me conocieron así como la primera mitad disfrazada de mi nombre de pila, parece reflejar el deseo de mis padres, si no una intención abierta. Nunca me hablaron de ello. Mi padre solía citar a la otra Rosa; aunque no tenía otra opción que adoptar el papel dominante del leninista revolucionario profesional, estaba convencido de que la fe de ella en el movimiento de masas elemental era el enfoque ideal en un país donde las masas eran negras y la selecta minoría revolucionaria desproporcionadamente blanca. Pero mi nombre de pila contenía también la reivindicación de MARIE BURGER y sus descendientes a ese orden, afianzado en las sanciones de la familia, la iglesia, la ley... todas contenidas en la sanción última del color, que se mantenía, sin planteamiento de ninguna naturaleza en el territorio, la aldea y la granja, donde yacía. *Paz. Tierra. Pan.* Tenían las tres cosas.

Hasta los animales poseen el instinto de apartarse de los sufrimientos. El sentido de la huida. Tal vez fuera una enfermedad no poder vivir la propia vida a la manera de ellos (aunque no a tu manera, Conrad), con la justicia definida en términos de respeto a la propiedad, la inocencia defendida en sus privilegios infantiles, el amor en su procreación y los cuidados sólo entre sí. Es una enfermedad no estar capacitado para pasar por alto esta condición de una vida sana y corriente: el sufrimiento de los demás.

Rosa Burger era de las personas que a mediodía comían en una plaza pública. El fresco viciado de las oficinas con aire acondicionado que acababa de dejar se evaporaba bajo el sol y los tibios sonidos de las palomas. Había una estatua. Las siseantes espitas de una fuente donada por una compañía minera suavizaba el ruido del tráfico y las voces; comió los sandwiches y la fruta que había comprado en una tienda que le quedaba de paso, todo envuelto en una ceñida membrana de plástico; otros compartían un picnic de amantes que sacaron de una cartera que los separaba en un banco del parque. Los niños y los ávidos pichones que se contoneaban eran alimentados con los mismos bocados de cardenal, unas chicas indias comían delicada y reservadamente con los dedos comidas al curry que habían comprado ya preparadas. En la hierba, unas mestizas se burlaban, cotilleaban y reían blandiendo huesos de pollo; unos negros con sus medias barras de pan en pedazos menudos tiraban del centro blanco como torundas de algodón. Había cubos de basuras con leyendas publicitarias (¿Por qué estar solo? Sal esta noche con una de nuestras encantadoras acompañantes) donde se arrojaban las sobras, que a su vez eran recogidas —mientras las palomas se ocupaban de lo que quedaba en la grava y la hierba— por diversas personas en diversos grados de necesidades. El chico que conducía al mendigo ciego buscaba patatas y pollo apenas mordido, otros negros agitaban paquetes de cigarrillos vacíos, y había mujeres y hombres blancos —andrajosos pensionistas y viejas con rala cabellera anaranjada y labios rojos inexpertamente dibujados a la luz de una vista defectuosa, que podían ser prostitutas en desuso— que escarbaban y se asomaban para hallar algo que les diera satisfacción. Las mujeres guardaban lo que encontraban en las bolsas de la compra hechas jirones; los hombres estiraban los periódicos recogidos.

Algunos negros dormían profundamente sobre la hierba, boca abajo; podían haber estado muertos. En los bancos que otros evitaban, vagabundos blancos con ojos azules de borracho y el fugaz atildamiento del pelo alisado en los servicios municipales, se acercaban entre sí con aspecto confidencial, iban y venían con la perruna y arrastrada dedicación de un único propósito: encontrar dinero para comprar una botella. De vez en cuando uno de ellos —que eran accesorios fijos del lugar, lo mismo que las palomas— se apartaba de los demás, borracho, dormido, o en una actitud de inercia e inmovilidad que no era ninguna de ambas cosas. Al ver a uno de éstos, Rosa eligió un banco al otro lado del paseo. Pero no tenía por qué pensar que el hombre se pondría pesado; tomó su almuerzo, dos críos corrieron de un lado a otro haciendo girar sus molinetes delante de él, una chica que lucía el nombre DARLENE en letras doradas, suspendido a ambos lados de una cadena también dorada alrededor de su cuello pecoso, besó a un joven durante todo el tiempo que tardó un camión de mudanzas, imposibilitado de girar en el semáforo porque había un coche aparcado, en maniobrar para retroceder en toda su longitud en la calle por la que había llegado; uno de los niños fue cogido por su madre y le dio unos azotes en el muslo; un gordo de traje azul dejó caer un helado de cucurucho que al instante fue picoteado por las palomas; el reloj, que sólo se oía en el radio de tres manzanas a la redonda de la vieja oficina de correos, dejó escapar la única nota temblorosa de la una en punto y en su momento dio la media hora; el hombre seguía inmóvil, sentado con una pierna sobre la otra a la altura de la rodilla, los brazos cruzados, la cabeza hundida hacia delante como la de quien se echa una siesta durante un discurso. Una paloma se posó en su hombro y volvió a alzar el vuelo, torpemente.

Pero ese instante en que el ave hizo una pausa e irguió el pico, indiferente y entrometida, modificó la atención de la chica pecosa y su acompañante, de Rosa Burger, de la madre y los dos críos, del hombre de traje azul. Todos se miraron como si de pronto tuvieran algo que preguntar. Empezaron a observar al hombre. Los niños estaban boquiabiertos. Se apretaron contra su madre pero ella los apartó, cogiendo las bolsas de supermercado como reclamando su propiedad, como

coartada de la normalidad de su presencia allí, descansando con sus hijos en la plaza, esperando la hora de llegada del autobús o que la fuera a buscar su marido. Se aproximaron otras personas de los bancos más alejados, y de la hierba. Dos vagabundos que se sostenían mutuamente se acercaron, haciendo los ademanes de un lenguaje de señales sólo por ellos conocidos; uno intentó refrenar al otro, que cogió al hombre del banco por el hombro en el que había aterrizado la paloma, y dijo un nombre. Eh, *Doug*, venga, hombre, *Doug*. El hombre no despertó pero tampoco se cayó. Permaneció estático, sólido como la estatua del magistrado, como si el eje donde una rodilla se cruzaba con la otra estuviese sujeto al banco como el magistrado estaba fijo a su peana mediante púas de bronce.

Los dos amigos retrocedieron, susurrando, dudando.

El novio de la pecosa observó a Rosa con mirada triunfal dando una respuesta, no haciendo una pregunta.

—Ese tipo está muerto.

—Ayy, yo me voy —su enamorada agitaba las manos en un gesto de apremio.

Los dos críos se acercaron pero fueron detenidos por su madre.

—¡Vamos!

No había ningún policía en los alrededores pero alguien fue a buscar a un agente de tráfico que llevaba en la mano un botiquín de primeros auxilios, con un hacha de juguete dibujada, como los que llevan los autobuses para casos de emergencia.

La gente avanzaba alrededor de Rosa, como a la espera de que le dijeran, de que le indicaran si debían ir por tal o cual camino. El único que no se enteró de nada fue el hombre. Los negros que estaban tendidos en la hierba como muertos, se levantaron y se acercaron a mirarlo.

Rosa, apartándose del grupo, se mezcló con los peatones que cruzaban la calle tropezando con los que lo hacían en sentido contrario, como un ladrón que intenta confundirse entre los demás transeúntes.

Trabajé para una publicación comercial, para un hombre que importaba cosméticos y perfume, para un asesor de inversiones. Renuncié al puesto en el hospital cuando te dejé a ti y abandoné la casita. Estaba viviendo sola por primera vez en mi vida: sin apuntalarme en la responsabilidad de nadie. Para nosotros —los que veníamos de esa casa— ésta era la auténtica definición de la soledad: vivir sin responsabilidad social.

Habían habido muertes en casa de mi padre, pero en cierto sentido la muerte de un vagabundo del parque fue la primera que vi. Almorzaba allí casi siempre mientras trabajé para Barry Eckhard, el financiero. En la decimosexta planta, los cristales ahumados de las ventanas volvían el clima de cada día medianamente fresco, ni verano ni invierno, ni de día ni de noche; fui a la ciudad para recuperar un sentido específico de estas cosas. Fui para ser anónima, como todos los demás. Aunque las oficinas de Barry ocultaban su función detrás de un típico ático —no sólo los tiestos con plantas como en los bancos, sino también una escultura indígena original y un juego de mesa cromado, que puesto a funcionar ilustraba un principio de la dinámica newtoniana—, disfrutaba revelando a sus clientes, aparentemente todos amigos íntimos, que la chica que le ayudaba era la hija de Lionel Burger. A veces la invitaban a restaurantes caros, donde sus sencillos almuerzos de pescado a la brasa eran prueba de que no se trataba de vulgares magnates.

En la pequeña plaza pública a la que iba nadie me reconocía y en consecuencia nadie me veía. Comía mis sandwiches, como todo el mundo, mientras el hombre moría o ya había muerto cuando nos agrupamos a su alrededor como siempre hacíamos los unos con los otros: los obreros negros postrados en un fragmento de hierba, aún no preparados para el tipo de consuelo simbólico de los oficinistas, recientemente abiertos a los negros mediante la supresión de la segregación en los bancos; las obreras mestizas mostrando con sus burlas la seguridad sexual que a las indias, acurrucadas como monjas, les estaba negada; la pareja de correos a cuya intimidación ponía trabas la presencia de todos los que estábamos allí, yo misma escogiendo este banco y no el otro porque un miembro de la pandilla de borrachines a veces entablaba una tediosa conversación o —peor aún— hablaba consigo mismo. Yo había descubierto en seguida que es insoportable sentarse en un banco del parque junto a un desconocido que habla consigo mismo en voz alta como una lo hace en silencio.

El periódico de la tarde mostraba a tres columnas una foto del muerto en el banco, tomada por algún aficionado concienzudo que había tenido la suerte de estar donde corresponde en el momento oportuno. Le adjudicaron tanto espacio como el que de costumbre se dedica a una serie diaria de chicas en la playa, desde Ostia hasta Sydney. El titular se recreaba en el romántico tópico melodramático de la «crueldad» urbana. (Los dos críos aparecían en la foto con la boca abierta.) Pero no había nada cruel e indiferente en que almorzáramos, hiciéramos el amor o durmiéramos la fatiga de una mañana de trabajo mientras un hombre, que simulaba estar vivo con una pierna cómoda y casi elegantemente cruzada sobre la otra, moría o había muerto. Daba la impresión de estar vivo. No había señales de que estuviese herido, dolorido o afligido, no se encontraba atrapado entre los cuerpos uniformados de los guardianes mirando hacia donde no podía correr, no estaba encerrado en el tribunal ni en una celda, no alargaba —como un pordiosero que no tiene nada que presentar salvo su muñón— un papel para que le pusieran el sello oficial que siempre le negaban. Lo importante era que yo, nosotros, todos, estábamos exonerados. ¿Qué podíamos haber hecho? No era cuestión de una ayuda que podía prestarse o negarse. No tenía nada que ver con el boca a boca o con el masaje cardíaco. Nada podía cambiar la ajenidad de ese hombre. ¿Qué podíamos saber que hubiera facilitado la comprensión de la forma en que nos abandonó mientras estaba entre nosotros, alejándose sin arrugar una caja de cartón ni arrojar el esqueleto de un racimo de uvas en el cubo?

Permaneció entre nosotros, como una figura de carne y hueso, cuando ya no estaba allí. El empleado de correos y su novia no podían hacer otra cosa que besarse; él tenía que mantener sus manos apartadas de los pechos de ella, dejando un periódico o la chaqueta sobre sus piernas para ocultar la hinchazón de su despertar a la vida. Pero el hombre que tenía las piernas cómodamente cruzadas, los brazos aplicadamente cruzados —sólo había inclinado la cabeza, gacha por el calor o el aburrimiento, a cualquiera podía ocurrirle— había cometido un acto inefable en presencia nuestra. Había vuelto definitivo el pollo inacabado, el cariñoso semiacoplamiento que llegaba tan lejos como DARLENE y su novio podían permitirselo. Ese hombre concluyó los ciclos digestivos y las tentativas recreadoras que lo rodeaban plasmando la necesidad última, imperativa. No vimos ni oímos nada.

No volví a comer en aquella plaza ni recorté la fotografía. Conocía el arco del pie que estaba doblado sobre la rodilla, un arco bastante elevado que daba una línea elegante a todo el pie, conocía los zapatos no muy gastados porque el ante marrón sólo se ve bien cuando está bastante raído. El periódico decía que el hombre era Ronald Ferguson, 46 años, ex minero, sin domicilio fijo. Bebía alcohol desnaturalizado y dormía en refugios para autobuses. Existe un elemento de desperdicios humanos en todas las sociedades. Pero —en esa casa— creíamos que cuando hubiésemos cambiado el mundo (sí, a pesar de, más allá de las purgas, las carnicerías, los trabajos forzados y las cárceles), la «eliminación de los conflictos personales planteados por la naturaleza competitiva de la sociedad capitalista» ayudaría a la gente a vivir, incluso a la gente como ese hombre que, aunque blanco y privilegiado según las leyes del país, no podía encontrar su lugar. He visto muertos a mi hermano, a mi madre y a mi padre; cada uno de estos acontecimientos, que me eran tan íntimos, quedaba oscurecido por el pesar y se explicaba con un accidente, una enfermedad, un encierro. Había sido *provocado* por el agua clorada salpicada de partículas rosas del bacon del desayuno que vi bombear de la boca de mi hermano cuando lo sacaron de la piscina; por la parálisis que atacó a mi madre miembro a miembro; por la fiebre que se olía en mi padre mientras moría por sus convicciones en el hospital penitenciario.

Pero esta muerte era el misterio propiamente dicho. La muerte de la que hablabas tú en la casita. Las causas circunstanciales no son la causa: morimos porque vivimos, sí, y yo no tenía forma de entender aquello de lo que me estaba alejando en el parque. No había forma de afrontar el acontecimiento salvo recogiendo la pequeña bandeja de espuma plástica y celofán de donde había sacado mi almuerzo e ir a ponerla, como todos los días, como todos los demás, en el cubo de basura sujeto a un poste. La revolución por la que vivíamos en esa casa cambiaría la vida de los negros que dejaban sus casuchas y sus recintos cercados a las cuatro de la madrugada, para blandir picos, golpear con martillos y salmodiar bajo el peso de las vigas, construyendo paseos comerciales y torres de oficinas en las que los blancos como mi jefe Barry Eckhard y yo nos movíamos en un ambiente sin sudor ni polvo. La revolución cambiaría la vida de los trabajadores que descansaban de su agotamiento en el césped, como muertos, mientras el hombre moría. Los hijos que la pareja blanca haría en su suburbio para blancos, no heredarían la casa comprada con un préstamo municipal sólo asequible para los blancos, ni encajarían con todas las seguridades en puestos de trabajo reservados para los blancos contra la competencia negra. Los niños negros —eran una promesa— no tendrían que vivir de las sobras que tirábamos a la basura. Los clientes de Eckhard ya no se enriquecerían mediante el mero esfuerzo de una llamada telefónica para autorizar una venta en la bolsa. Todo eso cambiaría. Pero el cambio de la vida a la muerte... ¿qué tenían que ver con este cambio todas las certezas que me había transmitido mi padre? Cuando ya no hubiera hambre y la *kwashiorkor* [desnutrición profunda (*N. de la T.*)] hubiese sido erradicada como lo fue la malaria en la era colonial, cuando no hubiera rentas sacadas, por la fuerza ni mansiones y acogedores bungalows de propiedad privada para blancos, ni estudiantes blancos en retirada contemplativa donde los negros no podían vivir; cuando la gente que poseía los medios de producción del oro, los diamantes, el uranio, el cobre y el carbón, todas las riquezas minerales que habían rodado hasta el fondo del saco de África... a uno le quedaría eso. Nada que hubiese servido para darnos seguridad

en lo que estábamos haciendo ni por qué tenía algo que ver con lo que estaba ocurriendo un mediodía que me encontraba en la plaza. Me quedó eso. Era lo que había sobrado. La justicia, la igualdad, la fraternidad del hombre, la dignidad humana... pero *seguirá allí*; miré a todas partes desde el banco y vi que seguía allí cuando —al fin— la percibí por vez primera.

Baasie nunca volvió a vivir en casa de los Burger.

Su hermano Tony se jactaba ante los chicos del barrio de lo bien que sabía zambullirse y se ahogó en la piscina.

Rosa Burger no logró deducir, mientras conducía su coche por la autopista, el lugar en que la casita de hierro ondulado había sido arrasada por la aplanadora. Unos añosos nísperos del Japón que recordaban a los que habían crecido cerca del campamento de los peones camineros quedaron incorporados en el paisaje de los costados de la autopista, pero la bauhinia no estaba donde ella había pensado que seguiría estando.

Ser libre significa ser casi un extraño para uno mismo: lo más parecido a lo que vieron los demás cuando me vieron a las puertas de la cárcel. Si yo hubiera podido ver lo mismo, habría visto al otro padre, al que me era extraño. Aparentemente siempre he conocido su existencia.

Supongo que encontraste otro lugar donde vivir. (Quizá México.) Nunca nos cruzamos en la ciudad (tú nunca te enteraste de lo del hombre en el parque). Pero eras el que había dicho:

—¿Por qué te refieres a él llamándolo Lionel?

—¿Lo hago?

—A veces en la misma oración... dices mi padre y enseguida lo nombras como Lionel.

Era algo curioso para ti, tan entrometido acerca de lo que denominabas costumbres de una casa de gente «comprometida». En mi caso, es significativo... ¿de qué? Es cierto que para mí también era algo distinto a mi padre. No sólo una persona pública; mucha gente tiene algo así de quita y pon. No algo perteneciente a las trilladas formulaciones de los panfletos y los manifiestos que lo explican, para otros. Lo suyo era distinto. Debía de ser lo que realmente era. Después de su muerte —después que abandoné la casita donde lo acusé—, esa persona se convirtió en algo secreto para mí. ¿Cómo puedo explicar que la muerte del hombre... del hombre del parque era parte del misterio? Como él había muerto, o el hecho de que su muerte ocurriera en mi presencia sin que me diera cuenta, así viví en presencia de mi padre sin conocer su significado.

Había cosas cuya existencia no estaba admitida, en esa casa. Lo mismo que las aventuras de tu madre y la forma en que tu padre ganaba el dinero, en la tuya. La de mis padres era un tipo de convivencia diferente. Me sorprende ver, revisando fotos, que mi madre era realmente hermosa. No sólo de joven —en Rusia, en un viaje de los Estudiantes por la Paz, todos en una estación de trenes con ramos de flores grandes como bultos de ropa sucia—, sino incluso en la famosa fiesta con que celebramos mis diecinueve años y en la que la policía hizo una redada poco antes de que se pusiera enferma. Se supone que hay un atractivo especialmente generoso en una mujer que no conoce su belleza, aunque si como en el caso de mi madre, literalmente *no la vive* —si alberga objetivos que no se nutren de ninguna manera en la distinción de una cara angosta con las cuencas de los ojos profundos, una nariz larga, recta y fina, una piel tan delicada que hasta los lóbulos de las orejas son un adorno debajo del pelo prematuramente canoso—, esta belleza cae en desuso a través de algo más que la indiferencia. Hay una foto en que se la ve levantando la vista de una mesa llena de papeles, tazas de té sucias, ceniceros, entre sus costureras tímidas y descaradas; ampliados por los cristales de sus gafas para leer, sus intrincados iris son extraordinarios y las pestañas aparecen tan tupidas en los párpados inferiores como en los superiores. Unos ojos bellísimos. Pero yo sólo veo la alerta inquisitiva que vigilaba, levantaba la vista al oír mis pasos desplazando la grava frente a la cárcel de mi «prometido»; el rápido parpadeo de cuidado o adelante que dirigía a mi padre cuando hablaban rodeados de mucha gente que acudía a esa casa. El lápiz de labios que siguiendo la

costumbre de las mujeres de su generación se aplicaba en la boca, no perfilaba tanto la forma de los labios como la resuelta complicidad que los componía: una boca que ha aprendido a no revelar nada al hablar, cuya sonrisa no se origina en la confianza del atractivo sino del convencimiento. Supongo que los hijos siempre creen que sus madres son competentes, en una racionalización de la dependencia y la confianza. Ella siempre sabía qué había que hacer y lo hacía. Las multitudes que asistieron a su funeral la amaban por su bondad; su análisis razonado siempre decidía qué paso dar y lo daba. Cuando Tony yacía en la piscina aquel sábado por la mañana, saltó (uno de sus zapatos, que se quitó de un puntapié, me golpeó) y cuando salió del agua lo tenía sujeto. Lily me apretaba y gritaba, como si el agua también pudiera llevarme. Mi madre enganchó los dedos en la boca de Tony y lo subió con gran esfuerzo, jadeando y tosiendo, manteniéndolo boca abajo. Salía agua con fragmentos de desayuno, de bacon rosa. Se agachó sobre él y le hizo el boca a boca, manteniéndole cerrada la nariz, liberando la presión de las manos en su pecho. Lo hizo durante largo rato.

Pero estaba muerto.

Mi padre —como médico— le dio algo para que durmiera. Al día siguiente me llevó con ella, a su dormitorio; yo tenía miedo de entrar. Mi madre me metió en la cama y estaba llorando, no como lo hacíamos Tony y yo, con ruidos, sino en silencio, mientras las lágrimas se deslizaban de costado y rodaban por su pelo. Lily me dijo que «rellenarían ese espantoso agujero», la piscina. Agregó que nunca se acercaría a ese lado de la casa, nunca.

Poco después, un domingo, mi padre observó que no me había cronometrado el tiempo desde que empezaran las clases.

—¿Qué te parece si haces una demostración esta mañana? Es un día caluroso...

Dejé de leer el tebeo que tenía ante mí, en el suelo. Mi madre hizo caso omiso del zarpazo del gato que quería subirse a su regazo.

—Ponte el bañador. Vamos —cuando volví sacó del bolsillo la llave del coche y se acercó a mi madre, le abrió la mano, metió dentro la llave y se la cerró, sosteniendo el puño de ella con las suyas—. Dijiste que irías a ponerle gasolina.

Mucha gente disfrutaba de aquella piscina. Se convirtió en tradición que en verano el acceso fuera libre todos los domingos a mediodía: las *hraaivleis* de Lionel Burger. Mi madre nadaba; guardaba una buena provisión de flotadores de brazalete inflados y era norma de la casa — deferentemente obedecida por los nuevos invitados, los nuevos contactos que ignoraban que los Burger habían tenido un hijo— que todos los niños los usaran para andar por la zona de la piscina. Algunos amigos negros nunca habían estado antes en una piscina: tenían la entrada prohibida a los baños municipales. Mi padre daba lecciones de natación a sus hijos; los chicos se aferraban a él, como hacíamos Baasie y yo. En esa casa los hijos gozábamos de muy pocos derechos exclusivos con nuestros padres. Teniendo en cuenta la importante diferencia de que yo era mujer, de modo que las implicaciones sexuales habrían sido diferentes, me pregunto si la visión de mi madre con otro hombre —de acuerdo, debajo de otro hombre— habría resquebrajado en mí la caparazón de realidad contenida, me habría hecho replegar totalmente en mis vivencias interiores, como te ocurrió a ti. Digo «me pregunto» en el sentido de que lo dudo; además de ser mi madre y madre de Tony, lo era de Baasie, y de otros de vez en cuando, de modo que probablemente yo nunca pensé que ella y mi padre, Lionel, se poseyeran mutuamente. Pertenecíamos a otra gente. También debo de haber aceptado este hecho desde pequeña, en esa casa. Y cuando fue necesario me convertí en la novia de Noel de Witt.

Y otra gente nos pertenecía. Si bien mi madre no tenía amantes —y aunque comprendo que no sé nada, nada acerca de ella, estoy segura de esto— había otras relaciones, no sexuales, sobre las cuales se especuló. Incluso en el tribunal. La mujer que no podía mirar a la cara a mi padre, que a su vez la contemplaba amable y pacientemente, la mujer que ni siquiera podía permitirse «mirarle la punta de los zapatos», esa pobre llorona, desgraciada o despreciable, empezó como cualquiera de los desposeídos de la colección de mi madre, como Baasie o como el viejo que vivía con nosotros. A diferencia de éstos, no era lo que los periódicos llaman una víctima del apartheid; era una maestra

de escuela solterona, miembro de un grupo de la iglesia que intentaba hacer obras para mejorar las condiciones en las poblaciones negras. Debió de conocer a mi madre a través de la oficina de la cooperativa, por algo relacionado con algún programa de alimentación. Una de esas almas entusiastas que no ven ninguna contradicción en su protesta de que no son «políticas» aunque les gustaría hacer algo eficaz... algo menos contraproducente que la caridad por lo que llaman (su medio natural de expresión siempre fue el eufemismo) «relaciones raciales». Por intermedio de mi madre empezó a dar clases en la escuela a la que habíamos asistido Baasie, Tony y yo, la escuelita que no existía oficialmente, donde aprendíamos juntos los niños blancos, africanos, mestizos e indios de la «familia» de camaradas de mis padres. En lo que a esa mujer se refiere, mi madre le había proporcionado exactamente lo que buscaba; su gratitud se convirtió en la clase de dependencia devota con que a menudo mi madre se ha visto abrumada y adquirimos otro pegote en esa casa. Se sentía agradecida ocupando un segundo plano: ayudaba en el consultorio de mi padre cuando la recepcionista estaba ausente; traía pimientos morrones, zanahorias y rábanos de su pequeño huerto, para él, porque le encantaba comer verduras frescas y crudas; cuando mi madre enfermó quiso hacerle de enfermera, aunque había otras personas que eran preferibles por sus conocimientos, por la vida y el vigor abundante que necesitan los moribundos para estar tranquilos.

No se sabe cuándo empezó a ser útil en otros sentidos. Las fechas en que la acusación —para la que apareció con garantías de impunidad como testigo público— sugería que ya actuaba como correo son anteriores a la enfermedad y la muerte de mi madre; pero no se demostró nada: lloró e insistió en que había ido a Escocia para visitar a su hermana mayor, viaje para el que había estado ahorrando durante muchos años. Mostró la inevitable libreta de correos como prueba de sus economías mensuales y de su abnegación; bastaba mirarla para creerle.

Quizá mi madre sabía que podía contar con el código de formalidad escolar de una persona de sus características, que nunca preguntaría por el contenido ni el destinatario de las cartas —ni hablar de abrirlas— que le pidieron entregara en el extranjero. ¿Era poco pedir a alguien tan ansiosa de ser necesitada? Este rápido entendimiento en mi madre debió de verse señalado por esa repentina mirada comprensiva, de soslayo, sin volver la cabeza, mostrando el blanco de sus ojos no sólo sombreado por las cuencas soñadoras sino también por la piel que se oscurecía a su alrededor a medida que mi madre maduraba. Conozco muy bien, siempre reconoceré, esa mirada de la que mi madre era inconsciente y que la habría sorprendido, inquietado: una mirada que soltaba las riendas.

Cuando yo era la mujer en casa de mi padre, después de la muerte de mi madre, rara vez apareció. Tal vez sabía que yo era insensible a ella. En todo caso, si algo sentía era la irritación irreflexiblemente cruel de una joven por su humilde falta de definición. No notamos su ausencia como sin duda habríamos notado la de Bridget Sulzer, Ivy y Dick Terblanche, Aletta Gous, Marisa Kgosana, Mark Liebowitzk, Sipho Mokoena... de cualquiera de los antiguos compañeros de mis padres que todavía estaban libres, que no se encontraban en la cárcel, ni en el exilio, ni se habían beneficiado con la opción de emigrar, o siquiera de los nuevos frecuentadores que de vez en cuando se sentían atraídos por esa casa. Tú eras uno de ellos; Conrad, nunca me contaste si Lionel, en su estilo singular, haciéndote sentir que serías querido, aceptado, comprendido tanto si respondías como si no, intentó reclutarte. Me pregunto si lo hizo y te avergonzaste de haberte apartado de tan maravilloso ambiente. De no haberte reunido nunca con Baasie y conmigo en la calidez de ese tórax robusto. Tú, que sólo habías conocido a un padre que se enorgullecía de haberse hecho a sí mismo mediante chanchullos con chatarra de metal y que te repudió por ser un vago de pelo largo indigno de heredar el dinero y la ardua tradición en que se ganaba. Probablemente Lionel Burger vio en ti el circuito cerrado del ego; para él, semejante vida debía necesitar un vaso comunicante hacia el significado que postulaba un yo exógeno. Allí residía para él la tensión que vuelve posible vivir; entre el yo y los otros; entre el presente y la gestación de algo que se llama futuro. Quizás intentó darte la oportunidad. Esa desdichada mujer que viste en el banquillo de los testigos, podías haber sido tú.

Tengo la impresión de que todo el tiempo que pensé que nos había abandonado, o que por suerte

nos habíamos librado de su presencia, Lionel estaba en contacto con ella. Hacía las cosas sencillas para las que esa gente es de fiar. Guardaba fondos ilegales en su cuenta bancaria. Alquiló una casa donde uno de los partidarios vivió clandestinamente varios meses. Puede que lo hiciera por algún sentimiento a la memoria de mi madre, tal vez porque se enamoró, tardíamente y sin esperanzas, de Lionel Burger, que la haría sentir querida, aceptada, comprendida, tanto si accedía como si no a hacer lo que le pedía, y que también le habría hecho sentir —porque todas las mujeres lo confirman— que era una mujer. Ella es el ejemplo concreto que dan los liberales blancos cuando señalan que los comunistas, incluso mi padre, usaban a gente inocente; es posible admirar el coraje, la osadía, la falta de consideración por sí mismo con que un hombre como Burger actuaba según sus convicciones acerca de la injusticia social (que naturalmente tú no compartes), aunque no se compartiera su ideología comunista y la forma de acción que ésta adquiriría, pero su modo de implicar a otros era sin duda despiadado. Ella nunca había sido miembro del Partido ni de ninguna organización radical. Comunicó al tribunal que sólo «intentaba vivir en consonancia con el cristianismo», agregando la cláusula «en vano». En este punto, como en tantos otros de las preguntas, lloró. La nariz hinchada y los pelos retorcidos que desfiguraban sus manos eran sumamente desagradables. Los que sentían que había sido explotada por Lionel Burger expresaron su piedad y se tragaron su disgusto por el espectáculo; sólo él, que le había dado una oportunidad, la miraba y la escuchaba sin ninguna de ambas cosas, dispuesto a encontrar sin reproches la mirada inyectada de sangre que no podía mirar a aquél a quien había traicionado.

Después de la muerte de Lionel Burger una serie de personas se acercaron a su hija con la intención de escribir sobre él. Como único miembro sobreviviente de su familia, habría sido la principal fuente de información para cualquier biógrafo. Descartó a uno después de la primera reunión. No respondió a las cartas de otro. Accedió a proporcionar material a uno que no la encontró muy comunicativa. Tenía escasa documentación que ofrecer; dijo que la familia guardaba muy pocas cartas o papeles, y que lo poco que conservaba había ido desapareciendo con las redadas policiales a lo largo de los años. Mencionó que había salvado parte de la biblioteca de sus padres, pero rechazó toda sugerencia de que ésta pudiera ser interesante por sí misma para un biógrafo.

El hombre quería cotejar con ella los datos sobre la vida de su padre —lo que desde cierta fecha también implicaba la vida de su madre— que ya había recogido en fuentes escritas, incluyendo archivos tribulicios y la historia del Partido Comunista en Sudáfrica, que se había visto obligado a investigar en el extranjero porque la mayoría de los trabajos referentes al mismo habían sido prohibidos en el país. Respondió a las preguntas de una forma que a él le resultó inesperada... para la que no estaba preparado. No por lo que decía sino por la disposición física de su confrontación. Estaban sentados al sol, en casa de un amigo de Rosa por cuyo intermedio el hombre había logrado establecer el contacto; la mayor parte del tiempo ella mantuvo los brazos apoyados en la mesa, desde el codo hasta la mano. Hablaba sin mirarlo, pero al final de cada oración clavaba en él sus diáfanos ojos gris claro. ¿Qué esperaba de él? El hombre se sentía indiscreto. Ella daba muy poco y al tiempo planteaba algo que le resultaba incomprensible.

Hijo de una familia rica, Lionel Burger había nacido en 1905 en la granja «Vergenoegd», propiedad emplazada en el distrito de Springbok Fíats, del norte del Transvaal, aunque asistió a la escuela en Pretoria y Johannesburgo.

Bien —ella no estaba segura de que fuera acertado lo de familia rica—, poseían tierras en las que habían vivido durante varias generaciones.

Inició sus estudios de medicina en Ciudad del Cabo y los terminó en la Universidad de Edimburgo a finales de la década de los veinte. Antes de concluir la carrera se casó con Colette Swan, una chica sudafricana que estudiaba ballet en Londres. Regresó con ella a Sudáfrica en 1930. Tuvieron un hijo, que ahora también es médico y ejerce su profesión en Tanzania. Se habían divorciado... ¿cuándo?

La hija del segundo matrimonio no lo sabía. La fecha de la boda de sus padres era el 19 de agosto de 1946, la semana de la gran huelga de mineros negros en el Witwatersrand. Su madre, Cathy Jansen, tenía veintiséis años y era secretaria general de un sindicato conservero o textil. Sea cual fuere, uno de los tres o cuatro sindicatos existentes de carácter mixto, formado por blancos y mestizos. La boda tenía que celebrarse el 14 de agosto, pero el padrino —J. B. Marks, presidente de la Unión de Mineros Africanos— fue arrestado el segundo día de la huelga, lo que parece haber alterado la fecha en unos días. Otro sindicalista, Gana Makabeni, ocupó el lugar de Marks. En ese entonces los futuros contrayentes también habían sido arrestados en una redada del 16 de agosto en las oficinas del Partido Comunista de Johannesburgo. Aunque en la lista de acusados aparecía como Cathy Jansen, se había convertido en la segunda esposa de Lionel Burger mientras ambos estaban en libertad bajo fianza, antes de que se iniciaran los sumarios preparatorios.

¿Eso fue el 26 de agosto? Confirmado. Junto con más de cincuenta personas, negros, blancos, indios y mestizos, muchos de los cuales eran comunistas (y de quienes sólo los pocos nombres no olvidados serían mencionados en la biografía: Fram Fischer, Dr. Dadoo, Moses Kotane), la pareja fue acusada, conforme a la Ley de Reuniones Sediciosas, de haber colaborado en una huelga ilegal y también de haber delinquido contra algo llamado Medida de Guerra 145. El biógrafo aportó la

información que había reunido sobre la Medida de Guerra 145: prohibía las huelgas por parte de africanos y exponía a los huelguistas negros a una multa mínima de 300 libras esterlinas o tres años de cárcel. El juicio fue el más representativo, en la historia del país, de las diferentes ideologías, colores de piel e intereses de clases que se oponían al régimen blanco; fue el primero en que procesaron juntos a su padre y a su madre. También fue, por su alcance, una sombra proyectada ante el Juicio por Traición, que llegaría en 1957; único otro proceso, y último, en que el matrimonio Burger sería sometido a juicio al mismo tiempo. El proceso a sus padres antes de su nacimiento, como el que tendría lugar cuando tenía edad suficiente para retener impresiones —¿era posible recordarlo y contarlo, verdad?— concluyeron sin que Lionel Burger o su esposa fueran condenados.

Pero dos meses después de casarse, en una nueva oleada de redadas en casa de radicales de todas las grandes ciudades, volvieron a arrestar a Lionel Burger. El y sus colegas del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de Ciudad del Cabo fueron acusados de sedición a consecuencia de la huelga de mineros que había aplazado aunque no desbaratado sus planes matrimoniales.

Con esta observación el biógrafo provocó una lenta y amplia sonrisa en la hija del matrimonio. Por unos momentos la lista de redadas, arrestos y juicios hizo las veces de álbum familiar: la pareja acababa de descargar sus pertenencias en el piso de Johannesburgo cuando hicieron la redada; era famosa la historia de que la policía, que tenía instrucciones de registrar el contenido de armarios y cajones, al encontrarlos vacíos tuvo que sacar todo lo que había en las maletas y cajas con libros. Lionel Burger y su nueva esposa se dedicaron, sencillamente, a colgar tazas y acomodar platos, cacerolas y sartenes, mientras la policía permanecía agachada entre papeles de diario y paja, haciendo el trabajo sucio.

Otro cargo contra el acusado tenía algo que ver con el Acta de Secretos Oficiales; también en este caso el biógrafo había consultado los códigos, y la presunta contraversión era un tecnicismo legal relativo a la campaña «Fuera de Java», con una apelación al boicot de barcos que pasaban por puertos sudafricanos transportando cargas, a través del Océano Índico, para las tropas apostadas en Indonesia una vez acabada la ocupación japonesa. Pero tanto el biógrafo como Rosa Burger eran demasiado jóvenes para que, a sus ojos, tuviera algún significado una campaña para las secuelas inmediatas de la segunda guerra mundial.

Cathy Burger, *née* Jansen, no fue acusada en este caso; sin embargo era ella, y no su marido, quien había organizado un sindicato; sólo tenía veintiséis años y probablemente no era lo bastante destacada para ser miembro del Comité Ejecutivo. El fiscal acusó al Partido de haber maquinado la huelga como parte de un complot de mayor envergadura destinado a derrocar al gobierno; el acusado fue repreguntado acerca de la política del Partido, el rol de los comunistas en los sindicatos y su actitud con respecto a las huelgas. El biógrafo había estado estudiando viejos archivos de los tribunales y lo que había dicho el acusado estaba tan fresco en su memoria como si se lo hubieran dicho al oído, ayer. Lionel Burger informó al tribunal que el Partido Comunista abogaba por la unidad de los trabajadores al margen de su color. La política partidaria requería que los comunistas fueran activos en sindicatos a los que tenían acceso. Un buen comunista debe ganarse la confianza de los trabajadores demostrando que es un buen sindicalista. Los comunistas habían servido a la causa obrera organizando a los africanos, mestizos e indios no cualificados y semiespecializados, el sector más numeroso y más desasistido de la mano de obra, y mediante este logro el Partido Comunista había hecho una contribución singular a la armonía entre razas en un país constantemente amenazado por la agitación racial. La huelga fue la genuina y justificada protesta de 76.000 mineros negros contra la explotación y la desdeñosa indiferencia de las necesidades, como trabajadores y seres humanos, de los 400.000 negros que trabajaban en la industria.

Etcétera, etcétera. La retórica del padre no produjo ninguna reacción en la hija aparte del grado de atención que aparentemente había decidido prestar a toda la entrevista. Esas palabras habían sido pronunciadas en un tribunal, en enero de 1947, antes de su nacimiento; sin duda su madre estaba allí y las había oído. Ella no podía contribuir con nada sobre esa época, excepto que como su madre trabajaba en los sindicatos —un interés apasionado incluso cuando le prohibieron la actividad en el

movimiento obrero y tenía una hija lo bastante mayor como para conocer las preocupaciones de sus padres—, en ese proceso debió de ser intensa su doble implicación personal y profesional.

En un momento dado la acusación tuvo que retirar los cargos debido a alguna irregularidad en la causa... El biógrafo no quería desaprovechar la oportunidad de hablar con la hija de Burger entrando en detalles factuales que podía verificar por otros medios. De cualquier manera, los acusados, incluido Burger, fueron arrestados una vez más, denunciados por sedición y sometidos a juicio. La Unión de Mineros Africanos, liderada por el negro que era íntimo amigo de sus padres y primer seleccionado como padrino de boda, fue acusada de constituir un ala encubierta del Partido Comunista Sudafricano. Supuestamente la huelga de 1946 había sido urdida por el comité del distrito de Johannesburgo, al que pertenecía Lionel Burger. El Comité Ejecutivo del Partido, del que era miembro, fue acusado de haber conspirado para iniciar una huelga que condujo al empleo de la violencia contra la autoridad.

La documentación disponible despejaba de cualquier duda a quien la estudiara en retrospectiva: en el momento de la huelga el Partido Comunista estaba íntimamente comprometido con el sindicato minero. Desde los inicios del Partido y su adhesión a la Tercera Internacional Comunista de 1921 (Lionel Burger tenía dieciséis años e iba a la escuela en Johannesburgo), era obligatoria la aceptación de las tesis de Lenin sobre la cuestión económica y colonial, y la consiguiente tarea de «educar y organizar al campesinado y la masa de explotados» además de «despertar la conciencia de clase del proletariado». El hecho de que el proletariado organizado de las minas —industria básica en el país— fuera blanco y siguiera participando de los privilegios de la clase opresora, mientras los mineros negros, al mismo tiempo campesinos y proletarios, fuesen rechazados por los sindicatos mineros blancos, despertó comentarios adversos sobre la eficacia del Partido. El Partido no había logrado educar al proletariado blanco para que se identificara con el proletariado negro, ni organizar a los campesinos negros contratados en su rol como proletarios de la industria. Por ejemplo, el Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista aconsejó al Partido Sudafricano que organizara sindicatos revolucionarios. Pero en las minas no había miembros del Partido, a pesar de los intentos, desde julio de 1930, por formar una unión de mineros negros, una Liga de Derechos Africanos y su sucesora de nombre africano, Ikaka Labasebenzi (Escudo de los Trabajadores). Las bases fueron sentadas por iniciativa de Thebedi y Bunting (este último uno de los fundadores del Partido y citado en una ocasión por Lionel Burger como su primer mentor, aunque según los archivos Burger había votado por su expulsión en 1931). Luego, en 1940, la conferencia nacional del Partido delegó en el distrito de Johannesburgo la labor específica de organizar a los mineros negros, cuyo número abrumador beneficiaría entonces al movimiento sindicalista y en última instancia a la liberación nacional, primera fase (burguesa-democrática/nacional-revolucionaria, en virtud de las disidencias internas del Partido) de la revolución en dos etapas que derivaría en la consecución del socialismo... también en este caso de acuerdo con las tesis leninistas de 1920. (Burger, probablemente acompañado de la chica que sería su primera esposa, asistió a la Sexta Internacional de Moscú en 1928, en la que el objetivo de una «República Nativa Independiente» había reemplazado oficialmente a la clásica revolución marxista burguesa-democrática, primera etapa para Sudáfrica.) En el proceso resultante de la huelga de 1946, los argumentos de la fiscalía en cuanto a un vínculo causal entre el Partido Comunista y la huelga se basaban fundamentalmente en el hecho de que J. D. Marks, presidente de la Unión de Mineros Africanos, era al mismo tiempo miembro del Partido Comunista y del consejo nacional creado en 1941 por el movimiento político negro, el Congreso Nacional Africano, con el propósito de organizar a los mineros negros.

Pero la acusación no logró establecer este vínculo causal entre el Comité Ejecutivo del Partido Comunista y la huelga. Tampoco pudo probar, como evidencia de un elemento de violencia ilegal constitutiva del delito de sedición, el uso de palos con pomo con que (Rosa Burger recordaba que se lo habían contado años después) los mineros negros danzaron en actitud desafiante en los patios del recinto, ni de las palas con que se defendieron de las porras y fusiles de la policía.

El biógrafo de su padre estaba ansioso por extenderse en su teoría —de alguna manera de segunda mano— de que el juicio significó un momento decisivo en las relaciones entre los movimientos de liberación y el Estado, y de los movimientos de liberación entre sí. Los documentos desenterrados y aprehendidos durante las redadas en oficinas organizativas y en casas particulares, posteriormente examinados como pruebas en el juicio, proporcionaron a la policía secreta no sólo los nombres de comunistas, sino de sus seguidores y de cualquier organización o individuo que hubiera estado relacionado con ellos, incluso durante el período en que la indignación pública contra el fascismo en Europa y entre grupos de blancos en el país llevaron a los anticomunistas a programas comunes con los comunistas. Como resultado del juicio, al gobierno le resultó posible aprobar la Ley de Supresión del Comunismo en 1950 y poner en práctica la disolución del Partido en tanto organización legal. Como consecuencia de la información reunida en el proceso, la persecución mediante prohibiciones, espionaje y hostigamiento de los movimientos políticos negros produjo una identidad de causas que finalmente borró las diferencias ideológicas entre el Congreso Nacional Africano, el Congreso Indio y el Partido Comunista, lo que culminó con la Alianza de Congresos de esos movimientos a principios de los sesenta; el alto mando que dirigió sus operaciones clandestinas; la nueva serie de sensacionales juicios políticos en los que quienes asumieron la responsabilidad suprema fueron descubiertos, traicionados y encarcelados, con lo que tocó a su fin toda una era política en la que y para la cual había vivido Lionel Burger.

Este análisis retrospectivo del biógrafo se había iniciado cuando fue anulada la acusación contra su padre y sus asociados en la huelga minera, en mayo de 1948, mes en que entró en funciones el primer gobierno nacionalista afrikaner, que cerraría un capítulo con un broche de oro perfecto: fue el mes y el año en que nació Rosemarie Burger.

Con excepción de Flora Donaldson, las antiguas relaciones de su padre no la persiguieron durante la época en que se mantuvo apartada de ellos. Flora no abrigaba ninguna duda: esa chica necesitaba vivir una nueva vida. Con su bondad ejecutiva y el tacto de una mujer rica que acompaña en el sufrimiento —a la manera en que un entusiasta de los deportes sigue el ritmo, en su coche, de un atleta maratoniano—, fue la adalid de esta carrera con el regalo de una falda de terciopelo rojo y un par de pendientes de similor de su propio joyero.

—Yo misma te perforaré las orejas; mi abuela solía hacerlo y he adquirido una gran experiencia.

Retornó, por el bien de Rosa, a los atractivos de Tanzania. Allí tenía amigos que encontraban inspirador el lugar, sería un enorme alivio trabajar en un país socialista negro. Incluso Londres... aparentemente ya no consideraba inconcebible esta idea. ¡Qué gente maravillosa hay en Londres! Los exiliados, Noel de Witt y su joven esposa, las hijas de Pauline, Bridget Sulzer, los hijos de Rashid... todos hacían trabajos interesantes y satisfactorios mientras se preparaban vehementemente para el día en que pudieran volver. Los Donaldson tenían un piso en Holland Park, bastaba con que pidiera la llave. Flora hablaba de estas cosas con un aire de decisión casi tomada cuando invitaba a cenar a Rosa, proporcionándole como compañeros de mesa a una ecléctica mezcla de visitantes británicos, periodistas escandinavos de izquierdas (que le transmitieron recuerdos del sueco que fugazmente había sido su amante) y congresistas norteamericanos, liberales blancos, o sociólogos negros que visitaban Soweto desde su base en lujosos hoteles para blancos donde sólo podían alojarse negros extranjeros.

Los otros —los amigos más íntimos de su padre, los que la conocían mejor y que esperaban a las puertas de la cárcel cuando ella era niña— dejaron que fuera ella quien se acercara. Los que quedaban, los que no estaban presos ni exiliados. Muchos sufrían restricciones que les impedían reunirse entre sí, Rosa incluida. Aunque esta circunstancia era corriente para ellos: siempre encontraban los medios. Estudiaban las pautas de la vigilancia policial del mismo modo que la vigilancia policial los estudiaba a ellos; se producirían lagunas, por fuerza de la costumbre, cuando la vigilancia se convirtiera en rutina.

Los partidarios leales seguían allí. No tenían que hacerle ninguna señal. Siempre habían estado allí. Mark y la madre de Rhoda Liebowitz, Leah Gordon y también Ivy Terblanche, que bailaban con su padre al son del gramófono en el Club de Trabajadores Judíos en los años treinta. Aletta Gous fue con la madre de Rosa, cuando ésta era muy joven y Lionel Burger estaba casado con otra, a una de esas vastas asambleas de la época con títulos como Jóvenes por la Paz, y las fotografiaron juntas con ramos de flores en las manos, en una estación de trenes rusa. El biógrafo había pedido prestada la foto para reproducirla en su libro. Gifford Williams, el abogado con la cartera para quien la chica de catorce años había visto abrirse las puertas de la cárcel, representó a su padre durante años antes de que a él mismo le prohibieran ejercer la profesión, y fue quien instruyó a Theo Santorino en el juicio.

No eran muchos. Habían estado en la cárcel y salido después de cumplir sus condenas de dos, tres o cinco años. Inmediatamente antes de que Lionel Burger muriera en prisión, Ivy Terblanche cumplió sus dos años por negarse a testimoniar contra él. Sobrevivieron a años de prohibición de sus movimientos y asociaciones con otros, y a menudo volvían a ser prohibidos la semana que expiraban las restricciones. Con excepción de Dick Terblanche, que era obrero metalúrgico, tuvieron que reemplazar los trabajos de los que se habían visto privados. Gifford vendía equipos de oficina en lugar de ejercer la abogacía; Leah Gordon, a la que excluyeron de la enseñanza, atendía la recepción de un ortodoncista; Ivy Terblanche dirigía su pequeño negocio de comidas «para llevar» en la zona fabril donde anteriormente había sido enlace sindical. Aletta Gous, impedida de

entrar en locales donde se hacían trabajos de imprenta o editoriales, había perdido su puesto de correctora de pruebas de libros de texto en afrikaans y trabajaba —la última vez que Rosa estuvo en contacto con ella— con una organización que intentaba popularizar entre los negros una comida barata y rica en proteínas.

La hija de Lionel llegó por un sendero y entró por la puerta del patio trasero, como siempre había hecho. De niña por mera comodidad, ahora porque esa entrada no se veía desde las casas vecinas, como la puerta de la calle. Su nombre figuraba en la lista de personas que tenían prohibido visitar a Ivy y Dick Terblanche, ambos sujetos a diversas restricciones, pero su hija Clare no figuraba en la lista ni sufría ninguna prohibición, vivía con los padres y podía recibir a *sus* amistades, por lo que servía como una especie de coartada. Dick Terblanche estaba limpiando el carburador del viejo coche de Ivy; levantó una cara encarnada y de cejas amarillentas en cuya expresión Rosa no estaba presente desde hacía mucho tiempo, pero enseguida se acercó a besarla. El hecho de que mantuviera apartadas sus manos sucias tuvo el efecto de delimitar un espacio alrededor de ella. Quienquiera que vigilara la casa de los Terblanche, probablemente no estaría muy alerta un domingo por la mañana; el único testigo que había por allí era el hijito de un vecino, que apretaba un conejo pateador entre sus brazos mientras observaba cómo Dick reparaba el coche. Desvió su atención hacia el abrazo, sin la menor discriminación, y luego hacia Ivy, que salió de la casa canturreando un villancico. Rosa entró deprisa. La anciana negra y delgada que planchaba en el porche reformado —que ahora cubría toda la longitud de la casa y detrás de cuyas persianas los Terblanche realizaban casi todas sus tareas— apoyó la plancha con la punta hacia arriba.

—¿Cómo está Lily?

—Bien. A veces escribe. Una de sus nietas estudia enfermería. Lily cuida al biznieto. Se llama Tony, como mi hermano, ¿recuerdas?

—Qué bonito... ¿Y la otra hija, la que nació última y tiene tu edad? —la negra frunció el ceño astutamente, reclamando la debida responsabilidad recíproca— ¿Tiene hijos?

—No, ninguno. Se ha casado con un camarero de un gran hotel de Pretoria. Un buen trabajo; Lily está muy contenta.

—Sólo tú no te casas, Rosa.

Ivy desplazó su abundante trasero de mujer de Yorkshire más allá de la negra para desenchufar la plancha.

—Vete, Regina, deja de darle la lata a Rosa y tráele una taza de té.

Dick se estaba lavando las manos en el fregadero de afuera. Su cara quedaba dividida por las persianas abiertas.

— Y dile a Clare quién ha llegado.

Los Terblanche no mostraron sorpresa por la repentina aparición de Rosa ni evidenciaron ningún reproche por haberlos descuidado tanto tiempo. Estaban preparados para esfumarse hacia cualquier otra parte de la casa si una llamada a la puerta o el ladrido de la vieja perra del Labrador que había sido de los Burger anunciaba la llegada de otra persona... tal vez del policía vestido de paisano que los vigilaba. En tal caso, encontraría a la recién llegada a solas con su hija.

—Clare se está lavando la cabeza, enseguida vendrá.

Ivy reunió unos papeles y unos recortes de periódico; los arrojó sobre una silla y puso encima una máquina de escribir para alisarlos. En otra silla había camisas planchadas, labores de punto y gatos; dos enormes jerseys húmedos, del tipo que Ivy había hecho para su marido durante muchos inviernos, se secaban sobre una pila de periódicos. Dick batió palmas y los gatos bajaron de un salto, enfadados. Ivy puso su mano sobre la de Rosa.

—No se atrevería a hacer eso delante de Clare. Sigue tan chiflada como siempre por los animales. Todas las noches duermen en su cama. Tienes muy buen aspecto, Rosa. Dick, ¿no te parece que está mucho mejor?

—¿Acaso alguna vez estuvo peor?

—Flora quiere que tire toda mi ropa y me compre un nuevo vestuario.

Ivy inclinó su gran cabeza de pelos revueltos.

—Oh, Flora... ¿eso es lo que pretende ahora?

—¿Estás viviendo en su casa? —Dick estaba ligeramente sordo después de cuarenta años de trabajo en la industria, con maquinaria, y hablaba con la voz aguda de quien debe hacerse oír en el taller.

—No, no. Los veo a veces.

—Quizá William Donaldson te dé trabajo —dijo Ivy a su marido, aprovechando la oportunidad para poner sobre el tapete, irónicamente, algo que a ninguno de los dos se le habría ocurrido sugerir en privado—. Sabrás que Dick se jubilará en julio.

—Soy cuatro años más joven que Lionel. El era del veinte de noviembre del cinco, ¿no?

Regina, paseando la mirada de uno a otro, como quien ha perdido la atención de todos, dejó la bandeja con el té.

El perfil de Rosa era casi idéntico al de su padre cuando bajó la vista, con los ojos claros ocultos, para coger azúcar del cuenco que Ivy sostenía en una mano en la que un cigarrillo despedía volutas de humo.

—¿Cuándo conociste a Lionel, entonces? Yo creía que habíais estado juntos en Moscú, aquella primera vez.

—Se refiere al año veintiocho.

La respuesta de Dick e Ivy ante otra persona era tan ajustada como si entre ambos existiera un sistema mutuo de impulsos cerebrales.

—En ese entonces yo no estaba interesado en el Partido. Me volvía loco el fútbol. Y las chicas. De jovenzuelo.

—No nos conocimos hasta mil novecientos treinta —Ivy revolvió el azúcar y le dio la taza a Dick.

Rosa tenía la mandíbula adelantada, vivaz, sonriente por esa lisonja bajo el auspicio inconsciente del pasado:

—Las chicas.

El asintió, buscando a tientas una cuchara con su mano gruesa moteada por las escamosas manchas rosadas del cáncer de piel.

— *Ya está revuelto* —las palabras de Ivy quedaron envueltas en humo, como las de los personajes de un tebeo aparecen rodeadas de una nube—. El era demasiado joven. Debía haber ido yo, pero Lionel ya estaba en Edimburgo y era más barato enviarlo desde allí... Soy tan vieja como Lionel.

—¿Llevó a alguien... a una chica?

—¡Una chica! Todos teníamos chicas.

Pero la mujer exigía una precisión más femenina en estas cuestiones.

—¿Qué chica?

—Katya, ¿no? La madre de David.

—Ah, Colette. Es posible. Supongo que entonces ya estaban juntos. La futura estrella del Sadler's Wells. No sé cuándo empezó esta relación. ¿Dick?

—¿Estaban casados cuando nos conocimos?

Ninguno de los dos estaba seguro.

—Ella me envió una carta —sabían que Rosa se refería a una carta recibida por la muerte de su padre. El ancho rostro alerta de Ivy, empolvado hasta el límite exacto de la papada, se relajó en una engatusadora expresión de escepticismo y expectativa. La mujer que Rosa nunca había visto se materializó.

—¿Sí? ¿A dónde ha ido a parar ahora?

—Se enteró vía Tanzania. Por David. Ella vive en Francia. En el sur de Francia.

—¿Has oído eso, Dick? ¿Qué te decía en La carta? —los labios de Ivy se amoldaron dispuestos a prestarse a la ofensiva o al absurdo.

Rosa sobraba en la compañía de tres personas, una de ellas ausente, que se habían conocido muy bien. Habló con la uniforme vacilación de quien no puede saber qué señales encontrarán sus oyentes en el relato.

—Lo habitual en estos casos —había recibido muchas cartas de condolencia que seguían una fórmula u otra. Pero los Terblanche seguían esperando. Rosa golpeteó la mano debajo de la feroz quijada del gato que se había subido a su regazo y sonrió, buscando las palabras exactas—. Escribió sobre este lugar. Bien, dijo algo... «Es extraño vivir en un país donde todavía hay héroes.»

Ivy levantó su cabellera teatralmente a través de los dedos extendidos de ambas manos, transformándose de pronto en alguien irreconocible.

—Se refería a él.

Dick, en un comentario, fuera de lugar, asintió bruscamente con la cabeza:

—Muy propio de ella.

—Cuando vi la firma por un momento me desconcerté un poco. No usa el apellido de Lionel.

—¿Pero sí el nombre de Katya?

—Ivy, ya debían de estar casados cuando te conocí.

—Tienes razón. Sí. No creo que a él le hubiera resultado fácil ir con ella si no estaban casados.

—Probablemente no pidió permiso —Dick apretó los labios contra los dientes y dedicó a su mujer el entrecejo congestionado de un viejo.

Rosa los contempló como un chico que abre una puerta y se encuentra con una escena que no es capaz de interpretar.

—¿Es verdad que la gente no podía casarse sin consentimiento del Partido?

—A algunos nos exigían que no nos casáramos —apuntó Dick con el fraseo formal de su acento afrikaans; relajó la mandíbula y le sonrió cariñosamente en un gesto que quería apartarla de cuestiones por las que no debía preocuparse.

—Colette Swan no era la esposa de Lionel según los criterios de nadie —Ivy cogió la tetera.

Rosa se levantó para que volviera a llenarle su taza.

—Y escribió acerca de ti, Ivy.

Las ventanillas de la nariz en actitud belicosa, la barbilla dirigida a Dick.

—¿Qué podía tener que decir de mí?

El esbozó su lenta sonrisa de afrikaner.

—Espera, escucha.

—«Hiciste lo que ella habría querido que hicieras.»

Dick hizo una mueca impresionante e Ivy dejó bien sentado que no había prestado la menor atención; hay gente cuya aprobación o admiración es tan desagradable como una crítica negativa.

—¿Entonces estaba bien que Lionel y mi madre se casaran?

—¿Qué quieres decir?

Pero Dick miró a su mujer y ella volvió a hablar.

—Cathy hacía bien todas las cosas.

No era eso lo que la chica había preguntado.

—¿Les dieron la aprobación antes de que se casaran?

Dick empezó a reír entre dientes, recordándose a sí mismo en el pasado.

—Demonios, no se trata exactamente de que todos, quiero decir que no es lo mismo que si...

—Si hubieses conocido a Colette Swan jamás pronunciarías su nombre en la misma oración que mencionas a Cathy.

Como ocurre con mucha gente que tiene la presión alta, las emociones de Ivy Terblanche aparecían en la superficie de un modo impresionante; su voz era desenvuelta pero sus ojos destellaban miradas líquidas y sus grandes pechos se elevaban junto con la camisa de nylon de dibujos abstractos. En una ocasión, Lionel Burger contó que cuando todavía le permitían hablar en reuniones públicas, Ivy «daba vueltas por debajo del tema en discusión y luego soltaba una perorata como el chorro de una magnífica ballena».

—¡Oh, Ivy, venga! Al fin y al cabo se trata de alguien con quien su padre estuvo casado. ¡Ten piedad!

La hija de los Terblanche que estaba embarazada a las puertas de la cárcel había abandonado el país tiempo atrás, con su marido. Fue la más joven la que entró pasándose los dedos por sus húmedos cabellos castaños.

—¿Por qué discutís ahora?

—Por nada, por nada. Son cosas que ocurrieron antes de que siquiera se pensara en vosotras. Nada.

Con la soltura de ser contemporánea de la visitante, la muchacha caminó delante de las persianas de cristal que Dick había hecho a medida, golpeando el peine sobre las pepitas de aguacates que crecían en tarros de mermelada sobre el alféizar, obstaculizando con su cabeza los rayos del sol.

—¿Dónde paras ahora, Rosa?

—En un pisito, no está mal.

—¿Lo compartes?

—No. Vivo sola.

—¿Cuánto pagas?

—Clare, encanto, mira un poco lo que haces.

Retorcó la cabeza torpemente, soltó otra lluvia de gotas sobre las rodillas desnudas de su padre, que estaba en pantalones cortos, y rió.

—No te quejes — lo secó con el dobladillo de su falda larga de tela de tejano—. Estuve buscando un piso para alguien... una chica que tiene un hijo y que vendrá de Port Elizabeth, pero los alquileres son altísimos.

—El mío tiene una sola habitación. No sé si algo así le serviría, teniendo un chico. Pero sé que hay un piso vacío en el edificio... al menos todavía estaba desocupado la semana pasada.

Clare se sirvió té, paseó críticamente la mirada por la bandeja, volvió a verter el té en la tetera y llenó la taza con leche.

—¿Qué ocurrió con la casita del jardín?

—Desapareció con la autopista.

—Ni siquiera una pasta... como sabéis no he desayunado. Vosotros dos os atiborrasteis de huevos revueltos. ¿Por qué se levantarán tan temprano los viejos y los bebés?

Ivy sacó el peine mojado de donde Clare lo había tirado, junto a sus papeles.

—Ve a la cocina a buscar algo, hay manzanas asadas. Pero no cortes el pan de dátiles que hizo Regina... ya sabes que si se corta caliente se pone horrible. Ahora Clare es vegetariana y cree que eso le da derecho de prioridad sobre todo lo que no es carne.

La muchacha hizo caso omiso de su madre, afablemente enfurruñada.

—¿Sigues en el hospital?

—No, eso también se terminó.

Dick había ido a la cocina y volvió con una gruesa rebanada de pan de dátiles.

—Toma, come —antes de que Ivy tuviera tiempo de protestar, la tranquilizó con su paciente voz de acento afrikaans—. Regina me dio permiso —frunció cómicamente la nariz, sólo para Rosa.

La piel que separaba las espesas cejas de Clare estaba inflamada por la caspa. Entre bocado y bocado se ocupó de los detalles de un aseo al que con toda probabilidad se dedicaba con poca frecuencia: empujó hacia atrás las cutículas de las uñas con los dientes azulados de humo, contempló los mechones de pelo que se adhirieron a sus dedos cuando midió el largo de las puntas contra los hombros, observó atentamente —como si la presencia de otra chica, Rosa, atrajera su atracción hacia esas cosas— sus pies rosados (gruesos como las manos de su padre) encerrados en las sandalias marrones.

—Supongo que no estarás buscando trabajo. Con nosotros.

—¿Nosotros? —Rosa abarcó a Ivy y a Dick con la mirada. La cerilla de Ivy hizo un movimiento negativo, extinguiendo su diminuta llama invisible bajo el sol—. Clare está trabajando con Aletta.

—Aletta... es maravilloso. ¿Cómo está ahora?

—Pelirroja, de momento.

—Mamá, permíteme decirte que a mí me parece que está fabulosa.

—Pero si yo hiciera lo mismo, tú y Dick...

Dick miró a Ivy de la forma en que los muy íntimos rara vez se miran.

—Parecerías un maldito girasol de Van Gogh.

La risa alcanzó a todos, por lo que Ivy dijo lo que sólo podía haberse dicho después de su partida.

—Y la empresa de Eckhard... ¿cuánto tiempo seguirá eso? —una segunda mirada, no a Dick sino en su dirección, como si alguien hubiera tironeado de un hilo invisible, a la que siguió un rápido y delicado giro—: Quiero decir... ¿todavía no estás harta, Rosa?

La oportunidad para decir algo, si pudiera. La inmediata tentación de hablar. De preguntar...

—Es un trabajo.

Rosa conservaba la sangre fría de su infancia, la capacidad de sustraerse a las oportunidades y las insinuaciones, chiquilla terca hecha mujer. No le facilitaría las cosas a nadie cambiando de tema; otra gente rechazaba esta característica y al mismo tiempo se aferraba a ella.

Pero aún se le concedía una atmósfera de convalecencia. Ivy derramó una serie de tópicos sobre la cuestión.

—Claro que puede ser interesante. Sí, útil, en el sentido de que te da una comprensión práctica de la forma en que manipula el poder económico en este país... siempre se puede aprender algo... por un tiempo, al menos —miró en derredor, generosamente.

—Un trabajo como cualquier otro —la seguridad de Rosa se oponía a la vaga conciencia de sí misma de la otra chica, a la abrumadora inquietud de Ivy, a las impacientes ideas de Dick, que seguía asintiendo, como si acariciara una mano o un hombro.

Clare habló sin maldad.

—Supongo que debe ser algo por lo que pagan decentemente.

—El salario normal de una mecanógrafa. Nada extraordinario. Pero tampoco esperan nada de ti. Se trata del tipo de trabajo anónimo que realiza el noventa por ciento de la gente. Sólo entiendes esto realmente cuando lo haces... no hay nada que mostrar al final del día. Llamadas telefónicas, papeles que salen serpenteando del teletipo, ingentes sumas de dinero que nunca ves cambiar de manos... manos que nunca tocas —la sonrisa de su padre.

Clare se frotó la piel inflamada entre las cejas.

—Podrías venir a trabajar con nosotros. Pesamos y arrastramos sacos todo el día... un alimento que huele a vómitos de bebé, dice Aletta. No, de veras, mamá, al principio está bien, te parece que es agradable, pero cada carga, después de unas semanas, resulta empalagosa. No puedes quitarte el olor del pelo ni de la ropa. Un trabajo tangible y oliente, te lo aseguro. Pero nutritivo, muy nutritivo —el remedo de un aire didáctico, fruncidas las cejas que había heredado de su padre—. Tendrías que ver a Aletta con algunas de las mujeres que van allí. Les arranca a sus bebés de los brazos, que chillan como locos, les hurga las barriguitas... ya conoces a Aletta: ¡mira esto, mira aquello! — la muchacha hacía una demostración con su propio cuerpo relajado, extendido sobre la estera deshilachada, destornillada de risa—, y luego dale que te pego con las diapositivas en las que se ve qué cosas espantosas les ocurren a los huesos cuando les falta vitamina C y a la piel cuando hay insuficiencia de vitamina B... se las hace pasar moradas por los trozos de piel y las cuentas y todo lo que atan alrededor del cuello de sus hijos... también conoces lo que opina de los sistemas tribales. Pero de todos modos Aletta es fantástica. Aceptan todo lo que dice. Se limitan a reír entre dientes. Ahora se le ha ocurrido que les mostrará películas. Este fin de semana verá al tipo que hace cortometrajes documentales.

—¿Una película? —Ivy siguió contando puntos en su tejido.

—Una película educativa sobre la nutrición. Ya te lo he dicho. El tipo que se llevó prestado el Maiakovski. *La chinche*.

—¡Clare! ¿Me harás el favor de pedirle que lo devuelva? ¡Acabo de enterarme dónde está! Compré ese libro hace treinta años en Charing Cross Road. Logré conservarlo cuando la policía se llevó toda la letra impresa que estaba a la vista. Y luego uno de tus amigos lo coge...

Dick se inclinó por los recuerdos en beneficio de Rosa.

—Colette puso en marcha un grupo de teatro. Debió de ser aproximadamente en mil novecientos treinta y tres. Estaba a cargo del programa cultural, la conciencia de clase a través del arte y todo eso.

—Lo más probable es que haya inventado ese programa para ella misma. No recuerdo que nadie más se interesara. Era su forma de salvarse de dar clases en la escuela nocturna. ¡Era imposible hacerla trabajar en nada de lo que no pudiera atribuirse el mérito de ser la iniciadora! Óyeme bien, Clare, estoy hablando en serio, dile de mi parte a ese joven...

—íbamos en un camión a las poblaciones negras, de un lado a otro del Reef, Krugersdorp y Boksburg... Ella montaba las obras y me parece que también escribía las canciones. Representamos *Domingo sangriento* y yo hacía de Padre Gapon. ¿Y cuál era aquella sobre los gaikas y las tropas imperiales británicas, Ivy? Los negros de nuestra escuela nocturna hacían de gaikas. Solíamos llevar la Bandera Roja ondeando en el capó del viejo camión de mercancías de Isaac Lourie.

La risa de Dick y Rosa atrajo a Clare.

—¡Qué tiempos aquellos! Ahora ni siquiera podemos entrar en el Transkei con nuestras apasionantes diapositivas sobre la *kwashiorkor*.

—Espera a que yo deje de trabajar el año próximo. Te montaré una unidad móvil en una cabaña. Ya verás. Bappie me ha prometido conseguir casi todo el equipo en el negocio de venta al por mayor de su suegro.

Ivy puso a Rosa al corriente.

—Bapendra Govinf ha vuelto de la Isla. Desde el mes pasado.

—¿Y cómo está? Tengo entendido que de momento no han vuelto a declararlo ilegal. Al menos no lo leí en el periódico.

—Sí, su mujer quiere que soliciten permisos de salida para ir al Canadá antes de que eso ocurra —Ivy hizo un gesto, dejando que el tejido se hundiera en su regazo—. Leela dice que no piensa ir a vivir con su madre y su padre. Pero ya sabes que los musulmanes tienen un acendrado espíritu de clan.

—¿Qué hace Leela?

—Lleva unos seis meses trabajando conmigo. ¡Es muy eficaz! Apunta los pedidos por teléfono, echa una mano en la cocina. Cualquier cosa. Va al mercado y me compra la mayoría de las provisiones.

—Tienes toda una organización, Ivy.

Ivy miró a su alrededor.

—Sí... todos comemos. Eso puedo asegurártelo. Beulah James también está conmigo... a Alfred aún le faltan siete meses. (Lo han trasladado a Klerksdorp, lo que para ella significa un verdadero fastidio, la central de Pretoria era más conveniente.) Ahora estamos abandonando los sandwiches y los panecillos para concentrarnos más en la sopa, el curry y otros platos. La comida caliente tiene mucho éxito. Y hacemos ensaladas, por supuesto. Veo a alguna gente con la que trabaja... aunque no me permiten asomar la nariz en las instalaciones fabriles, los blancos siguen mandando a los negros a comprar su almuerzo... Sí, las cosas no estarían mal si supiéramos que Dick... tiene que encontrar algo...

—No me molestaría llevar las Locuras de Aletta en una gira por todo el país —Dick sonrió: era la broma de un hombre confinado al distrito municipal que rodeaba la casa donde vivía.

Ivy tensó los hombros hacia atrás y estiró los grandes pliegues de su cuello como un ganso desafiante.

—Creo que no podría afrontar la vista de los bantustanes, muchísimas gracias. Aunque pudiera entrar. Mantanzima, Mangope, cualquiera de esos hacinamientos, sus «capitales» con las Cámaras

de Asambleas y los hoteles para blancos —un gesto de asco.

—Venga, Ivy. Si Aletta logra meter a alguien... todavía hay gente allí... viejos amigos. Queda mucho trabajo por hacer.

—¿Dónde están? Tú lo sabes muy bien; los negros reaccionarios también tienen sus leyes de detención.

—Tiene que haber algunos, el contacto se ha perdido, es cierto...

—Hiciste bien en no intentarlo, Rosa. Personalmente, yo no pondría un pie en esos lugares... Es la negación de Nelson y de Walter... de la Isla. De Bram y de Lionel.

La pausa se centró en la presencia de la hija de Lionel Burger. Entró la vieja sirvienta negra.

—Comerás con nosotros, Rosa. Preparé unas deliciosas patatas asadas —pero la invitada ya se había levantado, no podía quedarse, cumplieron con el ritual de las protestas y excusas, Rosa fingiendo que aceptaba la autoridad infantil de la colega de Lily Letsile, la sirvienta de los Terblanche asumiendo el papel de anfitriona decepcionada. Ivy rodeó a Rosa con sus brazos.

—No pierdas el contacto.

La chica gritó a la hija por encima del hombro de la madre.

—Telefonéame si quietes que averigüe algo sobre ese piso —había una vibración de coincidencia casual entre ambas jóvenes.

La huella de Dick acompañó a Rosa al coche, corriendo un riesgo, a través de las malezas de la altura de un hombre, del caqui marchito en el sendero, los brazos cruzados sobre el pecho tapando los bolsillos y las solapas de su chaqueta. Permaneció junto a la ventanilla; Rosa puso la llave en el contacto pero no la hizo girar, la vista fija en él, que tarareaba suavemente, balbuceando y repitiendo notas.

—Intentaba recordar una de las canciones... Katya... era algo así: «Levanta tu pala de la tierra, levanta tu pico de la zanja, levanta tu escudo, iguala tu paso al de tu hermano» —su voz era profunda, ahogada, temblorosa; la nuez de su cuello seguía el ritmo bajo los gruesos pliegues bronceados por el sol, marcados de pelos y espinillas—. Hace siglos que no pienso en eso. Nunca tuve memoria para estas cosas. Cabeza de chorlito. Cuando estaba incomunicado trataba... trataba de recordar lo que había aprendido en la escuela... poemas y esas cosas. Uno siempre se entera de que hay gente que mantiene activa la mente repitiendo libros enteros para sus adentros. Es un don maravilloso. Pero a veces yo —las manzanas apoyadas en el borde biselado de la ventanilla— hacía cosas mentalmente; tallé la mesa y todas las sillas de un comedor, la de la cabecera con brazos, como la que tenía mi abuelo... los montantes de azúcar cande con pomos redondos en la parte superior... eso sí que era artesanía. Planifiqué la galería de casa estando preso, elaboré hasta el último centímetro de marco y de paneles de cristal. Cuando verifiqué las medidas, no me había equivocado en un solo milímetro, podría haber ido directamente a comprar las cosas en la ferretería. No tenía ningún problema para pensar en estas cosas. Dibujé los planos en el suelo de mi celda, con un alfiler. Entonces se presentaron las dificultades... sospecharon que estaba trabajando en un plan de fuga. ¿Puedes creerlo? ¿Alguien sería tan estúpido como para hacer algo así donde todos los carceleros pudieran verlo? Fue después que escaparan Goldreich y Wolpe; andaban todos con los nervios de punta, supongo que sentían que todo su sistema de seguridad había sido burlado si dos presos políticos eran capaces de salir valiéndose de su ingenio y volver a entrar sin ser vistos al ver que los planes no funcionaban de acuerdo con lo previsto, y repetir todos los movimientos la noche siguiente, sin el menor impedimento... Oportunidades como ésta no volverán a presentarse. Ahora encierran a los políticos en cárceles de máxima seguridad.

Ella seguía la conversación entre ambos en otro nivel.

—Después de julio, Dick.

El hombre se sintió tímidamente halagado por lo que interpretó como curiosidad por una experiencia que sólo a él afectaba.

—Es Ivy la que está preocupada, no yo. Encontraré algo. ¿Qué opinas de preguntarle a Flora? ¿Tiene algún sentido? Dicen que su marido quiere que se mantenga a distancia. Ella ahora sólo va a

los comités liberales. El le impide que participe en otras cosas. No sé si William querrá darme trabajo.

—Siempre persiste una especie de obstinación en Flora —Rosa lo miraba sugerente, inquisitiva—. William no va hasta el fondo en las cosas de las que aparentemente la persuade, apenas rodea la superficie.

—Flora está orgullosa de la relación con nosotros. Siempre ha habido gente así. Conozco la especie. Incluso ahora. Ha sido muy útil. Ivy dice que es la idea de la clase media inglesa sobre la lealtad personal y nada más. Bien. Cualquier cosa...

—Se pondrá contenta si se lo pides.

—Cualquier cosa para demostrar que estoy inofensivamente ocupado durante un año o dos — apartó la mirada, fijándola con leonina paciencia en las maletas ennegrecidas, la inquieta mirada interior de alguien en quien la voluntad o la convicción es su fortaleza. Después apoyó los antebrazos en la ventanilla y acercó la cara a ella—. No falta mucho, Rosa. Angola se acabará y también Mozambique; no durarán otro año. Alguien acaba de ponerse en contacto. Habrá una rebelión en el ejército portugués, se negarán a combatir. El marido de Gloria está en Dar es Salaam y éste, el otro, regresó de Mozambique. Esta vez es verdad. Se trata de alguien con firmes relaciones familiares en el Frelimo, está muy cerca de Dos Santos y de Maches. Por fin llegará. Algunos todavía estaremos aquí cuando ocurra. Ya es tarde para Lionel, pero tú estas aquí, Rosa.

La chica no podía hablar; Dick se dio cuenta. La cara arrugada, la ancha boca blanca en la carne de las comisuras de los labios, la respiración dolorosa. Apretó el acelerador e hizo girar la llave de encendido, sorprendiendo al motor del viejo coche. Dick Terblanche le acarició el pelo desde la curva del cráneo hasta el cuello, una y otra vez, temeroso de haberla hecho llorar. Retrocedió de un salto y empezó a dirigir la inversión del coche marcha atrás como el encargado de un parking, haciendo ademanes, moviendo la cabeza, apremiante. Rosa vio por el retrovisor sus piernas de viejo ligeramente inclinadas por el esfuerzo en la parte posterior de las rodillas, la chaqueta de safari levantada en la espalda.

Sudor de lana húmeda y caliente bajo el sol a través de los cristales y el aroma de manzanas asándose con canela.

Aquellas noches de charla en la casita: tú querías saber. El hombre que reunía materiales quería saber; él proporcionaba los datos pero él quería saber a través mío.

Noel de Witt es el que tiene «firmes relaciones familiares en el Frelimo»... que yo sepa. Su madre, la portuguesa rebelde. Aunque Ivy, que prefirió pasar dos años en la cárcel antes que decir en el tribunal lo que sabía de mi padre, no habla en mi presencia de las actividades actuales y Dick, incapaz de no dar algo a entender por ser hija de quien soy, no dijo ningún nombre. Noel debe de ser quien informó de los planes secretos destinados a una rebelión en el ejército portugués. La hermosa, joven y reciente esposa que Flora recomendó no se lo habría dicho a nadie ni siquiera en Londres, en cuya casa se alojó él cuando se fue, porque hasta Londres está lleno de informantes y es necesario proteger las conexiones de Sudáfrica. Gloria Terblanche y su marido viven en Tanzania; él tiene la cobertura de un trabajo en la enseñanza, quizás alguna vez se cruzan por la calle con el hombre que es mi hermano (aunque Tony está muerto y a ti ya no te veo), el hijo de la mujer que asistió con mi padre al Sexto Congreso y cuando él murió me escribió desde el sur de Francia.

De vez en cuando circulan noticias, rumores que pueden ser algo más que rumores. Yo solía tratar de encontrar la forma de transmitirlos a mi padre cuando estaba vivo... experimentada en hacerle llegar lo que necesitaba más allá de los aguzados oídos de los carceleros. A veces la señal de que pronto concluirá se interpreta a partir de un acontecimiento ocurrido en el exterior del país, a veces en el interior. Los Terblanche, yendo de su pobre suburbio a la cárcel, de la cárcel a su pobre suburbio, envejeciendo y engordando (ella) con la venta de cajas de comida al curry, sordo y con la piel escamosa (él), con una pensión o trabajos caritativos que le dan los amigos... aguardan el día en que el rumor cobre realidad, en que el efecto sea el que predijeron, mientras sus vecinos (a los que de extraña manera se parecen exteriormente) esperan retirarse a la costa e ir de pesca. Para los Terblanche hasta las vacaciones dejaron de existir hace años. Sus paseos consisten en presentarse dos veces por semana en la comisaría local al ir o volver del trabajo, así como otra gente tiene que ir a una clínica para controlar alguna enfermedad crónica. Si llegan a estar realmente viejos y enfermos, supongo que alguien como Flora —alguien fascinado por ellos, avergonzado por no vivir como ellos han vivido— los mantendrá con limosnas en dinero que le incomoda poseer. Dick e Ivy lo aceptarán, pues ni ellos ni Flora alimentan remilgos pequeño burgueses respecto a esas cosas: los Terblanche porque no es para sí mismos sino para aquello que vive en ellos, Flora porque no cree que lo que posee haya llegado a ella por derecho propio. La gente como Dick e Ivy y Aletta no entienden la provisión del mismo modo que los clientes del hombre para el que yo trabajaba; «provisión» es una palabra que aparece constantemente en el teléfono del mercado de Barry Eckhard: provisión contra una caída en el precio del oro, provisión contra las tendencias inflacionistas, provisión para la expansión, provisión contra la depresión, provisión almacenada para hijos e hijos de los hijos, hijas e hijas de las hijas; acciones, bonos, dividendos, órdenes de pago. En los púlpitos y periódicos de los clientes de mi jefe, el materialismo ateo de lo que denominan Credo comunista está fuera de la ley. Pero los Terblanche no han acumulado tesoros que la polilla o el moho puedan corromper. Ellos acumulan nada menos que el futuro... futuro. ¿Con qué ridículo orgullo insolente viven sus vidas sin los placeres y las precauciones de otros blancos? ¿Qué pueden mostrar? Ivy convertida en una pequeña comerciante, y los negros a quienes todavía no se admite en los sindicatos abiertos para los que ella y mi madre trabajan; Dick haciendo reparaciones en el patio trasero de su casa en un suburbio para blancos, un domingo, y los negros llevando pases veinticinco años después de que hiciera su primera campaña con ellos en contra de las leyes de

pases, campaña que le costó la cárcel. Después de todas las demostraciones del *Día de Dingaan* [popular jefe zulú del siglo diecinueve. (*N. de la T.*): (1929, J. B. Marks declaró «África nos pertenece», un blanco gritó «Mientes» y mató de un tiro a Mofutsanyana en la tribuna, 700 negros arrestados; 1930, el joven Nkosi muerto a puñaladas, Gana Makabeni ocupó su lugar como organizador del P.C. en Durban, 200 militantes negros desterrados); todas las campañas de resistencia pasiva de los años cincuenta, el incendio de pases en los sesenta; después de todos los ataques y arrestos policiales; después de Sharpeville; después de los juicios, condenas a las que se sobrevivió y condenas que se soportaron mientras se soportó la vida. Después de que la vergüenza del estandarte rojo «Trabajadores del mundo unidos y luchad por una Sudáfrica blanca», izado en 1922, se borrara entrada ya la década de los veinte mediante la aceptación de las tesis de Lenin sobre la cuestión nacional y la cuestión colonial, después de las purgas en las que Lionel Burger (que se había casado con una bailarina en el extranjero, sin el consentimiento del Comité Central) votó por la expulsión de su mentor Bunting, después de que el Partido Sudafricano se pasó a la derecha y volvió a virar a la izquierda; después de que se negó a apoyar la guerra que libraba Sudáfrica contra el racismo en Europa mientras practicaba el racismo en el propio país, después de que fuera atacada la Unión Soviética y se invirtiera esta política de oposición a la guerra, después del Frente Popular, cuando se permitió al P.C. trabajar con organizaciones reformistas; después de la cuestión de la acción política *versus* acción industrial (los favorables a la acción política citaban la denuncia leninista del «infantil desorden del antiparlamentarismo», los contrarios argumentaban que en Sudáfrica las cuatro quintas partes de la clase trabajadora eran negras y no votaban); después de la prohibición del Partido, la reorganización clandestina con posterioridad a 1966, las proscipciones, los exilios, las cadenas perpetuas —no lo aprendí en el regazo de mi madre sino que, como tú dijiste, fue la mitología cotidiana de esa casa—, todo eso respiré como cualquier niño que llena indiscriminadamente sus pulmones con aire de la sierra o contaminación urbana, según donde sea arrojado a este mundo, y de una vez por todas me gustaría hacer encajar los hechos con lo que debo saber. Ese futuro, esa casa... aunque la de mi padre era más grande que la casucha de Dick e Ivy reformada con métodos caseros, *esa casa* también guardaba provisiones nada menos que para el Futuro. Mi padre dejó esa casa con la placa bruñida en la que figuraban su nombre y su honorable profesión en el portal, para ir a pasar el resto de su vida entre rejas, seguro de ese futuro. El está muerto, Ivy y Dick envejecen, son pobres y están vivos... ésa es la única diferencia. Dick con las horribles manchas en sus pobres manos me lo dijo en una especie de declaración de pasión senil: todavía estamos aquí para verlo. Pensó que yo estaba abrumada por haber pensado en mi padre. Pero me abrumó la necesidad de escapar como si se tratara de una indecencia y tuve miedo de herirlo —de herirlos— demostrándolo. Fue como las últimas semanas en que trabajé en el hospital, ¿lo recuerdas?

Están esperando.

Me dejan en paz para que haga las cosas a mi manera porque no pueden creer que yo —la hija de Lionel Burger— no esté esperando con ellos. Nuestra especie repudia la partición étnica del país. Suponen que hablé de ir al Transkei porque tenía órdenes de encontrar un trabajo como cobertura en algún hospital; debo de haber aprovechado mi período de «convalecencia» y me negué. Pero algún día no podré decir que no.

Aunque todo está consumado en notas para su publicación, diligentemente investigando en bibliotecas y en recuerdos de los exiliados, el pasado no cuenta: las huelgas generales que fracasaron cuando el Partido era legal, el alto mando que fue traicionado cuando el Partido era clandestino. El residuo presente, cuando bromean dos veces por semana con el sargento al tiempo que se vuelven signatarios de su propio cautiverio, no cuenta. Han vivido sin la satisfacción de las ambiciones personales y no es tranquilidad de espíritu lo que buscan en su vejez. La derrota de los ejércitos coloniales portugueses en Angola y Mozambique; el derrumbamiento de la Rodesia blanca; el fin de la ocupación sudafricana en Namibia causado por los combatientes del SWAPO o las presiones internacionales; todo esto esperan, lo mismo que esperaba Lionel en la cárcel. Señales

de que pronto concluirá, por fin. El Futuro se aproxima. El único que ha existido siempre para ellos, según la documentación. La liberación nacional, primera fase de la revolución en dos etapas que comenzará con una república de obreros y campesinos negros y se rematará con la consecución del socialismo.

No sólo se trata de esperar. Todo lo que pueda hacerse entre una sumisa declaración a la policía y la siguiente, será hecho por gente que lejos de contemplarse el ombligo de una identidad singular (sí, una pulla para ti, Conrad), ve la necesidad de múltiples identidades. No debe ser por casualidad que Ivy vende almuerzos en una zona de industria pesada donde trabajan miles de negros. Desde luego, la gente que embala sus cajas de comida al curry y las ensaladas, gente muy popular, son viejos compañeros o miembros de sus familias. Bajó la máquina de escribir para cubrir sus papeles en los que había estado trabajando, pero cuando recogió el peine que humedecía la punta de una hoja, la sacó para ponerla a secar; vi que formaba parte de un análisis de salarios. Probablemente provee de materiales a la comisión de estudiantes radicales que se ocupan de los salarios de los negros. Dick le dirá a William Donaldson que necesita un trabajo para complementar su pensión, pero está buscando algo que lo muestre «inofensivamente ocupado» mientras hace otra cosa. No es fácil para las familias de antiguos presidiarios, como los Terblanche, como aquella de la que soy vestigio: permanentemente vigilados.

Están dispuestos a ser pacientes conmigo. No es piedad, un pálido respaldo de la validez de la autocompasión, lo que ofrecen. He andado una trayectoria cuyo seguimiento implicaba la vida de un hombre que casualmente era mi padre, así como ellos la han seguido. Las consecuencias para Dick han significado períodos de encarcelamiento con mi padre; para Ivy, la cárcel a causa de mi padre. La trayectoria que he seguido debidamente —algunas de cuyas consecuencias eran para mí evidentes, previsibles y aceptadas, así como para ellos— forman parte de un proceso continuo. Únicamente es completa para Lionel Burger; él ha hecho todo lo que tenía que hacer y esto, en su caso, suponía la muerte en prisión como parte del proceso. No se les ocurre que pueda haber concluido para ellos mismos, para mí.

No es fácil aislarse de ellos... de esa gente: Dick con sus ojos azules de granjero bajo las cejas sombreadas, su traje de safan con pantalones cortos que dejan a la vista sus fuertes piernas tatuadas por las venas, la chaqueta engalanada con bolsillos al estilo de la vieja milicia colonial, una forma de vida fronteriza, para que su apariencia sea inocentemente igual a la de cualquiera de sus hermanos bóers que consideran sus creencias como las del anticristo, el diablo en persona, y a la de los conquistadores europeos aventureros-capitalistas que él mismo ve como el auténtico demonio; Ivy con su cuerpo de ama de casa envuelto en estampados alegres, su revuelta cabellera a lo Einstein y la inesperada concesión a la vanidad en la evidencia —una raya rubia y brillante que bordea su labio superior— de que se oxigena el bigote con el que la edad intenta negar su femineidad. Estas dos personas tienen con mi padre mayor intimidad que yo. Saben aquello que nunca se le dice ni siquiera a una hija. Un biógrafo tendría que consultarlos a ellos, a los —¿qué?— amigos, compañeros, camaradas de Lionel... el biógrafo quedaría satisfecho, pero habría que inventar un término abarcador para lo que yo comprendí cuando volví a verles. Va más allá de la amistad, más allá del compañerismo; más allá de las relaciones familiares... por supuesto. Me estarán esperando para descubrir qué tengo que hacer. ¡Cuánto se preocuparon todos ellos por los hijos de los demás cuando éramos pequeños! En la envolvente aceptación de los brazos maternos de Ivy —ella siente que soy su propia hija— hay expectativas, incluso autoridad. Junto a su cálido pecho se vuelve a casa para ir, como tú dijiste que iría, a la cárcel.

Encontré el anillo que usaba cuando todo lo que tenía que hacer era pasar por una jovencita enamorada. En la caja de cuero para cuellos de uno de mis abuelos, entre cartulinas de lana para zurcir comida por las polillas y el elástico que mi madre solía pasar por la cintura de mis pantalones de la escuela. También estaba la insignia de cobre con la serpiente del Cuerpo de Sanidad, los

distintivos de la gorra de mi padre. ¿Los guardaba mi madre? Mi padre se unió al ejército sudafricano blanco, según la fecha que me han dado, cuando la Unión Soviética fue atacada, y estuvo a cargo de un hospital en Oriente Medio. Entonces no estaba casada con él. Probablemente quitó más adelante los distintivos de los viejos uniformes, o quizá Tony se los pidió; después de su muerte ella encontró sus tesoros y no los tiró. En una redada de la Rama Especial, no podían decir nada sobre Lionel Burger que debiera guardarse en secreto. De hecho, en el proceso Theo Santorini incluyó «un distinguido historial al servicio de los soldados heridos de su madre patria» para establecer la postura de ese hombre: *Habría sido fácil para él, Su Señoría, escoger los honores profesionales y cívicos; y qué grave sentido de las injusticias cometidas por los dirigentes blancos debió de tener semejante hombre para volver la espalda a los laureles de la sociedad blanca arriesgando —no, rechazando rotundamente— la reputación, el éxito y la libertad personal en la causa del pueblo negro.* El servicio militar parece haber durado dos años... como la mayoría de la gente, reduzco la totalidad del período que vivieron mis padres antes de que yo naciera, cuando eran extraños con los que no tenían ninguna relación. Lionel me contó, una vez, que cuando tenía unos catorce años y acababa de llegar al internado de Johannesburgo vio talonarios de pases despedazados en la calle después de una manifestación y la curiosidad le llevó a comprender, por vez primera, que los «nativos» eran personas que siempre debían llevar eso consigo, en tanto los blancos como él no los necesitaban. Para mí, su despertar infantil no es más remoto que sus razones para ir a la guerra. La experiencia bélica le proporcionó la oportunidad de ser activista (tal como dice el biógrafo) en una legión de ex militares formada por veteranos blancos con ordenanzas y conductores de ambulancia de negros que habían arriesgado su vida pero no se les había permitido llevar armas. El movimiento acabó, como los intentos de mi padre por reunir a obreros negros y blancos en los sindicatos, con el temor de los blancos a perder los privilegios de la segregación en manos de sus camaradas. No obstante cuando los 40.000 veteranos blancos y negros marcharon a través de Ciudad del Cabo debió de parecer una señal; muy pronto, ahora.

Tú no querías creer que lo sucedido en Sharpeville cuando tenía doce años fuese para mí tan inmediato como lo que ocurría en mi propio cuerpo. Claro que yo debo creer que cuando los rusos entraron en Praga mi padre y mi madre y Dick e Ivy y todos los seguidores fieles seguían prometiendo la liberación de los negros por medio del comunismo, como siempre habían hecho. Bambata, Bulhoek, Bondelswart. Sharpeville; el conjunto de horrores que los fieles usan en sus panfletos de impresión y circulación secreta. Los juicios de Stalin, el levantamiento húngaro, el alzamiento checoslovaco... el otro conjunto que usan liberales y derechistas para demostrar que no es posible que un ser humano sea comunista. Ambas cosas aparecerán en cualquier biografía de mi padre. En 1956, cuando los tanques soviéticos entraron en Budapest, yo era pequeña y chapoteaba hacia él con mi hermano negro Baasie, los dos buscándolo como un refugio en el que no existía el miedo, el dolor ni la pena. Más adelante, cuando estaba preso y comencé a pensar en retrospectiva, ni siquiera yo, con mi precoz talento para eludir la comprensión de los carceleros ahora en plena madurez, pude encontrar la forma de preguntarle... a pesar de todas estas cosas: ¿Todavía crees en el futuro? ¿En el mismo Futuro? ¿Como siempre? Y de todos modos es cierto que cuando por fin llegaba el día de mi visita sólo tenía conciencia de que él cambiaba en la cárcel, que estaba adquiriendo la mirada de viejos retratos de campos de concentración, el aspecto de inmovilidad, apoyado entre los dos carceleros que lo acompañaban, de alguien que permite que lo presenten, que lo identifiquen. Sus encías retrocedían y sus dientes daban la impresión de haberse separado; ignoro por qué este detalle me afligió tanto. En la casita yo solía ver esa sonrisa modificada que nadie conocerá en el futuro porque la foto que me han pedido para la portada lo muestra —con el cuello engrosado por la excitación muscular— emanando energía, hablándole a una multitud que no se ve pero cuya presencia está en sus ojos.

No sé dónde vives; tal vez en la misma ciudad que yo; vaya donde vaya, sin que ninguno de los dos tenga conciencia de la presencia del otro, corriendo cada uno a lo largo de una madriguera oscura que nunca se cruza con la otra. Has alquilado un televisor en color a la vuelta de la esquina, o te has alejado de esas cosas zarpando en el arca que vi construir. Nunca fuiste más allá de la fascinación con la gente que rodeaba la piscina de Lionel Burger; nunca diste el salto y te confiaste a él, como Baasie y yo, ni te ahogaste, como Tony. Yo estaba hechizada por tus amigos constructores del barco (me corriges: un yate no es un barco). Eran gente sencilla, no como tú; no entendían lo que estaban haciendo cuando cepillaban el pino fragante de las literas para que durmieras en ellas y levantarlas las cortinas que te protegerían del destello del mar subtropical. Pero tú sabes que embarcarse con ellos significaba huir. Porque mi jefe Barry Eckhard y tu próspero padre chatarrero te proponían un sino, el destino burgués, como alternativa al de Lionel: comer sin hambre, aparearse sin deseo.

Clare Terblanche buscó a Rosa Burger, con quien había jugado en la niñez. La sombra que vacilaba al otro lado de la puerta de cristal ampollado no tenía identidad, pero cuando Rosa abrió la puerta la complacencia iluminó su rostro: la cuestión del piso desocupado sobre el que había prometido averiguar algo.

La otra chica balanceó la gastada bolsa de tela con borlas apoyada en su cadera como el morral de un mulo de carga. Se dejó caer pesadamente en una silla. Su mirada se paseó por los muebles de casa de los Burger, que daban la impresión de estar almacenados en esa habitación. Respiró con la boca abierta y se lamió los labios.

—Vaya faena encontrar este sitio.

—¿No tienes mi número de teléfono del trabajo? Estoy segura de habérselo dado a Ivy.

—¿Puedo tomar un vaso de agua?

—Prepararé té. ¿O prefieres café?

—Café, si te da igual. ¿Entretanto puedo ir a buscar un vaso de agua?

Rosa Burger tenía la vivacidad adormecida de quien ha estado sola todo el día antes de ser interrumpida. Incluso podría haber estado contenta por la llegada de la otra.

—¡Por supuesto! —desapareció en una cocina diminuta. Se oyó el crujido del hielo sacado por la fuerza de su contenedor, el borboteo y el chisporroteo de un grifo. La visitante guardaba la misma compostura que si no estuviera sola en la habitación.

Cuando Rosa volvió su cabello caía de manera distinta; se había pasado los dedos por el pelo, tal vez, echándose un vistazo en la deformante convexidad de una superficie brillante. Sonrió; la otra se enteró de que a veces Rosa era hermosa. Un paréntesis de reconocimiento entre ambas, que fugazmente incomodó a Rosa.

El agua fue servida con las atenciones mínimas del hielo y una rodaja de limón; las dos chicas hablaron de trivialidades —el barrio, la tibieza del día invernal— mientras Clare bebía.

—No quiero llamarte al trabajo.

Rosa descartó la delicadeza implícita.

—No pasa nada, saben que aquí no tengo teléfono. Tendría que haberte informado sobre el piso, disculpa. Lo miré... pero está en la parte de atrás de la planta baja y es terriblemente oscuro. En realidad creo que no... Pero al no tener noticias tuyas... ¿Por qué no pasaste por la oficina para verme en todo mi esplendor?

—No quiero ir allí.

Clare quiso devolverle el vaso. Rosa titubeó un momento, esperando que su antigua amiga lo dejara en la mesa.

—Ah —con el vaso vacío aceptó la evidencia de que no estaban hablando del piso desocupado. El hervidor rechinó como un tren de juguete.

—Conforme. Adelante.

Desde la cocina gritó, hospitalaria:

—Estaré contigo en un momento.

Clare Terblanche no estaba en la silla sino dando vueltas por la habitación. Delante del balcón traqueteó con el tirador pero la puerta no se movió del marco.

—La cerradura está arriba.

Rosa volvió y permaneció a su lado, mirando con ella hacia la ladera de tejados y árboles que caían bajo el edificio; entre plantas negruzcas de hojas perennes, un cúmulo de jacarandas amarillentos antes de la caída de las hojas, como una inversión de las estaciones en el cálido día de invierno. Pero no veía qué tenía en la imaginación la chica alta que había ido a visitarla.

—¿No deberíamos salir?

Rosa sopló, indiferente.

—Si tú quieres.

Con amable consideración rutinaria se inclinó y encendió la radio portátil que estaba sobre una pila de periódicos y discos. La curiosa expresión crítica de Clare Terblanche se centró en el tocadiscos, con sus dos altavoces en el suelo. Rosa lo desenchufó, cerró las puertas que daban a la cocina y al cuarto de baño, se sentó —¡bien!— delante del café. La antena de la radio estaba replegada y la recepción resultaba enturbiada por los parásitos.

—En ese edificio... donde trabajas ahora. Allí muchos abogados tienen su bufete, ¿no?

—La totalidad de la Séptima y octava planta. Comparten una biblioteca jurídica y una cantina; mejor dicho, un refectorio.

La voz del anunciador recitaba, con la promiscua intimidad de su medio de comunicación, una lista de saludos amatorios, de cumpleaños y aniversarios, para reclutas que cumplían el servicio en zonas fronterizas. .. y para Robert Rousseau —hola Bob—, de Dawn y Flippy, Mami y Papi, siempre pensando en ti...

—¿Y es verdad que la mayoría de oficinas del edificio usan una sala con fotocopiadora y multicopista que les pertenece?

Aunque Clare Terblanche no veía las oficinas, donde de vez en cuando chocaba una paloma contra los cristales ahumados de color topacio como un tiro disparado desde la calle, mucho más abajo, y se rompía el cogote, Rosa vio ahora lo que Clare veía. *Hennie Joubert, tu novia Elsabe...* Una expresión de reconocimiento, de expectación sin sorpresa, una nostalgia casi, arrugó apenas la piel delicadamente oscurecida en torno a los ojos de Rosa.

—No sé qué hace la mayoría. Creo que sólo algunos. La empresa de Barry Eckhard tiene un acuerdo.

...te echamos muchísimo de menos, cariño... también Patricia, Tío Tertius y Tía Penny de Sasolburg...

Entonces la otra —Clare— supo, o confirmó una esperanza:

—Eckhard tiene un acuerdo —en el punto de partida interior de cada ceja se erguían unos pocos pelos como los de su padre, Dick... púas erizadas que intensificaban su rostro. Se frotó con la voluptuosidad que da la satisfacción; el eczema descascarillado cobró vida y una mancha de bruma roja apareció en la piel sana y blanca de ambas mejillas—. Supongo que no la usas tú personalmente.

...te quiero mucho y espero verte pronto... Rosa Burger se mostró desenvuelta y predispuesta a informar. No era fácil oír la y la otra chica se concentró en el movimiento de sus labios.

—En general lo hace un empleado. Cuando necesito una fotocopia se la pido a él.

—Según creo la sala está en el segundo piso.

—Así es.

...pensando en ti, Dios te bendiga...

—¿La dejan cerrada con llave?

—Está abierta mientras funcionan los bufetes. La mayoría de las oficinas tienen el mismo horario. Pero es inútil, Clare —la misma sonrisa irrefragable, exigente, con que su padre invadía la vida de la gente logrando que hiciera cosas.

Clare Terblanche lo interpretó como una negativa.

—Naturalmente, lo sé. Te vigilan —ahora ponían música, el grito de muecín de un cantante pop—. Si empezaran a verte abajo no duraríamos una semana. No me refiero a ti. Pero si pudieras conseguir la llave durante una hora. Sólo la llave. Sólo el tiempo suficiente para que hagamos un duplicado. Nadie se enteraría. Alguien irá entre la medianoche, cuando se ha marchado la gente de la limpieza, y las primeras horas de la mañana. Esta persona llevará nuestros propios rollos de papel para que no puedan rastrearlo; no será el mismo que usan normalmente allí.

—No sirve, es inútil —una compleja secuencia de tamborileos había sustituido al cantante.

—¿En el despacho de Eckhard hay una llave? ¿Qué ocurre cuando los tribunales están en período de clausura y los abogados se toman vacaciones?

Los ojos de color piedra de luna bajo toques de sombra devolvieron la mirada sin buscar la evasiva o la escapatoria.

—El servicio de fotocopias sigue operando. Tenemos una llave, sí. Por si nuestra oficina tiene que usar la sala después que cierran los bufetes.

—De modo que las demás empresas del edificio que la usan también tienen una llave... exactamente. ¡Sólo necesitamos la llave de Eckhard unos veinte minutos! A la hora de almorzar; la devolveremos antes de que nadie se dé cuenta.

La resistencia las acercó más y más aunque ninguna de las dos se había movido.

El cuerpo de Rosa Burger, más que su semblante, expresaba una abierta obstinación —los brazos caídos a los costados, las manos con las palmas en los asientos, metidas y ocultas debajo de los muslos hábilmente acomodados—, obstinación que acometió a la hija de los Terblanche como una exigencia que no comprendía más que como una negativa. Tembló al borde de la hostilidad; por un instante cada una tuvo conciencia de la otra en su condición de mujer.

Los recatados muslos de Rosa Burger cerrados en el contorno huesudo del pubis en los téjanos encogidos, un largo cuello bronceado por el sol con la cavidad de la clavícula donde —estaba callada, sin nervios, inmóvil— podía verse el latido del pulso: la novia de Noel de Witt; también la amante de un sueco (como mínimo, entre los que se conocían) que había pasado por allí, y un silencioso barbudo rubio, no alguien del ambiente, tampoco él.

Un cuerpo con la seguridad de los abrazos, así como una inteligencia cultivada da lugar a una mente. Los hombres lo reconocerían de una ojeada, así como la otra podría reconocerse en una palabra.

Clare Terblanche —la vieja compañera de juegos que había sido gruesa y robusta como un osito de felpa, las piernas y los brazos pequeños con la misma forma simplificada, velluda, oliendo dulcemente a jabón Palmolive— tenía una carne sin relieve. Vivía en su interior, empleando ahora útilmente unas piernas largas y fiables que adelantaban una cadera tras otra hasta que encontró el piso. Mala circulación (que se notaba en la palidez y el rubor de las mejillas), pechos cerrados sobre si mismos, una suave extensión de vientre para albergar hijos. Un cuerpo que no tenía señales; sería cada vez más grande y al mismo tiempo más modesto. Pocos hombres encontrarían allí su camino, pocos lo buscarían.

Entre ellas estaba la mesa al nivel de sus pantorrillas; música y voces, sentimientos adulterados, emociones generalizadas, la exposición pública haciendo las veces de necesidad privada. ...y *una para Billy Stewart. Billyboy apuesto a que así te llaman en casa pero sea como sea Billy la abuela y el abuelo Davis están orgullosos de ti sigue sonriendo todos en casa te queremos y te esperamos mi queridísimo Koosie.*

De improviso Rosa se levantó y apagó la radio.

—¿Quieres ver el piso de todos modos?

Clare Terblanche no respondió. Bebió su café a lentos sorbos que ambas oyeron.

—Bueno.

Parecía castigada, apaleada.

En la puerta se detuvo y se volvió hacia la chica que iba detrás de ella.

—¿Es sólo esto lo que no quieres hacer?

No soy la única superviviente.

Sus suelas de goma producían el mismo crujido abrasador de dedos raspando una pelota con el que Tony solía atormentarme cuando éramos pequeños. Busqué la llave de inmediato (debió de parecerle irónico) en la portería y bajamos los resonantes peldaños de hierro de la escalera de incendios. En el piso desocupado había un viejo listín telefónico, toda una población de polillas en el cuarto de baño, cucarachas en la cocina, una compresa seca que había adquirido la forma rígida en que había sido usada, dejada en el interior del aparador que abrí para mostrarle el espacio de almacenamiento que había. Ambas quedamos debidamente impresionadas por este ejemplo de los hábitos civilizados a que se dedicaban los blancos para defenderse de la degradación negra (éste es el tipo de reacción que me colma cuando vuelvo con los de mi propia especie). De cualquier manera, las dos somos chicas muy bien educadas, quisquillosamente clase media en muchos sentidos —recuerda el alto nivel de confort que observaste en casa de mi padre— aunque si la pertenencia de clase de nuestras respectivas familias hubiera de definirse correctamente según su lugar en las relaciones de producción, ella era de la clase trabajadora y yo no. Los nuestros nunca han sido sucios ni pasado hambre aunque la cárcel y el exilio son lugares comunes de la vida familiar para nosotros. Ser blanco constituye una definición por oposición que mi padre y su madre ya discutían bailando al son del gramófono en el club de trabajadores. Cerré el aparador con una breve exclamación.

Los cables habían sido arrancados del zócalo donde se enchufaba el teléfono. El olor del cigarrillo de Clare reptaba como un animal suspicaz. Libres incluso de testigos inanimados, no sabíamos cómo escapar la una de la otra... al menos ella no sabía cómo hacerme sentir rebajada por mi negativa. Por el contrario, yo tenía conciencia de una desagradable fortaleza que de mí pasaba a ella. Es más bien apagada que fea, una mujer sin orgullo sexual... en tanto hembra no tiene la menor visión de sí misma que le permita desviar la atención que los demás fijan en sus defectos físicos. Su postura me irritaba. Clare Terblanche siempre estaba así, como un trípode que alguien hubiera dejado caer desmañadamente, sin flujo de movimientos a sus espaldas o proyectado al frente. La explicación es común y corriente: patizamba. ¿Por qué Dick e Ivy no la hicieron tratar de pequeña? La caspa y el eczema que ésta provocó eran de origen nervioso. ¿Por qué fingimos no notar esta dolencia? Porque era «poco importante». Clare sabía que yo veía su torpe postura, los atormentados manchones de piel inflamada y levantada, despojada de su contexto familiar. Pobrecilla; ella sabía que yo pensaba: pobrecilla. Soy capaz de soportar los silencios de otros sin desconcierto; sentía piedad y curiosidad, cierta crueldad. Podría haber alargado la mano y haberle apretado rudamente por el hombro, nadie podía oírnos, ninguna voz de buena voluntad barata revistiría la indiscreción y disfrazaría la herejía. No puedo levantar la voz; no está en mi naturaleza, ni siquiera cuando soy insolente. Le pregunté por qué seguía en eso.

No estaba segura de haberme comprendido. O me entendió al instante; yo tenía la impaciente sensación de formar parte de su proceso mental; permanecí horrorizada ante lo que sólo existe una vez que se ha expresado. Intentó una interpretación como referencia específica: sin mí, sin las fotocopias del edificio de Barry Eckhard... encontraría otra posibilidad. Aunque (a medias ofendida, a medias apelando a la compasión) por el momento, maldito si sabía cómo.

Empecé a recitar una liturgia íntima:

—«El pueblo ya no tolerará. Por derecho de nacimiento. Ha llegado el día en que el pueblo exige.»

Me miró como si hubiera gritado.

Yo hablé sin interés, nada más.

—¿Cuando ves informes de las pruebas en los periódicos, no te suena ridículo? Aun los equipos de tinta invisible, los pasaportes falsificados, los planes secretos guardados como fundas de tintorería, las campañas por correo, la misma historia antigua de gente a la que alguien «se acerca» y se convierte en testigo público después de haber pasado la lengua por unos cuantos sobres... Tienes que reír, no puedes evitarlo; es patético. Imprimirás tus boletines o enviarás tus folletos. Ya está todo decidido, desde el principio, desde antes de que tú comenzaras. Unos trozos de papel, unos meses y te pescarán. Te rastrearán fácilmente o alguien en quien has confiado recibirá veinte rands y te venderá. *Una enemiga del pueblo...* Desaparecerás con la detención. Quizás abran una causa y aparecerá un abogado que intentará buscar atenuantes, avergonzándote al hacer que los viejos lemas signifiquen menos aún de lo que significan.

Su cara lentamente endurecida y concentrada ante mí a la manera en que las caras de los pacientes del hospital registran haber recibido la inyección, liberando la sensación de una sustancia en el torrente sanguíneo.

—Y te encerrarán. Como a ellos. Y saldrás. Como ellos. Hemos visto a Ivy y a Dick y a Lionel.

Las lágrimas eran lentes de aumento sobre sus ojos y tuvo que mantenerlos muy abiertos para que yo no las viera caer.

No sabía cómo decirme, precisamente a mí, lo que sabía que sabíamos. Cualquiera podrá leerlo en la semblanza crítica de la vida de mi padre... que no revela ninguna información útil sobre la forma en que se lleva a cabo la lucha en el presente, me lo han asegurado. No hay nada más que fracasos hasta el día en que se alcance el Futuro. Este es el único éxito. Otros —en campañas concretas con objetivos concretos, contra las leyes de países, contra la desposesión forzosa de la tierra— conducirían a reformas paulatinas. Estas acciones fracasan una tras otra, han fracasado desde antes de nuestro nacimiento; fracasos fueron los acontecimientos de nuestra infancia, fracasos son las circunstancias normales de nuestra edad adulta... tus padres bajo arresto domiciliario, mi padre muerto en prisión, mi noviazgo en la sala de las visitas de la cárcel. En esta experiencia de ser aplastada en cuestiones individuales, las masas llegan a comprender —mejor que de cualquier otro modo— que no hay otra salida: el poder estatal debe ser derrocado. Fracaso es la herencia de resistencia acumulada sin la cual no hay revolución. El capítulo empezará con una máxima de Marx que Lionel Burger pronunció desde el banquillo antes de ser condenado. «Sería muy fácil hacer la historia universal si la lucha sólo se emprendiera en condiciones de posibilidades infaliblemente favorables.»

Sus palabras machacaron, aferradas a la indignación y se deslizaron hacia el desaliento:

—¡Pero Rosa! Ellos han pasado lo peor. Para nosotras será diferente. Ocurra lo que ocurra, tenemos la suerte de haber nacido más tarde.

De pronto nos sumergimos, temerarias en la confesión, amalgamando las cosas prohibidas de la vida.

—Exactamente lo que dice tu padre. ¿Lo que estás haciendo tiene algún sentido para ti?

Debía de tener la mirada que tuve yo para ti cuando me describiste cómo observabas a tu madre y su amante jodiendo en el cuarto de huéspedes. Ella afrontaría lo que le pusieran delante sin permitirse verlo, como hice yo.

—Forma parte de la estrategia de la lucha. En la fase presente... todavía. Eso es todo. Pero tú ya sabes.

Claro que sé. Podría haber citado la definición del general Giap sobre el arte de la insurrección como sabiduría para encontrar las formas de lucha apropiadas a la situación política de cada etapa. Las grandes huelgas de obreros negros en Natal con las que su madre se habrá visto comprometida aunque en principio fueran espontáneas, son un ejemplo de la observación de Lenin en el sentido de que el pueblo percibe antes que los dirigentes el cambio en las condiciones objetivas de lucha, sí. Pero la necesidad de propaganda política persiste. Alguien tiene que fotocopiar la carta abierta de Vorster. A riesgo de estimular el aventurerismo, persiste la necesidad de asignar un papel a los pocos revolucionarios blancos. Ya en 1962 está documentado que mi padre fue uno de los que —

por fin mayoritariamente negros— en la sexta conferencia clandestina del Partido Comunista Sudafricano alcanzó la perspectiva última, la integración ideológica, la síntesis de una dialéctica de veinte años: es tan imposible concebir el poder obrero separado de la liberación nacional como concebir la auténtica liberación nacional separada de la destrucción del capitalismo. *El futuro* por el que vivió hasta el día de su muerte sólo puede ser alcanzado por los negros con la participación del reducido grupo de revolucionarios blancos que han resuelto la contradicción entre conciencia negra y conciencia de clase, capacitados para hacer causa común incondicional con la lucha por la liberación total, por ejemplo una revolución nacional y social. Es necesario que estos pocos entren clandestinamente en el país o sean reclutados en el interior entre los riesgos desfavorables, periodistas románticos y estudiantes, y también entre los riesgos favorables, los hijos, amantes y amigos de la vieja guardia, para que sean cogidos entre los dedos de la Rama Especial uno por uno, en plena posesión de su tinta invisible, sus fondos clandestinos, sus llaves (proporcionadas por otro tipo de riesgo desfavorable) de las oficinas de destacados financieros con fotocopadoras. Estas cosas son ridículas (como el dibujo «grosero» de un niño representando el misterio primitivo del acoplamiento) —apenas podía creer en la estúpida osadía, cuando levanté los hombros para evitar la carcajada vergonzosa que se abría camino más allá de mi expresión de ocultamiento— únicamente si uno se aparta de su papel históricamente determinado y no sabe interpretar su significado. Estos son —nosotros somos— los instrumentos de lucha apropiados para esta etapa. La miré, provocadora:

— ¡Qué conformistas, los hijos de nuestros padres!

— ¡Dick e Ivy conformistas! —volvió el rostro en mi dirección.

—Ellos no... nosotras. ¿Nunca lo has pensado? Otra gente escapa. Vive una vida distinta. Los padres y los hijos no se entienden... no tienen nada que decirse. Una especie de seguro natural contra la repetición... Nosotras no. Vivimos como ellos vivieron.

—Oh, las libertades burguesas. Para nosotras eso no es posible. Queremos otra cosa. Caray, no tengo que pelear con mis pobres viejos por eso... aunque me fastidian en muchos sentidos, sobre todo mi madre. Ellos quieren lo mismo que yo.

—¿Pero tuviste alguna opción? Piénsalo.

—Sí... supongo que si quieres ver las cosas de esa manera... ¡Pero no! ¡Rosa! ¿Qué opción? ¿Rosa? En este país, bajo este sistema, viendo como viven los negros... ¿qué tiene que ver la opción con los padres? ¿Qué otra cosa podrías elegir? —ahora estaba excitada, tenía la chispa de quien siente que está ganando influencia e hizo retroceder las lágrimas no caídas a través de su nariz, en feos resoplidos. Es un axioma: los defectos que ves en los demás suelen ser los propios; los críticos se desprecian a sí mismos. Pero esto es distinto. No se trata de la paja en ojo ajeno. Esa chica de la que me apiadé, a la que estaba dirigida mi curiosidad, tan diferente de mí en los aspectos «poco importantes»... la observaba como si fuera yo misma. Quería algo de la víctima que había en ella y tal vez lo conseguí.

Por lo que a ella se refiere, confundió el calor de mi determinación con calidez entre nosotras... pero yo sólo sentía eso por sus padres. Clare sentía que había establecido un nuevo contacto distinto al de la infancia superada. Atraída por la posibilidad de su amistad conmigo —es más falta de gracia que tímida, está acostumbrada a esquivar las bofetadas de rechazo— olvidó que le —nos— había fallado en nuestro estilo de vida. Como un puño cerrado se abre para mostrar sus tesoros, fragmentos de piedra en los ojos de una extraña, me habló del hombre del que estaba enamorada, dudando en decir su nombre y finalmente ocultándolo. No pude evitar que me contara que la chica y el bebé, su amiga, la que tenía un hijo —para la que buscaba el piso— estaba casada con él aunque no vivían juntos. La chica era una «persona fabulosa», se llevaban «realmente bien». Es hija de un profesor, un compañero de mi padre que huyó tiempo atrás y da clases en un país negro. Rehén del profesor para el futuro: Clare Terblanche la reclutará, si la observación de que se llevan «realmente bien» no significa ya que vendrá desde Ciudad del Cabo porque la estrategia de la fase actual lo requiere. El amante, el marido... también es de los nuestros. Los celos y la angustia entre los tres

(¿vendrá la hija del profesor con la intención de recuperar a su hombre?) es algo que, saben, no deben permitir que entorpezca lo que tiene que hacer. Clare Terblanche se frotará exasperada los manchones pelados como pintura descascarada en su pobre entrecejo y regañará a su madre, Ivy, que (surge entre amigas durante la confesión) está trabajando con el amante en su comisión de salarios. Pero el orgullo y la culpa de Clare Terblanche por acostarse con el hombre de otra, la tentación de ser preferida, el dolor de ser rechazada —nadie sabe cómo se resolverá (es la clase de cosas que preferimos dejar a las revistas del corazón)—, no interferirán el trabajo que debe hacerse. Sólo la gente que se revuelca en el presente se expone. Mi madre no llenó, como exigió Lily Letsille, «ese agujero» en el que se ahogó mi hermano. La piscina siguió proporcionando placer a otros, niños negros que nunca habían estado en una piscina antes de aprender a nadar con mi padre.

Clare Terblanche decidió que el piso no era adecuado. Quizás ahora que me había hablado de las circunstancias especiales de su relación con la inquilina en perspectiva no quiere que ésta viva en el edificio donde yo podría tropezar con las dos y ella sabría que yo las estaría viendo a la luz de la confidencia que me había impuesto y que ya lamentaba.

Justo cuando salíamos se distrajo o se agitó un instante... pensé que habría olvidado algo, que había dejado un cigarrillo encendido. Se arrodilló rápidamente, arrancó unas hojas del listín telefónico y se acercó a zancadas al aparador. Recogió la compresa entre varias hojas, la levantó sin tocarla e hizo un tosco paquete. Después no sabía dónde dejarlo: no hay cubos de basura en un piso desocupado. Afuera, en la escalera de incendios, alguien había abandonado unas cajas. Levantó las dos de arriba y enterró su carga. Volvió a acomodar las cajas y salió con paso majestuoso delante de mí, como si se hubiera quitado de encima un cadáver.

Sólo la paloma podría encontrarte, ésa es la idea. Ninguna reclamación del mundo llega al arca. Mientras huís, jóvenes valerosos a quienes dan la bienvenida los periódicos locales en cada puerto extranjero, friegas las cubiertas a modo de absolución y comes el pan de una inocencia que no puedes asumir. Lionel habría explicado por qué. Si lo hago yo, dirás que se debe a que soy su hija, expresando con tono rimbombante que las ruelas y el pan integral de salvado que solías hornear en la casita no pueden restituir algún paraíso imaginario de producción precapitalista. La gente no deja morir a Lionel, o lo que le adjudican —sabiduría, responsabilidad sorprendentemente respaldada hasta el punto de la arrogancia— no morirá con él dejándolos en paz. Pero los fieles no conmemoran la fecha de su muerte, no tienen por qué hacerlo; los sentimientos quedan para aquellos que no saben cuál es el paso siguiente. Flora me envía lirios españoles cargados a la cuenta de William en una florería. El hombre que está escribiendo la biografía me telefonea para preguntarme si prefiero dejar la cita de hoy para otro día.

Había dos cartas detrás del ala abatible de lata que lleva mi número en el bloque de buzones del vestíbulo, grises como celdas. Una era en sueco. Leí un párrafo entero sin saber quién era el remitente; era manuscrita y todas las que había recibido de él antes venían escritas a máquina. Es extraño no conocer la letra de alguien con quien has hecho el amor, no importa por qué ni cuánto tiempo atrás. Había abrigado la esperanza de poder decirme que por fin la película sobre Lionel sería distribuida en Inglaterra, pero las negociaciones habían fracasado. Tendría que esperar hasta que «ocurriera en Sudáfrica algo que volviera a despertar el interés». En este momento era más fácil vender material relativo a Mozambique y Angola. Le había complacido enterarse de que un ala de la Universidad Patricio Lumumba de Moscú lleva el nombre de mi padre. Había escrito un breve artículo sobre este tema y esperaba verlo publicado pronto. Como su película no ha satisfecho sus esperanzas de darse a conocer, para él la época en que Lionel estaba vivo en la cárcel no parece, como para Lionel y para mí, tan lejana. En el caso del sueco el éxito está ligado a lo que aún no se ha logrado.

La otra carta era en realidad una tarjeta, apretadamente escrita en la parte interior. Yo no sabía que vendieran tarjetas para aniversarios de defunciones... barbas, dorados, ramilletes, el tipo de cosas de las que estás a salvo por haber roto amarras: el ordenamiento de las respuestas apropiadas para todas las ocasiones, lo que tú solías llamar «amor consumista», Conrad. Leí primero la firma; alguien la había hecho por los dos: «Tío Coen y Tía Velma», pero evidentemente era ella sola quien la remitía. Seguía tan convencida como siempre de sus sentimientos hacia mí, último miembro de la familia de su hermano. Siempre seré bienvenida en la granja si quiero descansar tranquila. No dice de qué actividad, no quiere saberlo por si se trata, como en el caso de su hermano, de algo que teme y desapruera hasta lo inconcebible. Mejor así. No propone expectativas ni reproches. «La granja siempre está allí.» Y lo cree: para siempre. El futuro... es lo mismo que el presente. La granja será ocupada por sus hijos, eso es todo. Quizás habrá mejoras: el cambio es la automatización de los establos de ordeño y la televisión, prometida para un futuro cercano. Mi prima, la tocaya de *Ouma Marie Burger*, está recorriendo el mundo en el presente. Trabaja con la junta exportadora de cítricos y la han enviado a las oficinas de París. ¿No es fantástico? Tuvo que aprender francés y lo captó enseguida... tiene un «cerebro Burger, naturalmente». Tía Velma piensa, sencillamente, en mi padre. Los Nel nunca han tenido la menor dificultad en conciliar el orgullo de pertenecer a una familia notable con la certeza de que el miembro que la hizo destacarse seguía ideales perversos y horripilantes. Hasta el tío Coen está contento de que lo conozcan como el cuñado de Lionel Burger. Fuera lo que fuese mi padre para ellos, todavía acecha en sus conciencias.

Algo más en la carta del sueco: quiere un cinturón de cuentas como el que compró aquí,

¿recordaba yo dónde? Se trata de una tienda de obras de caridad, donde comercializan los objetos que hacen las tribus negras para su propio uso y adorno, y no de artesanía para turistas. Como la mayoría de empresas no lucrativas, la administración no es suficiente y no albergué grandes esperanzas de que quien estuviera a cargo pudiera recordar, para no hablar de estar dispuesto a molestarse en obtener, un cinturón de una artesanía específica. La carta era precisa; decía Baca, pero pensé que más probablemente sería del Transkei o de Zululandia. Sheila Itholeng estaba allí, como todos los sábados por la mañana, para limpiar el piso y lavar la ropa: la habitación cobra vida. Cocina harina de maíz mientras yo frío huevos con bacon; desayunamos juntas, como una familia. Ninguna de las dos tiene marido pero ella es madre de una niña. Compré lápices de pastel y plastilina para la pequeña Mpho, pero debajo de la mesa, alrededor de nuestras piernas, jugaba a lustrar el suelo con un trapo, su culito más alto que la cabeza, sus talones sonrosados sobresalientes, en la postura exacta que adopta su madre cuando friega.

Aunque Barry Eckhard no hace trabajar a sus empleados los sábados, fui a la ciudad. En medio del tráfico repentinamente empecé a tratar de considerar este día como algo tan específico como el cinturón de cuentas hecho a mano que estaba buscando, la reproducción del día en el que, esta vez un año atrás, Lionel todavía vivía, aunque a la hora de almorzar sería el día de su muerte. El y mi madre fueron una vez a visitar la tumba de Lenin, me han dicho. Desfilaron, irreconociblemente embozados para protegerse de un frío que aquí no existe, al igual que lo sigue haciendo una cola interminable. Todo mes de noviembre desfilará ante la muerte de mi padre, el mismo día una y otra vez, con cielos de tormenta de verano y jacarandas callejeros brotando febrilmente en purpúrea tensión; las estaciones sólo pueden repetirse a sí mismas, no tienen futuro. En el banco del parque también se percibía un estado de reiteración.

Un cordón policial flanqueaba toda la fachada del edificio donde está la tienda de artesanía africana. Perros alsacianos sujetos con correas a sus portadores mantenían a raya a los transeúntes, pero éstos aguardaban impasibles, los negros sosteniendo las bicicletas de reparto, familias con hijos que salen de compras los sábados, parejas con los brazos colgando de los hombros o de la cintura de los téjanos del otro, esperando su espectáculo, tanto fuese un grupo pop negro que transforma los ritmos de la calle, un suicida que vacila en un antepecho, la trampa de una bomba. Supe de inmediato de qué se trataba: hombres y mujeres de aspecto tan corriente —¡asombroso!— como el de ellos mismos, arrestados y seguidos por más policías, estabilizando con las mandíbulas sus cargas de papeles y máquinas de escribir. El edificio albergaba organizaciones cuyas instalaciones suelen ser sometidas a redadas. No esperé a ver de cuál se trataba esta vez; la asociación de estudios negros o los clérigos militantes, todos sospechosos de «fomentar» los objetivos que a mi padre y sus compañeros llevó tantos años formular. Reinaba el silencio entre el gentío que esperaba sin hacer nada, como caballos atados con ronzales. Una mujer con un bulto de negra en la cabeza y la cara afilada, de nariz larga, que suele aparecer cuando hay un ingrediente de sangre blanca, borracha o un poco loca, se dirigía a todos desde el orificio redondo de su boca.

—Puñeteros cabrones blancos. Puñeteros policías cabrones —dos jóvenes negros que usaban camisetas con la inscripción PRINCETON UNIVERSITY y KUNG-FU respectivamente, se rieron de ella. Un hombre gritó *Tula, mama* [Calla (*N. de la T.*)] y como un perro extraviado que no sabe cuál es la fuente del ruido que hace la lata que le han atado al rabo, ella refunfuñó—: *Voetsak, voetsak, wena* [Que te den por culo cuanto antes (*N. de la T.*)].

Seguí de largo. La policía identifica y registra a todos los que encuentra en un edificio en el que hacen una redada. ¿Por qué razón creería la Rama Especial que la presencia de la hija de Burger en las inmediaciones se explica por su intención de comprar un cinturón de cuentas que le había pedido un ex amante? Que otros protesten de su inocencia, que se laven las manos como Pilatos. Así como la locura autorizaba a esa chalada a gritarle a la policía, la condena a cadena perpetua autorizó a Lionel a decir desde el banquillo: «Sería culpable si fuera inocente de trabajar para destruir el racismo en mi país. Si yo soy culpable de esa inocencia, no será la policía quien tenga derecho a prenderme».

Algunos grandes almacenes tienen departamentos donde venden artesanía africana. Hay oferta porque hay demanda, la ola de nostalgia por lo étnico en partes del mundo donde no se atribuye a la étnia un propósito siniestro. Generalmente exhiben objetos de moda en lugar de nada que pueda entenderse como cultura nacional; el cartel COMPRE SUDAFRICANO se refiere a productos manufacturados y no a los cuencos tallados y collares de concha que cuelgan por allí, entre pequeños artículos de piel y mostradores con cosméticos. En las grandes tiendas donde probé suerte no vendían cinturones de cuentas pero pensé que las muñequeras atlética y ortopédicamente masculinas, con brillantes tiras de plástico entrelazadas a través de agujeros en el duro cuero —y que siempre usaban los mineros nómadas que las hacían— podían ser útiles para un escandinavo especializado en África y compré una, dios sabe por qué. La inmensa y perfumada planta baja tentaba a la gente a experimentar el placer de gastar dinero, esa peculiar atmósfera de deseo y ansiosa satisfacción evidente en las caras, apenas lo suficientemente altas para apoyar el mentón en las vitrinas, de los niños reunidos ante mostradores llenos de chucherías, de las mujeres que combinaban los colores de su vestimenta por consejo de alguna amiga íntima, de las parejas que calculaban los precios; el espectáculo de objetos que nunca podrán poseer y de aquellos que son un señuelo para que dejen allí el poco dinero que tienen, es un despliegue que ansia la gente de los países del Futuro que mi padre visitó con sus dos mujeres. Cualquiera de los artesanos mestizos y sus familias, o de los estudiantes blancos que observaban los arrestos a pocas manzanas de distancia, era libre de entrar y ver legítimas aspiraciones que no conllevan ningún riesgo de castigo: lavadoras totalmente automáticas, relojes electrónicos, botas de cowboy, grabaciones de música popular por héroes que se inspiran en el vocabulario de la revolución para dar nombre a sus grupos. Un acto de adquisición. Tienes que adquirir un yate para librarte de eso. Una mujer que estaba a mi lado mientras esperaba para pagar regañaba a su hijito: ¡No necesitas eso! ¿Para qué lo quieres? ¡No es un juguete! Apretaba firmemente un cepillo de charol para quitar pelusa y no miraba a nadie a los ojos. Con el codo apoyado en el mostrador de cosméticos de enfrente, vi la espalda semidesnuda de una negra vestida con colores llamativos que incluían, como efecto de conjunto, el color de su piel. Las gamas más audaces y oscuras de azules y marrones —antiguos ideogramas de pez, pájaro y caracol— se extendieron en el movimiento de dos omóplatos redondeados desde el declive mate del cuello hasta su perfecto centrado en la línea hendida de la columna, ondulando mientras la iluminación sin sombras de la tienda proyectaba allí una escala variopinta. La tela sugería túnicas pero de hecho era ceñida hasta el orgulloso trasero que asomaba negligente en el ángulo de la cadera que soportaba el peso de su cuerpo, y se cerraba hacia las largas piernas. Llevaba un turbante azul y antes de que volviera la cabeza vi titilar un aro de oro más grande que una diminuta oreja. Podría haber sido una espléndida chica de conjunto, pero parecía el prototipo de una reina ya extinta en Gran Bretaña o Dinamarca, donde todavía existe este oficio. Era Marisa Kgosana. Nos abrazamos; el rostro profesionalmente neutro de la vendedora blanca, protegida por su maquillaje de cualquier señal de reacción, como los soldados de guardia a quienes su uniforme impide parpadear ante el sarcasmo público, aguardaba la consumación de la compra.

Tocar en simbólico abrazo femenino la encendida mejilla nocturna de Marisa, ver enorme durante un segundo el destello lacustre de su ojo, el rosa lila de la parte interior de sus labios contra los dientes de bordes traslúcidos, ingresar por un momento en el invisible campo magnético del cuerpo de una beldad y recibir en una misma impronta —el vaho del aliento y su rápido desvanecimiento en un cristal— fue una inmersión en otro modo de percepción. Lo más cerca que puede llegar una mujer a la transformación del mundo que el hombre busca en la belleza femenina. Marisa es negra; también próxima, entonces, a la manera blanca de utilizar la negritud como un camino para percibir una redención sensual, como hacen los románticos, o de percibir temores, como hacen los racistas. En casa de mi padre, lo uno era el anverso de lo otro, las dos caras de la falsa conciencia. Estoy en condiciones de sumar este dato a las notas de cualquiera. Pero incluso en esa casa la negritud era un medio de percepción sensual-redentor. A través de la negritud es revelado el trayecto que lleva al futuro. Los descendientes de Chaka, Digane, Hintsá, Sandile,

Moshesh, Cetewayo, Msilekazi y Sekukuni son los únicos que pueden llevarnos allí; el espíritu de Makana está en Robben Island como intercesor ante Lenin. Siphso Mokoena, que hacía cometas para Tony y mostraba a los niños el desgarrón que había hecho una bala en la pernera de sus pantalones; Gana Makabeni, que fue padrino de la boda e Isaac Vulindlela, que dejó a su único hijo Baasie al cuidado de mis padres; Daniel, el camarero de mi tío Coen Nel; el vigilante que te lleva dinero para las apuestas... los arrugados pies negros de planta pálida desnudos en la piscina y asimismo los rostros negros de la mayoría en el último congreso clandestino al que pudo asistir mi padre: en la unión del Caín blanco y el negro Abel, una nueva hermandad de la carne es el rumbo hacia la fraternidad definitiva. La madura vendedora de cosméticos y los pocos compradores no demasiado ensimismados que levantaron la vista vieron que una negra besaba a una *kaffirboetie*. Eso es todo. No percibieron nada más. Esa casa estaba más cerca de lo que yo suponía de alcanzar su clase de realidad a través de tu clase de realidad. Tú y yo discutíamos en la casita. *Sexo y muerte*, dijiste. La única realidad. Tendría que haber sido capaz de explicar el elemento de sensualidad que habría cualificado las experiencias de esa casa para que tú las consideraras reales. Lo sentí en presencia de Marisa, después de tanto tiempo; el bienestar con Baasie en la misma cama cuando la oscuridad hacía que la casa crujiera cargada de amenazas.

Marisa estaba comprando crema facial; probaba distintas marcas en el dorso de la mano acomodada para que la vendedora la atendiera desde el otro lado del mostrador. La mano llevaba su insignia de sortijas y brillantes uñas largas, a la manera en que un general usa galones dorados y las cintas de sus campanas. ¿No opinaba yo que olía excesivamente a una tarta dulce?

—A mí me huele a fruta pasada.

—Violetas, señora —dijo seriamente la vendedora.

No, no, no le iba; pero Marisa no quiso llevar la otra marca que el rápido vaivén de un dedo blanco frotaba en su tez de ciruela oscura.

—¿Sabes cuánto cuesta ésta, Rosa? Prefiero tener arrugas —la vendedora le mostró otra, un tubo, francés aunque no muy caro, se usa muy poco y cunde mucho, está aromatizada con hierbas. Marisa tenía el aire de quien nunca se muestra indecisa—. De acuerdo. Me llevo ésta. El esmalte de uñas, la crema y nada más. ¡Rosa, si estás trabajando en ese edificio, me tienes a la vuelta de la esquina! Estoy en el despacho de un abogado. Alguien que encontró Theo —río, compartiendo nuestro reconocimiento de que todos usábamos a Theo, de nuestra dependencia de él en los juicios de su marido, Joseph Kgosana, o mi padre, como mujeres que comparten la confianza en un buen médico—. Acabo de empezar, no hace ni siquiera una semana... entonces me dieron permiso para una visita. Acabo de volver de la Isla.

¡Qué espléndidamente lo hacía! En una oración ella y yo estuvimos solas; aunque la rubia madura —que se había puesto las gafas que colgaban de una cadena dorada para hacer la factura— comprendiera de qué isla se trataba, ni ella ni los clientes que andaban por los pasillos bajo luces y perfumes alcanzarían el nivel de inteligencia de la mirada con que Marisa me sostenía. Bastaba un cambio de tono entre nosotras. Para Marisa parece fácil. No necesita encontrar una expresión solemne, reconocer la distancia que hay entre la cárcel y el mostrador de cosméticos. Ella no se encierra, no se pone a cubierto, no se paraliza como yo. No tiene que recurrir a plantear las cosas delicadamente ni explicarse a sí misma por temor a que la interpreten o la juzguen mal. El desafío y la confianza no se lamentan; su belleza y la forma en que la asume son más fuertes que cualquier declaración.

¿Cómo estaba él? ¿Cómo están todos? Cuando hablamos de ello, de los presos que han sobrevivido a Lionel, el tono es deliberadamente banal, una afirmación de que no es posible aislarlos, de que siguen participando de la vida cotidiana por gruesos que sean los muros o encrespados los mares entre el destierro y el terruño.

—Está muy bien. Soy yo quien resistió mal la tormenta. Es verdad... ¡las inclemencias del tiempo, realmente! ¡Soplaba un vendaval en Ciudad del Cabo! No te imaginas lo que fue eso. El primer día el barco no pudo salir. Al siguiente, los policías de mi escolta no estaban muy

entusiasmados pero yo les dije, miren, insistí, aquí está mi permiso, sólo tengo autorización para estar tres días fuera de mi distrito... de modo que embarcamos. Me sentí muy mal. ¡Cielos! ¿Alguna vez te has mareado en el mar? Pero me aguanté. Y noté que ellos estaban mucho peor que yo. Lo primero que me dijo Joe fue: ¡Marisa, mírate... algo anduvo mal y no me lo dijiste en tus cartas! Hizo que su carcelero me trajera café... sí, como lo oyes: mi mujer necesita tomar algo caliente. Así de sencillo. El otro obedeció como un corderito.

—¿Fue una visita de contacto? —recuperé fácilmente la jerga de las visitas a la cárcel. Siempre vuelve a mí el lenguaje que aprendí de niña. Por capricho del jefe de carceleros veía a mi padre en una escueta habitación (los muebles eran los indispensables para un interrogatorio, dos sillas de respaldo recto y una mesa, con lo que siempre estaba presente el propósito de esas salas) o al otro lado de la reja metálica a través de la cual podía tocar la mano de mi prometido.

—Preguntó por ti y te envía recuerdos —la simetría de su encantador rostro sonriente tornó la mentira en ofrenda. Hacía tanto tiempo que no la veía y que él no tenía noticias mías por su intermedio que era improbable que hubiesen pronunciado mi nombre. La gente experimentada no malgasta el tiempo precioso de las visitas; todo lo que ha de ser dicho por ambos es elaborado y encajado por adelantado en el lapso asignado. Pero yo sí preguntaba por los otros con su nombre propio, Mandela, Sisulu, Kathrada, Mdeki, los negros con quienes mi padre trabajó en una intimidad cuya naturaleza no puede comprender ninguna persona ajena, nadie que observe cómo arrestan en la calle a gente que no ha robado nóminas ni pasado drogas. Marisa repitió las bromas de los prisioneros, me contó qué estaban estudiando, si habían perdido o ganado peso, derivó hacia el cotilleo acerca de los logros o problemas de sus familias... mientras verificaban sus compras, dudando entre agregar o no tal o cual artículo, contando el dinero en el buche de un enorme y elegante bolso, con sus largos dedos curvados en las puntas de las brillantes uñas, como las piernas de un insecto exótico que tantea a su presa—. No, no quiero un paquete, prefiero una bolsa de plástico... una de las que está por allí irá bien, sí, ésa —y mientras la mujer de atrás del mostrador se volvía para buscar el cambio—: Cuando una tiene prisa lo mejor es pagar en efectivo... Si una negra saca un talonario de cheques... yo sólo uso el mío cuando estoy dispuesta a perder el tiempo mientras se disculpan y se lo llevan a t-o-d-o-s sus gerentes —y en el mismo murmullo vivaz y distraído, hizo una sugerencia, con la mirada inquieta sobre la vendedora, la cabeza echada hacia atrás con impaciente gracia—. Mi niña ha ido a buscar unos libros para la escuela y tengo que ir a recogerla. Además, alguien me espera... ¿qué hora es? Dije que nos encontraríamos a las doce, qué pena, no puedo evitarlo... ¿Qué harás hoy, esta tarde, esta noche? —Marisa no recordaba qué día era aunque poco antes había hablado de Lionel (como éste solía decirle a Joe, si mantienes la presión y el peso bajo, nada logrará deprimirte)—. ¿Saldrás? ¿Recuerdas el lugar de mi primo Fats?

—Giras después de Orlando High.

—Sí, sigues recto y al llegar a la pendiente la tercera calle a la derecha.

—¿En la esquina hay una carbonería?

—Sí, la tienda de Vusili.

Entre nosotras —mientras el intercambio murmurado iba y venía como cualquier otro entusiasmo insincero entre amigas que tropiezan por casualidad— estaba la tácita pregunta-respuesta que los nuestros siguen por los intervalos en lo que se dice y las vacilaciones o la inmediatez de la contestación. Marisa está proscrita y se encuentra bajo arresto domiciliario. Yo estoy «nombrada». La ley nos prohíbe reunirnos o hablar, y mucho más abrazarnos; nos arriesgamos encontrándonos así, al pasar, en terreno neutral y anónimo. Tú me echabas en cara ser inhibida; pero nunca tuviste nada que valoraras lo suficiente y que estuviese lo bastante amenazado como para que necesitaras disimular. La reserva es una disciplina difícil de desaprender para los veteranos. La gente que sufre arresto domiciliario no puede recibir amigos en su casa ni salir por la noche o los fines de semana; si Marisa pudo venir al centro un sábado, debió de estar empleando un día «sobrante» de los concedidos para su visita a la Isla. Estaba corriendo un riesgo —otro— al salir de noche para ir a casa de alguien. No sabía si yo tenía prohibidas las reuniones además de ser

«nombrada». De hecho, no tenía nada prohibido, aunque me negaron el pasaporte aun antes de que fuera «nombrada»... el primer año que lo solicité. Esa solicitud también fue un secreto; esta vez estrictamente personal, no asumido en común entre los que convivían en esa casa, no hablado con mis padres. Mi madre y Lionel nunca supieron que pedí un pasaporte a los dieciocho años, dispuesta a seguir a Noel de Witt a Europa cuando saliera de la cárcel. Tampoco él lo supo; pero — como prometida de De Witt e hija de Lionel Burger— el ministro me lo negó. En cualquier caso, no se permite a los blancos entrar en distritos negros sin permiso y si me descubrían no tolerarían la presencia del único miembro vivo de la familia Burger; si Marisa hacía caso omiso de estar corriendo un riesgo, en caso de seguir las orientaciones que me transmitió inofensivamente, yo también haría caso omiso de estarlo corriendo. Me apretó la mano y se alejó al mismo tiempo; nuestras manos permanecieron unidas hasta que se soltaron solas, como hacen los negros al separarse en las esquinas, gritándose por encima de los hombros cuando finalmente cada uno sigue su camino. Pero ella me olvidó instantáneamente. En el adelantamiento oscilante de su cabeza encrestada al tiempo que desaparecía y reaparecía entre los compradores sólo tenía conciencia de la admiración que despertaba, por su extravagante atuendo, del imaginario panafricanismo de triunfante esplendor y regia belleza que no está sujeto a fronteras de viejas aduanas o nuevas ideologías políticas en pugna en los países negros, ni a leyes que vuelven ruines y degradantes las vidas de los negros en éste. Si bien los blancos de la tienda sólo veían a recaderos y camareros y barrenderos en lugar de personas negras, ahora vieron a Marisa. La vendedora me habló con una sonrisa de blanca a blanca, ambas admiradoras de una turista extranjera.

—¿De dónde es? ¿De una de esas islas francesas?

Seychelles o Mauricio; eso es lo que había entendido por «la Isla». Respondí:

—De Soweto.

—¡Qué elegante! —estaba dispuesta a aprender algo, con sus cejas de luna nueva por encima de la montura dorada de sus gafas.

Sentías una curiosidad especial por Baasie. Me perseguías hablándome de él:

—Así eres tú: eso es algo que será importante para ti el resto de tu vida, tanto si lo sabes como si no. Dices que no «piensas» en ese chico. Da igual que no «pienses» en él... A los cinco años temíais juntos a la oscuridad. Os metíais en la misma cama.

No respondí; desvié la mirada porque estaba pensando que eso era lo que hacía contigo, que eso era yo. Estaba recordando una tibieza singular que se propagó cuando Baasie se meó en la cama mientras dormíamos. Por la mañana las sábanas estaban frías y malolientes y le menté a mi madre: Mira lo que ha hecho Baasie en su cama... pero por la noche no sabía si la tibieza que nos retrotrajo a los fluidos envolventes de un cuerpo hospitalario provenía de él o de mí. Tú querías saber qué le había ocurrido. Repetidas veces, en la casita, intentabas atraparme para que respondiera indirectamente, involuntariamente, aunque ya te había dicho que no lo sabía. No te dije lo que sí sabía. Su padre, Isaac Vulindlela, trabajó con Lionel hasta el día en que éste fue arrestado por última vez. Fue uno de los que abandonaron el país, al que regresaban con documentos falsos. Tuvo éxito dos veces, ayudado por la familia de su esposa, de la tribu tswana, en la frontera de Botswana, que (¿como tía Velma y tío Coen?) no querían enterarse de lo que hacía. La tercera vez, cuando mi padre ya estaba encarcelado, fui yo quien entregó la nueva libreta de pases en la aldea que distaba unos veinticinco kilómetros de la frontera. Fue uno de los fines de semana en que desaparecí... para mostrarle a un periodista escandinavo los paisajes de la infancia de Lionel, o para acostarme con mi amante sueco registrándome en un motel como su esposa. El sueco desconocía el tercer propósito del viaje; supongo que si lo supiera, incluso ahora, subiría de nivel, de categoría. Sería un regalo mejor que un cinturón de cuentas o la muñequera de un minero negro nómada. El sueco y yo no viajamos en mi coche sino en el que él alquiló, como precaución normal de anonimato a la que sin duda está acostumbrado en sus aventuras amorosas durante el curso de misiones que lo llevan de un país a otro; le dije que el neumático de repuesto estaba blando y que convenía que yo misma lo llevara a un taller ya que él no hablaba afrikaans y en el garaje de una aldea el inglés no le serviría

de mucho. Se quedó en la cama, en una habitación apenas diferente a aquella donde yo seguía a Selena y Elsie mientras limpiaban después que se iban los viajeros, golpeteándose la cruz de vello rubio de su pecho y escribiendo un artículo para el «Dagens Nyheter» acerca de la complicidad de la industria internacional con la economía del apartheid.

En el garaje, los domingos por la mañana sólo había un encargado; un negro joven y regordete cuyo mono no tenía botones y estaba sujeto donde era absolutamente necesario por un enorme imperdible, en la bragueta. Calcetines a rayas y una gorra con visera publicitando una de las empresas que mi sueco criticaba desde una de las camas gemelas, debajo de un póster del Arco del Triunfo en primavera; el joven negro estaba reparando una cámara pinchada, sentado en una superficie alquitranada con manchas de aceite, con las piernas extendidas alrededor de una cuba de hojalata con agua. El meloso pegamento de goma negra se meneaba entre sus manos. Para cualquiera que pasara, yo era como cualquier señorita blanca.

—¿Eres Abraham? —era el año del botón *Smile* él usaba uno muy grande que quizás había recogido después de que se lo olvidaran unos niños que bajaron en tropel de algún coche para sacar latas de coca-cola de la máquina. Pero no sonreía.

—Sí, soy Abraham —hablamos en afrikaans, en el tono que corresponde, el mío amable pero autoritario, el suyo vacilante, sin saber si debía esperar una petición, una reprimenda o una pregunta que no estaba dispuesto a estimular.

—Tu madre me lava la ropa. Te envía una carta.

—¿Qué? *Wat het die missus gesé?* [Qué dice la señora?. (*N. de la T.*)] —me había oído muy bien pero quería asegurarse de que las palabras eran exactamente aquellas que le habían dicho que debía esperar. Las repetí y él las leyó en mis labios, como si mi voz pudiera engañarlo pero mi boca fuese digna de confianza. Se secó la mano húmeda en el mono y simultáneamente saqué con la mano derecha el abultado sobre de la canasta de paja que llevaba para guardar toda la parafernalia de un viaje en coche. El sobre pasó a él y bajo los pliegues del mono demasiado grande y sucio, el ropaje de una identidad anónimamente impuesta y despreocupadamente asumida que, como su cuerpo oculto, contenía otra, la propia. Se incorporó y se me adelantó para descolgar la manguera del surtidor y llenar el depósito de gasolina. Le di los diez céntimos acostumbrados además del coste del combustible y él hizo el acostumbrado floreo de un trapo sucio sobre el parabrisas.

Así se hace. De capa y espada, de espías. Siempre quisiste enterarte de este tipo de cosas. ¿Pero cómo podía, cómo puedo yo saber que tú no estabas allí para que yo hablara en base a un cálculo de mis necesidades? Si Lionel Burger no te reclutó, podían haberlo hecho los del otro lado. Quizá te había sido asignada, y tú a mí, por los hombre de la Rama Especial que me han visto crecer, como diría cualquiera de aquellos adultos a quienes los Nel nos hacían dar el título de *Oom* honorario.

Por muy despojada que estuviera y por mucho que me castañearan los dientes en terrible júbilo durante las noches en la casita, conservaba esa segunda naturaleza que ya se había convertido en primera. No podía desprenderme de mi instinto de supervivencia que hacía callar delante de ti estas cuestiones. A diferencia del desconocido Abraham no tenías antecedentes que te permitieran leer mis labios. En la aldea, aquel domingo, volví al hotel con una cerveza y un vaso boca abajo empañado por el frío que despedía la botella, para mi sueco. Tampoco se lo dije a él. Me engatusó para atraerme a la cama y las páginas escritas a máquina flotaron hasta el suelo a nuestro alrededor. Las Selena o las Elsie del hotel llamaron a la puerta y se alejaron: los sirvientes saben que no deben hacer preguntas. Así se hace. Me hizo el amor mientras la aspiradora funcionaba en el pasillo y no sabe que la esencia de cera amarga de mi oreja que tiene en la lengua, que las salmueras de la boca y la vagina no son mis secretos. Para mí ser libre consiste en no ser nunca libre de la astuta supervivencia del ocultamiento. No te dije lo que sé a pesar de que deseaba hacerlo. Atraparon a Isaac Vulindlela con una de esas libretas de pases. Así se hace. El biógrafo de mi padre, sonsacándome respetuosamente hasta llevarme al terreno firme del vocabulario oficial (palabras, nada más que palabras muertas, abstracciones: allí no está la realidad, me espetaste) —revolución democrática nacional, integración ideológica, imperativo revolucionario, dominio de la minoría,

alianza para la liberación, unidad del pueblo, infiltración, incursión, agente de cambio viable, acción reformista, táctica armada, movilización política de las masas en una combinación de métodos legales, semilegales y clandestinos—, estos puntos de apoyo han vuelto últimamente a mi vocabulario repitiéndolos como un loro para él. Ignoro dónde está Baasie, pero a su padre lo encontraron muerto en una celda después de ocho meses de detención. La policía dice que él mismo se ahorcó con sus pantalones. Logré transmitirle la noticia a mi padre, en la cárcel. No me preguntes cómo. El no sabía y yo no pude decirle que la libreta de pases era una de las que había conseguido entregar tan fácilmente que nadie creería que así es como se hace. Me resulta muy difícil establecer la diferencia entre la verdad y los hechos, saber cuáles son los hechos. Si Abraham, el del garaje, había sido una trampa, las circunstancias de mi misión fallida sonarían tan ridículas como cualquiera de las que expuse ante la pobre Clare Terblanche. ¿Cual era la realidad de aquel fin de semana en una aldea del Transvaal occidental? ¿Un acto correspondiente a la tercera categoría de métodos (legal, semilegal y clandestino) para coordinar la lucha política y la actividad armada creando un clima de crisis total en el que se vuelve posible una solución política directa? ¿La trascendencia material del plazo de vida de un hombre registrando para la posteridad, en cine, los paisajes y el entorno que conformaron su conciencia? ¿La energía estática consumida en la cama del motel entre las once de la mañana, cuando tañían las campanas de la Iglesia Holandesa Reformada, y el mediodía, mientras sonaban las notas de xilofón del gong del almuerzo, una hora sin consecuencias excepto una mancha en la sábana de abajo... rígida placa conmemorativa que una Selena o una Elsie observarían sin que su vida se alterara en modo alguno, antes de que desapareciera con el lavado?

Quizá la forma en que me vio la gente de los grandes almacenes sea acertada. Aunque en esa casa era dogma de fe que es necesario ir más allá de la simplista ecuación racial —la visión reformista de la lucha de colores y no de clases—, mi madre y mi padre sólo lograron convertirme en una *kaffirboetie*. Mi hermano Baasie. Marisa vino a mí como una ráfaga de buen humor. La ternura endulzó y animó mi entorno mientras conducía rumbo a casa: los vendedores indios con sus rosas alambradas como candelabros y sus calas teñidas; cuando un semáforo en rojo me retuvo, el negrito de aspecto formal salió disparado haciendo sonar su estridente silbato entre los carriles para vender la primera edición del periódico de la tarde; la mujerona con la bolsa de la compra llena sobre la cabeza, un chico a remolque de su falda y la *obi* africana compuesta por el inevitable bebé a la espalda y la gruesa manta envuelta alrededor de la cintura, que se precipitó, se detuvo —me sonrió— y cruzó corriendo cuando tendría que haber estado esperando en el paso de peatones. El consuelo de los negros. La persistencia, el resurgimiento, la continuidad diaria. Si una no tiene miedo, ¿cómo puede no sentirse atraída? Se trata de lo uno o de lo otro. Marisa y Joe Kgosana tienen todo esto para inspirarse. Lionel e Ivy y Dick, mi madre y Aletta; detrás de los *nuestros*, que están confinados en los distritos de los suburbios blancos, hay gente que envía cartas groseras llamando monstruo a mi padre.

Supongo que tenía la intención de ir al territorio para permanecer un poco más en la órbita de Marisa, como la gente que toma la segunda copa para prolongar el efecto placentero de la primera antes de que se disipe. No sé, no lo había decidido. El hombre que escribía acerca de Lionel estaba conmigo en el piso a primera hora de la tarde cuando llegó alguien. Hasta la sorpresa es algo que no puedo dejar de ocultar. No se lo presenté al biógrafo. Orde Greer es un reportero gráfico que me conocía de vista, como tú, y a quien yo conocía como a ti antes de que tomáramos café en Pretoria aquel día, ambas cosas durante la época del juicio de Lionel, un rostro entre muchos en los que descifraba quién era yo. En los últimos años lo he visto una o dos veces en una fiesta, acariciando a una chica poco dispuesta a la manera indiscriminada de un hombre que al día siguiente no recordará nada. Estuvo en el homenaje póstumo a Lionel. Su nombre es conocido como una firma en el periódico; yo identificaba su persona con una cojera resultante de la polio, como él identificaba a la mía por mi relación con mi padre. Me saluda por la calle y yo respondo inclinando la cabeza.

Un hombre que usa *veldskoen*, calcetines rojos arrollados, pantalones cortos y, a pesar del calor estival, un jersey negro ceniciento de pescador... si no lo hubiera reconocido al instante por su condición de lisiado, habría creído que era un deportista en período de entrenamiento.

—He venido a recogerte. Para llevarte al lugar de Fats...

Dado que el biógrafo estaba a mis espaldas, respondí como si hubiéramos concertado este acuerdo.

—Tardaré unos minutos. Pasa.

No mencionamos el nombre de Marisa delante de un tercero; este mero hecho estableció una zona en la que Orde Greer y yo nos conocíamos más que de vista. El biógrafo de mi padre paseaba la mirada a su alrededor con la frustración, oculta bajo su afectación de buenos modales, de quien descubre que no reconoce a alguien cuya significación debería tener clara. Reunió sus notas para retirarse; me disculpé vehementemente por poner punto final a la sesión, pero fue él quien se deshizo en excusas. Se marchó; no le dije a Orde Greer quién era *él* ni qué estaba haciendo.

Ignoraba si Greer era o no de los nuestros; tal vez lo fuera. Su carta de presentación era que lo había enviado Marisa. Le ofrecí un trago para que me diera tiempo de arreglarme un poco antes de salir.

—Está bien. He llegado temprano... ¿ocurría algo?

Sentado en mi sillón (el viejo de cuero verde del color del acebo que estaba en el estudio de mi padre y en el que a los chicos nos gustaba deslizarnos porque la fricción de los muslos desnudos producía electricidad estática) tenía el aire de ocupar un sitio al que tenía derecho, asumido con una agresividad ligeramente nerviosa antes del desafío. Ahora el conjunto sugería naturalidad en la compañía a la que estaba destinado.

Claro que los periodistas tienen que ser así... están acostumbrados a asumir situaciones, lo sé. Temeroso de mí y al mismo tiempo familiarizado; adquirí mucha experiencia en estas cuestiones durante el juicio. Sólo había cerveza; hizo una pausa para señalar que lamentaba la ausencia de la botella de whisky con la que esperaba arreglarse:

—Está bien, cerveza —cabellera espesa que se enmarañaba con la barba y lo dotaba de una cabeza conscientemente noble, de frente, dejándolo vulnerable cuando se inclinó para recuperar la argolla de metal caída de la lata, que dejó a la vista el pelo que faltaba en el cuero cabelludo, como un bebé tonsurado por la almohada en la que reposa indefenso.

Supongo que mi experiencia con los periodistas me endureció en su presencia, a pesar del tiempo transcurrido desde el proceso de Lionel. Me transformo en las imágenes congeladas de las fotos de prensa, la chica regordeta con el pañuelo de cachemira en la mano, el pelo desgreñado a su aire, los

tendones desafiante en el alarde del cuello, la cabeza vuelta hacia la cámara porque no tiene que ocultar el rostro como los parientes de un estafador, la mirada desagradecida porque no necesita comprensión ni piedad como los parientes de un asesino. ¿Y quiénes son ellos para haber decidido —la ley no les permitió fotografiarlo a él—, con sus descripciones de Lionel en el banquillo, la forma en que escuchaba las pruebas en su contra, la expresión con que enfrentaba a la galería pública o saludaba a los amigos, que sabían quién era, cuando yo ignoro si lo sé?

Este me miraba desde mi sillón con la jarra de cerveza como un cetro, señalando que notaba que me había puesto un par de pantalones bien ceñidos, no como el hombre que se adjudica ser el destinatario por el que una chica se ha puesto más atractiva sexualmente (no se habría atrevido a tanto), sino a la manera en que un intruso percibe un comportamiento íntimo que no se le escapa y del que extraerá conclusiones que le darán categoría de persona enterada. Me miró de arriba abajo... casi. Esbozó una semisonrisa para sí mismo.

Era una de esas personas a las que les resulta más fácil hablar mientras conducen y se dirigen a su interlocutor únicamente con la voz, pues el cuerpo y la atención están concentrados en otra cosa. En un tono indiferente con el que me dio a entender que tenía planeado plantear el tema, me preguntó si había leído un libro recién publicado en Inglaterra por un antiguo preso político en el exilio.

Uno de los nuestros.

—Todavía no lo he leído.

Se ofreció a prestarme su ejemplar. Le di las gracias pero no acepté... no lo necesitaba. Sabía que Flora, que disfruta tanto haciendo correr riesgos insignificantes a la gente «común» sin que se enteren, había dispuesto que un socio de William pasara de contrabando algunos ejemplares traídos de Londres.

—Habla bastante de ti, por supuesto. De tu padre y su familia.

—Estuvieron juntos en la cárcel el último año de vida de mi padre.

—También hay mucho sobre eso... conversaciones con tu padre. Cómo dirigía su pequeña clínica, más o menos, hasta los carceleros le consultaban sus achaques. Tuvieron que decidir si le permitían dar recetas y finalmente le entregaron unos blocs que los políticos usaban para hacer circular su propio boletín... es interesante. Pero también hablan de los días en que... los tiempos en esa casa. Los domingos. Esa famosa casa —estaba siguiendo una ruta que me era desconocida—. Me pregunto qué te parecerá, cómo te caerá.

Quería que le preguntara por qué; comprendí que en el libro debía de haber cosas que yo podía confirmar o negar, cosas que en su opinión me disgustarían. Si es uno de los nuestros eso significaba simpatía partidista, pero si es uno de ellos —un periodista liberal que observa las «reacciones» de la hija de Burger, que disfruta por «estar al tanto»— no era nada más que el renacimiento de un antiguo sensacionalismo periodístico.

—¿Estás seguro de saber adonde vas?

Lo tomó como un cambio de tema deliberado, se interrumpió y soltó una risilla.

—¿Por qué no lo iba a estar?

—Es que nunca he ido a Orlando por este camino. ¿Sabes dónde vive el primo de Marisa?

—Sí —su sequedad me sonó como un reproche; no era un turista en los distritos negros ni un sueco que necesitara cicerone. Se atusó la barba entre los dedos mientras esperaba para girar a la derecha—. Nunca vi el interior de esa casa.

Extraño que dijera esto. A mí. Y a la manera de alguien que habla consigo mismo con la certeza de que será oído. ¿Rodaba como tú, Conrad? ¿Qué quería de nosotros? ¿Qué absolución creías que encontrarías en lo que hacía mi padre?

El periodista y yo perdimos contacto en cuanto nos encontramos en el «lugar» del primo de Marisa. Esta todavía no había llegado; pero «caería en cualquier momento». Fats fue imparcialmente acogedor como un presentador de televisión. Allí estaban la cerveza, el whisky y los vasos; tres o cuatro negros con chaqueta de algodón a cuadros y corbata estampada, sentados

muslo a muslo en sillas, entre ellos algún enano con los tejanos embolsados en las rodillas, zapatillas sin cordones, las cabezas grandes y tristes de los jockeys o los intermediarios entre el dinero y el deporte. Había un chico insolentemente guapo amoldado en sus tejanos azul cielo, al igual que las chicas de la época victoriana quedaban definidas por sus encajes ceñidos. Un hombre de edad madura, con el traje oscuro de un director de escuela negro y un elegante alfiler de corbata, dormitaba aparentando participar de la animación. Algunos hombres conversaban y discutían; Orde Greer tenía un vaso de whisky en la mano, interrumpía (Escucha, hombre, escucha), inclinaba la cabeza para beber un trago, el leve arrastrar de la cojera hacía de él un mendicante.

Una cría se acercó a mí con una taza de té con leche que repicaba contra su platillo.

—¿Cómo lo ha pasado? ¡Cuánto me alegro! —la mujer de Fats bajó a otro chico de una silla del comedor con un reproche en su lengua, sin abandonar la sonrisa convencional—. Pensé que se habría ido o algo así... después que su padre pasó a mejor vida... qué pena — se instaló a mi lado—. Pruebe una pasta, Miss Burger, las hace mi cuñada, que es una pastelera maravillosa y hasta prepara pasteles de boda. Lamento no ser tan inteligente como para eso —nunca se decide a llamarme Rosa ni a tutearme. Formo parte del ambiente de su famosa y valiente prima política, Marisa Kgosana; de la distinción transferida a su familia por su parentesco con Joe Kgosana, que está en la Isla con Nelson Mandela.

Cogió la mano de una muchacha que había estado entrando y saliendo del dormitorio contiguo, para acomodarse la blusa atada debajo del pecho y apretar el sello de un labio pintado de morado contra el otro:

—¿Sabes quién es ésta? La hija de Lionel Burger —pero la muchacha no supo reconocer mi identidad. Durante un segundo estrechó la mano de una chica blanca. No dijo nada—. Miss Burger, le presento a mi sobrina Tandi, probablemente habrá visto el anuncio de Fanta en el tablón publicitario que hay al girar hacia Soweto. Está allí.

La muchacha ya se había alejado, superior al elogio de una tía que se dejaba impresionar por los blancos. Se reunió con una amiga, las dos apoyadas en una pared desde la base de los zapatos con plataformas el doble de gruesas que los pies que sustentaban, las cabezas geoméricamente diseñadas más que peinadas, con el pelo separado en pequeños cuadrados cada uno de éstos estrictamente orientado hacia su centro en una trenza de rollo de tabaco tirante para conectarse con el siguiente. Un bebé con el culito al aire entró gateando desde donde se olía a cocina, perseguido por una vieja pesada que lo dejó reír y patalear mientras, sonriendo con su boca vacía de dientes, hablaba con las dos muchachas. Margaret Fats seguía hablándome de su sobrina con el vocabulario inglés de los periódicos negros.

—Una modelo famosa y actriz de primera —balbució incómoda por la presencia del bebé desnudo, viéndolo con ojos que no eran los suyos y lo alzó, también riendo, con su cara bonita y sexualmente contenida bajo la peluca y su torpe cuerpo voluptuoso, por un instante al lado de la vieja, conjuro de lo que en otros tiempos fue la anciana y ésta claramente lo que llegaría a ser la joven—. ¿Sabe quién es...?

La abuela me trató a la antigua usanza. Su inglés era el que los blancos suelen imitar. Me sujetó por la muñeca:

—El Señor recompensará a tu papá. Sí, él tiene su recompensa con Dios. Sí, oye, te lo prometo. El pueblo africano damos gracias al Señor por lo que tu papá hacía por nosotros, sabemos que era también nuestro papá —Margaret no se turbó por ella. Paseaba la mirada desde la anciana hasta mí y sonreía mostrando su acuerdo.

Podría haberme conmovido. La tarde del aniversario de la muerte de Lionel: pero yo era consciente de esas dos muchachas, una mascando chicle con la concentración de un trance, la otra (que me había sido presentada) una cabeza de foca en una misma línea que el cuello, dignamente egocéntrica. Pero no, sólo sentí afinidad con ellas, con su distanciamiento, aunque también estaban distanciadas de mí.

El lugar de Fats, dijo Marisa. Dijo yo. Dijo Orde Greer. Los negros no hablan de «mi casa» o «en

casa» y los blancos han adoptado de ellos el término. Un «lugar»; un sitio al que pertenecer, pero también algo que establece el propio destino y pone aparte mucho a lo que uno no pertenece. Hacía tanto que no estaba con negros en sus hogares que lo vi —Soweto, Orlando, esta casa en el distrito (un año después de la muerte de Lionel)— como algo aparte, aparte de mi vida cotidiana; algo del pasado. De niña entraba y salía de los distritos negros con mi madre, tan a menudo y naturalmente que fastidiaba a tía Velma y a tío Coen hablando de estas cosas cuando Tony y yo vivíamos con ellos. Hacía muchos meses que no cruzaba la línea divisoria que se abre cada vez que un negro se separa de un blanco y va a su «lugar»; la frontera física de calles limpias que se convierten en caminos llenos de baches y los centros urbanos que se convierten en basureros con metal retorcido y un perpetuo otoño de papeles flotantes; el vasto terreno baldío donde Orde Greer giró desde el camino principal que conducía de una ciudad blanca a otra ciudad blanca; y la otra línea divisoria, cientos de años de posesión y decisión que se extienden entre esa casa a la que Orde Greer nunca fue invitado, esa casa donde se organizaba la revolución, y el «lugar» de los millones que han sido desposeídos y para quienes los demás toman las decisiones. Desde el coche volví a ver lo que en otros tiempos había dejado de ver por demasiado conocido. Esas calles accidentadas y desiguales donde fallan las definiciones... dependencias de los suburbios blancos, dos ventanas y una puerta multiplicadas en hileras institucionales; las casetas con cobertizos de latón que albergan viejos cochazos norteamericanos repletos de chismes; las elegantes rejas suburbanas contra ladrones en mezquinas ventanas de minúsculas cabañas; los críos vagabundos, perros glotones, burros maneados, gordos bebés desnudos, gallinas sueltas y borrachos haciendo eses, viejos con la mirada perdida, chillonas mujeres autoritarias, chicos harapientos, fulanas emperifolladas, olor a cocción de despojos, bien cuidados bancales de maíz entre patios que son tabernas ilegales y apestan a cerveza y orín, la basura de posesiones dos veces descartadas, primero tiradas por el hombre blanco y luego recogidas por el negro; ¿es éste un conglomerado urbano o rural? No hay electricidad en las casas, un teléfono es un lujo casi imposible: ¿es éste un suburbio o un extraño tipo de depósito de chatarra? El enorme patio trasero de toda la ciudad blanca, donde categorías y funciones pierden su ordenación y lógica, donde se amontonan el buey y el motor diesel, el cerdo que hocica en busca de basura humana y el matarife. ¿Son las fulanas realmente fulanas o simplemente obreras o sirvientas de la ciudad que ejecutan el milagro de resurgir engalanadas y perfumadas en una parodia de cualquier señora blanca, de esas chozas que no tienen cuarto de baño? ¿Son los chicos andrajosos sus hermanos? ¿Sus hijos, concebidos con amantes en el rincón de un cuartucho donde duermen hermanos y hermanas? ¿Cuáles son los gangsters, cuáles los que esnifan pegamento entre los jóvenes de las esquinas? ¿Quiénes son los viejos con pantalones apretados y corbata que beben cerveza y discuten en una hilera de sillas de formica en la franja de tierra entre una casa y la calle?

Yo sabía o creía saber. Baasie parecía uno de esos chicos porque eran negros como él. Provenía de calles como éstas y había desaparecido en ellas. Hoy es un hombre en algún lugar como éste.

La pequeña casa en que estábamos apiñados familia, parientes, amigos y muebles... la reconocí sin necesidad de pensarlo: el tipo más grande de casa standard de sus territorios, con tres habitaciones, dos dormitorios y una cocina, destinada a quienes están en condiciones de permitirse el lujo (recordé que Fats era promotor de boxeo) de sobornar a un funcionario. El «juego» de comedor, los taburetes de plástico, el equipo de alta fidelidad, la alfombra floreada, la barra, las banquetas cubiertas de felpa, eran las unidades del gusto establecidas por cualquier hipermercado del mueble en cualquier ciudad blanca. El abarrotamiento de un cuarto diminuto con un surtido de artículos de bajo precio cuya deseabilidad se basa en una idea de lujo de la clase consumista, sin la posibilidad del espacio y la privacidad de la clase media; el pródigo whisky en la mesa y la calle llena de baches el otro lado de la ventana; el entorno de parda monotonía impone la disciplina de un campamento militar que no se relaja en las reformas caseras de los melocotoneros y las cepas de pintura pastel, sino únicamente mediante el persistente hervidero de niños y borrachos que lo ensucian, *tsotsis* golfillos y gangsters que lo aterrorizan... el ámbito común a cualquier distrito negro me alcanzó como lo que es: un «lugar»; una situación que no ven aquellos que lo imponen y de la

que resultará un propósito que no previeron. Los objetivos de los partidarios leales que parecen tan vitales para la investigación biográfica... los veo de una forma que la teoría no explica, de una forma a la que no presté oídos antes, esa misma tarde, cuando el biógrafo de mi padre me interrogaba. El debate que dividió a mis padres y sus compañeros en una pasión cuya realidad tú consideras una abstracción muy alejada de la realidad, se basaba en el hecho de que ellos sí veían. Siempre habían visto. Y creen —Dick e Ivy— conocer la solución y cuál será. Flora todavía cree; si Lionel viviera, si tuviera que salir de la cárcel para responder...

Pero no puedo devolverle el ser a Lionel por mí misma, no puedo oír respuestas que debería, con la evidencia de los datos biográficos, estar en condiciones de producir. Después de un año hay nuevos componentes, ahora que he separado las partes del todo. Nunca podré preguntarle a mi madre —que leía su libro en el coche y oía mis pisadas en la grava de la prisión—, a mi padre —que nos abría sus brazos a Baasie y a mí en el agua—, las cosas que les reto a responderme.

A mi alrededor hablaban de la selección de atletas negros que irían al exterior con equipos blancos. El tema prendió como un cohete entre los hombres. Aterrizó a mis pies; Fats, perdiendo el dominio de sus agudos, exigió una respuesta.

—Mi pupilo tiene la oportunidad de enfrentarse a los grandes de Alemania Occidental y Estados Unidos... ¿por qué tengo que negarme? —pero no quería saber, sólo deseaba mostrar su confianza en la mundanidad, cuya calidad obtuvo el envidioso apoyo del director de escuela, los gorriones y otros dos o tres, y fue despreciada por sus atacantes.

Un hombre apuesto, a caballo entre el exceso de desarrollo muscular y la gordura, proclive a coquetear con las mujeres y ser condescendiente con los hombres, en mangas de camisa lucía los pectorales que se ablandaban en pechos, característicos de un ex boxeador. Apoyó un momento su brazo de promotor en mi hombro e inició la arenga.

—El boxeo no es un deporte de equipo, tío. No es cuestión de seleccionar, para impresionar a los demás, a un negro que no tiene la oportunidad de entrenarse como los tíos de los clubes blancos. No entra en juego el hecho de que los negros no tengan instalaciones como los blancos. No estoy hablando de fútbol, ni de golf, ni de cosas parecidas; esto es diferente. Un boxeador tiene su mánager, su entrenador, sus *sparrings*, todo. Lo mejor.

»Y si alguna vez consigue una pelea con un sudafricano blanco tiene que boxear como un forastero en su propio país, un extranjero; es un zulú o un msutú, no un sudafricano como el blanco.

Orde Greer tenía sus partidarios.

—¿Cuándo conseguirá tu gran Tap-Tap Makatini una pelea por el título aquí, en Sudáfrica? Sí. ¿Puedes responderme cuándo, tío?

Fats respondió desde la seguridad que le daban fuentes que, quedaba implícito, no estaba dispuesto a revelar.

—Todo se andará, todo se andará. Pronto. Ya verás. Estamos negociando...

El joven en tejanos se balanceaba apoyado en los talones, con los músculos de las nalgas apretados.

—Tu chico puede negociar para ir a Alemania y a Estados Unidos y al quinto pino. Seguirá siendo un «chico» que tiene la libertad de un mono al que le han aflojado la cuerda.

Empezó a acalorarse, lo mismo que el hombre que adelantó la cara perlada de sudor de cerveza.

—¿Adonde quieres llegar con eso? Vosotros sois héroes, no deportistas, y queréis decirnos lo que debemos hacer. ¡Puaj!

—Haréis lo que el hombre blanco os diga.

—Oye. Oye un minuto, tío... si mi chico gana una gran pelea en el extranjero...

—¿Qué hay con eso? Tú ganarás un montón de dinero y él podrá mostrar su medalla junto con el pase al volver.

—Pero entonces aquí no habrá ningún campeón blanco de su peso que pueda negarse a pelear con él y seguir creyendo que retiene el título. ¿No es así? ¿No es verdad? ¿No te parece un verdadero progreso?

—Harás lo que el blanco quiera. *Un progreso* para conseguir que *ellos* vuelvan a ser aceptados en el deporte mundial. Eso es. Y cuando tus «negociaciones» para que un negro gane un título alcancen el éxito, estarás satisfecho. Y si el año siguiente o el otro los equipos de fútbol integran a unos negros y sus clubes aceptan socios negros, los jugadores de fútbol se desgañitarán gritando que ya no hay racismo en los deportes. Pero pase lo que pase en el fútbol, en este país un negro seguirá siendo un negro. Al margen de cualquier otra cosa que haga, tendrá trabajo de negro, educación de negro, casa de negro.

—¿Qué es lo que tú quieres, entonces? Yo estoy hablando de deportes.

—Los negros sólo participarán de los deportes si hay un único organismo deportivo que controle todos los deportes y a todos los deportistas. Cuando eso ocurra podréis hablar con los blancos. Pero no antes. Si es que debéis hablar... si creéis que hacer deporte con los blancos es lo que queremos los negros.

La cabeza de patriarca de Orde Greer se bamboleaba de exaltación, mantenía la boca abierta esperando la oportunidad de intervenir.

—Es una cuestión de táctica contra el racismo en los deportes o los deportes como táctica contra el racismo.

Las clavículas del joven con camisa tejana abierta hasta la cintura se movieron bajo su piel negra con decidida energía.

— ¡Táctica! Dinero, dinero, dinero —hizo chasquear sus largos dedos bajo nuestras narices para que sintiéramos el olor.

—Los estamos desbaratando, hermanito —Fats reivindicó la intimidad de la forma exclusiva (en el sentido básico del término) de «hermano», adoptada la jerga *tsofst* por los jóvenes militantes—. No tiene sentido rechazar las oportunidades, decir siempre que no... A mí eso no me va —parecía admirar la vehemencia con que era rechazado, inviolablemente tolerante y dueño de la situación—. No, no, no, seguid gritando, haciendo boicots, pronunciando discursos... nuestros muchachos de más allá de los mares, el Comité Olímpico No Racial Sudafricano y esa multitud, los políticos en el exilio, y vosotros aquí, vale. No creas que no tengo tiempo para vosotros, hermanitos... Pero entretanto somos nosotros quienes intentamos dar a nuestros deportistas un nivel internacional, quienes mostramos al mundo lo que somos capaces de hacer, ¿no? ¿Qué será de los blancos entonces? Las cosas son según como se miren. ¡Caramba, sólo se vive una vez!

El joven habló de Fats como si éste ya no estuviera delante de él.

—Esta gente siempre se dejará usar por los blancos. Ellos son nuestro mayor problema; tenemos que reeducarlos,

Fats rió en beneficio de los presentes.

—Terminé con Orlando Higs antes de que a ti te dieran el pecho. Fui miembro de la liga juvenil del CNA con Lembede a los quince años.

—Siempre la misma historia. Mandela, Sisulu, Kgosana en Robben Island, como los cristianos que te repiten que Cristo murió por ellos.

Marisa apareció repentinamente al invocarse el nombre de su marido. Probablemente no había oído el contexto en que lo habían incluido; el perfume y el impacto de su presencia, su voz baja y alegre, rodeada por la estela de admiradores que entraron en tropel, alteraron la composición de la estancia. Retuvo un instante al pequeñín de Fats y Margaret sobre su cadera; lo abrazó y le susurró, lo llevó a la órbita de Margaret y la abuela; cogió de la cintura a las muchachas que estaban junto a la pared, con la naturalidad de una compañera de escuela; me descubrió.

—¡Qué bien... Rosa! Oye, Orde, quiero hablar contigo de algo que quizá puedas hacer por mí. No, Fats —sus manos adornadas tocaron a uno y a otro, distribuyendo la inconsciente gracia de su hermosura—, sólo algo frío. Cualquier cosa —y en su propio idioma—: ¿Es el amigo de Tandi, Duma Dhladhla? ¿Sí? ¿Estás en Turfloop? —se alejó del joven en téjanos con un ritmo de frías inclinaciones de cabeza y finalmente una orgullosa sonrisa que aún no había sido vista, resistiendo a su belleza con la propia, como contrincantes de igual fuerza que hacen un pulso para obligar a un

puño a tocar la mesa—. Prometiste enviarme vuestros boletines —era tan alta como él, que no podía mirarla desde arriba.

—Los dos últimos fueron prohibidos.

—Lo sé, pero no significa que yo no reciba una copia.

—Veré lo que puedo hacer.

—Dáselo a Fats.

—¿Qué significa eso? ¿Ahora soy repartidor de panfletos estudiantiles?

Lo describió cariñosamente:

—Este es el hombre más simpático de Johannesburgo. Le pidas lo que le pidas, nunca se enfada. Aunque sea mi primo, tengo que decirlo. No sé qué haría sin él, Margaret...

Delante de ella, Duma mantenía su sonrisa, tan aséptico como un bailarín que mantenía su postura para lucimiento de la bailarina.

—Quería asegurarme de que vendrías —Marisa se refería a la llegada de Orde Greer a mi casa.

—De todos modos pensaba venir.

—No confío en ti. No deberíamos separarnos, Rosa. Esta mañana pensé... es terrible...

Orde nos observaba.

Lo miró de manera desconcertante durante un segundo, pero se dirigió a mí:

—¿Recuerdas aquella noche en casa de Santorini, después de que condenaran a Lionel?

Apunté:

—Tú dijiste: «¿La vida de quién, la de ellos o la suya?».

—Esta mañana en la tienda pensé: fue la de él. Ni siquiera pude asistir al homenaje —había un velo lacrimoso en su mirada. Logró convertir en un chiste y en una anécdota su visita a la Isla; probablemente algún amante casual estaba en esa habitación. Pero nadie puede predecir de qué forma se afianza la angustia. Ella no sabía que ese mismo día, un año atrás, había muerto mi padre, pero a mí me dio la impresión de haber hecho una señal que no se originaba en mí. Sentí una peligrosa oleada de sentimientos, una precipitación hacia Marisa. (La pobre criatura que traicionó a mi padre debió de sentir al principio el mismo impulso hacia mi madre: una avalancha interior que finalmente concentró, destrozada, en los pies de Lionel, imposibilitada de mirarlo a los ojos.) El ansia de adherirme a un destino acólito, de dejar que alguien me usara, me confiriera un propósito apasionado, impulsada por un significado distinto al mío.

—¿No hay nadie afuera? —Orde Greer se refería al tipo de coche discreto desde el que los agentes de la Rama Especial vigilan.

—No pasa nada. No he vuelto a mi lugar, de modo que mi agente todavía espera que regrese de Ciudad del Cabo —la gente como Marisa, como nosotros, se relaciona con los hombres que vigilan sus casas y los siguen. Forma parte del aura que atrae a los Conrad de este mundo hacia mí.

—Podríamos haberte seguido desde el aeropuerto —Greer adoptó una sensatez y una cautela exageradas, producto del whisky. No podía ser de los nuestros: nosotros no podemos permitirnos el lujo de no correr riesgos.

Marisa habló con tono despreocupado.

—No pasa nada, al menos no lo creo... hoy he estado corriendo arriba y abajo todo el día y sin duda alguna me quité de encima a cualquiera que., a alguien que ahora debe estar mareado... —las lágrimas no derramadas relucían de júbilo.

—No es tan seguro —la concisa inquietud de Orde Greer sugería una tierna autoridad; ¿lo había aceptado como amante?

Yo sólo vi el cuerpo inexpresivo del periodista, con un confuso atavío que de alguna manera lo mostraba físicamente desarticulado, el pie con el arco enconvarado en escorzo, con botines idóneos para quienes caminan o escalan, los pantaloncitos que usan los jóvenes que reparan motocicletas, el jersey negro de catedrático donde se habían entrelazado sus rubias peinaduras y la cabeza —¿de pensador? ¿de izquierdas? ¿de hijo de la naturaleza? ¿de santo? ¿de derrotado?— desdibujada bajo la mata de pelo.

Tandi y su amiga seguían poniendo y sacando cassettes. La música pregonaba interjecciones y dejaba de sonar mientras la charla era constante. Ahora los amigos de Fats hablaban sobre las carreras de caballos. Quizá porque yo sólo había estado en medio —escuchando sin hablar— de su discusión con el joven Dhladhla, que era estudiante o profesor en una universidad negra, Fats se sintió impulsado a asegurarse otro testigo. Me sirvió whisky.

—Creen que puedo hacerlos ricos a causa de mi padre. Ja! A él habría que pedirle datos. Tendrías que conocerlo. Hermano de la madre de Marisa, que es tía, ya sabes... Mi viejo empezó como mozo de cuadra y ahora lleva todo el negocio. Diez mozos. El propietario no compra un solo caballo sin que él le dé su aprobación. Ha construido una casa de seis habitaciones para mi padre en las cuadras, cerca de Alberton, y cuando la municipalidad pregunta quién vive allí, él responde... ¿sabes qué responde? El administrador de mis caballerizas, no puedo prescindir de él, de modo que no vengáis a decirme que no puede vivir en una zona blanca. Mi padre es uno de los grandes expertos de Johannesburgo. ¡De todo el país! Hasta los jockeys se asesoran con él para saber cómo deben tratar a tal o cual caballo. Creo que tiene setenta años y tendrías que verlo montando en uno de los de carreras. ¡Veloces como el rayo! ¡Demonios! Le encanta. Un hombre como ése... es feliz. ¿Sabes una cosa? Alguna gente mayor... te lo aseguro... dirá que Kgosana es un gran hombre, pero que él, personalmente, le tendría miedo a un gobierno negro. ¿Lo sabías? Estos críos con ideas drásticas no comprenden que hay mucha gente como él. ¿Qué se puede hacer con esa gente? No quieren crearse dificultades —inclinó confidencialmente la cabeza, como señalando el tipo de vida que llevaba Marisa.

—Eso es exactamente lo que comprenden ciertos blancos... es algo con lo que cuentan —apostilló Orde Green, decidido a transmitirme estas cosas.

Algo fácil de satisfacer: deslizarse en esta clase de intercambio, arrojar sigilosamente la mínima chispa exigida.

—¿Te refieres a los liberales? ¿O a los liberales nacionalistas de izquierdas?

—A ambos. No se trata de la paz a cualquier precio sino de la paz para cada uno a su precio. El liberalismo blanco sacrificará las ventajas alcanzando la justicia social y se conformará con permitir el ingreso de los negros en la clase explotadora. La pandilla dominante «ilustrada» sacrificará las ventajas manteniendo una absoluta supremacía blanca y se conformará con apuntalar una clase media negra cuyos intereses de clases son contrarios a una revolución negra.

Tandi había dejado a su amiga; haciendo caso omiso del resto murmuraba mohína y coqueta con Duma Dhladhla, pero él volvió a arrojar su voz entre nosotros.

—El pueblo negro se ocupará de esos elementos. Los blancos no tendrán la menor oportunidad. Los liberales podéis olvidaros de esta cuestión, lo mismo que el gobierno.

—¿Quién ha dicho que yo soy liberal?

Dhladhla hizo un gesto brusco de desinterés por la protesta de Orde Greer en virtud de la objetividad.

—Blancos, seáis lo que seáis da igual. No hay ninguna diferencia. Puedes decírselo a los afrikaners, a los liberales, a los comunistas. No aceptamos nada de nadie. Tomamos. ¿Comprendes? Tomamos para nosotros. Ya no hay viejos como ése, ese pobre viejo... un esclavo que goza de los privilegios del amo sin ningún derecho. Eso se ha terminado.

—¿El pueblo negro? ¿Tú crees que sois el pueblo negro? ¿Un puñado de estudiantes que ni siquiera habéis pasado los exámenes finales? —el hombre que parecía director de escuela se incorporó y se pasó una mano por la bragueta, en el gesto de quien va a poner las cosas en orden.

Dhladhla le dedicó una feroz mirada paciente.

—Nosotros te estamos dando la noticia de que *tú eres* el pueblo negro. *Baba* y el pueblo negro no necesita de nadie más. No sabemos nada de intereses de clase. Nosotros somos una clase. La negra.

—Ah, ¿has descubierto algo en tu aula de Turfloop? ¿Has oído hablar alguna vez de Marcus Garvey? ¿Sí?

Orde Greer desvió rápidamente la atención hacia Dhladhla.

—Pero hace cinco minutos dijiste que «esa gente» era el mayor problema. Los que aceptarán ser eximidos... en los deportes o en cualquier cosa seguirán siendo la misma gente.

—No negamos que exista el problema. Pero sabemos que dejará de existir cuando despertemos las conciencias.

—Existe en el presente... una posible clase negra explotadora en el futuro... vale, no discutamos por cuestiones semánticas... un grupo, un sector consiste en un considerable número de personas. Existe. Y los norteamericanos, los franceses, los alemanes democráticos, tampoco pondrán objeciones, seguramente los norteamericanos ejercerán menor presión en las Naciones Unidas y en el congreso si la Sudáfrica blanca optara por la supervivencia integrando a este sector negro. Lo que yo pregunto es: ¿puede una sociedad capitalista que arroja por la borda el factor racial seguir evolucionando aquí?

Las voces cubrieron el aire a la manera de casquetes; desde el maestro de escuela, los otros amigos del anfitrión, por encima de las cabezas de los gorriones que sorbían cerveza y se pasaban cigarrillos.

—¡Decididamente, hombre!

—¡Todo lo que el negro quiere es tener las mismas oportunidades que los blancos!

—Eso es lo que pide el noventa por ciento.

—Están pidiendo lo que nunca obtendrán, porque el noventa por ciento son campesinos y obreros que no tienen la posibilidad de unirse a ningún sector privilegiado —apuntó James.

James Nyaluza había entrado con Marisa; compañero de Joe Kgosana, uno de esos que inexplicablemente no había sido detectado a lo largo de tantos años de vigilancia policial. Lo conozco de toda la vida. Estuvo detenido en los sesenta, pero eso fue todo. Ni siquiera su continua amistad con Marisa le ha impedido que lo pasaran por alto. Habla un poco desde el margen, es uno de esos a quienes fatalmente se niega lo que la revolucionaria rusa Vera Figner denominó vivir para ser juzgado... «porque un juicio es la coronación de toda actividad revolucionaria». En este sentido las vidas de Lionel y de Joe Kgosana están cumplidas y Marisa pasea por la habitación este sobreentendido como pasea el perfume de su cuerpo.

Hasta Fats trataba a James con el tipo de respeto que lo rebajaba.

—Es natural... la gente quiere tener la oportunidad de salir adelante. Siempre existen los que pueden hacer algo de sí mismos por pobres que sean. Fíjate en nuestros magnates de Soweto. ¿Cuántos pasaron del sexto nivel? Proviene de las granjas y de las localidades. Sus madres eran sirvientas del patio trasero. Chicos de la tienda de ultramarinos, chicos de la lechería, chicos de los garajes.

El trance de un resentimiento común cayó momentáneamente sobre los que se habían enfrentado amargamente y volverían a enfrentarse inmediatamente después. Dhladhla, James, el maestro, los satélites de Fats, celebraron ese romance de humillación mediante el cual y a partir del cual cada uno extraía, a su manera, fuerzas y cólera para vengarlo.

—Tratados como ceros a la izquierda, viviendo peor que perros, comiendo harina de maíz seca, sin siquiera zapatos para los pies en invierno... hoy tienen lo que quieren, tío. Negocios, cochazos...

—¿Cuentas con el núcleo de una burguesía negra preparada y dispuesta a sumarse a la clase dominante blanca? —Orde Greer tenía el aire de quien orienta las respuestas que quiere recibir.

Dhladhla puntualizó impersonal y apasionadamente.

—La oportunidad. ¿Sabes cuál es tu oportunidad? ¿Sabes de qué estás hablando? De la explotación racial con la colaboración de los propios negros. Por eso no trabajamos con los blancos. Toda colaboración con los blancos ha terminado siempre en la explotación de los negros.

—¿Tú crees que ése ha sido siempre el objetivo de los blancos? ¿De todos los blancos?

Hablé con Dhladhla por vez primera. Mi propia voz me sonó en un tono de sereno interrogante; Orde Greer la dramatizó, en mi beneficio, apretando los labios.

—Aunque no lo supieran, lo era. ¡Lo es! Debemos liberarnos a nosotros mismos en nuestra

condición de negros. ¿Qué tiene que ver un blanco con esto?

Orde Greer presionó.

—¿Cualesquiera sean sus ideas políticas?

—No importa. No vive negro, no sabe nada de las necesidades de un negro. Sólo irá a decirle...

—¿Tú no crees que haya alguna ideología política, algún sistema en el que las convicciones de un blanco no tengan nada que ver con su ser blanco?

—No digo eso. Estoy hablando de aquí. De este lugar. En el que está Vorster. Tal vez en otro país las ideas políticas del blanco no tengan nada que ver con su ser blanco. Pero aquí vive con Vorster. ¿Comprendes?

—¿Y si va a la cárcel? —Orde Greer estaba poseído, inspirado. Sin duda todo el interrogatorio era en mi beneficio.

—¿A la cárcel contigo?

—¡A la cárcel! —un chisporroteo de risa acusatoria—. Va a la cárcel por sus ideas sobre mí, yo voy por mis ideas sobre mí mismo —Dhlahla se golpeó el pecho desnudo, donde colgaba un medallón de una tira de cuero.

Orde Greer me presentó.

—Murió en la cárcel. El padre de esta chica. ¿Lo sabías? —era irresistible, inevitable.

No sé qué aspecto tengo cuando me usan como objeto de estudio, me observan respetuosamente con la libreta en la mano, o me desnudan como tú o mi sueco para evaluar mi fortaleza, como una hembra en subasta en un mercado de esclavos. Quizá sonreí «ofensivamente» ante Duma y Orde Greer; tú te quejaste de eso en la casita... yo guardo una intimidad tan insultante que quienes están bien dispuestos hacia mí creen que los considero indignos de un desaire; hasta la bofetada del «pescado frío» se acalla.

Orde Greer tenía su copa en la curva de la mano, lejos del cuerpo, para dar énfasis a sus palabras o mantenerla en equilibrio. Dhlahla no me miró pero habló para mis oídos. Sabía que yo había estado observando su cara mientras hablaba y mientras se preparaba para volver a hablar, sus respuestas aleteando en suaves destellos de energía. El semblante era de una belleza tan plástica que su cabeza se diría «fabricada», sólido vaciado de un material perfecto, liso y oscuro, formado aluvionalmente bajo la presión del tiempo y de la raza.

—El sabe lo que estaba haciendo en la cárcel. Un blanco sabe lo que debe hacer si no le gusta lo que es. Es asunto suyo. Nosotros sólo sabemos lo que nosotros debemos hacer.

El maestro parpadeó impaciente y acongojado.

—¿Cuánta gente cree que puedes volverle la espalda a los blancos? ¡Disparates! No desaparecerán. Darán la vuelta con las armas desenfundadas... ¿y cuántos negros quieren luchar? No queremos matar, sabemos que es nuestra sangre la que se derramará. La gente prefiere que haya algunos líderes —rechazó las objeciones—, no estoy hablando de líderes políticos presos, me refiero a gente de la comunidad que ha surgido, incluso hombres de negocios, peces gordos de Soweto, gente que puede enfrentarse con los blancos a su propio nivel en el comercio y otras actividades... prefieren poner un pie y hacer equilibrio desde donde pueden empujar. Después otros sentirán que pueden seguirlos. Quieren estar vivos.

James Nyaluza sonrió ante lo que probablemente esperaba oír.

—Por supuesto. Pero no comprenden que la exclusividad *racial* del poder económico y político de la clase dominante blanca es una característica *primaria* del montaje. Si los blancos, por miedo, asimilan a algunos miembros de la clase media negra, sólo será a título auxiliar y dependiente, ni siquiera tendrán la propina de un cargo político. Ni siquiera un ministerio títere. Ni siquiera el poder simbólico que obtienes si eres un matanzima o un buthelezi en tu *bantustán* «patrio».

—Tú quieres decir que serían lo que ya son los policías negros. Como ha señalado Dhlahla... ¿sólo colaboradores en un sistema continuo de represión racial?

Pero nadie recogió la analogía de Orde Greer; no posee la curiosa diplomacia necesaria hacia la cuestión de la policía negra que, aunque nunca se ha negado a actuar contra su propio pueblo, sigue

siendo considerada una víctima semejante a cualquier negro cuando intimidada y hace redadas a las órdenes de un opresor común. Los blancos y no los negros son responsables, en última instancia, de todo lo que sufren y odian los negros, incluso a manos de su propio pueblo; un blanco tiene que aceptar este hecho si admite alguna responsabilidad. Si se siente culpable, es un liberal; en esa casa donde yo crecí no había culpa porque se creía que era como clase dominante y no como color que los blancos asumían la responsabilidad. No se trataba de un decoloramiento en la carne.

Me deslicé en la conversación como un pie introduce al otro en una pauta de movimientos —el juego de piernas de boxeador, la forma de estar en cuclillas de un corredor— para la que han sido entrenados. Mi voz se cruzó y se alzó con las otras.

—¿Las cosas son así, James? Al quemar el último cartucho, ¿no es posible que los blancos estén preparados para asimilar a suficientes capitalistas negros creando una identidad y una solidaridad de clase... y en consecuencia un interés común en oprimir a las masas negras?

Marisa habló con la autoridad que da la Isla.

—Sé que eso es lo que teme Joe... piensa que esa clase se vincularía con los líderes «patrios» con el propósito de mantener la mano de obra barata, la mano de obra migratoria, con una recompensa a la pandilla «patria» y a los negros favorecidos en las zonas blancas.

—A eso me refiero. Es el tipo de cuestión que discute la oposición liberal cuando intenta ponerse de acuerdo. Y los progresistas blancos incluso hablan de «poder compartido»: en realidad están pensando en algo de la naturaleza del cargo político... para los negros «correctos», desde luego. Esto podría tener un enorme atractivo para los negros de clase media. Va más lejos que ofrecerle a Fats una voz en la junta nacional de boxeo, o que un hombre de negocios negro ocupe una plaza entre los directores de la Anglo-American.

Orde extendió la palma de la mano en un gesto que abarcaba a James de un lado y a mí del otro.

—¿Creéis que un grupo negro como ése puede ocupar un lugar en el movimiento nacional?

James respondió como yo contaba que haría, extrayendo cada palabra de mi mente.

—Jamás. Sus intereses estarían en contradicción con los del pueblo en su conjunto, incluso en el contexto de los objetivos nacionales.

—¿Entonces qué quieres que haga? ¿Que no permita que mi chico pelee al otro lado del mar hasta que tú decidas cómo aplastaremos la segregación racial? —Fats se volvió hacia Marisa con una consternación casi cómica—. ¿Eso ayudará realmente a que salgan Joe y Nelson? —dejó caer una gota de whisky en el vaso de James y se detuvo con una fugaz sonrisa delante de Dhladhla, que no bebía y cuya abstinencia era una elocuente desaprobación del efecto corruptor de los vicios del blanco—. ¿Esperar que *él* eleve tan alta la conciencia blanca para que Vorster y Kruger vean caer esta enormidad sobre sus cabezas?

—De modo que no hay peligro... ni esperanzas, si quieres expresarlo así para alguna gente, de que ese grupo ocupe un lugar en el movimiento nacional.

Dhladhla interrumpió a Greer.

—¿Qué movimiento nacional conoces tú?

Pero era inconcebible para cualquiera de los presentes que Orde Greer se refiriera a algo distinto al Congreso Nacional Africano.

—La cuestión consiste, seguramente, en que la burguesía africana está siendo descubierta, inventada por los blancos demasiado tardíamente para desempeñar el papel clásico, al margen de cuál crean que desempeñarán. Esa es la cuestión. No que algunos negros lo deseen o no. ¿No comprendéis —ahora se dirigía a la habitación, la casa, las calles, la totalidad del «lugar»— que para que emerjan vuestros promotores y comerciantes y maestros negros tendría que invertirse todo el proceso normal, pues la auténtica formación clasista de una burguesía tendría que suceder y no preceder al poder político?

¡Qué fascinado estaba con su mensaje, introduciendo en el conocido vocabulario prohibido los términos de los conocidos objetivos prohibidos de los partidarios! Sus palabras me acunaron: certezas que rodearon mi infancia. A él debían parecerle descubrimientos; ¿dónde había tropezado

últimamente con ellas...? Pero es un periodista, aunque use una cámara y no una máquina de escribir y probablemente se siente a sus anchas en cualquier ambiente, reproduciendo la jerga apropiada. Su trabajo le expone a todo. Está al tanto: si quisiera, podría hablar exactamente como uno espera que hable un piloto de carreras en el autódromo, o exactamente como un comunista blanco próximo al CNA.

—*Eso y esto* debería ocurrir y no ocurre debido a *eso y aquello*. Estas teorías no cuadran con nosotros. No nos interesan. Venís repitiendo la misma mierda desde antes de mi nacimiento. El ha estado escuchando —Dhlahla señaló a James—. ¿Y dónde está? ¿Y dónde estoy yo? Cuando voy a comprar pan, dan al *kaffir* [«negro» en sentido peyorativo. (*N. de la T.*)] el que quedó duro de ayer. Cuando va a buscar fruta, el *kaffir* recibe la que está podrida y el blanco no quiere comprar. Eso significa ser negro.

—¿Ignoras al sistema capitalista a través del cual estás oprimido por tu raza?

—No ignoramos nada. Estamos educando al negro para que sepa que es fuerte y se sienta orgulloso de ello. Nos liberaremos del sistema capitalista y racista, pero no como «clase trabajadora». Aquí ésas son bobadas blancas. Los trabajadores blancos pertenecen a la clase explotadora y participan en la represión de los negros. El hombre negro no lucha por la igualdad con los blancos. Negritud es el hombre negro negándose a creer que el estilo de vida del hombre blanco es mejor para los negros —Tandi hundió la cara en su brazo por un instante, echó la cabeza hacia atrás para que viéramos su sonrisa, que mostraba la curva rosa de su lengua entre los dientes—. No se trata de una lucha de clases para negros, sino de una lucha de razas. La principal razón por la que seguimos estando donde estamos es que los negros no se han unido *en tanto negros*, porque se pasan todo el tiempo diciéndonos que hacerlo es ser racistas. El CNA ha prestado oídos a eso.

Marisa rió.

—El CNA logró la más amplia unidad negra que jamás haya existido.

Su tolerancia era su profesionalidad como representante del líder encarcelado, consciente de que había que seducir a las jóvenes generaciones para el día en que él retornara. No obstante, era inocentemente maternal, si es que un abrumador atractivo sexual puede subordinarse a otro; al fin y al cabo él era uno de los suyos y el reproche de ella resultaba confiable. Está dispuesta a pasar a la vanguardia de los estudiantes de Dhlahla, como espléndida Libertad de pechos descubiertos en la pintura de Delacroix, cuando llegue el momento.

El maestro de escuela seguía tratando de hacerse oír.

—¡Cielos! ¡No, te digo que no! Las cosas que creen descubrir en Turfloop...

Dhlahla tenía el aire de quien ve por encima de las cabezas, de quien está de espaldas incluso a aquellos con quienes estaba frente a frente.

—Los liberales blancos corren de un lado a otro diciendo a los negros que es inmoral unirse como negros, que todos somos seres humanos, que es lamentable que exista el racismo blanco, que sólo necesitamos ponernos de acuerdo, que «las cosas están cambiando», que debemos elaborar juntos la *solución*... Los blancos no nos atribuyen suficiente inteligencia para saber lo que queremos. No necesitamos sus *soluciones*.

Orde Greer arrugó la cara alrededor de la nariz y la boca, cerró los ojos un momento.

—¿Y los radicales blancos?

—¡Ahhh! ¡Nombres que os ponéis a vosotros mismos!

—¿Y los comunistas que creen, como tú, que la reforma no es el objetivo? Lo sepas o no, habéis tomado de ellos la idea de que el racismo está atrincherado en el capitalismo (desvirtuáis sus propias palabras, ¿verdad?) y tenéis que destruir a uno para liberaros del otro. Ellos creen que es tan imposible concebir en Sudáfrica el poder de los trabajadores separado de la liberación nacional como concebir la liberación nacional separada de la destrucción del capitalismo. Un negro tuvo mucho que ver en la elaboración de esta cuestión, un comunista negro que casualmente se llama Moses Kotame, ¿no? —asestó cada frase como un puñetazo—: una revolución nacional

democrática que lleve al poder una alianza democrática revolucionaria dominada por el proletariado y el campesinado. Pero ahora la parte referente a la dictadura del proletariado ha sido abandonada por los comunistas europeos. En Cuba, en África... probablemente sigue siendo válida. ¿No es eso lo que queréis?

—¿Qué dices? Hay unos pocos blancos buenos... ¿Y qué hay con eso? No podemos caer en la trampa de perdernos a nosotros mismos en algún tipo de «humanidad» incolora... informe. A nosotros nos conciernen las actitudes grupales, la política grupal.

—Los comunistas creen en lo que queréis... no, aguarda... en lo que queréis para *vosotros mismos*. ¿Conforme? Pero ven la conciencia negra como una forma de racismo que desvía y socaba la lucha.

Dhlahla apartó a Tandi cogiéndola de la muñeca, pero no la soltó.

—Dado que el problema es el racismo blanco, sólo existe una oposición válida para contrapesarlo: una sólida unidad negra.

—¡Dios mío! Ahora citas a Hegel, el materialismo dialéctico en su forma anticuada; desde aquellos tiempos han habido pensadores marxistas que desaprobaron...

—Nuestra liberación no puede divorciarse de la conciencia negra porque no podemos ser conscientes de nosotros mismos y al mismo tiempo seguir siendo esclavos.

Las consignas en boca de quienes las han vuelto a conformar para sí mismos recobran una dolorosa espontaneidad para las etiquetas y los apagados gritos de batalla de causas que el que habla no reconoce.

—¿No es hermoso? —Fats elevó la palma de la mano, presentándonos viejas palabras como nuevas.

El bebé se había abierto camino a través de una arboleda de piernas. Lo alcé para evitar que lo pisaran y me examinó, después estiró su suave almohadilla de mano marrón y me restregó la nariz, riendo, riendo hasta que los gorjeos se volvieron líquidos y la saliva chorreó de su labio ambarino.

—¿No es hermoso? Duma... si ves a mi chico dejando fuera de combate a un boxeador blanco, verás algo hermoso como esto. No estoy bromeando. Verás que él representa exactamente lo que tú estás diciendo. ¿No es así? Será algo que hicieron un cuerpo negro y unas manos negras. Se siente... es... ya veras... un *hombre negro* —Fats se apropió de la expresión de Dhlahla; probablemente la incorporaría a su vocabulario, revistiendo su desafío con la vanagloria del mundo del espectáculo. Cuando se ríe de sí mismo la carcajada recorrió toda la habitación.

La voz de James Nyaluza desvió la atención.

—Verwoerd y Vorster lo hicieron. En quince años no hemos podido llegar a los chicos. Puras palabras para estos chicos, sólo nuevas palabras... Cuando llegue el día en que tengan que actuar... ¿qué es lo que sabrán?

Duma Dhlahla y Tandi formaban una pareja extrañamente contrapuesta a la que formábamos el bebé y yo. El movimiento de la gente a medida que la discusión perdía impulso nos dejó en la arena de un momento cuya naturaleza era indecisa: tal vez empezaríamos a charlar intrascendentemente, las fuerzas excesivas cargadas entre los que habíamos estado discutiendo y escuchando virarían de pronto, dejando reducidas corrientes amistosas de gente cómoda en su callada sociabilidad de bebidas compartidas y humos de la casa, como los gorriones apiñados que de vez en cuando salían contentos al lavabo del patio, o expresando los puntos atesorados que aún no habían conseguido que escuchara nadie, como James capturado por Orde Greer. De repente Tandi llamó desenfadadamente al bebé que estaba en mis brazos, hablándole en su lengua. El bebé permaneció inmóvil, empecinado. Tandi volvió a hablarle. El bebé dio un salto contra mi cuerpo y una vez más se quedó quieto. Yo le sonreía en el homenaje que los adultos creen que deben rendir a los niños sin saber por qué. Tandi abrió los brazos e inmediatamente el bebé le imitó, abandonándose.

Hablé con la tibia intimidad de unas chicas que tienen más o menos la misma edad:

—¿Es tuyo?

Yo quería decir que pensaba que el niño era de Margaret y Fats.

—Son todos nuestros —fue un movimiento en zigzag de la lengua, algo que no esperaba comprender, que no tenía derecho a comprender aquella a quién estaba dirigido.

Tandi me observó durante un segundo y se volvió riendo agresivamente, parlotando en su idioma con Dhladhla. Bromeaba con él, bromeaba con el bebé, él a medias irritado, el bebé a mitad de camino entre la beatitud y las lágrimas. Margaret se acercó y lo alejó de Tandí, besándolo apasionada y maliciosamente hasta que se aferró a ella.

En algún lugar cercano las frases del periodista blanco tintineaban como llaves toqueteadas en su bolsillo:

—...no la paz a cualquier precio, sino la paz para el precio de cada uno.

Las mujeres entraban y salían de la cocina. Le ofrecí ayuda a Marisa, que de inmediato organizó y delegó tareas entre las ollas de carnes hervidas, las patatas y la papilla de harina de maíz, la salsa que olía a curry. La amiga de Tandí cortó el pan. Margaret preparaba sus delicadas ensaladas con estrellas de remolacha y rosas de rábanos.

—*Gracias señora* —los enanos esperaron a que les sirviera y comieron seriamente con sus gorras puestas.

Algunas personas se fueron sin cenar pero llegaron otras salidas de la noche, debido a la consabida sociabilidad de Fats más que al hecho de haber sido invitadas. En realidad, a Orde Greer y a mí no nos habían pedido que nos quedáramos a comer en la forma en que se intercambian las invitaciones entre los blancos, sino que nos habíamos quedado, sencillamente, hasta que llegó la hora en que habitualmente comía la familia de Fats. Es gracias a este tipo de sociabilidad negra — que extiende a los negros la hospitalidad ya ofrecida a los blancos por el tío Coen y la Tía Velma según la tradición de mi abuela Marie Burger— que florecieron los domingos en esa casa. Solíamos sentarnos en cuclillas alrededor de la piscina, haciendo malabarismos con los *boerewors* entre la yema de un dedo y la yema de otro; estos niños compartían una fuente en el suelo, modelando atentamente entre sus dedos las albóndigas de espesa papilla de harina de maíz y sumergiéndolas en la salsa, mientras el bebé y su abuela comían del mismo plato.

Sentada en una banqueta de plástico entre James y Fats, tenía conciencia de la figura de Greer siempre vista desde atrás, plantada con el aire esperanzado y ligeramente ridículo de alguien que se ha emborrachado decididamente más que nadie y da la lata desde la periferia de un grupito u otro, trasladando consigo su conjuro de provocaciones, de modo que la gente pueda interrumpir lo que estaba diciendo o absorber negligentemente sus preocupaciones, incluso interpretarlas erróneamente con el fin de combinarlas con las propias. Había aplastado su comida en un montículo, sin probarla; su plato abandonado ya tenía el repelente aspecto de sobras; alguien había apagado allí un cigarrillo. Por último se instaló delante de Duma Dhladhla, ineludible, haciendo caso omiso a la autosuficiencia del trío, Dhladhla y las dos muchachas. Le oí decir en voz muy alta, como si él y Duma estuvieran solos:

—¿Qué harías si estuvieras en mi lugar?

Dhladhla dio un bocado de una pata de pollo que tenía en la mano y lo masticó con vivida energía, moviendo naturalmente los músculos de los ángulos de su fina mandíbula al estilo en que los actores del sexo masculino fingen emoción. Miró a Greer fastidiado, triunfante y aburrido.

—Nunca pienso en eso.

Marisa se unió a mi grupo.

—¿Sabes que hoy hubo una redada en el centro? Dicen que han detenido a June Makhudu y a otros dos. Se llevaron todo el material de Sol Hlubi sobre estudios negros. Hasta el informe sobre alumnos de segunda enseñanza que la asistencia social del municipio ya había aceptado como prueba de su cometido oficial... Quisiera saber por qué de pronto eso se ha vuelto subversivo. Están locos... Rosa, hoy por la mañana estuvimos juntas en la ciudad...

Suponía que yo lo ignoraba igual que ella. Y en esa compañía comprendí que era extraño, una especie de desliz de la norma establecida desde los albores de mi vida, que no se lo hubiera comunicado de inmediato cuando nos encontramos en la tienda.

—Probablemente Orde sabe algo más... —Marisa lo llamó—. Orde, ¿qué es lo que ocurrió en Providence House? ¿A quién visitaron además del grupo de Hlubi?

Estaba rígidamente digno con sus calcetines rojos caídos sobre las botas, la mano palpando masturbatoriamente su espalda y su pecho debajo del jersey.

Había tomado fotos; el coronel Van Staden había dirigido personalmente la redada, lo que significaba que buscaban algo importante; el intrépido reportero gráfico subió de dos en dos los peldaños de la escalera de incendios y tomó una foto del hombre de Van Staden, ese cretino de Claasens.

—Sujeta a un tipo del cogote, como si fuera un perro, apretando parte de la chaqueta y la camisa... sus pies levitan prácticamente por encima del suelo.

—¿Pero qué ocurría? ¿Resistencia a la autoridad?

—No, no, Claasens lo está registrando, con la otra mano... ya veréis. No, no lo veréis porque mi puñetero director no quiere publicarlo. Me dice que caerán sobre nosotros como un cargamento de ladrillos. Que me encerrarán también a mí por haberla tomado. No está permitido mostrar a la policía en una situación semejante. Es perjudicial para la dignidad. *Su dignidad. ¡Caray!*

—¿Claasens vio que lo fotografiabas?

—Salí corriendo como alma que lleva el diablo. Otro me detectó pero cuando empezó a perseguirme resbaló en los escalones metálicos y cayó de culo; el muy cabrón tuvo la suerte de no rodar cuatro pisos...

Desde el regazo de su abuela el bebé respondió regocijado a nuestra carcajada. Se produjo un intercambio de relatos a costa de la policía, algunos que los narradores habían vivido personalmente, otros pertenecientes a nuestra tradición popular. Marisa, James y yo nos estimulamos recíprocamente.

—Qué me dices del día en que se casaron tus padres, Rosa?

Tuve que describir una vez más lo que Lionel contaba como anécdota política, una crónica familiar que en realidad era su aventura amorosa con mi madre: la policía fue a hacer una redada en aquel diminuto piso y no tuvo más remedio que desembalar los enseres domésticos. Mientras lo contaba, el bebé corrió hacia mí con una prenda de punto rojo en la mano. Pensé que era algo suyo que quería que le ayudara a ponerse, pero lo retuvo, señaló mi cabeza y luego se lo frotó en la propia.

—¿Qué quiere? —pregunté a Margaret y vi que las encías desnudas de la abuela me sonreían cargadas de simpatía. Pero Marisa comprendió.

—Quiere ponerte ese sombrero, Rosa. Es para ti —incliné la cabeza y el bebé la coronó a manotazos. Un gorro con una roseta a un costado, de los que venden las negras, extendidos a sus pies mientras hacen ganchillo entre las piernas de los transeúntes, en las calles urbanas como si estuvieran en la cocina de su casa. La abuela estaba regalando su trabajo manual a la hija de Lionel Burger. Me lo calcé y Marisa lo enderezó—. La roseta no va en el medio —rió con disimulo, encantada, observándome, con la primera articulación de un dedo delgado entre los dientes. Margaret agregó su toque, arrollando el borde hasta convertirlo en un ala—. No, espera... eso es —Marisa metió todo el pelo debajo del gorro, mientras las dos protestábamos y reíamos.

La vieja se acercó y me abrazó. La niña de nueve o diez años que me había llevado el té por la tarde se colgó de mi brazo con la ternura de quien quiere llamar la atención de una hermana mayor.

Indudablemente Orde Greer no parecía en condiciones de conducir; cuando Fats y su mujer me invitaron a pasar la noche —el pelo corto del bebé suavemente áspero bajo mi mentón—, me atrajo la idea de quedarme entre ellos, en medio del manoseo de los niños, de la reconfortante confianza transmitida por Fats, competente en la corrupción, de que si la policía me encontraba allí, él sabría exactamente a quién dar una botella de brandy. La vanidad de ser querida y de pertenecer a ellos se propuso por su cuenta, oportunamente. Pero yo sé que aceptar no sería gratuito. Se me ofrecía gratis... pero tiene su precio, que yo tendré que decidir por mí misma para no ponerme en ridículo como Greer, que había pedido a Dhladhla que lo calculara.

Volvimos bajo un cielo que parpadeaba relámpagos a través de calles que se perdían en la noche, casas bajas cerradas a cal y canto, reforzadas en la oscuridad, atrancadas con latas y hierro para protegerlas de ladrones y policías, en ambos casos merodeadores indistintos. El ojo de una ventana era la visión de una vela en el interior, o sólo el reflejo de los faros del Volkswagen que me devolvían la mirada mientras traqueteábamos y virábamos en el camino de regreso. Semáforos repentinos, muy separados e irregulares, nos volvían vulnerables al pasar por debajo como el rayo. Humeantes como un solar quemado, nos rodeaban kilómetros de distritos negros en su oscuridad coagulada, sin la afirmación de altos edificios contra el cielo, sin el globo de alabastro nuboso invertido sobre la ciudad blanca por la vida que se declara abiertamente en neones, focos y ventanas que despiden luz hacia los jardines. Hay un hombre tumbado en la calle sin cunetas que encuentra su límite en los baches y los charcos. Borracho o apuñalado. A ninguno de los dos se nos ocurrió parar o hacer una observación. No en ese lugar. Ni aunque hubiésemos sido negros. Ni porque somos blancos.

Orde Greer me dejó en casa sana y salva. Debía de estar acostumbrado a conducir borracho. El único sonido en el coche era su pesada respiración y los eructos con vapores de whisky que lo acometían de vez en cuando; su concentración excluía mi presencia. Sabíamos que nada nos ocurriría en ese coche cruzando las esquinas a toda velocidad y deteniéndonos con demostrativa precaución antes de cruzar los semáforos en rojo. Noto que es alguien permanentemente fascinado por la idea de algo que puede transformarlo; la muerte accidental no es su solución. Y aquí estoy yo, último miembro de mi familia.

Gusanos de seda de la llovizna mascan las hojas de los árboles a las dos de la madrugada.

Pero no he olvidado el gorro de punto rojo; lo guardé —guardé la tentación— en un cajón antes de acostarme aquel sábado, al tiempo que la benigna precipitación llegaba a los suburbios blancos.

Lo que digo no será comprendido.

Una vez fuera de mí se convierte en apología o en acusación. No estoy haciendo ni lo uno ni lo otro... pero tú usarás mis palabras para darles tu propio significado, de igual manera que la gente quita o agrega letras en los juegos de palabras. Tú dirás: ella dijo que *él* era tal o cual cosa: Lionel Burger, Dhladhla, James Nyaluza, Fats, e incluso el pobre diablo de Orde Greer. Yo sólo procuro encontrar formas de afianzarme; tú dirás: es maniquea. No entiendes la traición; un pez volador aterriza en la cubierta desde aguas por las que te deslizas. Te inclinas curioso, llamas al resto de la tripulación y vuelves a echarlo al mar.

Fuera lo que fuese, me confundiste. En la cabaña me dijiste que en *esa casa* la gente no se conocía entre sí; me lo demostraste en lo que he descubierto desde entonces en lugares en los que, aunque estás explorando el mundo, nunca has estado. Pero hay cosas que ignorabas; o, aplicando tus mismos criterios, que sólo conocías abstractamente, en el acto público e impersonal de leerla o indagar, como un periodista blanco profesionalmente objetivo y conocedor del «sujeto» de una «clase negra explotadora». El credo de esa casa descartaba el tipo de individualismo de los Conrad, pero en la práctica descubría y elaboraba otro. Esto ocurría en las interminables reuniones y grupos de estudio que eran los torneos de golf y las cenas en el club que celebraban quienes compartían las ideas de mi padre. Era lo que se interpretaba falsamente en las purgas, cuando se denunciaban y expulsaban unos a otros por revisionismo o falta de disciplina o insuficiente celo. Algo que lograban crear por sí mismos incluso mientras los agentes del Comintern iban a informar sobre sus actividades y, en ocasiones, a destruirlas por completo cumpliendo órdenes que sembraban nuevas disensiones entre ellos, desesperación y desafecto. Es algo que se introducirá en una grieta oculta entre el análisis que hace el biógrafo de Lionel sobre la Teoría del Colonialismo Interior, la Naturaleza del Nuevo Estado como Movimiento Revolucionario, y la resolución de los Problemas del Período de Post-Rivonia... el cristal que segregaban para sí mismos a partir del dogma. ¿Qué harías si estuvieras en mi lugar? ¿ *Qué hay que hacer?* Lionel y sus compañeros lo descubrieron; signifique lo que signifique el credo en todos los países donde se evoluciona entre «las ortodoxias polares de China y la Unión Soviética» (según el giro expresivo acuñado por el biógrafo), en este país concreto hicieron un comunismo adecuado a las «condiciones locales». No lo declararon herético, aunque sé que contiene algún tipo de herejía desde la perspectiva interpretativa de alguien de afuera. Lionel —mis padres—, la gente de esa casa, tenía con los negros una relación totalmente personal. En este sentido, su comunismo era la antítesis del antiindividualismo. Una relación que otros blancos nunca tuvieron de la misma manera. Una relación sin reservas por parte de los blancos y de los negros. Las actitudes y actividades políticas de esa casa iban de adentro hacia afuera, los negros de esa casa donde no había Dios sentían su abrazo ante la Cruz. Finalmente no había nada entre esta piel y aquélla. Finalmente nada entre la palabra del hombre blanco y sus actos; chapoteaban juntos en la misma agua de la piscina, iban a la cárcel por la misma causa: era, por encima de todo, una conspiración humana.

He perdido esta relación. Ahora sólo es, para mí, la memoria de una tibieza infantil. Marisa dice que «no debemos separarnos». Los Terblanche me dan la oportunidad de robar la llave de la sala de fotocopias. ¿Qué debo hacer? Lionel y mi madre no se plantaron delante de Duma Dhladhla, llevándolo a decir: Nunca pienso en eso.

Ellos mantenían la relación porque la creían posible.

Rosa Burger no volvió a la ciudad donde su padre había sido juzgado y encarcelado de por vida hasta más de un año después de su muerte. Estas circunstancias para visitar la ciudad no dieron lugar a otras: Lionel no tiene sepultura allí. Pero cuando ese verano ya se había dividido por el cambio del año viejo al año nuevo en el último dígito de los calendarios de escritorio de la empresa de Barry Eckhard, fue tres veces a la ciudad y a tres domicilios distintos, durante febrero y marzo. Después de un período de varias semanas, hizo una nueva serie de visitas (el 13 y el 30 de abril, el 7 y el 24 de mayo), pero todas al mismo domicilio. Se sabía que había conducido su coche a la ciudad en estas fechas y a estos destinos por la vigilancia a que habían sido y eran sometidos todos sus movimientos desde el día en que una chica de catorce años, con las arterias de la ingle dolorosamente cargadas de sangre menstrual, permaneció ante las puertas de la prisión con una bolsa de agua caliente y un edredón en la mano. No es seguro que Vigilancia siempre pudiera descubrir ciertos propósitos ocultos en estos movimientos —el trozo de papel con el mensaje de la niña a su madre escondido alrededor del tapón de la bolsa de agua caliente—, aunque por razones de contraestrategia se sabe que la gente como Lionel Burger no vacila en volver a sus hijos expertos en estratagemas y embustes desde que aprenden a andar. En breve se localizó la nueva conyuntura que explicaba sus visitas: correspondía a una categoría señalada por lo que tenían en común las identidades dispares de la gente que iba a ver. Personas cuyas ideas convertían a su padre en enemigo. Afrikaners cuya historia, sangre e idioma lo convertían en hermano.

La hija de Burger quería algo, entonces. Algo que no estaba a disposición de los de su misma ideología. La habían «nombrado» oficialmente entre ellos, en lo alto de la lista, no sólo alfabéticamente. Aunque no estaba proscrita, el hecho de ser nombrada como comunista limitaba las asociaciones y los movimientos más deseosos. Tal vez esperaba un favor de alguien relacionado con ella; pero desde el asunto con el hippy contra el que nada descubrieron, y los lascivos fines de semana con el periodista escandinavo (el Ministerio del Interior había recibido instrucciones de no volver a concederle una visa, el Correo había recibido instrucciones de abrir todas las cartas dirigidas a él), parecía vivir apartada, con excepción de los viejos contactos que se dan por supuestos entre esa gente, y que Vigilancia siempre logra descubrir siguiendo su estela desde el epicentro por el temblor de una víctima recién atrapada. Tal vez buscaba un desahogo de sus restricciones, estaba harta de ser dactilógrafa y había vuelto a surgir la idea de ir a trabajar en el Transkei con esos dos médicos ingleses. Fuera lo que fuese, lo deseaba tanto como para buscar a destacados nacionalistas que, debió de calcular, tenían con ella alguna obligación que equilibraba la lápida de los temores y resistencias que podía provocar su acercamiento.

Sólo cuando en abril y mayo retornó a uno de los tres domicilios se vislumbró la naturaleza exacta de lo que andaba buscando. El domicilio que tenía en mente —ya fuera porque la habían rechazado en los otros o porque ella misma había eliminado todos salvo el más útil— fue el de Brandt Vermeulen, uno de los «Nuevos Afrikaners» de una antigua y distinguida familia afrikaner. En cada país las familias llegan a distinguirse por diferentes razones. Donde no hay *Almanaque de Gotha*, la construcción de ferrocarriles y la excavación de pozos de petróleo se transforma en un linaje; donde nadie puede remontarse hasta Argenteuil o las Cruzadas, las guerras coloniales sustituyen a la heráldica. El tatarabuelo de Brandt Vermeulen fue asesinado por Dingaan con el partido de Piet Retief, su abuelo materno fue general en la guerra de los boers, hubo un tío poeta cuyo septuagésimo cumpleaños había sido conmemorado con la emisión de un sello y otro tío estuvo internado durante la segunda guerra mundial junto con Vorster —por sus inclinaciones pronazis—; incluso hay un primo que fue condecorado postumamente por su valor en combate contra Rommel en El Alamein. Cornelius Vermeulen, un Moderador de la Iglesia Holandesa

Reformada, fue ministro del primer gobierno del Partido Nacional después del triunfo de los afrikaners en 1948 —cuando su hijo Brandt tenía ocho años— y retuvo el cargo en los sucesivos gobiernos de Strydom, Verwoerd y Vorster antes de retirarse a una de las granjas de la familia en el municipio Bethal del Transvaal.

Los hijos de familias distinguidas, también suelen apartarse del medio y las actividades tradicionales en discordia con aquello a que los ha confinado su nivel específico en la sociedad. Así como el hijo de un próspero tendero rural judío o indio se hace médico y abogado en la ciudad, o el hijo de un jefe de turno en las minas de oro se dedica a los negocios, Brandt Vermeulen abandonó granja, iglesia y reuniones directivas de su partido, largándose a Leyden y Princeton para estudiar política, filosofía y economía, y a París y Nueva York para ver arte moderno. No volvió europeizado o norteamericanizado por ideas foráneas de igualdad y libertad, para destruir aquello por lo que había muerto su tatarabuelo a manos de un *kaffir*, ni aquello por lo que el general boer había luchado contra los ingleses; regresó con el vocabulario y la sofisticación necesarios para transformar el destino poco a poco, cercenado el dominio del blanco sobre el negro en términos que orientaba la generación de finales del siglo veinte, intelectuales nacionalistas que se postularían como la primera evolución social auténtica de la centuria, dado que el liberalismo europeo decimonónico mostró su agotamiento en el fracaso de la integración racial donde lo intentó, y el comunismo —acusando al afrikaner de esclavizar a los negros con la bendición de Dios—, esclavizó a blancos y amarillos junto con los negros, negando la existencia de Dios. El y sus partidarios fueron los primeros que contaron con la sofisticación suficiente para reír ante las cosas de las que se supone sólo pueden reírse quienes denigran al pueblo afrikaner: la condena de las Iglesias Reformadas con respecto a lo impío de practicar deportes o asistir a sesiones cinematográficas los domingos, el dictamen del comité de censura respecto a que los pechos blancos en la portada de una revista eran pornografía, en tanto que los negros eran arte étnico. No le horrorizaba como a la generación de su padre el contacto abierto con los negros y consideraba que debía desecharse la Ley de Inmoralidad como reliquia de una anticuada culpabilidad libidinosa con respecto al sexo, pues en la nueva sociedad de naciones separadas —cada una con la bandera de su propia piel—, emergería la implantación del semen blanco en una vagina negra, metamorfoseando todo reconocimiento de su origen, como el nacimiento de otra nación. Era director de una de las primeras compañías de seguros que había penetrado el dominio anglosajón y judío de las finanzas cuando todavía iba a la escuela, pero su pasatiempo era una editorial de arte a la que se entregaba con el riesgo de perder en ella su parte de los beneficios de una granja vinícola heredada de la familia de su madre. En los simposios, donde era invariablemente elegido por los liberales blancos para que aportara enfoques fascinantemente atroces para ellos, era alentado en el estrado junto con los delegados negros, y ampliamente citado en los informes de prensa. *No os veo a través de los cristales del temor y la culpa... mi sensibilidad, como la de mis colegas nacionalistas afrikaners, apunta a una positiva y fructífera interacción entre nación y nación, y no a la rivalidad racial. Ello excluirá que se comparta el poder político en un mismo país. Francamente, los afrikaners no lo aceptarán... Preveo un futuro en el que las diferentes naciones podrán alcanzar la coexistencia pacífica por medio de encarnizadas negociaciones...*

Un periódico de lengua inglesa divulgó su nombre como miembro de la mafia política afrikaner cuyos cofrades dirigen el país desde el interior del parlamento; fue entrevistado por esta cuestión, a la que respondió sonriente: *¿Por qué únicamente cofradía? ¿Por qué no el Ku-Klux-Klan o la Liga de los Partidarios del Imperio?* O sea que no se descubrió hasta dónde llegaba su influencia en las altas esferas. Tenía amigos íntimos en varios ministerios. Una elegante composición fotográfica, muy distinta a la usual publicación «Ven-a-la-soleada-Sudáfrica», apareció con su pie de imprenta en todas las embajadas del país; en el departamento de Información había quienes encontraban «dinámicas» sus ideas acerca de la forma de mejorar la imagen del país sin desviarse de los principios ni ser tan ingenuos como para mentir en este sentido.

Pero su amigo más íntimo estaba en el Ministerio del Interior. El ministerio donde se conceden

los pasaportes; entonces de eso se trataba. Para Vigilancia era casi increíble que a la hija de Burger se le pasara por la imaginación que conseguiría un pasaporte, pero lo más interesante era averiguar por qué lo intentaba. Durante el período de abril en que visitó al amigo de los departamentos de Información e Interior, el régimen portugués fue derrocado en Lisboa, y lo que en última instancia provocó su caída se gestó en el motín de las tropas portuguesas que se negaron a combatir al Frelimo en su última guerra colonial; existía la posibilidad de que la chica no hubiera hecho nada desde el encarcelamiento de su padre, a la espera de ser útil en una situación como ésta: así se presentaba «limpia»; quería salir del país porque era necesario montar nuevas líneas de crecientes contactos para aprovechar plenamente las bases que ofrecería Samora Machel para la infiltración desde un Mozambique marxista, ahora establecido justo al otro lado de la frontera que solían cruzar los sudafricanos que a diferencia de ella tenían pasaporte, para comer langostinos y practicar la pesca con arpón. Se sabía con certeza que quienes compartían sus ideas siempre habían tenido vinculaciones con el Frelimo (por eso habían detenido a la Terblanche y a su hija la primera semana de mayo, dejando suelto al viejo para ver con quién se ponía en contacto). La reunión de miles de negros, africanos e indios en solidaridad con el Frelimo, celebrada en la Fuente de Currie, en Durban, sacó a la luz esta relación; el interrogatorio de la gente que había estado allí proveería nuevas pistas que sin duda remitirían a los viejos focos. En Tanzania estaba su hermanastro, a quien también vigilaban alguno de los que alistaban para su entrenamiento militar como Combatientes de la Libertad, que ya había sido reclutado y recibía su pequeño estipendio estuviera donde estuviese. El hecho de que no hubiera información de tratos con el hermanastro más allá de las dos cartas posteriores a la muerte de su padre y de que se supiera que no tenía el domicilio de ella después que se mudó al piso de la ciudad, no significaba que no estuviera preparado, por intermedio de un tercero, para establecer contacto con ella en cualquier lugar del extranjero, o para recibirla bajo otra identidad en Dar es Salaam. La hija de su padre: ésa era capaz de intentar cualquier cosa. Pero lo más inquietante era su actividad en el país, sugerida por el hecho de que intentaría salir y volver a entrar; no tenía la menor esperanza de conseguir lo que nunca le habían dado, lo que se le había negado de una vez por todas cuando intentó abandonar a sus padres para correr tras el hombre que amaba.

La última vez que pasó por allí la autopista estaba sin terminar, pero ahora habían concluido las obras; los diversos tramos — incluyendo aquel en el que habían derribado la casita de hierro acanalado e incorporado añosos nísperos del Japón al paisaje— estaban empalmados, acortando las distancias. Las curvas acechaban en un suave apartadero del río color café con leche que se transformaba en una zanja pedregosa en invierno y ahogaba animales en verano; fincas donde habían instalado obstáculos para que saltaran los caballos; senderos interrumpidos donde el viejo negro remolcaba lo que quedaba del chasis de un coche hacia una comunidad ndebele, semejante a un fuerte de adobe sobre un horizonte de espesas malezas. Rosa Burger vio todas estas estaciones e incidentes pasados y presentes; en los otros viajes no había en ella espacio para nada entre un punto de partida y un punto de llegada. El camino la deslizó hacia la ciudad en medio de colinas brillantes con el verdor de los matorrales de espinos. El monumental altar al mito del *volk*, con la forma de una caja de música gigantesca a la izquierda, un letrero con publicidad del parque de atracciones del *kloof* silvestre a la derecha. Y al pasar por la casa del funcionario en el primoroso jardín, el tronco de enormes palmeras sustentando su nave de persianas, las casas de los carceleros en soleado orden doméstico, la cárcel de ladrillos rojo oscuro con la fachada ciega a la calle... los estrechos resquicios oscurecidos por las rejas y la gruesa tela metálica romboidal, imposible saber, nunca, cuál corresponde a qué categoría de habitación y con qué propósito, y en qué pasillo, a izquierda o derecha, aguardaba un escenario específico con una mesa y dos sillas; el coche celular y el patrullero aparcados afuera, un carcelero en su día libre coqueteando con una chica de pelo amarillento y un fox terrier en los brazos; el portal, la enorme puerta gastada con los tachones de menos y las estanterías definitivamente marcadas. La puerta quedó atrás y llegaron los cuarteles militares, enclavados en el fondo de un jardín de guijarros, con otra palmera inmensa de la época de la vieja república, como el edificio vecino, un ejemplo encantador (le contó su padre, que había estado en Holanda) de adaptación colonial boer de las mansiones urbanas del siglo diecisiete a lo largo de la Heerengracht en Amsterdam, edificadas con ladrillo de casa de muñecas resaltando en blanco junto a la chapucera proporción de aguilonos demasiado pequeños para su altura. La oficina de correos suburbana, donde hacían cola los carceleros y los visitantes de los presos... la calle Potgieter franqueaba lo suficiente para sugerir en un sobre el sello de la cárcel.

Rosa Burger atravesó el centro comercial de la ciudad a la hora de mayor tráfico, las cuatro de la tarde, mirando de reojo un papel que no la orientaba más allá de la Corte Suprema ni de la vieja sinagoga convertida en tribunal, camino que conocía. Conduciendo al ritmo de quien debe descifrar las señales, encontró el suburbio y la calle. Uno de los viejos suburbios: Straat Loop Dood, un callejón sin salida en forma de túnel hasta la barrera de una colina empinada, bajo enormes jacarandas que no estaban en flor en esa temporada. Eran casas de boers que accedieron a la burguesía setenta u ochenta años atrás; fincas de una sola planta con galenas donde los viejos que las construyeron debieron de sentarse hasta su muerte. La casa era como todas las demás; un par de cuernos encima de la puerta de entrada, un naranjo leñoso con diminutas frutas seniles, una balastrada de madera que llevaba a la galería encerrada en rojo, un bidón de petróleo de Elephant Ear y otra desde la que un cactus floreciente se agarraba a la pared y colgaba en tentáculos semejantes a patas de moscas. Una avispa había adherido su avispero a la puerta. La fachada era equiparable a las declaraciones de Brandt Vermeulen con las que le gustaba sorprender, desconcertar alegremente en los simposios: no, no vivo de acuerdo con la imagen que da mi periódico del hombre de mundo afrikaner, divorciado, en un ático con saunas y un patio de squash en el subsuelo, remedando el lujo advenedizo de Johannesburgo. Tenía suficiente confianza en sí mismo como para hacer hincapié en lo que él mismo definiría como sensibilidad indígena; la

apreciación de la intimidad, la paz y una «solución ambiental» acertadamente sencilla, protegida en esta encantadora callejuela, con —por supuesto— otra sorpresa en reserva. Cuando abrió personalmente la humilde puerta, algo despeinado, esperando a Rosa Burger en cumplimiento de la cita telefónica, pero informal por naturaleza, un rostro sonriente levantado al sol, indicó el camino hasta una inmensa sala que descendía en dos niveles hasta una pared de cristales corrida que daba a otro jardín, esta vez un auténtico jardín. El interior de la casa había sido derribado y vaciado para dar lugar al espacio ocupado por un buen estilo de vida moderno. Iba descalzo, con vaqueros de lona blanca y una camisa a cuadros que olía a recién planchada, tenía el pelo húmedo porque —señaló el jardín cercado con una tapia— acababa de nadar un rato. Una tarde tan bochornosa... si quería darse un chapuzón, la piscina era del tamaño de una pila para pájaros, no podía ofrecerle dimensiones olímpicas, pero había unos cuantos bikinis olvidados por diversas invitadas. .. Hablaba en inglés y no parecía sentir la menor curiosidad acerca de los motivos de su visita. ¿Se sentarían afuera, bajo la parra, o dentro? *Chaises-longues* de madera blanca con ruedas, salpicadas con excrementos morados por los zorzales del Cabo que alimentaban a sus crías sobre los racimos colgantes.

—Es un asco... pero las uvas tienen buen aspecto aunque son esas pequeñitas y agrias de Catawba y... ¿no te parece delicioso el canto de los zorzales? Tan suave y curioso. Y ya habrás visto el tamaño de los bebés que alimentan... Rechonchos bultos con el pecho moteado todavía, pero tan grandes como la pobre mamá. Pasan volando y se posan allí con los picos abiertos, mira... Ella les mete las uvas en la boca como si fueran buzones —los pájaros volaban a ras del suelo entre él y la invitada—. Pero hace calor. Adentro estaremos más frescos; pasa, sentémonos aquí.

La disposición de los muebles dividía informalmente el espacio, dotándolo de una comfortable intimidad. Rosa Burger, que nunca había estado en una vivienda de ese hombre con anterioridad, fue instalada en uno de los sillones de ante y cromo, junto a una mesa baja de cristal en la que él había estado trabajando... debajo de un cuenco con rosas amarillas apartado, textos mecanografiados y pruebas de diseños de sobrecubiertas de libros entre periódicos con algunas columnas rodeadas por un círculo rojo. Las sandalias chatas del monje que llevaba Rosa dejaban pasar la larga piel blanca de una alfombra que daba la sensación de suave césped.

Su arrugado vestido de algodón indio se retorció alrededor de su cuerpo, flojo; para él, una evidencia de que la visita no era algo para lo que ella se hubiera preparado en modo alguno. No había el menor indicativo de qué impresión quería dar esa chica; pero ésa era, en realidad, la impresión que él se había formado las pocas veces —desde que era una adolescente— que la había encontrado e incluso a partir de fotos en los periódicos: o era tan vulnerablemente abierta que su presencia en el mundo impresionaba como una ridícula demanda, o tan inviolable que su franqueza resultaba una pretensión arrogante... lo que venía a ser la misma cosa. No comprendía la vergüenza de la necesidad de agradar e imitaba el estilo de la realeza, que nunca lleva dinero. El rosa culi (era proclive a estos viejos términos descriptivos tan inocentes y candorosamente insultantes), el rosa púrpura del vestido contrastaba de forma atractiva, casi pictórica, con su cutis: luces verde bronceado resbalaban por sus clavículas cetrinas y el declive de la respiración serena en el escote sujeto con bramantes donde nacían los senos. El vestido era meramente poco interesante y no poco convencional al modo llamativo en que a él le gustaba las ropas sueltas en los cuerpos altos de las actrices de teatro en afrikaans y de las profesoras de la escuela de arte, que eran las mujeres que solía tener a su alrededor. Era a pesar de su vestimenta que Rosa conservaba ese potente atractivo físico; sin maquillaje, los labios llenos suavemente acolchados en posición de descanso después de una convincente sonrisa amable, la claridad acuosa de los ojos y el acento brillante de las cejas en la tersura ahumada de su tez. La vitalidad quedaba sugerida por el rizado pelo oscuro, sin inclinar coquetamente la cabeza cuando hablaba o escuchaba, serenamente de pie más allá de las banquetas cuando la dejó para ir a buscar el refrigerio.

En una de las paredes un óleo de heroicas proporciones: el ojo de la visitante lo comparó a otros colgados en la misma sala. Todos estaban compuestos en forma radial desde figuras que parecían

descender hacia el centro del lienzo desde cierta altura, extendidas como un suicida en el pavimento, o apoyadas contra un paredón visto desde las perspectiva del pelotón de fusilamiento. Brandt Vermeulen era, evidentemente, mecenas del autor. También había un dibujo de Kandinsky y un litografía de Georgia O'Keeffe que no reconoció hasta que, mucho después, el anfitrión le explicó sus gustos y preferencias ya que ella era bastante ignorante respecto a los movimientos artísticos; un sátiro de Picasso inconfundible incluso para ella, y un grupo de pequeños paisajes del Cabo y Karoo, intensamente atmosféricos, que tenían que ser de Pierneef. Un grabado de la tienda de uno de los herbolarios africanos que mostraba la línea real zulú desde Shaka hasta el contemporáneo Zwelithini, Dios de la Buena Voluntad, agrupados en retratos de camafeo alrededor de una choza en forma de colmena, y enmarcados en plástico de rayas rosas, exactamente como si estuviera en una pieza de servicio, representaba pintorescamente la ingenua tradición local, en la misma línea (se enteró más tarde por boca de un anfitrión) que Rousseau o la Abuela Moses. Sobre un antiguo arcón del Cabo, de madera amarilla, junto al asiento de la visitante, una presencia de la que se percató mientras estuvo sola, un torso femenino de tamaño natural, en plástico, dividido por la mitad en un costado azul y uno rojo, con los labios vaginales horizontales a través de la parte exterior del pubis, como los labios de una boca. La punta del clítoris sacaba la lengua. Los pezones eran de plexiglás y sugerían simultáneamente la dureza de la tumescencia y lo gélido de la frigidez.

Brandt Vermeulen llevó zumo de naranja. Le pidió que apartara las rosas y dejó la bandeja entre los pétalos caídos. Había un bizcocho tibio en forma de pan.

—Tienes que probar como mínimo media rebanada, el pan de jengibre de mi Nina es toda una experiencia y se ofende... —era delicioso, auténtico, disfrutó del placer de la mutua experiencia del zumo natural y puro y la delicada picantez, sirviéndose más bizcocho y expresando con gestos que ella hiciera lo mismo—. Es una antigua receta familiar de mi abuela que Nina aprendió cuando era una negrita que no levantaba un palmo del suelo y ayudaba en la cocina... eso dice, pero mi madre asegura que es *ella* quien la recibió de manos de su madre y se la enseñó a Nina. Probablemente también se la transmitieron a tu madre.

Podía existir cierta relación familiar lejana entra Brandt Vermeulen y Rosa Burger. No figuraba en los archivos del departamento de Seguridad del Estado. La madre de ella había sido poco precisa al respecto. La madre de Brandt Vermeulen y la de Rosa podían haber sido primas terceras o cuartas por rama materna; él no necesitaba reconocer la posibilidad ni Rosa tener motivos para reivindicar ningún parentesco en la condición colateral de afrikaner donde, si retrocedías trescientos años, todos los Cloete y Smit y Van Heerden resultarían tener vínculos sanguíneos con todos los demás. No, nunca había probado un pan de jengibre tan bueno.

¿Le gustaba la calabaza en conserva? ¿Sabía lo que era calabaza en conserva? ¡El sospechaba que no! Se jactó juguetonamente de su huertecillo que estaba por allí, cerca de la piscina... la gente no se daba cuenta, sencillamente, de lo maravillosas que eran las verduras, tenía que mostrarles sus berenjenas de color caoba y los chiles granates, y las calabazas parecidas a esos cojines rellenos con un botón en el centro. Su jardín, sus pinturas, esta especie de aventura delirante —sopló pétalos de rosa para alejarlos de las pruebas de sobrecubiertas—, ahora que estaba a punto de perder hasta la camisa publicando un libro de grabados en madera y poesía que en realidad era erótico pero que no le crearía problemas con las *tannies* [«tías». (*N. de la T.*)] porque los grabados eran demasiado abstractos y los poemas demasiado esotéricos para tener la esperanza de vender algún ejemplar...

Podría haber seguido entreteniéndola con su entusiasmo y su capacidad de no tomarse en serio a sí mismo, ella podría haberse levantado para marcharse después de una hora sin haber descubierto el propósito de su visita. Esas magníficas calabazas... Nina las preparaba agridulces, le daría un tarro para que se lo llevara a casa.

—¿Todavía vives en la casa... la casa de tu padre? —rió, no quería figonear—. ¿Estás casada o algo así?

Respondió que había vivido en varios sitios y ahora estaba en un piso pequeño.

—Entonces renunciaste a esa casa... naturalmente. Estuve allí una vez, más o menos a los quince

años... no creo que tú hubieras nacido.

Rosa sonrió, cerró los ojos momentáneamente en un esfuerzo inconsciente para recordar o negar.

—Sí, yo había nacido.

—Bien, eras demasiado pequeña para ponerte en evidencia...

Me fastidié una rodilla jugando al rugby y el tío que me tenía a su cargo mientras yo estaba en la escuela, lejos de casa, quiso conocer la opinión de tu padre antes de asumir la responsabilidad de la habitual operación de cartílago. Para él no había nadie como Lionel Burger: ¡Será un rojo pero es el mejor médico del país! Mi padre no tuvo más remedio que ceder... —pasó al afrikaans sin darse cuenta—. Yo estaba un poco nervioso, no sabía cómo era un rojo, lo imaginaba como una especie de anticristo, de Frankenstein, al que los chicos veíamos en el biógrafo, pero tu padre resultó estupendo, hablamos de rugby, él había sido zaguero de un equipo de primera cuando estudiaba medicina. Pensé en qué demonios habrían querido decir tachándolo de rojo.

—Vendí la casa y renuncié a mi trabajo en el hospital. Hace ya más de un año —también ella empezó a hablar en afrikaans.

Su rostro sonriente, limpio de sol y cloro, se compuso para reflexionar en que tal vez su visitante había renunciado a algo más que una casa y un trabajo. El ingenio y la frivolidad se vinieron abajo como cometas que se posan en tierra graciosamente.

—He estado trabajando para un asesor de grandes inversionistas. La organización de Barry Eckhard.

—Comprendo —la miraba, esperando la revelación.

Ella no dio señales de nervios o perturbación, aunque tampoco adoptó la actitud defensiva que él solía encontrar si alguien lo presionaba. Ella era dueña y señora de sus propios silencios, como si fuera él quien debía esperar a que hablara en lugar de ser ella quien tenía que encontrar la oportunidad. Brandt se cruzó de brazos.

Habló con el tono y la cadencia que había empleado para decir que a su madre no le habían dado, por lo que ella sabía, la receta del pan de jengibre.

—No es muy interesante. De hecho, mucho menos de lo que yo pensaba.

El hizo aletear sus pestañas rubias en dirección a la preocupación que le aguardaba sobre la mesa.

—Las formas de perder dinero son más divertidas, lamentablemente.

—No puedo decir que esté harta de eso... todavía. Más bien parece que no he hecho... cómo diría... que no he tomado contacto con ellos.

El se vio llevado a una de esas preguntas que sugieren la respuesta.

—¿No es lo que tú quieres...?

Rosa dejó que la pregunta se convirtiera en conclusión. Después habló, no como si reflexionara, sino directamente para él, en una serena manifestación que llegaba hasta él y lo rodeaba.

—Quiero ir a otro sitio.

El se tomó tiempo:

—¿Otro trabajo?

—Me gustaría conocer Europa.

Dicho así parecía razonable; él había ido y vuelto con frecuencia; ella, una chica como cualquier otra, una chica en la veintena, de una inteligencia, educación y clase que daban por sentada la experiencia del mundo exterior, ¿no era perfectamente razonable que tuviera conciencia de la posibilidad de los placeres que también existían para ella? No pudo menos que ser serio y comprensivo.

—¿Y por qué no lo haces? ¿Por qué no podrías hacerlo?

—Nunca he viajado.

—¿Ni de niña? —empezó a sonar el teléfono.

—Nunca pude —Rosa Burger no dio la impresión de darle permiso para ir a atender.

—Creía que una o dos veces tu padre... —el teléfono seguía descargando sus impulsos eléctricos

sobre ellos, comprimiendo el aislamiento de su charla hacia la complicidad. Se levantó, para no compartirla—. Maldición, nadie atenderá —los criados viejos tienen la desventaja de ser sordos.

Desde otra habitación llegó su voz, vivaz, halagadora, alegre; al volver todo se esfumó rápidamente de su expresión.

—Disculpa —en un gesto simiesco su mano se disparó sola y le metió un trozo de bizcocho en la boca.

—Mis padres fueron varias veces a la Unión Soviética, pero eso fue antes de que yo naciera. La última vez que mi padre estuvo en el exterior fue en 1950, yo tenía dos años, también visitó Inglaterra y Checoslovaquia. Por todo el... a Estados Unidos no, los norteamericanos no le permitieron la entrada. Fue la última vez que él o mi madre estuvieron autorizados a salir. Y cuando yo crecí, eso se me aplicó automáticamente.

Sonaba como algo meramente transmitido: otra receta familiar.

—¿Nunca lo intentaste?

—Una vez —le sonrió—. Aunque no muy seriamente. Quiero decir que no en una forma que tenga sentido. Sencillamente me presenté en la oficina de pasaportes y rellené un formulario... Pero entonces mi madre vivía, y también mi padre.

—¿Y ahora? —por primera vez, su voz la tomó para sí.

Ella se limitó a reiterar:

—Quiero conocer otros sitios.

Pero siguiendo la referencia a Lionel Burger y su mujer, Brandt notó que la afirmación tenía otro carácter; además, oyó «conocer» y no «ir»: *Quiero conocer otros sitios*. La madre, el padre; su destino, aquí o en cualquier parte, no tenía por qué ser el de ella. Adoptó el tono tranquilizador y estimulante de alguien que puede estar totalmente de acuerdo con un movimiento que no tiene nada que ver con él:

—Bien, ¿por qué no? Naturalmente... por supuesto.

—¿Crees que puedes ayudarme?

No eludió su mirada; su sonrisa se profundizó y la piel del costado de su ojo izquierdo fue tironeada por algún nervio; repentinamente se levantó y permaneció inmóvil como si hubiera olvidado para qué. Se debatió contra agudezas y gracias que a ella de nada servirían; no sabía cómo volver al plano de la simpatía sin responsabilidad. Ella ni siquiera había pronunciado el condicional «podrías»; había dicho «puedes». Más, viniendo de ella: Estoy dispuesta a permitirte.

Se pasó ambas manos por el pelo corto, estiró los dedos y dejó caer las manos. Sonrió con la mirada fija en ella, demostrándole que mantenía el buen humor, el encanto... casi como un caballero británico, desconcertando a los propios liberales ingleses en el debate. Cuando habló se dirigió a Rosa con un diminutivo en su idioma para que notara —¿comprendía?— que no repudiaba vínculos sin necesidad de consanguinidad. Ella y su padre y su madre compartían algo con él aunque ellos renegaran del *volk* nada podía cambiar eso, Lionel Burger había muerto en la cárcel como un comunista impenitente, pero con él también había muerto un afrikaner. Brandt Vermeulen no necesitaba decirle que su padre podría haber sido primer ministro si no hubiese sido un traidor. Era algo que se había dicho muchas veces. Para el pueblo afrikaner, Lionel Burger era una tragedia más que un paria; de ese modo seguía perteneciéndoles. No podrían permitir que la tierra de la madre patria fuese profanada por su cadáver y sin embargo así ellos mismos quedaban absueltos de su destrucción.

—*Kleintjie* [«chiquitina». (*N. de la T.*)] no eres un problema fácil... —le sonrió con dulzura—. No se trata de quién ayudará... lo sabes muy bien... no tengo que decírtelo... la mejor voluntad del mundo...

—Estoy dispuesta a intentarlo. Te lo pido porque a nadie se le ocurriría dudar de ti... quiero decir que no puedo perjudicarte de ninguna manera.

—Oye... no debes sobrestimar lo que soy, mi posición. No le hablo al oído al primer ministro... y si lo hiciera, si pudiera... es un hombre de principios, nadie... ni sus enemigos lo niegan. Si quieres

decir exactamente lo que dices... y *das la impresión* de decir siempre exactamente lo que quieres decir.

—Quiero salir.

—Créeme, lo entiendo... no lo pongo en tela de juicio, yo mismo he vivido lejos, en el extranjero. Es necesario, te ayuda a saber de dónde eres. Te convence... ya verás.

—Espero tener la oportunidad de verlo —rieron, acortándose rápidamente el *tempo* entre ambos, a pesar de él.

—Lo verás... espero. Lo que estamos haciendo aquí puede asustar al mundo, pero todo lo que es salvaje y maravilloso siempre resulta un tanto terrible para alguien. Tu padre encontraba la misma reacción ante *sus* ideas, ¿no? Desde luego: los que somos diametralmente opuestos nos entendemos mejor. Si las cosas hubieran sido distintas... si tu padre hubiese vivido más tiempo, creo que hubiera superado su desesperación. A mi juicio el hecho de que viviera como un comunista era una expresión de desesperación. No creía que su pueblo pudiera resolver el problema de su situación histórica. Entonces se inclinó por la noción de la solución históricamente inmutable. Y, sí, no confiaba en nosotros: su propio pueblo; él mismo... así es como yo veo las cosas. Pero si hubiera vivido un poco más, sinceramente creo que un hombre con sus cualidades... un gran hombre...

Brandt Vermeulen forzó la pausa para que los dos pudieran reflexionar.

—Un hombre como Lionel Burger habría estado preparado para reconocer un descubrimiento: nosotros hemos llegado más lejos... estoy convencido. A menudo he pensado que quería hablarte de esto, pero en realidad no te conocía. La dinámica del afrikaner no se agotó como la dinámica social en Europa y probablemente en Estados Unidos. Ha adquirido diversas formas desde la época de la conquista a saco, muchas. La de tu padre fue una de esas formas. He oído decir que alguien está escribiendo un libro acerca de él... con frecuencia he pensado que soy yo quien... me gustaría desarrollar esta idea de que se ha desviado de su destino y por qué.

Rosa mantuvo la expresión considerada de quien respeta un enfoque erudito. Por supuesto, el sentimiento era una emoción demasiado poco profunda para alguien de sus antecedentes.

—Es terrible... murió prematuramente. Pero en otro sentido —buscó la forma de decirlo sin parecer brutal— no ha pasado el tiempo suficiente. ¿Me sigues? Aunque para ti... —contuvo la respiración y se inclinó hacia adelante.

—Otra vida —no se explicó... estaba separando el contexto de su padre del propio o en cierto modo era tan directa que Brandt Vermeulen no podía dar crédito a su demanda: Quiero conocer otros sitios.

—Claro... no hay que vivir en el pasado, el presente es tan emocionante. Sí, alarmante ¡y sin embargo! —no tuvo necesidad de mencionar Angola, Mozambique, Rodesia, Namibia, las guerras fronterizas que libraba su país, cuestiones en las que él y ella podían no estar del mismo lado—. Y eso es todo —su mano en el aire abarcó la atención de Rosa, su rostro, su existencia, con el gesto de su bolígrafo rojo seleccionando párrafos en los periódicos—. ¿Sencillamente, quieres irte? ¿De vacaciones?

—La gente lo hace todos los días.

—De vacaciones.

—Sí.

—Como cualquiera.

Intercaló movimientos afirmativos de la cabeza y sonrisas, como si ella fuera una cría que daba las respuestas correctas.

—Si tú eres como cualquiera... suponiendo que uno formulara algún tipo de petición en tu nombre, sólo suponiendo... en principio... es demasiado esperar que *te consideren* como a cualquiera.

—Lo comprendo.

—Lo comprendes —las uñas muy limpias después de nadar; con ellas palpó la línea que agrietaba la almohadilla rosada de su mentón—. Lo comprendes.

Ella no se intimidó.

De momento, súbitamente frívolo, Brandt se protegió congratulándose a sí mismo por incluirla entre quienes no se toman demasiado en serio.

—Tendrás que conformarte con un tarro de las calabazas en conserva que prepara Nina. No sé qué puedo hacer, si es que hay algo... si algo...

—Cualquier cosa que ofrezcas.

—No se trata de lo que yo ofrezca... sino de lo que se pide, chiquitina —rió, rieron, la mano de él estabilizó el hombro de Rosa.

Sin duda volvieron a investigarla, si eso era lo que él quería decir. Al menos Brandt Vermeulen llegó tan lejos como para conseguir que su íntimo amigo del Ministerio del Interior consintiera en considerar la necesidad de investigarla, en lugar de rechazar la cuestión lisa y llanamente. *Eso* fue un logro en sí mismo; ella dedujo que lo había conseguido, en posteriores visitas a su reclusa y encantadora casa con cuya existencia uno no habría soñado cuando sólo conocía el camino del tribunal y de la cárcel. Aparentemente, siempre se alegraba de verla, o mantenía, a su manera, una tradición de hospitalidad que sustentaría cualesquiera fuesen las circunstancias.

—*Nada* alentador para decirte. Tienes que saberlo desde el principio... tendrás que armarte de la paciencia de un santo —seguían hablando en afrikaans, pero la frase salió en inglés.

Nunca mencionaban nada por teléfono, observando cada uno por sus propias razones las cautelas necesarias en el país. Fue en marzo y abril para escuchar este consejo personalmente; era posible, incluso probable, que en algún lugar de la sala, detrás de uno de los cuadros de su colección o en las grandes vasijas de «arreglos» florales que proveía su jardín... hubiese otro «arreglo» que registraba la conversación como parte de la investigación. Era lo que ella debía suponer; para ser justa con él, para salvaguardar su posición. El no sólo usaba su nombre a menudo, sino que ella empleaba el de él, llamándolo Brandt, tranquila y abiertamente: para cualquier servicio de escucha ella estaba apelando a una autoridad. El le contó la divertida historia de la forma en que había llegado a adquirir el torso de plástico con las fantasías anatómicas —las denominó así recurriendo una vez más al inglés y volvió una y otra vez al tema de la biografía de su padre. Ella le habló del joven que la estaba escribiendo, o al menos reuniendo material, y cuál era el enfoque. Coincidieron en que probablemente el resultado no sería gran cosa; un inglés —sintetizó Brandt Vermeulen—, ¿cómo esperaba un inglés desentrañar la personalidad de Lionel Burger? Ella siempre se olvidaba de llevar el bañador, aunque a finales de abril hacía bastante calor como para que en una ocasión (Nina la hizo pasar y la acompañó hasta el jardín) lo encontrara en la piscina, arrojando una pelota a un pequeñajo negro muy alborotador que chapoteaba envuelto en la cámara de un viejo neumático.

—Ah, ¿nunca habías visto a mi *kaffertjie*? —salió para saludarla, habló afectuosamente mientras el chico salpicaba y gritaba demasiado para oírlos. Era el nieto de su Nina, que pasaba las vacaciones escolares consentido en el jardín.

Sólo en mayo se volvió operativo el otro significado de la observación de Brandt: Es lo que se pide, chiquitina.

—Imagino que lo último que tienes ganas de hacer es sumarte a la madriguera de exiliados. En Londres y demás —¿Brandt Vermeulen hizo una mueca de respetuoso aburrimiento?—. La vieja pandilla.

Rosa Burger sonrió lentamente; meramente tolerante, pensó él, y retomó la palabra.

—No, claro que no. Vacaciones. Eso es lo que he asegurado... —la miró por un momento que nunca se repetiría. Ella no dijo nada pero comprimó las comisuras de sus labios suaves y adelantó la barbilla señalando que asimilaba el convenio tácito—. Bien. Y ya que hablamos de ello... tal vez husmeen tus documentos en el extranjero.

—No lo creo —no se consideraba tan interesante.

—Sí, en Inglaterra... hija de víctima del apartheid visita Torre de Londres, ya conoces el estilo...

Ella estaba meneando la cabeza, la barbilla todavía adelantada; un gesto tranquilizador para él, un tic peculiarmente afrikaner, típico como el encogimiento de hombros de un francés.

—Queda entendido que no concederás ninguna entrevista a la prensa. *Tú* no quieres publicidad, no es tu estilo. ¿De acuerdo? Ahora bien, no tomaré ningún compromiso... no haré ninguna promesa sobre nada que tú no tengas claro o con lo que no estés conforme. Entonces de acuerdo, yo estoy satisfecho. Espero que a otros les ocurra lo mismo —esbozó su sonrisa juguetona y estimulante.

—¿Algo más?

La escrupulosidad de Rosa lo volvió optimista.

—No. Creo que las cosas se están moviendo. Es algo sensato por ambas partes... —estaba citando un argumento que había expuesto en algún lado—. *Nosotros* no carecemos de confianza en nosotros mismos, no tenemos por qué ser vengativos, ¿verdad? No tienen que tenerte prisionera como hacen los rusos con las familias de sus disidentes de generación en generación. Si hay algo más, te lo haré saber, seré sincero. Ah... un pequeño detalle... tu hermano... ¿tienes un hermanastro, no?

—Sí.

—¿No lo verás?

—Con un pasaporte sudafricano no me permitirán entrar en Tanzania.

—No, no, pero él podría estar en Europa.

—No había pensado ponerme en contacto con él.

—Entonces no hay ningún problema, ningún problema.

Brandt no quería alentar demasiado sus esperanzas pero a veces, hablando de otras cosas (seguía al tanto del pensamiento de los movimientos en boga de Europa y Estados Unidos, en una ocasión le explicó la teoría de Monod sobre azar y necesidad, en otra algo sobre Piaget y el estructuralismo —es fascinante— o las obras de Galbraith y B. F. Skinner), mencionó domicilios que le daría, gente a la que debía visitar, sus buenos amigos.

Más de un año después de su primera visita a Brandt Vermeulen, Rosa Burger recibió su pasaporte. El documento tenía un año de validez y sólo servía para el Reino Unido, Francia, Alemania e Italia, pero no para los países escandinavos, Holanda o Estados Unidos. No comunicó a nadie que lo poseía. Renunció a su trabajo en la empresa de Barry Eckhard sin dar ninguna explicación. No se despidió de nadie con excepción, quizá, de Marisa. Vigilancia no podía estar segura. No dijo una palabra a Flora ni a William Donaldson y no había visto a Aletta ni a los Terblanche desde hacía muchas semanas (las dos Terblanche fueron puestas en libertad, aunque ambas bajo proscripción). En ese momento no mantenía una relación lo bastante permanente con un hombre para necesitar una ruptura. Ni siquiera los periódicos dominicales descubrieron que se iba; nadie salvo el Ministerio del Interior, el departamento de Seguridad del Estado (BOSS) y Brandt Vermeulen (tampoco se despidió de él; habían acordado tácitamente que él no tendría ninguna relación personal con su partida una vez que ésta estuviera asegurada), supieron que ahora tenía pasaporte.

El documento fue expedido contrariando el consejo y las instrucciones expresas del BOSS. que no podía entender cómo se lo concedían y en consecuencia se desmarcó de toda responsabilidad ulterior por el riesgo que implicaba. El caso se convirtió en uno de éstos que crean hostilidades y rivalidades interdepartamentales. Pero nada pudo hacerse para retenerla. Rosa Burger se sentó sin ser reconocida en el salón de salidas del aeropuerto a primera hora de la mañana del domingo. Sus piernas en téjanos y sus botas se veían debajo del periódico abierto que tapaba su cara pero no la ocultaba; cuando hicieron la llamada de embarque, la chica bajó el diario y la escuchó como si fuera una cita privada, sólo a ella destinada. Recorrió a paso lento la pista de despegue, desapareció bajo la sombra del ala del avión y —allí estaba— reapareció otra vez a la luz del sol. Subió la escalerilla de metal hasta la sombra más oscura de la puerta, sin volver la mirada. Vigilancia la vio partir.

Ni siquiera sé si estás vivo. Leí que un yate ha desaparecido entre Durban y Mauricio. Hay fotos de las chicas en bikini, en cubierta, «recordando la animación con que zarpó la embarcación de fabricación casera» pocas semanas atrás. Restos del naufragio a la deriva, corrientes aparte, sugieren imprevisión con respecto a lo que pudiera ocurrir: la boya a rayas que marcaba la posición de un pescador submarino, flotando desde una cuerda rota, una cubierta de plástico para hielo todavía decorada con etiquetas de bebidas barnizadas, arrojado entre algas podridas y peces voladores. En el mar, en el mar; circunnavegar significa no llegar más lejos del punto de partida. El mundo es redondo como tu ombligo. Tu contemplación del mismo en la casita ya no me sirve de nada. Soy como mi padre... como dicen que era mi padre. Descubro que puedo tomar de la gente lo que necesito. Pero tengo conciencia de que no cuento con su justificación; mi herencia sólo es la facilidad; mi dote, si a algún hombre le interesa.

Hasta el último minuto esperaba que me lo impidieran. Cuando hicieron la llamada de embarque dejé el periódico: ahora; ahora mientras me incorporo el joven policía que parpadea en la puerta con el revólver, el cordaje y el crepitante *walkie-talkie* me pedirá que me aparte. Yo misma podría haber parado antes, antes de empezar por así decirlo. Las primeras personas que contacté se asustaron de mí; sentí que no veían la hora de que me fuera para borrar mis huellas de la galería delantera. Quienes no tenían poder. Podría haberme dado por vencida. Es imposible decidir por adelantado si un hombre como él tiene suficiente influencia. Imposible descubrir si está o no en la cofradía. ¡Tal vez tendría que habérselo preguntado! ¿Soy la persona a quien habría respondido?

Lo extraño es que mi padre abrigaba acerca de Brandt Vermeulen el mismo tipo de ilusión que éste por mi padre. Excepto que mi padre lo citaba como algo del pasado, una oportunidad perdida, no como algo que podría producirse en una u otra de sus respectivas utopías. Lionel meneaba la cabeza asombrado ante la exégesis del apartheid con que Brandt Vermeulen ilustraba reuniones de los Rotary Clubs y seminarios políticos: *¡Hombre! No vacilará en mencionar Esto o lo Otro de Kierkegaard contra la dialéctica hegeliana para demostrar la justicia de los retretes segregados. ..* Pero al mismo tiempo Lionel consideraba a Brandt Vermeulen una víctima de su situación histórica; con su inteligencia tendría que haber optado por el Futuro y no por el *volk*. Tendría que haberme acordado de todo esto cuando acudía a él. Sea como fuere, descubrí que no tenía miedo.

No tenía miedo: estaba fascinado. El estado de fascinación puede ser una función de la vanidad. Incluso la tímida mujer que traicionó a mi padre se vio arrastrada a la fascinación por una idea de sí misma tan fogosa como le habría gustado ser, idea que le transmitió él. Brandt —con qué rapidez se convirtió en «Brandt» y cuánta satisfacción le dio— se mostró cauteloso, por astucia, por evitar una chapuza derivada de la prisa y la falta de estrategia, pero esta actitud siempre estuvo contrapesada por la fascinación... no con mi ser femenino, sino con lo que él mismo estaba haciendo. Allí estaba yo, prueba definitiva de su electicismo, sentada —por fin— en su casa junto al torso con la vagina transversal, la hija de Burger que llevaba el nombre de Rosa Luxemburg y de la *Ouma Marie Burger*. Comprendí, mientras seguía presentándome ante él, que un pasaporte para mí lo liberaría de sus últimas dudas. Me ofrecí a proporcionarle la oportunidad de demostrar que el *volk*, convertido en un estado poderoso a pesar de mi padre y sus correligionarios, no necesitaba temer a aquello que no ha muerto con mi padre y que él decidió ver en mí; para demostrar que un individualista como Brandt Vermeulen podía seguir comprometido con el *volk* sin sacrificar «amplias simpatías» y «amplios entendimientos», que «la mezquindad y las estrechas restricciones punitivas» habían caído al sótano del museo estatal junto con los carteles de los bancos de parques con la inscripción «Sólo para blancos», que solían dar tan mala imagen del país en la prensa extranjera.

Esperaba que me detuvieran. La *detente* (mal pronunciado y mal aplicado) hizo posible mi

pasaporte. Brandt Vermeulen quería creer en la «nueva dinámica», como él prefería llamarla; me sentaba en su encantadora casa vieja como un objeto expuesto entre los demás; si lograba conseguir un pasaporte para que la hija de Burger viajara como cualquiera —si la hija de Burger estaba dispuesta a viajar como cualquiera—, ¿quién se atrevería a decir que el régimen no daba señales de avanzar en la dirección del cambio?

Cuando llegó el 24 de abril (sé que te disgusta mi costumbre de señalar acontecimientos privados con fechas públicas, pero los acontecimientos públicos suelen ser decisivos en mi vida) pensé que me interceptarían el camino. Ese sería el punto final. La mitad del muro blanco se había desplomado sobre sí mismo; los portugueses estaban perdidos. Dick no se había proyectado demasiado lejos en el Futuro cuando me habló a través de la ventanilla del coche muchos meses atrás. Pero esta vez Brandt estaba profundamente comprometido con su clase de libertad. Me ha contado cuánta importancia adjudica a la *escala humana* de la acción política (las frases sucintas son suyas); eso significa que cuando uno ha descubierto la idea kierkegaardiana por la que debe vivir o morir, tiene que sustentar su política apasionadamente en teoría y al mismo tiempo emprender la tarea de la responsabilidad cotidiana, personal y práctica, de su interpretación y promoción. Me soltó un discurso tipo almuerzo informal sobre la honrosa evolución del Diálogo, empezando por Platón, el diálogo con el yo, y culminando con «la iniciativa Vorster», el diálogo de pueblos y naciones. Conmigo había asumido esa responsabilidad en la escala humana; para él, sus tardes con Rosa eran «el Dialogo» en la práctica.

Otros de mente menos delicada que la de él ejercen la escala humana en las salas provistas únicamente del mobiliario básico de los interrogatorios, convenciendo a enemigos sacados de la incomunicación que permanecen de pie hasta que caen, pateados, golpeados, sumergidos en agua y sobrecogidos por el terror hasta la resignación. Cada vez que observaba la delicada adherencia del avispero durante unos segundos, antes de que me abrieran la puerta, ingresaba en un lugar que no existía para mi padre y en el que jamás él me habría introducido aunque me haya condenado a la cárcel; un lugar en el que jamás habría puesto un pie, aunque haya heredado de él y de mi madre la necesidad de una dosis suficiente de tortuosidad taimada para permitirme ir allí... un lugar donde era posible un punto de encuentro entre aquellos para quienes la piel es un valor absoluto y aquellos para los que la piel no vale nada; un lugar cuya vergonzosa existencia reconoce la posibilidad de que haya algo que decir entre mineros temporeros, obreros fabriles, sirvientes sin hogar, campesinos sin tierras, y la clase y el color que mora en ellos. Paz. Tierra. Pan. Pero Brandt sólo conoce las expresiones largas: progreso étnico, libertades separadas, desarrollo multilateral, democracia plural. Para mostrarle al mundo cómo Sudáfrica «asediada por estados hostiles en sus propias fronteras», sólo encarcela y detiene a aquellos que amenazan activamente su seguridad desde el interior, y era más necesario que nunca, para demostrar la buena fe del país, repetir los gestos correctos de concesión. Brandt tuvo que mantenerse firme, con sus amigos de las altas esferas, en el pacto con la hija de Burger. Ella había aceptado que no se pondría en contacto con nadie que contara en el extranjero; ni siquiera iría a Holanda o los Países Escandinavos, donde los grupos antiapartheid y los Combatientes por la Libertad eran más activos, y sus antecedentes comunistas la excluían de Estados Unidos, donde las camilleras de negros norteamericanos habrían buscado su apoyo en los boicots económicos.

Nada me detuvo. Hasta la última semana todavía pensaba que me detendría yo misma. Es difícil creer que el hecho de ser lo bastante objetiva como para verme a mí misma poco interesante para los periódicos pudiera transformarse en la garantía de que no sería entrevistada por la prensa extranjera hostil. Y es muy fácil mostrarse fría ante la perspectiva de reuniones en Londres con los viejos compañeros de mi padre en el exilio, que me recibirían tan cargados de expectativas como los Terblanche y su hija, tanto que apenas parecía constituir una promesa. Y todo lo que tuve que decir acerca de mi hermano, el otro hijo de mi padre, fue que un pasaporte sudafricano no tiene validez en Tanzania. La observación lo alejó tanto de mí como si se hubiera ahogado de niño o como a Baasie, mi *kaffertjie*, desaparecido en algún cuartucho, en algún distrito negro, en alguna

prisión, tal vez donde yo no podía alcanzarlo.

Después de haber cogido el pasaporte, una vez que me hubiera ido... no sé qué dirían los leales. Sin duda, nunca lo habrían creído de mí. Quizá llegaron a creerlo explicándose a sí mismos que me había ido obedeciendo instrucciones tan audaces y secretas que ni siquiera ellos conocían. Así, mi inactividad durante tanto tiempo se les aparecería como un propósito que siempre habían esperado por mi propio bien. Y por qué medio había conseguido documentos... eso era, sencillamente, un tributo a los extremos a que debe llegar un revolucionario. Pienso en lo que deben estar pensando. Oye... Conrad, al margen de cualquier cosa que te haya dicho sobre ellos, cualquier cosa que me hayan parecido desde que me he librado de ellos, son ellos los que importan.

Un burro. La verdadera razón por la que me fui es algo que sólo tú creerías. De hecho, sólo si tú lo crees se volverá creíble para mí. Lo reconozco como parte de la forma en que mi vida ha sido codificada desde que tú me forzaste a interpretar estas cosas en la casita; pero el código es mío, ni tuyo ni de ellos. Un burro. Un burro. Un asunto para la Sociedad protectora de animales. Lionel amaba a las bestias casi sentimentalmente; curó la pata de una gaviota con cinta adhesiva cuando acampamos, de niños, en la desembocadura del Quagga; mi madre opinaba que mucha gente que mimaba animales en nuestro país no tenía el menor cuidado por los seres humanos; ella no tenía ninguno por las bestias. Un borracho muerto en un banco del parque. Un asunto para el departamento de Asistencia Social. Estas son las cosas que me conmueven ahora... y cuando digo «conmueven» no me refiero a lágrimas ni a indignaciones. Hablo de un giro repentino, una agitación tumultuosa, un desplazamiento incontrolable, conceptos cuya superficie ha sido insignificante y ahora empujan, patas arriba, elevados como enormes rocas que huelen a la tierra aún pegada a ellas. Un giro que me acomete físicamente, como los intestinos violentamente revueltos y contraídos cuando algo irritante golpea el tracto digestivo. Tierra, tripas: no sé qué metáforas emplear para describir el proceso mediante el cual plasmo mis propias metáforas del sufrimiento.

Tenía el pasaporte en un estante del ropero. En la caja de cuero para cuellos duros con las serpientes del cuerpo médico y el reloj de mi padre. Había regalado todo lo que era suyo y podía seguir siendo útil, incluso su biblioteca médica, pero la única persona que me habría gustado que tuviera el reloj era Baasie y no sé dónde encontrarlo. El pasaporte estaba allí el día que fui a almorzar a casa de Flora Donaldson. Pensé en ello mientras Flora trinchaba la pata de cordero, la voz agudizada para penetrar las diversas conversaciones que tenían lugar en la mesa.

—¿Muy hecho? ¿Rosado? ¿Alguien prefiere membrillo a salsa de menta?

Experimenté una pueril satisfacción imaginando cómo reaccionaría (la punta del cuchillo en el aire con un trozo de carne colgando, el semblante atrozmente móvil entre la sorpresa, la curiosidad y la indecisión en cuanto a si debía mostrarse encantada o impresionada) si lo supiera. Probablemente habría decidido que la reacción correcta era una celebración: ¡Eh, todos! Tenemos noticias... William era el que se había ofendido por la sugerencia, cuando ella se ocupaba de manipular mi vida después de la muerte de Lionel, de que se me ocurriera siquiera sopesar la idea de abandonar el país. En realidad, no es de los nuestros pero comprende lo que significa serlo, mientras la buena Flora es una aficionada tanto en sus percepciones como en sus actos. Talentosa y valiente en ocasiones; los leales tienen que cuidarse del aventurerismo en sus filas, pero puede usarse este aventurerismo cuando se encuentra en el temperamento de otros: fue Flora quien ocultó con éxito a Nelson Mandela en su bodega cuando él entraba y salía del país ilegalmente antes del juicio de Rivonia. Lo que ve en mí su marido mientras estoy sentada (a Flora le gusta pensar en mí como en una hija de la casa: la hija de Lionel Burger) a su derecha en la mesa, es a una profesional como mi padre.

Flora no dijo que sería un almuerzo con invitados. Había insinuado con tono nostálgico que ella, William y yo no habíamos conversado en paz ni comido juntos, los tres solos, desde hacía mucho tiempo. Había otras tres personas; un abogado indio de Durban, de muy buen ver y con reminiscencias semíticas (¿para mí? Lo habían puesto a mi derecha), una abogada blanca tan perfectamente acicalada que parecía barnizada, y Mrs. Daphne Mkhonza, una vasta expansión de tela encrespada azul marino, zapatos de charol y bisutería dorada, como la esposa de un miembro del consejo de ministros afrikaner en la ceremonia de apertura del parlamento. Flora todavía logra hacer estos almuerzos mixtos de los años sesenta, aunque ahora debe de ser difícil encontrar negros

que asistan a ellos.

Mrs. Mkhonza suele «aparecer» en las páginas femeninas de los periódicos blancos como un ejemplo de lo que pueden lograr los negros a pesar de sus desventajas. Es una de los raros negros que son pequeños capitalistas... lo que el primo de Marisa, Fats, denominaría magnates, que de alguna manera consigue burlar algunas leyes que impiden a los negros comerciar a la escala que produce magnates blancos. Tiene concesiones de estaciones de servicio a todo lo largo de las zonas negras del Transvaal, grandes almacenes y —agrega Marisa a la sarta de éxitos e iniciativas— es una socialífera de alquileres que obtiene arrendamientos de viviendas en barrios negros sobornando a funcionarios, y luego alquilando lucrativamente habitaciones en sus tugurios a gente a quien los controles de afluencia imposibilitan de encontrar un sitio donde vivir legalmente. A veces la propia Marisa apela a Mama Mkhonza cuando es urgente encontrar «algo donde alojarse» para alguien cuya presencia en Soweto no es manifiesta; Mrs. Daphne Mkhonza puede ser una explotadora de negros —siguiendo el ejemplo de los blancos que admiran sus iniciativas de progreso— pero también es una negra: la aceptan, como a los policías negros.

Cuando nos sentamos a almorzar, la abogada blanca recalca los aspectos sociológicos de los casos que llegaban a sus manos. Es consultora de una asesoría jurídica que se ocupa principalmente de mujeres mestizas, ocupantes ilegales de viviendas e indigentes... Las acciones judiciales por incesto, violación y abandono como acusación de las condiciones de vida más que de tendencias delictivas individuales. ¿A quién castigar, a quién hacer justicia? Lo que decía había sido concisamente analizado, es verdad; los labios rozados por la servilleta dieron forma, y las manos con las cutículas empujadas hacia atrás, resumieron, la destrucción humana. Su aparente suficiencia era con toda probabilidad una defensa de la naturaleza contraproducente de las buenas obras que hacía. Entre esa gente nadie tuvo el mal gusto de señalar esta característica común al «trabajo dentro del sistema». Todos escuchamos respetuosamente bajo la mirada atenta de Flora; William con una amabilidad que espera pase por admiración o lo que sea preciso. El abogado indio intercambió unas cuantas anécdotas profesionales en el mismo contexto, con un ligero cambio de énfasis. Había leyes —¿lo sabíamos?—, leyes todavía en vigor en Natal, según las claves un marido indio podía hacer encarcelar a su esposa por adulterio. Una reliquia de los tiempos en que los jornaleros importados de Gujerat eran contratados para trabajar en los campos de caña de azúcar, una perpetuación de la imagen del indio sudafricano como eterno extranjero en su país natal, viviendo de acuerdo con costumbres que diferenciaban su conducta. El tema general de conversación coincidía con la actual preocupación de Flora. Mrs. Eunice Harwood quería, para empezar, que las mujeres blancas y negras conocieran los derechos que tenían sobre sus hijos, su propiedad y su persona; Mrs. Daphne Mkhonza no sólo era una negra económicamente emancipada, sino una mujer negra que derrotaba a los hombres de negocios blancos con sus propios naipes marcados. Con su inclinación por el ecumenismo político, sin duda Flora veía la implicación en la lucha por los derechos negros como una prolongación natural de los límites del compromiso escrupulosamente constitucional de la abogada, y el reclutamiento de Mama Mkhonza por el sistema —Orde Greer esperaba que yo lo expresara así— como un asalto al mismo. El terreno actual de causa común era la liberación de la mujer, el cordero asado abastecería a Flora de vituallas para una reunión que tendría lugar esa tarde.

—¿Dónde? —si es verdad que William había decretado que Flora debía atenerse a inofensivas actividades liberales, se sentía obligado a mostrar algún interés por ellas.

Ella dejó el cuchillo y el tenedor, lo miró con los ojos muy abiertos y sonrió a su alrededor para atraer a todos al espectáculo:

—Aquí, querido mío, aquí. En tu casa —la coquetona franqueza de casada era la de una mujer que ya no tiene que ocultar el adulterio y disfruta exhibiendo un inocente flirteo. El debía agradecer que fuera una reunión que se celebraría allí, en su casa, inofensiva, demasiado inocua, tal vez, para dar algo interesante a ojos del BOSS, en la que el hombre de la casa —mejor dicho la mujer, en esta ocasión— estaría presente como cuestión rutinaria para observar cualquier reivindicación de

propósitos comunes entre blancos y negros.

Y naturalmente yo también sería atraída... por eso me había hecho aparecer en el almuerzo, aunque Flora sabe perfectamente que, en mi condición de persona «nombrada», mi posición en las reuniones es muy delicada. Alguien como yo puede asistir en tanto el propósito de la reunión no tenga ningún contenido político. Una persona «nombrada» puede participar en la discusión, sí, pero su aporte es susceptible de constar en las actas o ser informado a la prensa. Entretanto Vigilancia ha tomado nota de lo que una dijo. Y si el tema alude a derechos políticos, por ejemplo a los derechos de la mujer tal como los interpretan los nuestros (los leales y sus leales acólitos, las Floras de este mundo): la opresión de las negras en primer lugar por la raza y sólo secundariamente por la discriminación sexista... mi asistencia podía llevarme a los tribunales como contraventora; Flora dijo lo suyo, preparada para mi resistencia:

—Has venido a visitar a William y no a mí. ¿No es así? ¿Por qué no? Sencillamente apareciste para verlo mientras yo celebraba una reunión en nuestro salón.

Es cierto que sus amistades —las de nuestro estilo— son veteranas en superar las trabas menores de las restricciones que pesan sobre sus vidas. Yo tenía que saber tan bien como cualquiera cómo ponerme pesada usando los tribunales como única plataforma política a la que tendría acceso, haciendo aparecer mi nombre en los periódicos, severamente elocuente de la mordaza que había heredado siguiendo la tradición familiar, puesto que sólo mi nombre —la hija de Lionel Burger, última de ese linaje— podía anunciarse, y no mis «declaraciones». Así es como lo percibe la gente que lee el nombre. Soy una presencia. En este país, entre ellos. No hablo. Excepto contigo y según un hábito que adquirí en la oscuridad de tu casita, y que llegó tarde.

William planteó objeciones, naturalmente. Rosa no correría el riesgo de que la detuvieran sólo en virtud de una condenada reunión. Reí para que no riñeran por mí. Mrs. Eunice Harwood, la cara forzada como si fuera un retrato en lugar de un rostro, para ver cómo era una persona «nombrada». Mama Mkhonza se ofendió por mí.

— ¡Terrible! ¡Francamente! ¡Qué gente! Realmente terrible. ¿Por qué se meten con una jovencita? ¿Por qué no te dejan vivir en paz?

Como cualquiera: me había comprometido con Brandt Vermeulen. Y comprendí —con el pasaporte en el ropero—, yo sola comprendí que la reunión de Flora era lo que podía interponerse en mi camino. Bastaba con mofarme afablemente de los remilgos de William, satisfacer las expectativas de Flora y permanecer en silencio entre las mujeres que asistían a los debates; a continuación incorporarme y dar mi opinión. Confío en el BOSS; uno de los rostros, no tan fácil de discernir como el de los hombres, pero sin duda alguna presente, tomaría nota de la presencia... de mi presencia. Incógnito para todos, el pasaporte que guardaba en el ropero sería invalidado por el departamento del Interior. La policía exigiría su entrega inmediata. Podría devolverlo sin haberlo usado. Probablemente no habría ninguna acusación ni comparecencia en los tribunales; la retirada del pasaporte, sencillamente, su parte en el pacto.

—Habría una muchedumbre mixta compuesta por mujeres. Sabe Dios quiénes. De todas clases, espero. Pero interesadas. Más o menos lo hemos restringido a representantes de diversas organizaciones, con unas pocas individualidades sobresalientes, Daphne Mkhonza, sí... no queremos tener únicamente a un grupo de bienintencionadas y beatas, tenemos que dejar caer los valores urbanos blancos y conseguir la participación de algunas duras con agallas, las más ardientes. Ojalá vinieran las reinas de tabernas ilícitas y algunas prostitutas blancas. ¿Por qué no? No me forjo la ilusión de llegar a las negras radicales de los movimientos estudiantiles, aunque tengo un par de contactos prometedores en Turfloop y el oeste del Cabo. No importa. Aunque sólo logremos animarnos un poco... salvar la brecha entre las jóvenes políticamente conscientes, esas extraordinarias chicas negras con peinado afro... ¿No te encanta su aspecto? Las de tipo provocativo... y la mujer negra común y corriente. Lograr que se consideren como alguien que puede volver a hacer algo, tú eres demasiado joven para acordarte, pero el sector femenino del CNA fue una auténtica fuerza. .. y al mismo tiempo atraer a las buenas almas suburbanas blancas

(básicamente están interesadas) para lograr que aborden los derechos humanos como *mujeres...* todas juntas... creo que es posible aprovechar nuevos recursos... Eunice Harwood es *espantosamente* profesional, ¿no te parece? —Flora me tuvo a solas para una fugaz información mientras untábamos bollos con mantequilla.

Me mantuve apartada mientras llegaban las asistentes; William y yo nos sentamos con las tazas de café frías del almuerzo, en el pequeño patio empedrado que Flora había hecho construir a continuación del comedor, oyendo golpear portezuelas de coches y el vehemente parloteo de bienvenida, las risas veladas y el murmullo africano con registro de órgano en las amables respuestas, la entonación enumerativa mediante la cual podían reconocerse las presentaciones sin que llegaran los nombres a nuestros oídos. Ambos demasiado cómodos —demasiado marginales— para levantarnos —él para mostrar, yo para ver con mis propios ojos— hablamos señalando desde nuestros asientos cómo había decidido qué retoños debía guiar y en qué lugar de las plantas que había emparrado contra las paredes.

—¿Qué opinas de las granadas colgantes, ese rojo contra el encalado...? Quiero hacer un intento con un granado. Ya habrás visto kilómetros y kilómetros de melocotoneros y perales emparrados en armazones a la vera de los caminos del valle del Po —el considerado William hizo variar rápidamente su falta de tacto en la referencia a la facilidad con que él podía moverse por el mundo, transformando la cuestión en una inocente broma conyugal—. ¿Comprendes que no es más artificial guiar un granado para que crezca con un diseño regular? Flora siempre me acusa, pero en caso de tener razón resulta igualmente «artificial» podar cualquier árbol —ahora los recibimientos parecían hacerse a puertas cerradas; intercambiamos una mirada y reímos disimuladamente—. ¡Una verdadera multitud! —William imagina en mí una tolerancia afectuosa como la suya con respecto a las actividades de Flora, que según se supone él mismo ha circunscrito.

Cuando dejé mi parte del «Guardian Weekly» que compartíamos y entré, me miró por encima de las páginas que tenía en la mano pero no abrió la boca. El momento en que podría haberme preguntado adonde iba fue gestado, en realidad, por mí; me vi, un instante casi vergonzoso, en la interpretación errónea de que podía ser víctima de su inquietud. Pero yo siempre me había movido libremente en su casa; muy bien podría estar subiendo para dormir la siesta en la cama de «mi» habitación o dirigirme abajo, al lavabo con el cartel de Amnesty International al otro lado de la puerta.

Rodeé a las asistentes a la reunión de Flora y me senté en el fondo. La reunión acababa de empezar. Después del cuadrado de sol en el patio, oscuros soplos de aliento cubiertos de luz nublaron el inmenso salón. Todas —empecé a verlas correctamente— agrupadas en los asientos del medio y de atrás, las negras por la costumbre de que les asignaran una posición secundaria y las blancas en su ansiedad por no acaparar las primeras filas. Las alegres objeciones de Flora dieron lugar a un crujido de las sillas, un arrastrar de pies hacia adelante y las alocuciones; yo me encontraba muy bien donde estaba: su rápida atención me abarcó, como un pájaro alerta en las alturas de un poste telefónico. Después de los discursos de la abogada blanca y de una funcionaria negra de la asistencia social, una bonita india de ojos almendrados, con un suave rollo de carne a la vista en su seductora versión de la vestimenta correspondiente al sojuzgamiento oriental femenino, se refirió a la rebelión y a la hermandad de las mujeres. Flora seguía llamando a las mujeres —magistral en la pronunciación de los nombres africanos— para que tomaran la palabra. Algunas eran liebres paralizadas bajo unos faros pero otras avanzaron sentándose en las sillas alquiladas de delante, esforzándose por llamar la atención. Una dama canosa, con la parca y majestuosa paciencia de una anciana presidenta de sociedad benéfica, sostenía en alto un bolígrafo dorado. En la hilera semivacía donde estaba yo, una negra apremiada por los susurros de dos amigas no se decidió a hablar.

En respetuoso silencio por la debilidad de nuestro sexo, la carne que como mujeres podría tocarnos a cualquiera de nosotros, las matronas negras pasaban lentamente, trasero y barriga, entre rodillas, hasta la mesa donde Flora había instalado un micrófono. Otras charlaban desde donde

estaban, sentadas o de pie, repentinamente separadas por el don de las lenguas, mientras todos los rostros giraban para verlas. La cruzada de la anciana blanca resultó ser la seguridad en carretera, campaña en la que «nuestras mujeres bantúes deben aunar sus esfuerzos con los nuestros»; tembló con la voz dulce y cloqueante de una inglesa sorda de las clases altas mientras Flora intentaba poner fin al discurso con floridos movimientos de cabeza. Una pelirroja cuya expresión se perdía entre pecas tan encarnadas como su vestido, solicitó apasionadamente que la reunión lanzara el proyecto «Año de la cortesía» para fomentar la comprensión multirracial. Hasta había preparado la consigna: SONRÍE Y AGRADECE. Hubo un farfullar de risillas entre dientes atravesado por un gruñido de aprobación semejante a las respuestas poco entusiastas que se dan en la iglesia, pero una joven blanca se levantó de un salto con los puños en las caderas:

—¿Agradecer qué? Quizás esa señora tiene mucho que agradecer. Pero, ¿es un objetivo de la acción femenina hacer que las negras se muestren «agradecidas» por las chabolas donde viven, los trabajos inferiores que se ven obligados a realizar sus hombres, la pésima educación que reciben sus hijos? ¿Deberían dar las gracias por la humillación que les brindaban las blancas que vivían protegidas y en situación de privilegio, que votaban y hacían las leyes? —y así sucesivamente.

La vi vacilar, perder la concentración cuando tres chicas negras en tejanos, que acababan de aparecer, se levantaron y salieron como si se hubieran equivocado de lugar. Una blanca levantó el brazo pidiendo permiso para hablar.

—No tenemos por qué trasladar la política a la fraternidad de mujeres —aplausos del grupo que la rodeaba.

Las matronas negras hicieron caso omiso de la chica blanca y de las chicas negras, informándose entre ellas, afanosamente, con sus susurros y sonidos guturales, los chasquidos y las sordas exclamaciones de sus lenguas nativas. Ellas sólo se adherían al tipo de liga de amas de casa blancas que se ceñían a los servicios de sanidad y «el aumento de precios en el presupuesto familiar» como problemas prácticos que eran el destino de la mujer —al igual que la menstruación— y no los relacionaban con ninguna otra circunstancia. El temor de las negras a llamar la atención como «agitadoras» y la determinación de las blancas a «no tener nada que ver» con la política que planteaban los problemas a los que se referían, produjeron un ardor que duraría hasta que se enfriaron las tazas de té. Vestidas con sus mejores galas, una tras otra, las negras con peluca y trajes de dos piezas, se quejaron, abogaron por una oportunidad para las guarderías, los huérfanos, los ciegos, los tullidos o los ancianos de su «lugar». Pedían cunas «viejas», cartillas escolares «viejas», juguetes y muebles «viejos», máquinas de escribir «viejas» con sistema Braille, materiales de construcción «viejos». Habían entrado por la puerta principal pero seguían aplicando la lógica correspondiente a la puerta de servicio. Estaban convencidas de que lo único que podían conseguir eran desechos; ninguna de ellas creía en la posibilidad de obtener otra cosa de las blancas, pues sólo servían para eso.

Y en ningún momento las negras como la anciana que estaba cerca de mí —con su *doek* en el que llevaba prendidos con alfileres distintivos de la Iglesia de los Jueves, un recorte en el zapato izquierdo para aliviar las molestias de un juanete, una rebeca que olía a humo de carbón y una bolsa de la compra llena de paquetes de periódicos— escucharon a nadie; estaban allí y sólo ofrecían su presencia como reconocimiento a las oradoras, a las oyentes y al significado de la reunión. Era suficiente. Ignoraban por qué estaban allí, pero a medida que los fines opuestos y las inimaginables disgresiones aumentaban de tono con cada discurso a medias audible, incoherente o digno o incoscientemente divertido, quedó más clara cada locuaz divagación, cada torpe, patética o pomposa formulación de necesidades en una vida que ninguna de las blancas (cuidándose de no sonreír ante el inglés chapurreado) vivíamos o sabíamos cómo vivir, por mucho que Flora insistiera en la común posesión de vaginas, úteros y pechos, el alumbramiento de los hijos y un amor enormemente compulsivo por ellos... las calladas negras viejas vestidas como respetables sirvientas en su día de salida supieron, aunque estaban sentadas en el salón de Flora, que de *ellas* no se trataba la reunión. El aroma a cosméticos de la clase media blanca y de las señoras negras y los olores a

humo de carbón y vaginales de las pobres negras viejas. Me moví en la silla dura y respiré hondo: al aspirar en el salón de Flora inhalé todas estas esencias.

Flora me tocó la mano al pasar mientras nos conducía a la sala donde estaba servido el té, pero no cayó en la tentación de presentarme a nadie y ni siquiera se dirigió a mí por mi nombre. Entre las negras había algunas que me conocían o a las que yo conocía por haber trabajado con mi madre en la época de la cooperativa. No me reconocieron, no reconocieron a la pequeña de Cathy Burger, ahora una mujer blanca. Entre las blancas sólo percibí reconocimiento en la mirada de la chica que había saltado para atacar a las componentes blancas de la reunión: una periodista *free lance*, mencionó Flora. Había hecho un montón de garabatos en una libreta. Tal vez fuese ella quien podía poner en evidencia mi presencia ante el BOSS; una joven atractiva con expresión irreverente, chaqueta de cuero negro, pulseras de marfil y pelo de elefante; si su discurso «provocativo» tenía la intención de estimular a otras a poner de relieve tendencias subversivas, no lo había logrado. Estaba comiendo bollos y bebiendo té como las demás, de la misma manera que otra gente contratada había disfrutado de sus *boerewors* entre los compañeros y amigos de mi padre junto a la piscina. Cuando las asistentes empezaron a marcharse se planteó el habitual problema de quién, entre las pocas negras que tenían coche, podía llevar a alguien. Hubo confusiones; algunas se habían ido sin el complemento de las pasajeras que habían traído. William tuvo que bajar y salir con el coche cargado en dirección a Soweto. Le pregunté a Flora si podía acercarse a alguna. Paseó la mirada a su alrededor.

—¿Adonde? —supongo que moví una mano o encogí los hombros—. Quizá si pudieras acercarse a un par de mujeres hasta la entrada de las poblaciones o incluso sólo hasta una estación que les venga bien... si te queda de camino... —apoyó un brazo en el mío, seducida, y me habló al oído, como hablan los amantes—. Pero Rosa... no entres, no te dejes convencer por nadie de llevarla hasta su casa, te lo ruego, por favor, ¿me oyes...?

¿Adonde creía que iba que me quedara «de camino» a un distrito negro, ahora que tenía un pasaporte en el ropero? Premonitoria de lo que ignoraba, se preocupó, inquieta por la tentación que se me presentaba. De improviso parecía estar sola entre el círculo de mujeres sonrientes que le estrechaban la mano; me siguió con la mirada intensamente atenta, una mirada reservada sólo para mí.

Durante aquellos días, todo ese tiempo, muchos meses, desde que de repente había empezado a ir a Pretoria aunque no a la cárcel, hice cosas inconexas que no se basaban en la intención ni en la decisión. Cuando tres mujeres se acomodaron con todos sus avíos para que pudiera cerrar las dos puertas de mi viejo coche, pensaba dejarlas en algún sitio porque iba camino de la casa de Marisa. Hasta ahora la había evitado sin necesidad de que Brandt Vermeulen me recomendara precaución. Flora tenía razón. Iba a algún lado. No había hablado —no «me había manifestado»— en la reunión pero me sentía liberada, no sé cómo explicarlo, de la responsabilidad de mí misma, de mis actos, a la manera que imagino siente un jugador cuando intercambia el último contenido de su cartera, vaciando incluso el forro de sus bolsillos, por una pila de fichas y las empuja sobre el tapete verde. Lo único que se perderá es dinero; lo único que se perderá es un pasaporte. Cosas externas, que no tenían nada que ver, que no encajaban en ninguna categoría de lo que me ha ocurrido realmente en la vida. Marisa era la única de quien debería haber ido a despedirme, si no hubiera estado yendo a que me detuvieran. Ahora intento darle cierto orden de presente y futuro, de lógica; entonces no lo tenía ni lo necesitaba. Tú lo comprenderás, tú lo aprobarás: uno sabe mejor lo que está haciendo cuando no sabe de qué se trata.

Flora tenía razón, naturalmente. Una vieja mamá que había mentido confiadamente acerca del lugar donde vivía y se montó en el asiento, a mi lado, en el entendimiento de que su destino era el mismo que el de las demás, anunció cuando ellas se apearon en una parada de autobús que de nada le servía, pues necesitaba llegar a la estación Faraday, agregando que tampoco eso le venía bien pues tenía miedo de los *tsotsis* que viajan en los trenes los sábados. Absolutamente segura de que la dejaría en la puerta de su casa ahora que estaba en el coche, le pareció natural que yo lo hiciera.

No vivía en un distrito oficial sino en una de esas áreas indefinidas entre albergues para negros y poblachos mineros en las afueras de la ciudad. Pequeñas industrias han ocupado las tierras de minas de oro agotadas, las hondonadas son fosas para coches destrozados y piezas de maquinaria, los viejos pimenteros dan sombra a las tabernas, las prostitutas esperan a sus clientes en la arena de los vertederos. Allí aún había mulas de vendedores ambulantes atadas en circunferencias de pastoreo llenas de latas; una pequeña iglesia de hierro ondulado con las ventanas rotas, un melocotonero a medias macheteado para hacer leña; en chozas abandonadas que en otros tiempos habían pertenecido a mineros blancos y en patios levantados con cobertizos de materiales recogidos en las instalaciones mineras por las que había pasado la aplanadora, y en los armazones de ladrillo de tiendas concesionarias vivía esa gente, rodeada de todo lo que había sido condenado y abandonado por la ciudad blanca. Ese era el «lugar»; me aseguró que era suficiente con que la dejara en cualquier sitio del camino zigzagueante por el que conducía entre barrancos y cantos rodados de los senderos que unían ladrillos, latas y humos. Que Dios me bendiga: después de estas palabras se alejó con su imparable contoneo en el andar, a través de bicicletas y taxis autorizados cuyos conductores hicieron sonar la bocina a su paso. Tal vez no viviera realmente allí... parecía demasiado respetable para ese antro de venta de sexo y bebidas a los obreros de las fábricas y peones ferroviarios. Imposible saberlo; imposible imaginar para las mujeres blancas de Flora de dónde demonios vienen estas pulcras señoras negras que se reúnen en su casa. Con toda probabilidad la anciana pensó en aprovechar el coche y la conductora para ir a visitar a una amiga que vivía en un lugar apartado... ¿por qué no?

Estaba a kilómetros de la casa de Marisa, del sitio donde podía ir a casa de su primo Fats y enviar a alguien para que averiguara si podía escabullirme hasta su casa cruzando patios. Ni siquiera sabía cómo llegar al distrito sin volver a cruzar la ciudad. Había una mujer con una lata de carbones encendidos, vendiendo maíz asado; bajé del coche para acercarme y pedirle que me orientara. No lo sabía. Orlando podía haber estado en las antípodas. Las envolturas parecidas a papel, arrancadas de las mazorcas, componían un espeso felpudo a su alrededor; bajo las suelas de mis zapatos era como bajo mis pies descalzos cuando Tony, la otra Marie y yo hacíamos cabriolas con los chicos negros alrededor de la trilladora de la granja de tío Coen. Me encaminé hacia una pandilla de chicos y jóvenes negros, los pequeños danzaban y saltaban entre perros excitados para tocar una bicicleta con los manillares de carrera en forma de cuernos de carnero, un jovencito montado en ella en medio de otros adolescentes que compartían un pitillo y un botellín de algo envuelto en papel marrón. Los llamé, pero se limitaron a silbar y a reír en un falsete lobuno. Me estaba acercando —sonriente, no, sed serios un momento, decidme— cuando oí un fuerte sonido metálico y vi caer una piedra que golpeó mi destartado coche. Me alejé al volante mientras seguían riendo y chillando como si yo fuera una víctima digna de tormento. Seguí rodadas, lo bastante profundas como para evidenciar su uso, que parecían conducir más allá del *veld* hasta un camino sobre la cuesta, en la dirección acertada. El montículo de hierbas marchitas del medio crujía contra la panza del coche y de vez en cuando el cárter raspaba la dura tierra. La huella seguía y seguía. Me encontraba atrapada en el contrasistema de comunicaciones que no aparece en los mapas de carreteras y da acceso a «lugares» de los alrededores de la ciudad que no figuran en ningún plano. Me obstiné, segura de que la huella sería atravesada por una senda que conducía a algún punto de la carretera general; medio kilómetro a campo través había un cementerio, con los microbuses alquilados tan prominentes como edificios altos, y la masa de gente negra y paraguas negros semejantes a montones de alguna cosecha oscura, destacados en el descampado: la celebración de un funeral en sábado. Llegué a un combado camino de tierra sin letreros indicadores en el preciso instante en que uno de esos carros tirados por burros, que sobreviven en las rutas de comunicación entre estos lugares que no existen, se aproximaba por la huella en dirección contraria. Los reflejos me hicieron aminorar la marcha previendo que el carro podía aparecer más arriba sin calcular la velocidad de mi coche. Pero había algo extraño en la silueta formada por el burro, el carro y el conductor; todo se convulsionaba y sin embargo el carro no estaba más cerca. Al aproximarme, vi a una mujer y a un

niño acurrucados bajo unos sacos, zarandeando la cabeza; a un conductor incorporado en el carro con las piernas precariamente extendidas debajo de sus harapientos pantalones. Súbitamente su cuerpo se arqueó hacia atrás, con un brazo levantado al cielo, y trastabilló como si le hubiesen disparado; en ese mismo instante el burro se dobló en un paroxismo que pareció atraer sus cuatro patas y la cabeza hacia el centro del cuerpo en una especie de nudo; después volvió a levantar las extremidades y la cabeza; una vez más el hombre se inclinó y arremetió violentamente, una vez más la bestia se encogió y volvió a alzarse en cuatro patas.

No vi el látigo. Vi el sufrimiento. Un sufrimiento que llegaba desde un terrible centro agarrotado entre el grupo formado por burro, carro y conductor, y la gente que iba detrás. Componían un único objeto que se contraía contra sí mismo en la desesperación de una monstruosa energía final. Aunque no vi el látigo, vi la imposición del dolor separada de la voluntad que la crea; desencadenada, una fuerza que existe por sí misma, violación sin violador, tortura sin torturador, destrozo, pura crueldad que escapa al control de los humanos que han pasado miles de años concibiéndola. Todo el ingenio aplicado desde las espulgueras y el potro hasta el electroshock, la infinita variedad y gradación del sufrimiento por flagelación, por miedo, por hambre, por confinamiento incomunicado... los campos de concentración, de trabajo, de recolonización, las Siberias de nieve o sol, las vidas de Mandela, Sisulu, Mbeki, Kathrada, Kgosana, gaviotas recogidas en la Isla, Lionel con la calavera apuntalada entre dos carceleros, las muertes en interrogatorios, cadáveres caídos desde las alturas de la plaza John Vorster, las muertes por deshidratación, los bebés destripados por la enteritis en «lugares» de destierro, las luces recorriendo toda la noche los rostros de los ocupantes de las celdas. Conrad —te conjuro, te saca a rastras de dondequiera estés para que me escuches—, tú no sabes lo que yo vi, lo que hay que ver, lo que no verás, anclado en un océano desierto.

Sólo cuando estuve al mismo nivel que el carro, al otro lado del *veld*, distinguí el látigo. El burro no clamaba. ¿Por qué no soltaba el bestial rugido y la protesta animal del suplicio que según he oído decir no produce el dolor sino el estado de celo? No clamaba.

Había sido golpeado y vuelto a golpear. Su dolor no le era extraño: no había modo de escapar al varal. El negro andrajoso era viejo, desde la postura de sus piernas hasta la barba rala y desaseada que aparecía debajo de un sombrero gastado que era un cono informe encima de su cara. Rodé hasta frenar más allá de lo que veía; el coche se desprendió, sencillamente, de la presión de mi pie y no me permitió avanzar. Permanecí sentada, con la cabeza hundida entre los hombros alrededor del cuello, apretado contra las orejas para protegerme de los golpes. Luego bajé el pie y conduje vacilante, en una especie de embriaguez, deteniéndome para mirar hacia atrás mientras la azotaina continuaba, el coche, la mujer y el niño aterrados, el burro y el hombre convulsos y abandonados al látigo. Era suficiente con que diera la vuelta al coche en el camino vacío y condujera hasta ese delirante friso cubriendo mis ojos con una mano para no recibir de frente la luz del ocaso. Cuando miré hacia allí todo lo que vi fue la retorcida forma negra a través de cuyos intersticios asomaban los reflectores de un deslumbrante polvo cegador. El panorama era semejante a una explosión. Bastaba con que me acercara a toda velocidad con mi coche y mi autoridad blanca. Podría haber gritado sin siquiera apearme, haber gritado que pusiera punto final... y luego habría estado allí de pie, ineludible, la furia y el derecho, el poder ante sus ojos, la mujer y el niño asustados y el borracho brutal, con mi sabiduría del modo de entregarlos a la policía, de hacerlo procesar como se merecía, de quitarle la pobre posesión sufriendo a la que maltrataba. Estaba en condiciones de formular todo lo que eran a partir de la escena que presencié; sus vidas serían oficialmente recapituladas por mí, la mujer blanca... significado último de un día que habían vivido no sé cómo, un día con otros acontecimientos espantosos, violencia, desastres, urgencias, privaciones que les sobrevendrían y que eran el origen de lo que había ocurrido: el hombre castigando al burro. Podía haber puesto punto final a tanta miseria allí mismo. ¿Qué más puede hacer una? Esa clase de viejo, esa gente, campesinos que exigen de la única manera que saben hacerlo, en el «lugar» que no figura en el mapa, me habrían tenido miedo. Podría haberle puesto punto final sin correr ningún riesgo. Nadie habría cogido una piedra. Yo estaba a salvo del látigo. Podría haberme interpuesto entre ellos

y el sufrimiento... el sufrimiento del burro.

En cuanto me plantara delante de ellos, otra vez se habría convertido en eso: el dolor del burro.

Seguí mi camino. No sé en qué momento tiene sentido, para mí, interceder. Todas las semanas la mujer que viene a limpiar mi piso y lavar mi ropa lleva una niña que juega a lustrar suelos y hacer la colada. Seguí mi camino porque el borracho era negro, pobre y estaba embrutecido. Si alguien ha de pedir cuentas que me las pidan a mí. Soy tan responsable de él como él del burro. No obstante el sufrimiento... mientras lo miraba aquella era la síntesis del sufrimiento para mí. No hice nada. Dejé que golpeará al burro. El hombre era negro. En consecuencia, una especie de vanidad valía más que el sentimiento; no soporté verme a mí misma —a ella, a Rosa Burger— como una de las blancas que se interesan más por los animales que por los seres humanos. Dado que soy libre, tengo la libertad de llegar a ser una de ellas.

Me fui sin despedirme de Marisa.

Alguien arrojó una piedra, sí. Tal vez uno de los chicos con un hermano o hermana bebé acarreado en la espalda, mientras gritaba *voetsak* a los perros, tiró una piedra que no me estaba destinada. Si alguien informó que había estado en una reunión pública con posibles implicaciones políticas, no sufrí las consecuencias. Nada ni nadie me impidieron usar el pasaporte. Después de lo del burro ni yo misma pude impedírmelo: no sé cómo vivir en el país de Lionel.

Conrad. No te lo dije antes. Nunca encontraron el yate. Quizás estuve hablando con un muerto: sólo para mis adentros.

Dos

Saber y no actuar es no saber
Wang Yang-Ming

El toldo de seda del mar matinal se inclinaba, sujeto a puertos donde las embarcaciones husmeaban hogareñas como animales en un pesebre; el antiguo fuerte de Vauban se agazapaba hacia las aguas; dos edificios en forma de S descollaban en escorzo a éste y al otro lado del ala, y volvían a elevarse. Montañas azul lavanda con un rostro de espuma caracoleado, secuela de la nieve del último invierno, bosquejaban un horizonte diagonal a través de las ventanillas semejantes a peceras. Prosaico, el avión se posó en la pista mientras las gaviotas (a través del cristal convexo bajo una artillería de gotitas) arrostraban resueltamente el mar.

Los pasajeros que se dispersaron desde el último peldaño de la escalerilla del avión iban de prisa, pero su andar parecía lento, las piernas no los llevaban, eran vistos a través de la irresolución horizontal de una lente telescópica. El último momento prolongado anterior a que alguien sea reconocido: una mujer dejó caer en su boca la gota de azúcar disuelta asentada en el fondo de un dedal de café exprés y permaneció de pie ante la cristalera. Sus ojos contenían a las figuras en movimiento, su expresión se convirtió en una ofrenda igual a un ramo de flores, la cabeza adelantada a una postura de tensa curiosidad.

Salió del bar y caminó a paso vivo hacia el reducido gentío reunido al otro lado de la barrera de las cabinas de control de pasaportes. Entre los elegantes homosexuales con cuerpos de veinte años y rostros idénticos a estatuas de cuyo original sólo se perpetuaban las cabezas, la rubia con los pezones llamativos a través de la camisa, el joven con un gato siamés sujeto con una cadena, las mujeres bien conservadas con collares de oro y pantalones de piel de tiburón acompañadas por maridos y caniches, los exigentes niños norteamericanos con el pelo dorado y húmedo, las abuelas vestidas de negro asistidas emocionalmente por las hijas, y los bebés llenos de volantes en brazos de padres jóvenes con chaqueta de piel, tenía que ser ella: pómulos redondeados, toques de azul brillante bajo las pestañas cuajadas, párpados arrugados y maquillados, cabellos tornasolados. La del cuello que ascendía con elegancia a pesar del pecho grande aunque era baja en medio de la acogedora multitud... robusta, y cuando se le veían las piernas tenía las duras pantorrillas abultadas y los tobillos descarnados de una ex bailarina.

Su mirada recorrió la cola apiñada detrás de las cabinas de inmigración, descartando a algunas, pasando por encima una vez y retornando, singularizándola. Estaba observando la llegada de una chica cetrina, serena, fatigada. La chica tenía el pelo rizado —era morena—, dio un vistazo a la mandíbula, a la forma de la boca (eso era: la expresión de la mujer se profundizó), aunque de ojos claros y luminosos, no era la que buscaba.

Se habían visto. La compenetración entretejió una hebra por la que se atrajeron mutuamente mientras la chica esperaba su turno; casi en la cabina de inmigración, ahora en la cabina, ahora poniendo el pasaporte verde sobre el mostrador para que un funcionario lo cogiera por debajo del tabique de cristal, de repente inclinada para hundir la mano en la hinchada bolsa de bandolera (¿alguna dificultad?, ¿faltaba algún documento?... la mujer estiró el cuello, de puntillas). La cara con los ojos bajos de alguien que es vigilado. Una sonrisa lateral casi imperceptible a la mujer que observaba. (Ningún impedimento; sólo el habitual sobresalto del viajero que cree recordar algo demasiado tarde.) La chica estaba metiendo el pasaporte verde en un bolsillo de la parte exterior de la bolsa. Cerró con firmeza la cremallera. Siguió adelante, estaba dentro: admitida. En los pocos metros que las separaban, a través de la barrera, la vio de pies a cabeza, ahora libre de la multitud: una chica menuda con un cuerpo sexy no reconocido (la madre nunca había hecho caso de su propia belleza, la consideraba poco importante), cubierto por el inevitable conjunto de tejanos aunque nunca, ni en mil años, habría pasado por una de las jóvenes que se ven en los yates, en los hoteles y las villas con la misma vestimenta. Bonita. Pero no juvenil. El rostro de una chica que parece una

mujer.

Las comisuras blandas pero los labios apretados, los ojos extrañamente luminosos fijos en la mujer con expresión de asombro, como si la chica dudara de su propia existencia en ese momento, en ese lugar.

Nunca se habían visto con anterioridad. Las gastadas alpargatas color lila de la mujer avanzaron resueltamente para darle la bienvenida. Ella abrió los brazos en un placaje amplio y sus labios se abrieron: sonriente, sonriente.

El avión en que embarcó Rosa Burger iba rumbo a Francia. El destino de su billete era París, pero después de dos noches en un pequeño hotel donde deshizo la maleta volvió a embarcar en la dirección de donde había llegado, el Sur, Niza. Allí la recibió, una hermosa mañana de mayo, Madame Bagnelli, que de muy joven había asistido al Sexto Congreso de Moscú, había sido o intentado ser bailarina y había estado casada con Lionel Burger. Tenía un hijo de él que vivía en Tanzania, al que no veía desde sus tiempos de estudiante; ahora llevaría a la hija de Burger a su casa, en una aldea medieval conservada para ganar dinero con los turistas, donde —había oído decir a la gente que la conoció en Sudáfrica— llevaba viviendo muchos años.

Habló todo el camino por encima del ruido del viejo Citroen en el que se había instalado como una gallina sentada. El coche daba una impresión de velocidad superior a su capacidad, debido a su estilo de conducción y a la vibración de ventanillas que se abrían como alerones. Había experimentado la terrible sensación de que no era el día que correspondía, de que debía haber ido ayer al aeropuerto... había revuelto toda la casa para verificar la fecha en la carta, guardada con tanto cuidado que no logró encontrarla. Por eso estaba tan excitada, aunque aliviada al verla...

—Me había dado el número de teléfono.

—Sí, pero temía que si llegabas y no me veías allí... volverías a marcharte. Estaba tan preocupada.

Cambiando de carril en carril junto a un paseo marítimo, ráfagas de conversaciones en otro idioma, escenas de vidas inimaginables en el espacio de una ventanilla y la pausa ante un semáforo, palmeras, olorcillos a turrón de almendras que contrarrestaban el del monóxido de carbono, adelfas rosadas, pescados relucientes en una tienda abierta a la calle, banderines ondeando alrededor de un mercado de coches usados, viejos con gorras con borlas agachados para coger una pelota, carteles pronunciados mudamente...

—Ah, eso... fuerte, *chateau*, la misma cosa, todos los castillos eran fortificaciones. Eso es Antibes. Iremos algún día... allí está el museo Picasso. Santo Cielo, ¿qué está haciendo ese tipo? *Que I con*, Dios mío, *ga vapas la tete, éh?* Estos chicos de las motocicletas atacan como avispa, son las doce, por eso el centro está hecho un infierno, todos corren a sus casas para almorzar... no te preocupes, llegaremos, sólo tengo que parar a comprar pan. ¿Tienes hambre? Espero que tengas mucho apetito. ¿Prefieres lechuga o berros? Decídelo tú. Nos queda de camino... no pienso tratarte como si fueras una visita.

Salió de la panadería y pasó una barra de pan a través de la ventanilla. Al llegar a la verdulería de al lado se volvió para sonreír a su pasajera. En el ínfimo papel de seda que lo envolvía, el pan crujió bajo la presión de la mano de Rosa Burger; lo olió como si fuera una flor; la mujer sonrió de oreja a oreja y por medio de gestos le indicó que podía darle un mordisco. Chicos en guardapolvo eran arrastrados por brucas jóvenes o viejas en zapatillas, que obstruían la acera mientras comadreaban. En algunos balcones los hombres almorzaban en camiseta. Las mesas de afuera de un bar eran diminutas islas alrededor de las que se saludaba la gente con un beso en cada mejilla. Rosa Burger iba en el coche como una efigie a la que llevan en procesión. Fuera de la ciudad, más allá de los viveros de plantas y las fábricas de cemento, la claridad sobre las nuevas hojas de las vides encogidas como inválidos, olivos de copa gris sobrevivían entre las villas, el mar aparecía y desaparecía de curva en curva.

—Me lo dijeron por teléfono, un avión directo *esta noche*, de modo que pensé, Dios mío, tengo que... después me dije a mí misma: deja de liarte... Me alegro de que hayas llegado antes de que se acaben las peras y las manzanas... mira... allí, ¿sabes de quién es esa casa? Allí vivió Renoir.

Una frágil espuma teñida de verde hormigueó sobre árboles ahuecados como copas de vino. ¿Dónde, dónde? La chica contemplaba un día sin mojones. En cuanto algo era señalado quedaba atrás; para la conductora todo era tan conocido que veía lo que ya no era visible. El coche empezó a corcovar por una empinada cuesta de grava entre los discretos parques de bosques ribereños europeos, los costados del camino tapizados de flores cenicientas por el polvo. Como el mar, un castillo aparecía y desaparecía a cada curva.

—Pobrecillos, más latas que peces en nuestro río en estos tiempos, pero siguen intentándolo. En realidad, a veces ves a alguno con un par de pecillos...

De pronto surgió un castillo de libro infantil ilustrado en la cumbre de casas y muros grises y amarillo yema, elevándose desde los bloques de apartamentos que cubrían el valle como inmensos transatlánticos blancos atracados en mares distantes. Toldos pandeados; gente inclinada en actitud ensoñadora dejando pasar el coche a través de sus ojos, una imagen como la del espejo convexo instalado en el cruce sin visibilidad. Las persianas estaban cerradas: desconocidos imposibles de conocer al otro lado. Una mujer en un velocípedo con un chico al que le colgaban las piernas a través del enrejado del portaequipajes se puso a la altura del coche, saludó tambaleante y aceleró, adelantándolas.

—Es la que me limpia la casa. La conocerás el martes, vaya infierno con ese crío, de bebé se meó en mi cama. ¡Para no hablar de cuando empezó a gatear! Se metía en todas partes, mis papeles y mis libros siempre tenían migas de galletas... ¿Tú que opinas? De los niños, quiero decir. Supongo que soy abuela, pero hace tanto tiempo que no trato con... ¿Cuántos años tienes tú, Rosa? Anoche estaba pensando... ¿cuántos años puede tener esta chica? ¿Veintitrés? ¿No? ¿Cerca de los veinticinco? Siete... Dios mío.

Una mujer con su cabellera de oropel al sol se apoyó en un bastón para dejarlas pasar. Un hombre maduro con la barriga desparramada sobre los téjanos hizo un gesto con la pipa; la chica, con una sonrisa de persistencia oriental, mantuvo alejado del coche a un perro de aguas que retozaba a su alrededor sujeto de la trailla: la conductora saludó a todos con la mano sin mirarlos.

—Tu habitación está en lo alto y te advierto que tendrás que subir muchos escalones... pero tiene terraza, en realidad es la azotea de la casa vecina pero me autorizaron a restaurarla. Pensé que te gustaría salir al despertar por las mañanas. A tomar el sol, lo que quieras. Lejos de mí o de cualquiera, un lugar personal. Aunque si lo prefieres puedo dejarte el cuarto más pequeño del primer piso. Bien, ya verás... un embrollo de casa como las demás, toda la aldea es una conejera, cada una está construida contra la siguiente, si mis cañerías no funcionan tengo que ir a la casa vecina para descubrir la fuga... Debes decirme si prefieres instalarte abajo. Pero la habitación que te ofrezco es contigua a la mía; a mí no me importa, pero quizá tu... claro que podríamos cerrar la puerta de comunicación, por supuesto. La de arriba es la que usaba Bagnelli cuando estaba en casa... Debo decirte que murió hace cuatro años. Fueron quince años. En realidad nunca nos casamos, pero todo el mundo...

El coche frenó bruscamente, un antebrazo bronceado con manchas color té se estiró para impedir que Rosa cayera hacia adelante.

—¿No te lo dije? ¡Ya estás aquí! El día y la hora que corresponde. ¡Puros nervios! ¡En qué estado se encontraba Madame Bagnelli por tu llegada! Tuve que correr tras ella con los huevos que se dejó esta mañana en la *épicerie*. A mí no me parece tan impresionante —una voz de hombre con la precisión de un vicario de teatro inglés, y una larga cara imberbe bajo una visera con galones de capitán inclinada hacia la ventanilla.

—Sí, sana y salva... Rosa Burger, Constance Darby-Littleton. ¿Piensas subir la colina a pie?

—Por supuesto que iré andando. Es mi paseo higiénico. Creí que ya todos conocían perfectamente mis costumbres —hendiduras azul noche entre párpados hinchados, sin blancos ni

pestañas, que pasaban de la conductora a la pasajera como los ojos mecánicos empotrados en esos relojes antropomórficos. El coche pasó al nivel de sus pechos de matrona caídos bajo la camisa a cuadros.

En un aparcamiento cavado debajo de los árboles, un Baco joven y gordo, con botas camperas manchadas de cemento, saltó de una furgoneta cargada con tejas y marcos de ventana rotos.

—*Madame Bagnelli* —voces altas e indignadas, risas; no era necesario dominar el idioma para deducir que eran un trabajador y una clienta que reanudaban una larga disputa.

—¡Vino y no pudo entrar! ¡Qué le vamos a hacer! He pensado tantos días para nada... Ahora no lo veré en seis semanas y después de una docena de llamadas telefónicas. Tiene que poner un suelo en mi *cave*, mejor dicho en el hoyo de basura que con un poco de suerte llegará a ser una *cave*. Se llevará todo lo que encuentre allí.

Retuvo el coche con el embrague en lo alto de la espiral donde el camino se bifurcaba ante una muralla. El castillo mostraba ondulantes gallardetes de naciones no identificadas. El coche se anunció con un alegre bocinazo de advertencia al doblar a la derecha. Se aproximaron unas mechas grasientas y un bello rostro de enamorado.

—*Madame Bagnelli* —el hombre separó tres cartas de la saca de correspondencia y se las entregó; se dieron las gracias mutuamente, como si lo hicieran por el placer de hablar su idioma.

Rosa Burger fue presentada por un nuevo nombre, con el acento en la última sílaba: la amiga — ¡llegada desde África!— que recibiría su correspondencia en este domicilio.

El coche giró después de dejar atrás al cartero, hacia un pequeño callejón con pendiente que subía hasta terminar en dobles puertas tachonadas que bloqueaban el paso; estuvo a punto de apearse para abrirlas por primera vez hacia la casa donde le dijeron que dormiría, escaleras arriba, en una habitación con terraza: por el momento no había nada detrás de ese portal con su botón del timbre y la tarjeta debajo de una ranura de plástico, *Bagnelli*.

—¿Cómo la llamo?

—¿Que cómo me llamas?

—¿Debo llamarla Madame Bagnelli o...? —se llamaba Colette, «Colette Swan». «Colette Burger.»

La mujer apoyó los brazos en el volante y de repente se relajó, volvió la cabeza con una expresión de astuta complicidad voluptuosa, encerrándose en la pregunta tímida e intrascendente como una forma inerte pero electrizada que podía cobrar vida con un contacto.

—Katya. Llámame Katya y de tú.

En la puerta había un enorme girasol seco en forma de estrella fugaz y una nota pegada con celo. MADAME BAGNELLI URGENTE y signos de admiración, todo subrayado. La puerta se arrastró chirriando sobre el patio empedrado, un olor a humedad fría y un perfume jamás olido. Cuando la puerta se abrió de par en par y entró la maleta, rozó la cara de Rosa Burger: lilas, auténticas lilas europeas.

—Bla-bla-bla; bla... esto puede esperar. ¿Por qué demonios debo telefonar *nada más llegaré* — la nota voló hasta un cesto de paja—. ¿Quieres subir directamente? No... Entonces dejemos todo por aquí. Tengo un poco —atmósfera multicolor, frondas fuera de foco y un horizonte marino que se balanceaba en los paneles de cristal irregulares—, sólo un poquitín de algo preparado —la puerta de cristales se abrió de golpe, la recién llegada salió a una frondosa repisa de sol, ofrecida al mar de mediodía entre el cielo y terraplenes de pequeños árboles oscuros decorados con naranjas. Olió a gatos y a geranios. Las primorosas villas de juguete de los muertos en un escarpado cementerio atraían sobre sus fachadas la luz que despedía el mar. La sintió en las mejillas y en los párpados. Vi... vio una grieta en un recipiente blanco, que en realidad era una fila de hormigas, un diminuto bote que hacía una muesca del tamaño de una uña en las aguas, vio la vena varicosa serpenteando en la corva de la ex bailarina cuando dejó sobre la mesa la bandeja con la botella de champagne en un cubo.

Bebieron apoyadas en la balaustrada, grandes espacios de mar abierto que absorbían el ventoso

tartamudeo de las motos y el zumbido de los engranajes de camiones, música y voces entremezcladas, desde otras terrazas y balcones. De vez en cuando llegaba un tintinear a Rosa Burger: una vez la repentina carcajada burlona de un hombre, el ladrido de un perro que tiene a un gato acorralado, el grito de una mujer llamando a alguien que se alejaba en coche. Todo chocaba suavemente contra ella; la palma de su mano sintió el frío inane de la copa y su lengua el frío vivo del vino. Se sentaron en sillas inclinadas, con los pies en la balaustrada, entre cascadas de geranios y adormiladas plantas crasas con grandes abejas europeas a rayas. La mujer bajó el talón de las alpargatas y pasó el arco de su pie descalzo sobre la cabeza y el lomo de un gato de la isla de Man. (No es mío pero le gusto más que su dueña.) Una vez fuera de las botas, los pies de Rosa se sintieron libres de opresiones y marcas; se arremangó los téjanos hasta la rodilla. La mujer le estaba contando la historia de la aldea, con la satisfacción de quien se proyecta a sí mismo en la impresión que debe causar a quien nunca ha visto nada parecido.

—Una nobleza de señores que vivían del robo, desde las cruzadas hasta los casinos, un señorío feudal, digo soberanía... éstos no eran reyes —rieron al unísono, como mujeres en el serrallo—, la explotación feudal —los términos salían a la manera en que un antiguo soldado usaría las pocas frases que recuerda de una campaña en el extranjero, cuando encuentra a un nativo de ese país— hasta los tiempos de la revolución francesa. Ese inmenso jardín con cipreses e higueras, a nuestras espaldas, debajo del castillo, tienes que haberlo visto desde el coche... era un monasterio. La casa de mi amiga Gaby Grosbois forma parte de las pocilgas de los monjes. Pero después de la revolución los nuevos empresarios industriales y hombres de negocios compraron estas propiedades de la iglesia por nada y las usaban como casas de campo, vivían como aristócratas. En estas latitudes, durante nuestra guerra la Resistencia tenía sus cuarteles generales en los sótanos. Oirás todo tipo de relatos, les encanta que aparezca alguien que nunca los ha oído... todos fueron héroes de la Resistencia, si les crees... pero hace pocos años, todavía vivía Bagnelli, no, fue poco después... iban a convertirla en hotel, un actor estaba interesado en hacer la inversión. La operación no prosperó. Ahora pertenece a un traficante de armas, aunque nunca aparecen por aquí, nadie los ve... el viejo matrimonio Fenouil cuida el jardín. Los señoríos cambian de nacionalidad... ahora son los japoneses quienes compran grandes propiedades por aquí; los norafricanos son los siervos que hacen los caminos y viven en sus *bidonvüles*... ilegales. Y la gente como yo —riendo— logra sobrevivir en una situación intermedia —el gato seguía deslizándose bajo el pie arqueado—. Imagino cómo te habrán criado —los ojos cerrados y sonriente, echó la cabeza atrás un momento para que el sol le diera en la cara—, pero aquí te olvidas de las categorías de utilidad social... Dios mío, nadie entendería de qué demonios estoy hablando. Aunque por otro lado supongo que te sorprenderá ver que cualquiera hace cualquier cosa; nada se considera indigno —en un movimiento de vaivén el gato se dejaba rastrillar por las uñas de los pies pintadas de castaño—. A veces cocino para los norteamericanos, en verano, conozco la clase de comida francesa que les gusta. Solvig me paga para que le pase la aspiradora a los libros y para que guarde en cajas su ropa de invierno una vez al año. Es amiga, pero como viuda de un importante editor noruego, tiene mucho dinero y por lo tanto... Atiendo la ferretería local las dos semanas de enero que todos los años se toma la propietaria para ir a esquiar. Un agujero pequeño y frío donde se venden rollos de papel higiénico y platos de plástico... cuando los franceses se concentran en ganar dinero ni se les ocurre proporcionarse comodidades. Otros amigos, un pintor griego y su novio, trabajan en el hipódromo cuando empieza la temporada. Pero allí no contratan mujeres. También remiendo muebles viejos... «restauración de antigüedades» suena más elegante, ¿no? A veces tengo la oportunidad de dar clases de inglés... y enseñé danza en el Hogar de Juventud hasta que me puse tan gorda que las tablas del suelo crujían.

—¿Y tu marido? ¿Qué hacía?

—¿Bagnelli? —un largo a-a-a-a-ah, divertido, en lo tocante a cuestiones que ni siquiera podían explicarse en la fácil lucidez del vino y el buen tiempo en una comprensión mutua de media hora—. ¿Sabes qué era cuando lo conocí? ¡Capitán de la marina francesa! En Toulon. Pero aquí hizo montones de cosas costa arriba y costa abajo: comerciante en vinos, en una ocasión carreras de

automóviles, una mina de estaño en Brasil... ¡cielos! y siempre yates, yates. Tenía participación en los beneficios o eso le prometían. Los botaba para otros, incluso los diseñaba...

—Yo compartí una casita con alguien que pensaba dar la vuelta al mundo. Pero ver cómo construyen un yate en un patio, a seiscientos cincuenta kilómetros del mar...

—¿Tú? —la mujer sonriente se permitió mirar a la chica tal como deseaba desde que la conoció en el aeropuerto.

Disolviéndose en el vino y en el placer de los aromas, paisaje y sonidos que existían por su cuenta, sin relación con nada ni con nadie, la sensación que Rosa Burger tenía de sí misma era ociosamente objetiva. El mar, la sangre que palpitaba suavemente en sus manos colgadas de los brazos de la silla, el tiempo únicamente como el reloj de sol de las sombras que avanzaban por las paredes, todo imbricado sin bajamar ni pleamar, sin distinción de lo interno y lo externo.

—...es como alguien encarcelado. Todo lo que podría ser o hacer... pero no funcionó. Encerrado. Sin acceso al mar.

—¿No viste su botadura? Cuando se deslizan en el mar... sí, es maravilloso, como si cobraran vida... yo solía llorar —la mujer adquirió una brillantez líquida en los ojos, un atractivo del pasado. La carne perfectamente lubricada y bronceada entre sus pechos se arrugó brillante bajo la presión de los brazos cruzados, como una piel que forma un líquido refrescante y graso—. Dime... ¿me conocías? O —una sonrisa considerada de la chica—, o... te diste cuenta de que yo reconocí quién eras tú y entonces... Quiero decir si alguna vez viste una foto...

—Cuando revisé las cosas de Lionel. Había una o dos tomadas en Inglaterra y en Rusia. Maldición, tendría que haberlas traído. Las de la Unión Soviética se reconocen de inmediato, aunque el fondo no dé ninguna pista. Lo mismo ocurría con las de mi madre. ¿Conoces a Ivy Terblanche? ¿A Aletta?

—Las conocí a todas, a todos ellos. ¡Hace tanto tiempo!

—Mi madre con Aletta en una estación ferroviaria, con ramos de flores. Enseguida notas cuáles son las rusas... Todos vosotros parecíais tan exaltados.

—Sí, sí —una risilla que fue un lamento—. Como admiradores de una estrella pop. Venga, nos repartiremos la última gota. Aunque ya está tibio y el champagne tibio emborracha —se sentó con las rodillas separadas, olvidada de su barriga—. ¡Moscú, Moscú, Moscú! Hice una prueba con el Maryinsky. Eran unos tiempos maravillosos. Demasiado tarde, demasiado vieja, diecinueve o veinte y ya perezosa... pero se encapricharon con nosotros y lo pasamos muy bien. Sus fiestas duraban toda la noche; después exhalabas vodka como un dragón. Tuve que pedirle a la criada del hotel que cambiara las fundas de las almohadas... despedían vapores de vodka a causa de nuestra respiración. Nos perdimos sesiones enteras del maldito Congreso... bueno, una sesión entera. Lionel, ese padre tuyo —una pausa, auténtica o fingida, de incredulidad, mirando a la chica tendida en la silla—, les despachó un cuento convincente, explicó que habíamos estado levantados toda la noche preparando notas para un comité, en bien de la reputación del Partido. Te pareces a él. A pesar de los ojos. Tú no puedes darte cuenta porque piensas en él tal como es... como era. Pero en Moscú... lo veo cuando te miro. Cuando una ha vivido con diferentes hombres, vivido mucho tiempo, como yo, olvida pronto cómo eran realmente. Cuando te escribí después de su muerte, yo veía una figura pública... Mirándote a ti lo veo a él porque aquí está como realmente era en Moscú. Igual a tu padre... pero creo, diría, después de estar contigo exactamente... ¿cuánto? Una hora y media, después de tan larga relación, mi querida Rosa, yo diría que eres más tu madre. Sí. No la conocí bien... aunque en el Partido «todos dormíamos en el mismo colchón» (nunca lo olvidaré: una vez alguien nos escandalizó diciéndonos eso, alguien que había sido expulsado, *naturalmente*... Jamás olvidaré semejante blasfemia contra los camaradas). No podía conocerla bien... ella era muy joven. Debió de ser alrededor de 1941. Tu madre era, a simple vista, mi idea de una auténtica revolucionaria.

Estaba observando a la hija de Cathy, la chica sonreía rechazando con lánguida fascinación el juego de una atención que enseguida se desplazó.

—¿Yo con sombrero de campaña? ¿Calado hasta las cejas? Dios mío... —en cuclillas, las

rodillas separadas como si estuviera sentada en el inodoro; nada en esta mujer revelaba la cara de mono tití que asomaba entre un sombrero de piel y un cuello de piel, los zapatos pequeños y puntiagudos junto a los de Lionel Burger al otro lado de la puerta del dormitorio del hotel. Risas y chácharas de espaldas o de frente, la figura sólida y ampulosa entraba y salía, preparando comida, entre habitaciones imprecisas y oscuras con objetos aún no vistos más que como formas, y el resplandor, el dulce murmullo de la aldea, en la terraza.

La inocencia y la seguridad de estar abierta a vidas cercanas era la emoción a la que se agregaba el champagne y más vino, bebido durante la comida. Todo el entorno de Rosa Burger, sólo tamizado por tracerías de verdor y ángulos de casas, gente comiendo o charlando, acariciándose, cumpliendo tareas... un hombre cepillaba madera y una pareja discutía, el susurro de voces tan poco amenazadas por la revelación como el crujido de las virutas al arrollarse. Gente que no tenía nada que ocultar, nadie a quien eludir, despreocupados de la intimidad por su abundancia: dejándose estar. La comida era deliciosa y despertó un nuevo placer: el de la gula. Rosa Burger no sabía que era capaz de comer tanto, pero el gato de Man olisqueó las espinas de pescado fragantes de hierbas como una oferta cotidiana. Llegó una inglesa con el sombrero ceñido, el pañuelo de gasa y los guantes de quien se mantiene a la altura de un nivel pasado. Se anticipó a la posibilidad de no ser bien recibida adoptando el aire de quien tiene en mente cuestiones más importantes que la invitada de su amiga, y mostrándose demasiado atareada como para que esperasen que se quedara.

—Tengo una cita en el banco.

—Ya sabes que el banco no abre hasta las tres. Venga, Alice...

—No se trata únicamete del banco. Tengo montones de ocupaciones.

—¿Por ejemplo?

—No te entrometas en mis asuntos, Katya.

Madame Bagnelli rió mientras servía el café.

—Si tuvieras alguno me moriría de curiosidad. Aquí tienes, Alice, tal como te gusta, fuerte y en una taza fina. Vimos a Darby camino de su almuerzo líquido.

—¿En el bar que venden tabaco?

—No, en la colina.

—Ah, sí. Debió de bajar a la *aide sociale* por la cuestión de su renta.

—Imposible en martes. Las entrevistas son los jueves.

—¿Qué día es hoy? ¿Estás segura? Entonces es probable que haya ido a la clínica. Nunca dice nada cuando algo anda mal. Le gusta pensar que no es de carne y hueso como los demás. Pero sé muy bien que se queda sin aliento en las escaleras. La oigo cuando pasa por mi puerta para ir al segundo piso.

—¿Y a quién más vi antes de ir al aeropuerto? A Françoise. Sí a Françoise *sin* Marthe, tratando de decidir si compraba sardinas a cinco francos el kilo. No me vio.

—Marthe está en Marsella. ¿No lo sabías? Se ha ido por tres días. Vino a averiguar si queríamos que nos trajera algo. Darby pidió esos granos de pimienta verde que probamos la última vez.

—Probablemente me telefoneó. He estado entrando y saliendo... por la llegada de Rosa. Pero aquí se consiguen, ¿para qué molestarla?

—No de Madagascar.

—Sí, de Madagascar. En la tienda de atrás de correos. Sí, allí mismo, la tiene Monsieur Harbulot. *Exactamente* la misma, te lo aseguro.

—No estoy tan segura, ¿has visto a Georges?

—Han ido a Vintimille a comprar zapatos. Y a un lugar donde consiguen su aceite de oliva. A Manolis no le gusta ningún otro.

—Pues es afortunado si Georges puede darse el lujo de satisfacer sus caprichos, eso es todo lo que te digo.

—Donna y Didier fueron con ellos.

—¿Para qué?

Madame Bagnelli recurrió a su invitada para confirmar lo absurdo de la pregunta.

—Para pasear. Para divertirse.

—Está estropeando a ese muchacho como hizo con los demás. Ya verás.

Una voz francesa vibró en la casa como un cuco atrapado. Entró otra mujer y prosiguió en francés el mismo tipo de conversación. La primera se detuvo en la puerta para hablar cinco minutos más.

—Bien, espero que disfrutes de tus vacaciones o lo que sea. ¿Darby la conoció esta mañana?

—Por supuesto, la vio un momento. ¿Por qué?

Con la inglesa apenas fuera del alcance del oído, Madame Bagnelli empezó a explicar:

—Quería ser ella la que le dijera a Darby que había conocido a la chica en casa de Katya. ¡Habrás visto!

Lo repitió en francés; ella y la francesa rieron tanto que sus risas taparon todos los comentarios. De vez en cuando la francesa intentaba conversar en inglés.

—Pero tú también tienes un hermoso sol, *éh...* ? El tuyo es un país maravilloso. Lo sé. Me gustaría ir, pero... —la francesa puso la expresión encantadora de una mujer veinte años más joven y se frotó el índice con el pulgar.

Las dos mujeres desembocaron en una charla acerca del dinero, serias y con contracciones nerviosas alrededor de la boca, haciendo cálculos en los que Rosa sólo entendió *milles* y *cents* separados por guiones que formaban eslabones tal como hacían las abejas embriagadas alrededor de los posos de vino. Había aparecido un joven; Rosa alejó la silla del sol y descubrió las almenas del castillo allá atrás, contra el cielo, las banderas luminosas como vidrios de colores, y en el interior de la casa, en la quietud sombreada, notó que uno de los objetos se separaba y adquiría forma humana. Lo vio escuchando a hurtadillas antes de ponerse en evidencia. Afuera, a la luz de la terraza, cayó sobre ellas descalzo, ceñido en unos pantalones blancos que le llegaban debajo del ombligo, el pecho desnudo. Dos manos morenas pulidas por el agua taparon los ojos de Madame Bagnelli; ella pareció reconocerlo al instante.

— ¡Pero tú estás en Vintimille! ¿Qué ha ocurrido?

El se inclinó y la besó; luego, ceremoniosa y pausadamente, se inclinó ante la cara de la francesa. Después que la besara, ella le cogió la cara con ambas manos y dijo algo cuya cadencia era de idolatría y admiración, libidinosamente maternal.

—¿Qué haces aquí? ¡Didier!

Se apoyó en la balaustrada, delante de su público.

—No fui —en el rostro muy bronceado, las ventanillas de la nariz tenían la crudeza rosada de quien ha estado buceando.

—¿Y Donna?

—Ella fue.

—¿Por qué, Didier?

La francesa habló de la oportunidad perdida, dijo que las cosas eran mucho más baratas al otro lado del límite de Vintimille. ¿No había visto la chaqueta de cuero que Manolis compró el invierno pasado?

— ¡Didier! ¿Qué has hecho a solas todo el día?

—Pescar —comentó—. Con arpón. No se necesita a nadie más para hacerlo.

Fueron presentados pero él no se dirigió personalmente a Rosa Burger. Las preguntas y comentarios de las mujeres lo adulaban; de hecho, no se dirigía personalmente a nadie, viéndose a sí mismo en la división de los demás, como si se mirara en un espejo. Recorrió decididamente la mesa entoldada, encontrando bocados que comió deprisa, y después se lamió los dedos. No aceptó las ofertas de ir a buscarle algo más para que comiera; limpió la ensaladera mojando pan en el aceite, se sirvió queso envuelto en paja, con cierta destreza profesional. Sus empañados ojos azul oscuro debajo de unas pestañas tan largas que parecían arrastrarse sobre sus mejillas, masticando, siguió el retorno de la conversación de las mujeres al tema de los impuestos. De vez en cuando aportaba una

objección, alguna corrección; ellas protestaban. Eructó, se golpeteó los músculos del chato vientre, pasó sus finas manos por los suaves pectorales. Ellas rieron.

—Igual que ese gato, Didier. Viene a buscar golosinas y se larga con paso majestuoso.

Volvió a abrazar a las mujeres, meciéndose graciosamente de una a otra. Se despidió de la chica en un inglés empleado a la manera indiferente de un idioma habitual, aunque con marcado acento francés y ligero acento norteamericano.

—¿Cuándo volverán?

La voz llegó antes del portazo:

—¿Cómo puedo saberlo?

—¡Qué travieso! ¿Por qué estás enfurruñado? —gritó Madame Bagnelli descaradamente, riendo fuera del alcance de su oído.

Hizo piruetas y brincó, se abalanzó sobre la mesa y recogió los platos vaciando abejas y restos de vino entre las jardineras. La francesa se fue. Limpiaron los restos de comida, rezagándose en el fresco salón para hablar, la voz de Madame Bagnelli revoloteando sin cesar desde la nevera, en la cocina o repentinamente sentada en un pequeño sofá, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, en una postura de ballet. Su huésped había abierto la maleta para sacar los regalos que forman parte del ritual de los viajeros. La chica los observó con gran cuidado ahora que habían encontrado a su destinataria. Elecciones impersonales para una desconocida, podían dar la impresión de ser para *cualquiera*, regalos de aeropuerto intercambiables que ella misma había recibido todos los años que permaneció en el país. Sólo uno sugería a un ser imaginado, la afirmación de una relación que podía no existir o no ser bien acogida: un collar de dos vueltas, de carretes de madera hexagonales, finamente tallados, separados por abalorios baratos, comunes y corrientes.

La mujer lo observó, arrollado en sus manos; miró rápidamente a Rosa Burger, otra vez al collar, separó un abalorio de un carrete.

—Veremos con qué están ensartados. Cómo se llama... esa palmera... *Hala*. Hebras de hala torneadas haciendo rodar las fibras arriba y abajo en el muslo desnudo. He visto cómo los hacen, ¡Mira, no es algodón! Hala —se enorgulleció al verificarlo, se identificó a sí misma—. Y la madera... no me lo digas, espera... —la hija de él estaba allí, delante de ella—. Tambuti. ¿Sí? ¡Esa fragancia! Es Tambuti.

—Creo que sí. Son las cosas que usan las mujeres hereras. Hay una tienda... muy rara vez se encuentra algo.

—Nomihí. Ya ni siquiera los afrikaners la llaman Sudoeste, ¿no? —se paseó por el salón estudiando la disposición de una extraña cabeza de Cristo sobre cuero repujado con dorados escamosos, con ojos rasgados de mirada fija; un cuadro en el que se veía a una chica desnuda con una anguila u otro monstruo marino mutilado a su lado; una enorme llave de hierro; mellado por la edad y un antiguo fervor que lo había separado del todo, un fragmento de un rígido santo de madera que levantaba su mano plegada y con un dedo en posición vertical sobre la chimenea. Colgó el collar del brazo de un portavelas ahora marmóreo con su lava de cera—. Mientras no lo use quiero gozar contemplándolo.

—Fue anteaer. Pensé que te gustaría... —Rosa Burger vaciló antes de deshacerse del periódico sudafricano junto con las envolturas arrugadas, el mismo que asomaba de su bolsa cuando la mujer la divisó.

—Dios mío. Tantos años... —Madame Bagnalli se hundió en el asiento, dejando el diario al alcance de la mano—. La misma cabecera... En la cocina encontrarás un par de gafas. Probablemente en el estante donde está el molinillo de café... encima de la nevera o *dentro* de la nevera. A veces saco algo y las guardo sin... —se burló de sí misma llevándose un dedo a la sien—. Todavía estabas allá. Apenas anteaer —miró a Rosa Burger como a alguien en cuya existencia no podía creer. La hija de él inclinó lentamente la cabeza: estaban juntas—. ¿Es la primera vez que sales?

La cabeza floja, abriéndose camino, apartándose en la suave confusión del vino que había originado todo eso.

—Nunca.

—Por supuesto. *Nunca*.

—Y tú nunca volviste.

La mujer apretó los codos contra el cuerpo, se meció amorosamente, los puños juntos bajo el mentón, el periódico caído.

—No me habrían admitido. Nunca.

Se levantó de un salto sobre sus pies de planta ancha; su equilibrio y su agilidad contradecían su corpulencia.

—¿Podemos hacer diabluras? Tendremos que subir la escalera colgadas del rabo, como los monos.

Apenas había lugar para que pasara entre pared y pared, con una gruesa cuerda sedosa, un accesorio teatral, bordeando una de ellas en vez de un pasamanos. Mientras la guiaba iba explicándole cómo extraer alguna excentricidad al grifo de agua caliente del cuarto de baño; resollaba alegremente.

En lo alto había una habitación con diferentes matices de luz. La claridad rebosaba contra el techo; más abajo, diseños y formas apenas definidos. Un gran jarrón con lilas, aroma a melocotones vellosos en un cuenco, un espejo sin brillo, baratijas femeninas en frascos, cepillos, una pequeña pantalla de tafetán con encajes para las intimidades sociales, una silla larga de mimbre para leer poesía y revistas elegantes, una cama baja y amplia para recibir a un amante. Era una habitación preparada para una persona imaginada. Una chica, una criatura cuyo sentido de la existencia se centraría en su nariz enterrada en flores, zumo de melocotones chorreando por la barbilla, la cara cuidada en espejos, la mente ensoñadoramente dispersa, el cuerpo buscando placer. Rosa Burger entró, yendo hacia la posesión de esa imagen. Madame Bagnelli, sonriente, halagadora, notó que su invitada estaba un poco achispada, como ella.

De haber sido negra, al menos mi color habría indicado que provenía de África. Incluso a trescientos años de distancia, que era una negra norteamericana, pero allí nadie podía saber de dónde vengo, Nadie en París... excepto mi prima, naturalmente. La hija de tía Velma y tío Coen con quien comparto el nombre de nuestra abuela. Ella estaba en París vendiendo naranjas sudafricanas en alguno de esos edificios que se ensanchan como una proa desde las estrechas perspectivas donde se unen dos calles en forma de V, la única noche que di un paseo. Podría haber buscado la dirección de la junta de Frutos Cítricos en el listín. La *boerevrou* [ama de casa granjera. (*N. de la T.*)] con el broche que indicaba cuál era su grupo turístico y que iba a mi lado en el avión, observó mientras charlábamos en nuestro idioma que es lamentable que los afrikaners no viajemos más. Pegados a la tierra, dijo. Es cierto, por una razón u otra. Ella a los cuarenta y tres (me confesó) y yo a los veintisiete (me lo preguntó) íbamos a Europa por primera vez.

Sabía a través de los libros y de conversaciones con gente como Flora y William que me encontraba en el barrio donde iban los turistas porque allí habían vivido pintores y escritores del siglo diecinueve cuyas vidas y obras se popularizaron románticamente. Ahora miles de estudiantes parecen ocupar sus cuartuchos de hotel y guaridas; rubios y gitanos en un alarde de pobreza que los pobres se empeñan en ocultar, van con sus botas de pescadores o descalzos entre la multitud, mientras en la granja de tío Coen la gente guarda los zapatos para los domingos. Chicas y muchachos cuya época es la mía, discuten a fondo sus vidas con la misma naturalidad que los relojes hacen tictac, pagando diminutas tazas de café al precio de una bolsa de harina de maíz, bebiendo vino ataviados como guerrilleros que sobreviven en el monte con un vaso de agua por día. Sombrías escaleras, pequeñísimos balcones inclinados, infinitos palomares de buhardillas casi todas a oscuras: todos están en la calle. Caminé por donde ellos caminaban, giré donde ellos giraban, acompañando a éstos o a aquéllos durante unos metros o una manzana. Se encontraban y besaban, se besaban y se separaban, comían delgadas crepés hechas en un puesto resplandeciente como una fragua, compraban periódicos, se pavoneaban para ligar. Si bien los estudiantes no siempre son reconocibles, sin duda había otros que se vestían como si lo fueran, e incluso otros que deseaban que los tomaran por la idea que tenían de cómo eran los modelos, actores, pintores, escritores, directores de cine. ¿Cuáles eran empleados y cuáles camareros en sus horas libres? No podía saberlo. Sólo los putos profesionales, maquillados y lo bastante altivos para estremecer e intimidar a los clientes en perspectiva, son lisa y llanamente lo que son: hombres que conservan la insignia sexual de lo femenino, criatura extinta en las preferencias de los suyos. Uno se paseaba arriba y abajo delante del café donde yo estaba sentada con la bebida que había pedido. Usaba un abrigo largo de ante color verde suave, abierto en su diagrama desnudo y rodeado por un cinturón plateado, con su rostro de una belleza inhumanamente estilizada en la expresión de un ser mitológico. Si yo hubiera sido hombre me habría acercado sólo para ver si de su boca salían palabras como las de cualquier ser común y corriente.

El Boulevard Saint-Michel era mi mojón para volver al hotel con su vestíbulo adornado de dorados y cristales y la habitación del tamaño de un armario para ropa vieja con el bidet que olía a orina. Seguí deambulando por calles laterales hasta ver gente arremolinada en las suaves luces de colores de pequeños restaurantes y casetas con brillantes dulces pegajosos y brochetas de carne lívida. Debajo de los caídos edificios abultados de este país de calles entremezcladas había una especie de bazar oriental, más parecido a la idea que yo tenía de un zoco, donde tampoco había estado nunca. Música de bouzouki entretejida por encima de las cabezas de gente que formaba sociales colas ante pequeñas salas cinematográficas cavadas en edificios ya existentes. Las calles adoquinadas y de nombres hermosos estaban cerradas al tráfico; desde el empinado extremo de una

que se llamaba Rué de la Harpe, una multitud retrocedió para formar un círculo abierto en el que vi a un hombre de cuya boca saltaban llamas que se enrollaban en una feroz proliferación de lengua. Me vi llevada hacia la multitud, lentamente masajeadas por movimientos de hombros. Todavía había cabezas delante pero logré ver al hombre con sus ansiosos ojos de circense evaluando al público mientras se convertía en un dragón con un trago de gasolina y un leño encendido. Brincaba en mi fragmento de visión entre collares, cuellos y cabelleras. Estaba encerrada en este afable apretón de desconocidos que no eran una turba pues no les unía la hostilidad o el entusiasmo, sino una leve curiosidad y la disposición a ser entretenidos. No pude seguir avanzando fácilmente hasta que decayó su interés, pero el enclaustramiento no era claustrofóbico. Nuestras cabezas estaban al aire libre de una noche de color melón verdoso; sostenida por esta gente que murmuraba y reía en su rápido, despectivo y coqueto idioma, miré los tejados y cañones de chimeneas y antenas de televisión tan negras y afiladas y unidimensionales que parecían tocar las notas de un compás metálico y ser tragadas por los cielos parisinos. Cercana a estos cuerpos me sentía cómodamente ignorante de la individualidad, y sabedora de que no me conocían individualmente al instante experimenté la ligera y veloz intimidad de un movimiento sólo a mí dedicado. Con la misma rapidez mi mano bajó hacia esa especie de caricia; apreté —mientras se deslizaba entre la aleta de mi bolsa en bandolera y mi cadera— una mano.

La aferré con firmeza.

Los dedos apretados se extendieron en vano y los nudillos se inclinaron hacia adentro a través de la palma hasta la curva de mi sujeción, imposibilitados de cerrarse en un puño. El brazo de encima de la mano no podía liberarse de un tirón porque estaba apretado hombro a hombro con el mío, el cuerpo al que pertenecía el brazo estaba contra el mío.

Todavía unida a esa mano que no veía, me volví para enfrentar el rostro de aquel a quien debía pertenecer. Entre esa muchedumbre de desconocidos en esta ciudad de Europa, entre franceses y escandinavos y alemanes y japoneses y norteamericanos, ojos azules y rizos rubios, palidez latina, libaneses letárgicos y fogosos griegos, el viejo vietnamita de cutis terso y cráneo delicado que pasó a mi lado inadvertido, los árabes con cascos de flexible pelo oscuro, labios pardo claro y un color rosa casi escocés en los pómulos a quienes había identificado escuchando su farfalleo de oráculo en las calles por donde anduve... entre todos ellos un negro había sido codeado, empujado, hasta situarse a mi lado. La cara era joven y tan negra que los ojos, separados en aberturas tensas, eran todo lo que podía distinguirse en él. Globos oculares de ágatas en los que se rastrean diluvios y cataclismos volcánicos; los pequeñísimos vasos sanguíneos se adherían al blanco en la forma fosilizada de un helecho. De no haber sido negro habría tenido el mismo aspecto que todos los demás: escéptica o aburridamente absorto en el espectáculo del tragafuegos. Pero esa cara no podía negar la mano en anónima confesión con rostros similares. Era lo que era. Y yo era lo que era, y nos habíamos encontrado. Al menos así se me apareció esta consabida cuestión del carterista y su víctima, eso es todo, nada salvo una estúpida turista con una bolsa, que merecía ser descubierta.

Una punzada movió un músculo junto a la nariz recta y ancha. Fingí ser inocente de contemplar la cara de un desconocido. El llevaba alrededor de su cuello negro y delgado una cadena con granos semejantes a guijarros, de la que colgaba un diente de animal latiendo al ritmo de su corazón, una de las baratijas de mi tierra que durante el día había visto vender a negros como él, collares de granos, toscas máscaras y billeteros de víbora, produciendo tamborileos del África Occidental en las Tullerías, para atraer clientes. Oí o sentí caer algo. Le dije... no sé qué le dije y fue en inglés, por supuesto, o tal vez en afrikaans (porque ése era el idioma que había hablado en el avión y mi lengua seguía acoplada a ese centro del habla). De todos modos no me habría comprendido, aunque no hubiese estado ensordecido por el miedo, porque no le hablé en francés ni en fulani o lo que fuera que tenía significado para él. Y si hubiese apelado a la gente que nos rodeaba... tampoco habrían comprendido. Yo no conocía el francés, no tenía las palabras necesarias para explicar esa mano en la mía.

Lo solté. Lo dejé ir. No podía correr.

De algún modo logré agacharme y palpar en busca de mi monedero o mi cartera con *traveller's cheques* o mi pasaporte. Entre una multitud de pies encontré una pequeña libreta negra; él había tocado cuero e intentó robarme la libreta de direcciones en la que, de cualquier manera, estaba adiestrada para no apuntar nada más valioso que direcciones de hoteles y de oficinas del American Express. Seguíamos cerca. El miedo que me tenía se combinó con una presencia de confabulación y desdén; porque si no lo había denunciado mientras lo tenía sujeto, ahora que lo había soltado nadie me creería. Era un secreto entre nosotros en medio de los demás; nos encontrábamos en una posición ridícula, hasta que muy despacio —no podía darse prisa como un ladrón— dio la impresión de que volvían a empujarlo, a llevarlo a la deriva, en un movimiento de hombros que se mecían en una aspiración de décima mano, alguien con una chaqueta que alguna vez fue color ciruela, con el corte que aquel día había visto en un joven francés vestido como creía que vestían los ricos y prósperos.

Fui vía París para no implicarte: la primera esposa de mi padre. Brandt Vermeulen no pensaba en ella cuando se cercioró de que entendía de quiénes debía mantenerme alejada. Sin embargo, nadie que haya estado alguna vez relacionado con mi padre será borrado de la lista de sospechosos que nunca se anula. Si a alguien se le ocurría que suya era la aldea, la casa, la persona a quien yo me dirigía cuando me dejaran salir... ¿Pero quién la recuerda?

Me siento como un asno entre ellos: pensando cómo di con esta gente que sólo conoce esas tácticas a través de sus *policien* de televisión (las viejas lesbianas son adictas); para quienes bajar a la panadería es un acto social mediante el cual todos los demás saben a qué hora se levantaron a desayunar, y cuyo contacto con la policía es un intercambio de habladurías acerca de la verdadera historia del atraco a mano armada a un banco de Niza, mientras charlan con sus pernodts de mediodía en la barra de Jean-Paul. Fuera de lugar: no yo, yo misma, han asumido mi vida como propia, me han aceptado. Fuera de lugar mi forma de llegar, que aquí apenas se ajusta a la necesidad ni a la realidad. La primera esposa de Lionel Burger. No te encontrarán en Madame Bagnelli, en su Katya. Noté que la particular forma de bautismo mediante la cual recibió ese nombre volvía a ella cuando le pregunté, el primer día ante el portal (antes de haber visto mi encantadora habitación, este fresco campanario de casa donde sus voces repican), cómo debía llamarla. Para ellos eres Katya porque en una pequeña comunidad de diferentes y a veces oscuros orígenes europeos mezclados con los nativos, los diminutivos y adaptaciones de nombres son una cariñosa *lingua franca*.

Supongo que para ellos el nombre te sitúa vagamente entre los rusos blancos. Como el viejo Ivan Poliakoff, cuyos cuentos de amor dactilografías a cuatro francos la página. Cuando lo conocí, estando contigo en la aldea, me besó la mano levantada en una de las suyas, tan frágil que sentí bombear la sangre lentamente a través de las venas. Pregunto de qué tratan sus relatos. Es tan anciano que resulta inimaginable que recuerde cómo era... el amor, el sexo. Me dices que le has sugerido que escriba historias románticas acerca de las aventuras de condes y condesas, aristócratas rusos, utilizando el escenario de las grandes propiedades campestres donde pasó su infancia.

—Al menos el ambiente sería algo que conoce. Pero no, sus personajes son hinchas a las que ligan actores del cine norteamericano en el Festival de Cannes, o adolescentes heroinómanos que son salvados por devotos cantantes pop. El cree haber aprendido el vocabulario en la tele... es inútil, así salen sus manuscritos. ¡Después espera que yo baje mi tarifa a tres francos!

Aquí la gente ignora que estoy tan alejada de la vida joven que pupula alrededor del Festival de Cannes como del anciano conde ruso que no quiere confesar su edad.

—¿Qué es un hincha?

Las quejas de Katya sobre Poliakoff se transforman en una representación que improvisa en medio de nuestras risas.

—Mira qué letra. Se necesita un experto en códigos para desentrañar y diferenciar sus G de sus E... un cortaalambres y una lupa. ¿Podéis creerme? Sus B son como esas anticuadas paletas para alfombras... y para colmo escribe en la cama, de noche, después de ponerse emplastos en la cara. ¡Tendríaís que verlo! Todas las páginas con manchas de leche de pepinos o yogur y yema de huevo o lo que se le ocurra inventar. A veces yo misma agrego una oración de relleno, «Delphine esnifa cocaína en el viril sobaco de Marcel», y él no nota la diferencia... aunque con toda probabilidad ve que he mejorado la cosa y es demasiado celoso para reconocerlo.

—Sea como fuere, ¿qué es un hincha?

—Una de esas chicas que siguen a los cantantes y actores. Que les arrancan la camisa. O que se limitan a idolatrarlos con la mirada fija... el elenco de Ivan.

Río con *su Katya* como las adolescentes en la escuela, que estaban en esa etapa mientras Siphon

Mokoena nos mostraba a Tony y a mí el agujero de bala en la pernera de sus pantalones y yo corría de un lado a otro para visitar la cárcel, la primera cárcel, donde estaba mi madre. La cabeza de Cristo con aspecto oriental que está a medias pintada y a medias estampada en cuero es un regalo de Ivan Poliakov: el primer icono que he visto en mi vida. Me llevaste a una exposición de Cristos famosos prestados por el Hermitage de Leningrado; transmitían cantos gregorianos mientras pasamos toda la mañana contemplando la cara del pálido y atezado proscrito. Me dijiste que era tan hermoso que hasta podrías creer en él. En algunos ejemplares su corona de espinas estaba salpicada de gemas rojas que, supongo, representaban la sangre. Una pareja ataviada de beige y blanco, cuyas ropas de seda sugerían que eran usadas una vez y después tiradas, examinaban de cerca los rubíes y granates, en silencio, ella con un par de gafas de media luna, pasándose el catálogo entre sus manos suaves y pulcras como guantes nuevos de cabritilla, cargadas de oro. Detrás de nosotras venía un joven americano con un brazo en la nuca de su mujer, un bebé en un asiento que cargaba en la espalda y un niño de cinco o seis años tomado de la otra mano. Mostró al chiquillo la máscara cristiana que representaba el sufrimiento del mundo, de igual manera que las máscaras japonesas representaban diversos estados del ser en el teatro.

—Mira Kimmie, ése es nuestro Señor, probablemente mucho más parecido al verdadero que el hombre rubio y de ojos azules que te muestran en la escuela.

Después fuimos a nadar a una de las calas entre Antibes y Juan les Pins que los amigos de Katya consideran una reserva de su propiedad, guardando en secreto las dificultades y la forma insólita de bajar, pasando por lugares prohibidos y entre cubos de basura de restaurantes. Ahora yo podría guiar a cualquiera. Sumamos nuestro almuerzo al de Donna y Didier. Era la última vez, ese verano, que iríamos allí, dijo ella, los suecos y los alemanes llegan después de mediados de junio, habrá que ir a nadar mar adentro, desde el yate. Tiene una mente muy ordenada: los impulsos no dominan a esa mujer que puede hacer lo que le venga en gana. Deduzco de las conversaciones que navega hasta las Bahamas en noviembre, va a esquiar en enero y le gusta viajar a sitios donde no ha estado antes... Oriente o África, digamos, durante un mes a finales del verano europeo. Le sorprende que yo no conozca los países africanos donde ella ha ido para ver cacerías y visitar puntos de interés turístico. Me habla de ello y yo escucho con los otros europeos como Gaby Grosbois, para quienes África es una vocación que no pueden permitirse. No es posible saber qué edad tiene Donna... también es algo que ella ha determinado con todos sus recursos como bisnieta de un canadiense millonario gracias a la instalación de ferrocarriles, me dices: esta mujer de largo y ondulado pelo rojo claro estirado hacia atrás a partir de un rostro elegante y sin afeites, con un brillo alrededor de la boca y las mejillas bajas al sol, tiene el mismo tipo de antecedentes fronterizos que yo. Los Burger emigraban al Transvaal cuando su bisabuelo tendía vías férreas a través de territorio indio. Corresponde a un accidente de nacimiento, eso es todo, que una tenga un abuelo que ha elegido un país donde sus descendientes pueden volverse ricos sin dudar de sus derechos, o donde el patrimonio consiste en descubrir por una misma mediante qué estilo de vida debe ganarse el derecho de pertenencia cada generación sucesiva, si es que puede ganárselo. Supongo que se le ha decolorado el pelo. Incluso puede tener mechones blancos mezclados en su espesura y nadie lo notaría. Probablemente cuarenta y cinco o más, en otros tiempos una chica grandota y de cara sonrosada que aún conserva los hoyuelos en el paréntesis que rodea su sonrisa. A veces, cuando sigue lo que alguien le dice, descubre sus dientes sin sonreír, un amaneramiento semejante a un gruñido complaciente. Noto esta costumbre porque es la única señal de la intensa sexualidad que esperaré encontrar en una mujer que siente la necesidad de pagarse un amante joven. Tú y Gaby — Madame Bagnelli y Madame Grosbois— coincidís en que éste es el mejor que ha tenido; no es ningún «putito» (utilizas las inversiones despectivas de las amigas lesbianas) como Vaki el Griego, su predecesor.

¿Qué ocurrió con Vaki el Griego?

Yo hago preguntas inesperadamente, como un niño que aprende de la tradición oral. Estoy empezando a entender que existe cierto espectro de posibilidades dentro de la órbita de un orden de

vida específico; se reproduce en habladurías, en conversaciones íntimas ante mesas donde sólo caben los codos en el fondo del bar de Jean-Paul, en bulliciosas discusiones en las terrazas de la casa de éste o del otro. Vaki el Griego se fugó a América del Sur con el director de una empresa electrónica alemana al que ligó aquí mismo, en la aldea, en la *place*; Darby fue testigo de todo y se lo contó a Donna después que el putito desapareció con el Alfa Romeo que estaba a nombre de él, por cuestiones impositivas de ella. Didier es derecho (no sé si eso significa que no es bisexual) y aunque con toda razón espera ser tratado generosamente, no parece un ladrón... ¡jamás!

—Cuando se vaya, se irá, eso es todo —aprueba Gaby, avalando las palabras de Katya.

Didier conoce su trabajo. Sabe cómo complacerlas, a todas vosotras. Cómo complacer a Donna, aunque esto puede requerir cierta habilidad: a veces prescinde de su compañía instalándose en la torre de marfil de su juventud, para recordarle su confinamiento, y en otras ocasiones es un asistente personal astuto y altanero que discute en el garaje los precios que le cobran por las reparaciones, que la acompaña a hablar con sus abogados. Sea cual sea la relación entre ellos, percibo que nunca están tan unidos como cuando los encontramos antes o después de una de sus sesiones con los abogados, compartiendo la misma preocupación a la manera en que otros amantes se acarician por debajo de la mesa. Y hay ocasiones, perfectamente cronometradas, en que lo veo volver sobre sus pasos hasta la habitación que estaba abandonando, como con cierta premonición del significado del momento, para besarla una vez, en la boca, sujetándola de los brazos con expresión grave. Ella nunca inicia el movimiento de acariciarlo en público. Este debe ser uno de los acuerdos tácitos entre ambos, quizá para salvar las apariencias delante de las demás mujeres. Por medio de algún instinto sano, él sabe cuándo debe hacer hacia ella el movimiento que ella no puede darse el lujo de hacer hacia él.

Su profesionalidad se extiende a mí. El y Donna intercambian conmigo el saludo en la mejilla izquierda y derecha, como hacen todos los demás desde que llegué a tu casa, pero no coquetea conmigo del mismo modo que con las mujeres mayores que Donna. Heterosexuales o lesbianas, todas pertenecéis a una categoría que no la pone a prueba. Ese es el código. Un día especialmente caluroso en que estaban pintando el yate de Donna, Didier decidió venir con nosotras a nadar en una de las playas demasiado contaminadas para ella. Katya, Madame Grosbois, Solvig: entre ellas tan a salvo de demandas como ellas mismas. Si intento describírmelo a mí misma en una sola palabra, es para etiquetarlo de precoz: un chico cómodo con preocupaciones que van más allá de una prueba y de un esfuerzo sostenido. Que te hagan rico es envejecerte, si eres joven. En la playa, ni la sexualidad de su cuerpo —el bulto de los genitales convirtiendo en un escudo el bañador blanco— era agresiva. La noruega se quitó la parte de arriba del bikini, Madame Grosbois exhibió una barriga arrugada y floja por los partos de años atrás. La presencia del cuerpo de Didier no os avergonzó. Empiezo a ver que en realidad el pudor es una función de vanidad. Cuando el cuerpo ya no es atractivo, una expresión de deseo, destapar los pechos y la tripa es sencillo; os tumbáis como perros o gatos viejos y agradecidos por el sol. Sin intención de escandalizar.

Nadamos por un mar sin olas, con matices azul eléctrico: Rosa, Didier, Katya. Tú hablabas, llamabas y te quitabas fragmentos de plástico flotando como si creyeras, al igual que uno de los primeros navegantes, que por allí hay un borde del mundo sobre el cual serán transportados, interrumpiendo el ciclo global mediante el cual te liberas de los remanentes. Te cansaste y empezaste a flotar; Didier y yo nadamos alrededor de un pequeño cabo internándonos en una franja de aguas profundas y tocamos tierra entre rocas, donde me corté el dedo gordo del pie con una lata de sardinas. Hilillos de mi sangre caían al agua; cuando saqué el pie, desde abajo de un párpado de piel chorreaba un dolor rojo. Salté sobre los guijarros. No me había dolido después de la primera punzada, en el agua, pero al aire me ardía. Examinamos juntos mi dedo gordo; sangre; el recordatorio de la vulnerabilidad, la vida siempre bajo la amenaza de derramarse. Una pequeña ceremonia de hermandad carnal, cada vez.

—Necesitamos algo para venderlo —dijo muy serio.

Dos personas con un bikini y un bañador: no podíamos. Sonreí. .. sanaría en seguida, el agua

lavaría la herida cuando volviéramos nadando.

Debo mantener el pie en alto para invertir la circulación. Dije que no, no, estaba bien, el frío del agua restañaría la sangre.

—Pero te duele, ¿no? —cayó agua sobre él cuando se agachó con mi pie entre sus rodillas. La rociada en su cara se secó inmediatamente bajo el sol que atravesaba mis cabellos y gritó—: ¡Eh! —me dirigió una mirada de reojo.

Mi dedo desapareció de la exposición al dolor; lo sentí rodeado de una suave calidez. Como él tenía la cabeza inclinada, sentí antes de ver que se había llevado mi dedo a la boca. Ridículo... ridículo y al mismo tiempo sensual, como son tantos movimientos sensuales si los miras desde afuera. Pero fue hecho con tal confianza que lo comprendí exactamente como debía comprenderlo.

Al agacharse delante de mí, vi y sentí su cabeza, su lengua por así decirlo entre mis pies: lo sabía.

—¡Tengo el pie sucio! Di toda la vuelta al valle a primera hora de la mañana.

—Tu pie no puede estar sucio... acabas de salir del mar, Rose, dime... —lo tenía entre sus palmas como si fuera un conejo o un pájaro y sabía que lo sostenía así a modo de sugerencia.

—Venga, Didier. Debemos volver.

Me imitó con tono burlón:

—Venga, Didier, debemos irnos... Rose, es verdad que tus pies son un poco anchos, pies de campesina, pero tienes un ombligo hermoso como los que se ven en las naranjas... ¿por qué pones cara de circunstancias, por qué no podemos reír juntos? Rose...

—Conmigo, no, Didier.

—¿Contigo?

—No tienes por qué hacerlo.

—¿Qué quieres decir con eso? Yo no tengo por qué hacer nada. Hago lo que siento.

—Lo expliqué mal.

—Rose, estás hablando... ¿de qué estás hablando?

—Lo sabes. Si aparece una nueva mujer... una chica, entre las amistades, tú... Es lo mismo que ser amable con las mujeres mayores, es lo que corresponde.

—Pero nosotros somos jóvenes, Rose —a veces parece copiar diálogos de los seriales de televisión—. ¿No es cierto? Es natural, *eh?* ¡Nosotros somos los únicos jóvenes! ¿Qué te ocurre?

Dije a este ser desconocido, como si lo conociera:

—Entonces crees que está mal, con Donna, que no es natural hacer el amor, vivir con ella.

Frunció el entrecejo con aire escéptico.

—¿Porque es mucho mayor? ¿Un sacrificio? ¿Te debe algo?

—¿Qué dices? Donna es una mujer generosa.

—A mí. Es como si creyeras que ella me debe entregar a ti.

Puso una boca semejante a las bocas de los querubines que soplan los cuatro vientos en los cuadros italianos de la colección de Solvig. Me han dicho que esta parte de Francia era italiana un siglo atrás; veo rostros que creía pertenecientes al siglo dieciocho o diecinueve.

—Ella no espera que no me gusten las chicas. Tiene que entender, *eh?* A ella le gustan jóvenes.

Si muestro curiosidad por ellos, por esta gente, tengo la impresión de que me lo permiten porque soy extranjera. Pero comprendo que se trata de que no tienen miedo a ser descubiertos, la naturaleza de sus motivos es compartida y discutida, porque todos aceptan la misma premisa: vivir donde hace calor, comprar, vender o tomar el placer sinceramente... de acuerdo con sus circunstancias. Reconocen como únicos imperativos la dependencia de una enmarañada red de amistades y la consagración a evadir impuestos siempre que sea posible, aprovechando al mismo tiempo todos los beneficios sociales que sea posible conseguir: descuentos, asignaciones, concesiones y pensiones sobre las que siempre discuten, ya sean ricos o pobres.

—¿Entonces todo va bien?

El seguía jugando con mi pie, pero uno de los guijarros grises de la playa le habría dado igual.

—Está bien. Nos llevamos muy bien. Como sabrás ella es una buena comerciante. Cuida su dinero —¿No sabe nada de Vaki el Griego? Claro que lo sabe; lo que ocurrió es un riesgo calculado en relaciones de la categoría que entabla con Vaki y él mismo: estoy aprendiendo—. Sabe cómo disfrutarlo. He dado la vuelta al mundo. Vamos donde queremos.

—¿Y eso llena toda tu vida?

—Haré otras cosas. Tengo algunas ideas.

Sus enfurruñamientos son una estratagema, entonces, un truco para llevar a Donna hasta un límite de recelo en sus previsiones para retenerlo. Este mantenido se siente libre: libre de serlo.

—Cosas que estarías haciendo si no estuvieses con ella.

—No necesariamente. Tengo un buen amigo en Estados Unidos... queremos montar en París lo mismo que tiene él en el Metropolitan Museum —meneé la cabeza: nunca había estado allí—, conseguir una franquicia para hacer reproducciones de arte con el fin de venderlas en los museos franceses. Gatos egipcios, imitaciones de joyas y esas cosas. Es un buen negocio. En Francia todavía no se le ha ocurrido a nadie. Lo importante es ser el primero... como en todas las cosas. Donna y yo estamos analizando la posibilidad de traer trufas por vía aérea desde un desierto cercano a donde tú... he olvidado el nombre. Nos reuniremos con un hombre en Milán por esta cuestión.

—Pero aquí no trabajas. ¿Sientes que ésta es tu vida?

—¿Por qué no? Tú también encontrarás a alguien. No puedes volver, *eh?*

—Katya debió decirte esto.

—Donna lo mencionó... supongo que hablan. Botswana, ése es el nombre del lugar. El hombre de Milán dijo que los nativos del desierto a veces no tienen qué comer salvo trufas, pobrecillos... ¡seiscientos francos el kilo! —empezó otra vez a entrelazar sus dedos en mis pies, dispuesto a darse a sí mismo la segunda oportunidad de excitarme—. Sé muchísimo... bueno, muchísimo no, acerca de tu lugar de origen. Yo soy de Mauricio, ¿lo sabías? ¡Casi África! Cielos... —estaba riendo—. Para mí no significa nada. Mugre. Pobreza. A veces me gusta alterar a Donna cuando le cuento que los perros, algunos perros de Port Louis tienen hernias aquí —contuvo el aliento para hundir su estrecho estómago— que les cuelgan hasta el suelo.

Volvió a reír mirándome, pero no vio al burro que todavía existe en algún lado.

—Donna se vuelve loca.

—No sé por qué Katya habrá dicho eso.

—África ya no es un buen sitio para los blancos. Lo mismo ocurre en las islas. Eso estaba muy bien cuando yo era un crío.

—Nací allí, es mi patria.

—¿Y eso qué importa? Lo que cuenta es el sitio donde puedes vivir como te gusta. Tenemos que olvidar aquello.

—Allí murió mi padre en la cárcel.

—¿Sabes por qué fuimos a Mauricio? Mi padre había colaborado con los alemanes y lo encarcelaron después de la guerra. La gente sólo habla de su familia si ésta estuvo en la Resistencia. Sí. Nadie pensó que tal vez los alemanes ganarían... no. ¡Donna me ha hecho jurar que no se lo contaré a nadie! Ella es canadiense y no entiende nada de esto. Conozco algunos a cuyas madres les afeitaron la cabeza por acostarse con alemanes. Tenemos que olvidar todo esto. No es asunto nuestro. Yo no soy mi padre, *eh?*

Me ayudó a entrar en el agua haciéndome apoyar el brazo en su cuello. No había nada sexual en esta proximidad; era la cercanía de las confianzas común a todos vosotros, los amigos de la aldea... las mujeres divorciadas y las que habían enviudado —como Madame Bagnelli— de sus amantes, las viejas lesbianas y los jóvenes homosexuales. Cuando llegamos hasta ti en la playa él debió de recordar mi estupidez por no haber aprovechado tan fácil oportunidad de hacer el amor; se mostró frío conmigo y arisco con Donna cada vez que nos encontramos en los días siguientes. A veces hace un amago de caricia cuando paso a su lado, pero sólo lo hace para ver si reacciono. Es un ademán guasón e incluso despreciativo.

Puede llenarse una mañana entera haciendo compras en el mercado. No en el sentido de pasar el tiempo, sino de llenarse con el aroma picante del apio, el perfume dulce y débil de flores y fresas, las frescas secreciones saladas de escurridizos pescados, el olor a quesos, contrayendo las membranas nasales; llenarse con los colores, formas, brillos, densidades, diseños, texturas y tactos de frutas y verduras; llenarse con los encuentros y las voces de la gente. Cuando Madame Bagnelli y su huésped pasaron por los puestos —tropezaron con amigos, admiraron perros o niños enredados a sus piernas—, comparando precios entre un vendedor y otro, habían comprado una planta con su tiesto que no figuraba en la lista de Madame Bagnelli y comido una porción de tarta de espinacas. Necesitaban un café expés en el bar de la esquina, donde los obreros jóvenes que llegaban y se marchaban en sus velocípedos, y los viejos con gorra que decidían sus apuestas triples ya estaban bebiendo sus pequeños vasos de vino tinto. Cuando las mujeres iban cuesta arriba hasta la casa, Madame Bagnelli tocaba el claxon a alguien que las invitaba a tomar un aperitivo, o Gaby Grosbois y su marido Pierre se dejaban caer para tomarlo en la terraza de Katya. Pierre y la pequeña Rose bebían pastis y las dos mujeres mayores, siguiendo el *régime* de Gaby, les decían que el zumo de vegetales era ideal para librar al cuerpo de toxinas.

Madame Bagnelli llevaba lo que tuviera que hacer a la terraza. En cuclillas sobre una banqueta con sus alpargatas raídas, seleccionaba hierbas que había juntado con su invitada en el Col de Vence, y que pondría a secar. Lijaba una mesa vieja que había comprado barata cuando fueron al mercado al aire libre cercano al viejo puerto de Antibes y que esperaba vender a unos alemanes que habían tomado una casa al lado de la de Poliakoff, con la barbilla hundida en la carne de su cuello y partículas doradas atrapadas en el rímel cuajado de sus pestañas. En la misma posición, aparentemente incómoda para una mujer de sus dimensiones, con su máquina de coser en una mesa baja entre las piernas, cosía las ropas de mucho vuelo que cortaba Gaby Grosbois.

—Siempre le repito, Rose, que todavía es una mujer, que los hombres la miran... tiene que saber lo que debe usar. Este año nadie usa cosas ceñidas y cortas; a ella le sienta bien un estilo muy suelto, *décolleté*... no, no, Katya, conservas tu belleza, te lo digo yo —las dos mujeres rieron, abrazadas—. Si Pierre todavía funcionara —más risas, su boca jugando a la tragedia—, me preocuparía.

Por las tardes, mientras leía en la habitación que la había estado esperando, Rosa Burger tenía conciencia de las actividades de Madame Bagnelli allá abajo, y de las tijeras mordiendo hilos como perros que muerden moscas, del brochazo y el deslizamiento de un pincel al ritmo del disco que había dejado puesto adentro. Las Variaciones Goldberg, la cara uno del Oratorio de Navidad, algunas canciones puntuadas por chasquidos cuando la aguja pasaba por una raya, acompañadas de vez en cuando por una voz: Katya, siguiendo y anticipando frases tan conocidas que la grabación se había convertido en una especie de conversación. En algún momento la conversación era real: aquél era el croar masculino de Darby y el otro el ronco charloteo de uno de sus amigotes. Sus voces cambiaban con la edad como las de los chicos en la adolescencia, como la de quien en París había sido tan famoso como Baker y Piaf—la gente de la aldea siempre le repetía a Rosa: ¿Sabes que Arnys vive aquí?— que no podía distinguirse de la de las lesbianas que probablemente habían cultivado el registro más bajo, o la de los norteamericanos viejos, expatriados durante treinta o cuarenta años, a quienes se les habían «granulado las cuerdas vocales» (intento de Madame Bagnelli por traducir una expresión local: *la voix enrouée par la vinasse*) con los depósitos del alcohol que habían consumido.

—A una tasa fija del treinta y tres por ciento le iría mejor, sin duda... pero si tienes ingresos flotantes de una docena de fuentes distintas... Sólo tiene sentido si te cercioras de no desparramar

tanto tus ingresos como para entrar en otra categoría impositiva —las palabras en inglés son de Donna y la serpenteante risilla cosquillosa significa que está la chica japonesa con el perro.

La chica parloteaba con su hermoso perro en una especie de juego antropomórfico. Rosa bajó la vista de su azotea privada y la vio, tan bonita con sus pantalones franceses ceñidos y los zuecos altos que usaba con el femenino vestido exótico sujeto en los codos y en las rodillas, levantando su rostro sonriente de mandíbulas anchas sobre su frágil tronco. Vivía con un inglés al que la invitada de Madame Bagnelli todavía no conocía. El pasó por abajo en una caminata matinal, con un bastón, la japonesita y el perro; un hombre canoso con la majestuosidad de un árbol de crecimiento lento llevaba con indiferencia, en el igualitarismo que dan los téejanos primero adoptados por los estudiantes a imitación de campesinos y trabajadores, y luego tomados de los jóvenes por los ricos. Era propietario de un astillero en Lancashire —había sido, todos habían sido algo antes de instalarse allí para vivir como querían— para quien trabajó Ugo Bagnelli, cuyo apellido usaba Katya aunque nunca había estado casada con nadie salvo con Lionel Burger.

—Si Tatsu te invita, debes ir... aunque sólo sea para ver lo que hacía Ugo. En esa embarcación todo es idea suya. El armó... debieron ser tres o cuatro, toda una serie de yates de regatas y de paseo para Henry Torren. Oh, a Henry le caía bien... y no son muchos los que le caen bien. Es un solitario. Al margen de la joven con quien se case o viva. Nunca se mezcla aquí. Le gusta creer que no es como nosotros... hay tantos fracasados. Pero aquí la gente que no tiene dinero también hace lo que quiere. Creo que eso es lo que no aprueba, es como si eso le echara a perder las cosas a él. Le encantaría creer que no disfruta de las mismas cosas que nosotros. No es un snob, no, nada de eso, hay que llegar a conocerlo... nos llevamos muy bien. Un puritano. Ugo nunca le cobró... o le cobró tan poco que era lo mismo que nada. Amaba las cosas lujosas, vivía con ellas... con estilo... en su imaginación, mientras lo único que comíamos eran espaguetis. Sabía diseñarlas y hacerlas, pero al mismo tiempo sabía que nunca las tendría. En cierto sentido era lo mismo... No sé por qué me chifla ese tipo de hombre. Mejor dicho por qué me chiflaba... y ahora —el gesto, la expresión de burlona abdicación aprendida de Gaby Grosbois cuando habla de Pierre, su marido.

Madame Bagnelli y Rosa Burger no hablaban deliberadamente de Lionel Burger pero tampoco eludían hacerlo: era una realidad entre ambas. Su existencia las volvía intercambiables en diferentes momentos y en distintos contextos. No se habían reconocido antes de llegar a ser una mujer de edad madura y su joven huésped, con la suerte de encontrarse en un estado que no podían haber anticipado, acordado ni explicado. Compatibles: eso era suficiente en sí mismo; cómodamente, sólo empezaron a existir en el instante en que cada una buscaba con la mirada a la otra en el aeropuerto. Ese hecho —la realidad de Lionel—, cuando el paso de la vida cotidiana se estrechaba o viraba hasta ponerlo de relieve, como un cambio de luz transforma el aspecto de un paisaje, hacía algo más de la relación entre ambas mujeres.

Mientras Madame Bagnelli hablaba, la chica veía a la mujer que se había enamorado de Lionel Burger. La mujer percibió cómo era vista y se transformó en Katya.

—Éramos jóvenes y todas las ideas maravillosas. Sé que lo has oído todo antes, pero así era. «Cambiamos el mundo.» Incluso mientras te lo digo ahora... podría empezar a temblar, mis manos... ¡Yo pensaba que ocurriría! Nunca más hambre, nunca más dolor. Pero ése es el mayor lujo, ¿verdad? Supongo que yo era una criatura estúpida. Lo era. Un objetivo inaccesible. Algo que no lograríamos en toda nuestra vida, en la de Lionel. El lo comprendía. Estaba preparado para que así fuera, no me preguntes cómo. ¿Pero si nunca...? ¿Entonces qué? Yo no podía esperar, no puedo esperar, no quiero esperar. Siempre tuve que vivir... no podía renunciar a la vida. Cuando vi a tu madre... ¿recuerdas que te dije que pensé: éste es mi fin?

La chica la corrigió.

—No, dijiste... que ella era una «auténtica revolucionaria» —una pausa impuesta con toda precisión. Sonrientes. Estaban pelando grandes pimientos morrones que habían asado a la parrilla.

—Sí, eso es lo que quiero decir. De modo que ése fue mi fin. No tenía la menor posibilidad contra ella. Mi fin con él —la piel de los pimientos era transparente cuando se levantaba en

remilgados bucles y la pulpa caliente era succulenta, color escarlata; les ardían las yemas de los dedos—. Así, poco más de un centímetro, no te preocupes si no son regulares —Rosa observaba mientras acomodaba tiras de pulpa en un cuenco—. Pero también me libré de *ellos*, lo cual es bastante. Unos cabrones. Una vez me puse un par de zapatos de verano, muy bonitos. En aquellos tiempos todos usaban zapatos blancos en verano. Con toda inocencia debió escapárseme que me los había limpiado la sirvienta. En seguida hubo una queja en una reunión: la camarada Katya evidenciaba tendencias burguesas indignas de un miembro del Partido. No quisieron ser específicos. Nadie lo reconoció. Perdí los estribos y chillé en la reunión. Yo sabía que era por los zapatos, por un estúpido y condenado par de zapatos... Ahora unas gotas de aceite entre cada capa —los dedos manchados, seguidos por los de la chica que, chorreantes hasta las muñecas, acomodaban un enrejado colorado. La chica la miró y ella sugirió—: Una pizca de sal.

En el bar jóvenes suecos y alemanes, hombres y chicas ingleses apretujados para beber algo cuya etiqueta decía *La Veuve Joyeuse* y al atardecer los amigos de Madame Bagnelli preferían reunirse en el bar de Josette Arnys durante la temporada de verano. La vieja cantante estaba rodeada de jóvenes homosexuales que de alguna manera componían una familia numerosa a su alrededor, afectuosos, aburridos y dependientes. Algunos servían detrás de la barra o eran servidos como clientes, indiscriminadamente; Madame Bagnelli los trataba de la manera laxa, mandona, bromista y espontánea que adoptaban hacia los hombres jóvenes todas las mujeres de la aldea que por diversas razones se habían desprendido de sus propios hijos.

—*Oh pardon! Je m'excuse, je suis desolée, bien sur,.. Je vous avais pris pour le gargon,..*

Rosa Burger comenzaba a captar fragmentos enteros de conversaciones en francés, pero la comprensión flaqueaba cuando empezaban a volar insultos y chistes entre Madame Bagnelli y algún joven de expresión distante que cogía su bolso sujeto a la muñeca con una correa, sus cigarrillos y el encendedor dorado. Uno de ellos guisaba para Arnys en la cocina del sótano, a la altura de la bovedilla de diminutas mesas que había junto a la barra. Los manteles individuales de papel, pintados por otro, aconsejaban las *spécialités antillaises* (entre las viejas grabaciones que sonaban sin cesar aparecía la voz de Arnys en los años treinta, cantando «La isla donde nacimos Joséphine Beauharnais y yo»). Con la toca blanca usada al modo en que un travestí se pone una peluca y cadenas de oro enredadas en el vello rubio de su pecho, el chef de Arnys pasaba casi todo el tiempo jugando a las cartas con ella en su rincón, debajo de fotos en las que aparecía con Maurice Chevalier, Jean Cocteau y otros cuyos nombres no eran tan conocidos para una extranjera.

La barra era central y majestuosa como un fino altar erguido en una iglesia. Cuando Rosa Burger perdía el rastro de la conversación seguía una y otra vez con la mirada la espiral formada por magníficas columnas de caracol color roble oscuro que flanqueaban el espejo donde todos se reflejaban: la gorra de capitán de Darby; los pechos de Madame Bagnelli inclinados sobre la superficie de caoba; los ojos de Tatsu opacos como melaza; la mirada de uno de los homosexuales coqueteando consigo mismo; la disociación de una pareja francesa aturdida de tanto tomar el sol y tanto hacer el amor; el exaltado cuerpo doblado de Pierre Grosbois mientras daba sus opiniones sinceras, sus advertencias sobre tal o cual tema a Marthe y Françoise; la apergaminada pareja de labios brillantes con boquillas largas cuyo patio florido que bordeaba la *place* era una tienda donde las boas emplumadas, las antiguas bañeras con patas de dragón, los rostros quebrados de ángeles románicos llevaban tarjetas con el precio como si fueran árboles en un jardín botánico. Las columnas de roble —cuando Pierre explicaba algo a Rosa empleaba con toda consideración un francés especial, didácticamente articulado— eran clavijas de antiguas prensas aceituneras que abundaban en los campos de los alrededores, desde tiempos de los romanos (¡Qué estás diciendo! ¡Mucho antes! Su mujer asomó la cara por encima de su hombro) hasta finales de siglo diecinueve (¡Hasta la guerra del catorce, Pierre!).

Madame Bagnelli aún no había mostrado a su huésped la fábrica de aceite de oliva de Alzieri, última de las antiguas que seguían, pero ella y Rosa había llevado *panbagnat* y vino, y pasaron las horas del mediodía en el olivar que había sido jardín de Renoir. El valle que había sido su panorama

al mar alcanzó un nuevo nivel con edificios chatos alegremente feos.

—La gente no quiere jardines en los que haya que trabajar, prefieren tener balcones donde tostarse para ser iguales a los turistas que pueden darse el lujo de venir aquí sólo para *bronzer*. Esa es la democracia en Francia —las carnes de Madame Bagnelli, que dormitaba de espaldas en la hierba, temblaron con su risa—. Pero mira, la luz que cae sobre nosotras es la luz que él pintó.

El cuidador se acerca para describirle los ruidos que siente en su cabeza; ella debía de tener la costumbre de ir allí a menudo. Rosa se quedó dormida y despertó bajo un árbol del que colgaba una malla de follaje plateado y deslustrado sobre su tronco negro y el cuerpo de ella.

—¿Crecían aquí antes de que se construyera la casa?

—Probablemente antes de la revolución. Si vives en Europa... las cosas cambian —un movimiento de la cabeza desgreñada hacia el destello de cemento en el valle— pero la continuidad jamás se quebranta. No tienes que desechar el pasado. Si me hubiera quedado... allá, ¿cómo encajarían los blancos? Su continuidad deriva de la experiencia colonial, la blanca. Cuando pierdan el poder será cercenada. ¡Así de sencillo! Lo único que tienen es su horrible poder. Los africanos recuperarán su propio pasado, al que los blancos nunca pertenecieron. Incluso los Terblanche y las Alettas: nuestra rebelión contra los blancos también fue una forma de *ser blancos*... lo fue, lo fue. Pero aquí nunca tienes que partir de cero... No, hay mucho que asumir. Eso es lo que me encanta; nadie espera que seas más de lo que eres. Yo ni siquiera sabía que existía este tipo de tolerancia. Allá, quiero decir: si no estás a la altura de enfrentarlo *todo*... eres un traidor. A la causa humana, a la justicia, la humanidad, la totalidad, no hay medias tintas allá.

—¿Ya lo pensabas cuanto te fuiste?

La mujer se incorporó lentamente, gozando del apalancamiento de sus músculos, frotándose los brazos marcados por la hierba, como un gato que se acicala después de un baño de arena.

—No lo sé. Lo acepto. Pero está el mundo entero... he olvidado que alguna vez pensé así de mí misma —la chica podía sentir curiosidad por alguna vieja aventura amorosa—. Vivir con un hombre como Ugo... no sé cómo explicártelo. Vivía su vida como un pez en el agua, con él dejabas de asombrarte y de dar vueltas... en Europa ahora no saben lo que es un conflicto, Dios los bendiga.

En el bar la voz de Grosbois era siempre inconfundible; mientras hablaba mantenía la mano derecha ligeramente levantada y dispuesta a impedir las interrupciones de su esposa.

—¿Treinta años? ¿Qué son treinta años? ¿Estamos todos muertos? ¿No tenemos memoria? ¿De qué tenemos que avergonzarnos los franceses que ya no celebramos aquello por lo que luchamos? Si a Giscard le preocupaba ofender a los alemanes, es una pena. A mí no me preocupa. El abuelo francés no está preocupado, *eh?* Se llevaron nuestros alimentos, ocuparon nuestras casas. Nos ocultábamos en sótanos y montañas y de noche salíamos a la calle para matarlos. ¿Debemos olvidar todo eso? En la casa de enfrente tomaron como rehén a un chico de diecinueve años y lo mataron... su madre vive allí. Caminé por París y vi las placas conmemorativas donde fusilaban a la gente en el cuarenta y cuatro.

—Tiene razón, él tiene razón.

—Sí, ¿pero qué significa la celebración anual del Ocho de Mayo? Apenas otro demonio en las calles...

—*Exactamente*,... no un reconocimiento público a la gloria de la nación francesa, todo eso es desechado. El presidente de la república lo considera vulgar, *eh?* Hace treinta años libramos a nuestro país de los nazis y eso es algo que hoy no merece una marcha callejera. Pero los estudiantes... los empleados de la Banque de France, de Correos, Telégrafos y Teléfonos... todos los alfeñiques que quieren ganar unos francos más por mes son un espectáculo para París.

—En Vincennes muestran películas fascistas a los estudiantes.

—Ah, no, *Françoise*. Eso es distinto. Significa advertirles...

—¿Sí? Ella tiene razón. ¿Cuál es la diferencia entre el tipo de películas que verán y la forma en que ya se comportan? Estropean y destruyen sus propias universidades. Ellos... disculpa, se cagan en los escritorios de sus profesores. Las películas sólo pueden estimularlos.

—¿A qué? Aparecen nazis pateando a los judíos y arrastrando mujeres hasta los campos...

—La gente ya no ve nada malo en la violencia. Desde mayo del 68, es la forma generalizada de obtener lo que se quiere. ¿Me equivoco? Ya lo viste anoche en la tele... Esa banda de Alemania. El juicio que ha empezado. Los lunáticos de la Baader-Meinhof son el resultado de lo que ocurrió en el 68. Hoy en día cada uno sólo desaprueba los objetivos de los demás, quizá. Todos emplean los mismos métodos, secuestros, raptos.

—¿Cómo se llama aquel chico, el pelirrojo? Tendríais que ver cómo ha engordado y madurado —las mejillas hinchadas de Gaby en el espejo—. De veras. Publicaron una entrevista en «Elle».

—Se refiere a Cohn-Bendit.

—¿En esa revista de mujeres? ¿Para qué lo desentierran?

—Es natural. Ponia ha levantado la interrupción que pesaba sobre él y ahora está en París firmando autógrafos en un libro que escribió.

—Pierre, te mostrará el artículo. Está en el cuarto de baño. Lo leí mientras daba tiempo a que me tomara el tinte. ¿Nadie se ha dado cuenta de mi pelo... no es un color muy sexy?

Un joven se aproximó para mirarla de cerca.

—¿Qué usas? quiero hacerme mechitas.

—Me queda medio frasco, Gérard. Ven mañana por la mañana y te lo daré encantada.

—En Niza cobran sesenta francos. Y parece que tendré que mudarme de mi habitación.

—¿Sí? ¿Por qué?

—La patrona puede sacar el doble en verano y ella también necesita dinero. Su marido vive de una pensión y la nieta quedó embarazada. Una estúpida, vi cómo se lo buscaba.

Un hombre al que Rosa Burger saludaba como a mucha gente con la que se cruzaba a menudo en la aldea, finalmente se dirigió a ella en el bar, con la formalidad con que los franceses abordan a las mujeres como preludeo de sus expectativas de intimidad. ¿Querría tomar un café o una copa con él?

—¿Eres inglesa? ¿Sí? Tuve un amigo del ramo de la construcción, como yo, que se instaló en esas tierras. Está ganando montones de dinero. Doce mil francos al mes... me refiero a francos nuevos. Pero por allí hay muchos problemas, *eh*? Yo no quiero tener problemas. ¿Te gusta Francia? La costa es hermosa. Por supuesto. Hay unos cuantos sitios muy buenos para ir a bailar. ¿Has estado en Les Palmiers bleus? Cerca de Cap Ferrat. ¿Tus amigos no te llevan a bailar?

Había visto a un hombre y a una chica en una cafetería arrojándose mutuamente flores; esa conversación, en cualquier idioma, era igualmente sencilla de manejar.

—Vivo con Madame Bagnelli.

—¿La casa que está justo encima de la vieja Maison Commune? Pero esa señora es inglesa.

—Sólo el apellido es italiano.

—No, no, es de Niza, por aquí hay montones de franceses con esos apellidos. Yo me llamo Pistacchi, Michel Pistacchi. ¿Podrías haberlo adivinado? Te llevaré a Les Palmiers Bleus, te gustará. ¿De qué te ríes? ¿Me encuentras divertido?

—No podremos hablar... como ves no sé francés.

—Iré a pedirle permiso a Madame para llevarte a bailar.

—¿Pedirle permiso? ¿Para qué?

Como a casi todos los hombres gregarios, le atraían las chicas que parecían apartadas de la compañía en que las encontraba. Como confirmando su intuición para estas cuestiones, la cara de la extranjera se abrió con vivida luminosidad, generalmente prometedoras al reír.

Le llevó rosas a Madame Bagnelli. Fue a buscar a Rosa Burger con un elegante *brazier* azul marino, en un coche deportivo.

—No es mío pero prácticamente da lo mismo, ya me entiendes... cuando mi amigo encuentre una ganga con algún modelo nuevo, me dejará éste.

Pidió una cena copiosa y se empeñó en que cada uno probara los platos del otro.

—Esto es lo que me gusta, estar con una chica que sabe apreciar la buena comida, una atmósfera... no salgo si no es para ir a lugares de primera. Nada de discotecas.

Bailaba expertamente y sus intentos de caricias durante el baile también estaban expertamente calculados para no exceder el límite en el que de momento podían ser pasadas por alto. Ella entendía casi todo lo que decía; cuando no seguía sus palabras captaba la dinámica de sus movimientos, las actitudes y los conceptos que siempre derivaban en sus necesidades, temores y deseos personales. Se jactó ingenuamente de su familiaridad con el *patrón* —Todos los días voy a su casa para el *casse-croûte*— al tiempo que se quejaba de las responsabilidades que se esperaba asumiera en comparación con lo que ganaba, los impuestos que pagaba.

—¿Pero vuestro sindicato no es fuerte en Francia?

No lo había entendido bien; él estaba ansioso por adivinarla más allá de sus errores. Hubo risas y por un instante la abrazó.

—Eres muy inteligente, sabes lo que ocurre en el mundo, me doy cuenta. Qué placer estar con una chica con la que se puede hablar... ¡y me dijiste que no sabes francés! Permíteme explicarte que los sindicatos... esos tíos no trabajan para nosotros, somos nosotros los que trabajamos y ellos engordan con nuestros esfuerzos.

El tema lo distrajo de la conciencia que tenía del cuerpo de Rosa y de su determinación a que ella tomara conciencia del suyo; la chica notó en su rostro que no quería quedar atrapado en una conversación de ese tipo, pero tampoco podía resistirse a ser escuchado.

—¿Y si los socialistas acceden al poder? —ella tenía que construir las oraciones mentalmente antes de hablar.

—¿Mitterrand? Se vendería a los comunistas.

—Entonces los trabajadores serán fuertes, no los *patrons*.

El dejó de bailar, interrumpió el ritmo. La alejó de su cuerpo.

—Yo quiero lo que es mío, *eh?* Para eso trabajaron mis padres. Cuando mi padre muera, su casa será mía, *eh?* Los comunistas no lo permitirían. Me robarían la propiedad de mi padre, lo sabes, ¿no?

Katya lo llamaba «el albañil de Rosa»:

—Apuesto a que es la primera vez que sales con un albañil —las dos mujeres se divirtieron con este ejemplo de infancia protegida.

—Quiero ver la casa que vas a heredar.

—*Comment?*

Una vez más, ella no se había aclarado; finalmente él comprendió, pero siguió sorprendido.

—Nada que valga la pena ver. Es la casa de unos viejos sin dinero y necesita muchas reformas.

Era una pequeña granja-casa-villa, con la tierra de sombra chamuscada, las baldosas rosas que siempre ha utilizado la gente de la región, y una lavadora automática en la cocina. Su madre sacó unos vasos estrafalarios y el padre llevó una botella de vino hecho por él mismo; intercambiaron sonrisas con esa chica extraña pero no intentaron hablar con ella, que a su vez no lograba descifrar el dialecto en el que hablaban con su hijo, aunque percibió que era ese tipo de conversación que todos los padres aprovechan para plantear diversos temas cuando tienen la oportunidad de consultar a sus hijos o hijas adultos. Fugazmente los tres se convirtieron en una familia, mientras ella bajaba a su lado por el jardín en pendiente: el hijo saltando acequias con sus botas elegantes, los padres andando con sus zapatillas embarradas; todos hablaban, escuchaban, ponían reparos. Padre e hijo se sumieron en un desacuerdo sobre la forma de tratar un árbol que amenazaba caerse. La madre llevó a Rosa a ver los surcos de verduras tiernas que se agachaba para levantar, aquí y allá, ajando el suelo gris; a través de frondosos refugios y desvencijados cobertizos donde los semilleros eran verdes y transparentes, canastas con nueces almacenadas y un cubo —vivo como un queso con gusanos— rebosante de caracoles que habían juntado para comer. Bajo algunos olivos y cerezos había una mesa larga cubierta con plástico floreado, encima de la cual colgaba una lámpara conectada en las ramas: había una oveja doméstica amarrada para que cortara la hierba dentro del radio de su cuerda y un columpio para los nietos. Rosa se sentó a comer las cerezas con que el padre había llenado su regazo y el hijo arremetió hacia ella con la cabeza baja, para hacerlos reír a todos;

la levantó en el aire hasta que finalmente ella logró ponerse de pie riendo, sujetándose la garganta como si algo estuviera a punto de echar a volar desde el interior.

—Me gusta tu herencia.

—Cuando empieza a soplar el mistral ese árbol aplastará los cables de la electricidad. ¡Nos costará un dineral! Ya se lo he dicho a mi padre. En Francia es un delito obstruir las instalaciones.

Madame Banelli invitó a Georges y Manolis a compartir los espárragos de cosecha propia que le regalaron a Rosa. Una de las íntimas «los olió mientras se cocinaban», como dijo Madame Bagnelli, y llamó a la puerta precisamente cuando Rosa llevaba las cosas para poner la mesa en la terraza. Bobby era la altísima inglesa de hermosas piernas que a los sesenta todavía usaba, sin parecer ridícula, pantalones de torero hasta las rodillas, las uñas de los pies pintadas y cortadas como las de las manos. Si en *le place* Rosa la encontraba sentada en su banco acostumbrado, daba la sensación de creer que se habían citado; se levantaba de un salto, movía la boca acogedoramente, besaba a la chica e insistía en invitarla a tomar un café, reanudando alguna habladuría local sobre una disputa o una crisis en la aldea, como si ambas la hubieran presenciado.

—Al fin y al cabo ese gran acontecimiento no se produjo ayer. Esperaban una llamada telefónica, pero sólo cuando apareció el cuñado... ya sabes, el gordito de Pegomas, poco apetitoso si quieres que te diga la verdad...

En el cesto de paja llevaba guantes de goma y con frecuencia un periódico, revistas (ésa era la fuente de los números de «Vogue» y «Plaisirs de France» que Katya dejaba en la habitación de su huésped) o una rama florida de la casona cerrada, con una virgen de mayólica en la fachada, que cuidaba en ausencia de los dueños. Por lo que Madame Bagnelli sabía, la había hecho entrar clandestinamente en Francia un oficial francés que se había enamorado de ella cuando la conoció en la marina femenina británica durante la guerra. Las arpías de la aldea se mofaban de su pretensión de haber participado en la Resistencia.

—Ya estaba en la aldea cuando llegué. El tenía una casa y solía venir cada tantos meses... me dijeron que alguna vez vivió realmente allí con ella. Desde que estoy aquí sé que venía cuando podía, lo mismo que Ugo. Esperábamos que su mujer muriera. Estaba tan enferma... Nos interesábamos por la salud de esa mujer, parecía un caso desesperado, tenía todas las enfermedades imaginables. El murió antes. Entonces yo no pensaba... Bobby nunca esperó... lleva viviendo aquí tanto tiempo que tiene sus manías. A veces, si le mencionan a su coronel, te responderá como si supiera de quien hablas, pero es una forma de disimular que no ha caído en la cuenta de quién se trata.

La voz de Manolis precedió a la pareja invitada, dando instrucciones en su francés-griego como si aconsejara la forma de guiar un bulto poco manejable a través de la casa pequeña y oscura de Madame Bagnelli. La frágil carga era Georges maniobrando su propio cuerpo.

—Se ha hecho daño en la pierna. Ya le he dicho que no debería subir escaleras —Manolis pasó al inglés que había aprendido de Georges, de modo que ahora hablaba con acento francés y griego. Su delicada y estrecha cara amarillenta, con sus lunares oscuros y los brillantes ojos negros apesadumbrados, se veía dramática por la arrogante desaprobación y angustia. Georges apareció en escena apoyado en un bastón—. Tuve que preguntar en todas partes hasta conseguirlo... por fin me lo prestó el viejo Seroin, aunque me planteó todo tipo de dificultades: es de su papá, de cuando era *gouverneur en Indochine*, si se estropeara bla bla bla...

Georges sonrió y extendió el brazo libre para que las mujeres se acercaran a besarlo.

—Manolis tenía listas las cortinas nuevas, yo estaba de pie arriba del armario, ese tesoro que Katya descubrió para nosotros en Roquefort-les-Pins... debí de caer dos metros —olía a ante (la camisa flexible que llevaba) y a colonia de limón; sus ojos azules y el pelo blanco cortado a la Napoleón estuvieron cerca de Rosa, una presencia segura de su vitalidad andrógina, mientras hablaba junto a su oído y la abrazaba.

Bobby los miró con la cabeza libre de las preocupaciones que arrastraba cómodamente por doquier como si de una labor de aguja se tratara.

—En la puerta de mi casa las cosas están así desde hace un mes. Podrías romperte el cuello. No hay una sola luz. Todo está oscuro como boca de lobo. La cuadrilla de árabes deja los picos y las palas a las cinco en punto... no les importa nada.

—Pues aquí tienes exactamente a la persona que necesitas. Deja que te vea Rosa, Georges. Ve despacito a mi dormitorio, métele en la cama y deja que te examine una fisioterapeuta titulada... ¡gratis! —Madame Bagnelli presentó otro aspecto de su huésped, para los demás tan digno de credibilidad como las historias de salvajes de su país de origen.

—¿Eres enfermera? —Manolis era estricto.

—El único que lo puede tocar es un médico —dijo Bobby con tono confidencial a Madame Bagnelli, frunciendo la nariz. Cuando creía susurrar su voz sonaba más fuerte que nunca.

—Al dormitorio no... no debo moverme ahora que llegué aquí. Manolis, pon los cojines en el suelo.

Madame Bagnelli, agachándose una y otra vez. pesaba sobre sus delgados tobillos, dispuso todo en un santiamén.

—Le quito los zapatos, ¿no?

La chica tomó todo a su cargo, sonriente, la barbilla levantada:

—Arremángate los pantalones. Así no, más arriba. No... llevas los pantalones demasiado ceñidos alrededor de los muslos, quítatelos.

—No es lenta, *eh?* Bueno, si tú lo dices.

Rieron de él mientras tironeaba hábilmente de su cintura, se desabrochaba el cinturón y bajaba la cremallera. Manolis le quitó los pantalones con el aire de quien prepara un cadáver, provocando nuevas risas. Georges apretó el mentón contra el pecho en una mueca que mostraba sus dientes gastados lateralmente hasta el hueso, poniendo de relieve una vulnerabilidad más personal que el cuerpo que lucía como si fuera una indumentaria que, sabía, causaría buena impresión. El pelo de Rosa Burger había crecido lo suficiente como para caerle por la cara; sólo veían su boca firme en actitud de concentración profesional. Sus manos se movían con el dominio y la sensibilidad de siempre a pesar del largo tiempo en desuso. ¿El médico dijo que la rótula no cruje? ¿Te hicieron radiografías? ¿No había dislocación?

Manolis apeló a todos:

—¡No encontró nada! Pero fijaos cómo está Georges, ni siquiera puede volverse en la cama.

—Quizá pueda aliviarlo un poco. Dadme media hora.

Se sometieron a ella; Manolis fue a terminar de poner la mesa y Madame Bagnelli arrastró a Bobby a la cocina, donde dio los últimos toques a la salsa.

Varios vasos de vino liberaron la inquietud educadamente contenida que Georges había ocultado a su amante. El tono destinado exclusivamente a él llegaba a Manolis mientras mojaba un trozo de pan en la vinagreta; instantáneamente fijó la atención en su mirada pesarosa (cuando Manolis reía esos ojos brillaban como si estuviera llorando) y apretó los labios para evitar que temblaran .

—Ya está mejor. Quiero decir: creo que está decididamente mejor. Me pondré bien. Puedo mover la rodilla... bien, no lo haré pero siento que *podría*.

—Pensábamos ir a la Algarve la semana que viene. Un día fabuloso, para poder pasar a Portugal. Hemos esperado tanto tiempo para hacerlo.

Los dos tortolitos llenaron sus vasos en actitud ceremonial.

Madame Bagnelli los tranquilizó:

—Y lo haréis, por supuesto. Rosa irá todas las mañanas para darle masajes a Georges, ¿verdad que sí? Nunca pensé que fuera algo tan maravilloso. Mucha gente que conozco ha ido allí de vacaciones todos los años y siempre han dicho que era tan barato, incluso más que España.

—Jamás se nos habría ocurrido ir en vida de Salazar, ni siquiera gratis.

Bobby eran tan inconsciente de los reproches como de que hacían caso omiso de su presencia.

—Dicen que eso se ha acabado... los comunistas han echado a la gente de sus casas... los ingleses que se habían retirado allí, poniendo hasta el último penique...

Georges se sirvió más salsa y a modo de alabanza arrojó a Madame Bagnelli un beso por el aire.

—Si no pudimos darnos el lujo de visitar Chile con Allende, al menos podemos ir al Portugal de Gomes. No me lo perdería por nada del mundo. ¡Pero la gente de este pueblo! ¿Habéis oído lo que dijo Grosbois? Si ahora todo está tan bien en Portugal, ¿por qué no se han vuelto todos los portugueses que pican calles aquí junto con los árabes? Quieren la prosperidad de la noche a la mañana y si no la consiguen dicen que la izquierda lo embarulla todo. Un año, sólo ha pasado un año.

Era cierto que Madame Bagnelli aún podía adoptar, como un desafío a todos, algo así como el blasón del atractivo y la sexualidad; una especie de cabriola interior al estilo de la pirueta de un boxeador —fornida, ligera sobre sus pies— a veces lucía en su terraza.

—¡Qué maravilla cuando todos bailamos en la *place* el año pasado! ¿Verdad, Georges?

Georges señaló a Katya y dijo a Rosa:

—Tendrías que haberla visto con un clavel rojo en la oreja.

—¿Y tú? Todos delirábamos. Algunos creían que sólo se trataba de la batalla de flores en Niza... —Manolis y Georges habían llevado un vino blanco especial; Katya sacó del cubo la tercera botella chorreante y dio vueltas con ella en alto—. ¿Y qué decir de Arnys? Rosa... Arnys no conocía ninguna canción revolucionaria portuguesa, de modo que cantó una que recordaba sobre La Pasionaria, de la guerra civil del 36... después lloró conmigo, contándome que había tenido un gran amor en la Brigada Internacional —Madame Bagnelli permaneció con el vaso en la mano, como si estuviera a punto de pronunciar un discurso o de ponerse a cantar—. En la tierra de esta chica, abril significó el fin de los blancos en Mozambique, justamente al lado... ¿comprendéis lo que debió de ser eso?

Manolis observó a Rosa a la manera en que la había mirado cuando se hizo cargo de Georges profesionalmente.

—¡Qué experiencia! Estar en África en ese momento... *eh?*

La chica también se levantó y apoyó las palmas en la mesa. Veía el castillo iluminado detrás del brochazo negro de los cipreses; la música y la voces eran el único coro de insectos de la noche estival. Paseó la mirada por todos los que estaban alrededor de la mesa, en impulsos expansivos, incluso cariñosos, incluso conmovedores.

—Allá no hubo claveles rojos.

Pero Georges y Manolis se enorgullecían de estar plenamente informados. La miraron, reflexivos. Amablemente, quisquillosamente, Bobby dijo que quería más pan.

—Los negros estaban estáticos. El Frelimo combatió durante once años... pero si salías a la calle, eso es imposible allá. No te atreverías a celebrarlo. Hubo una reunión de masas y la gente fue a parar a la cárcel.

—No *de la noche a la mañana*, agitando estandartes y con titulares sobre los héroes en los periódicos del día siguiente, como ocurre aquí cuando hay algún jaleo político —Madame Bagnelli mantenía un contrapunto de enfáticas interrupciones.

Manolis hizo un ademán destinado a acallarla en beneficio de su aprendizaje; llevaba la experiencia de los coroneles griegos en la sangre, aunque no había estado en el país durante su mandato.

—¿Y los blancos? Supongo que tenían miedo de que ocurriera lo mismo allí, ¿no?

—Los refugiados seguían llegando, gente con el mismo aspecto que nosotros, que podía mirarse a sí misma y mirarlos a ellos... arrastrando a sus abuelas y sus lavadoras, gente blanca —los ojos claros de Rosa eran indiscretos, confiados. Ella era su propio público, alineada con los demás.

—¿Qué pueden esperar? Se lo buscaron. Permitieron que les lavaran el cerebro hasta creer que son una raza superior. ¡Huyendo con la nevera al hombro! Ya ocurrirá. ¡Trescientos años es suficiente! Te proscriben... te arrojan a una celda hasta la muerte si intentas cambiarlos —Madame Bagnelli tenía el aire de quien se deja llevar por las opiniones de aquellos con quienes se encuentra. Con los Grosbois, participaba igualmente animada en su decisión de comer verduras de cultivo

orgánico, o en el interés de Gaby por las reformas que según «Nice-Matin» estaban haciendo en la villa de la hermana del sha de Irán.

—Esta chica podría vivir muy bien aquí. Se ganaría la vida. Lo digo en serio —Georges se inclinó para atraer a todos a la repentina idea de sustentar a su propia refugiada política local—. La gente de los yates siempre siente dolores y malestares de tanto ejercicio... se lesionan practicando el esquí acuático y no sé cuántas cosas más. De verdad, es sorprendente lo bien que está mi pierna, ahora, relajada, los músculos... —la convincente sagacidad de sus ojos azules sondeó a los demás.

— ¡E incluso en la aldea!

—No hay nadie que haga ese tipo de trabajo.

—Un momento, un momento, ¿qué me decís de los documentos? —Madame Bagnelli miró a Rosa alegremente por el entusiasmo de Georges y Manolis—. Tiene que tener permiso de trabajo, un...

Georges descartó toda divagación sobre la despreciable burocracia.

— ¡Bobadas! No pide permiso. Nadie se entera. Le pagan en efectivo y se mete el dinero en el bolsillo —los dedos melindrosamente extendidos, con el anillo de sello del reinado de Alejandro Magno, usado a modo de alianza con Manolis, secándose la palma de una mano con la otra.

Katya llevó a Rosa a escuchar los ruiseñores. Cerraron el portal pero las habitaciones quedaron abiertas a sus espaldas, las velas ahumaban la mesa desordenada. Podían estar todavía en la terraza, las voces flotaban bajo la noche tibia y serena.

Bajaron las empinadas calles suavemente empujadas por la fuerza de gravedad, bajo farolas donde diminutos murciélagos aleteaban como gallardetes, abriéndose paso junto a las paredes de las casas de sus amigos, a través de melodiosas voces entrecortadas por la música de la *place*, ráfagas de olor a caca de perro y a pis humanos en arcadas sarracenas, risueños arpegios en el tintineo de cuchillos y platos desde el restaurante donde un grupo de franceses tardíos ocupaban una mesa bajo el soto de un parral con hojas tiernas y translúcidas a las saltarinas sombras de sus gestos. (Nunca entendiste qué los vuelve tan eufóricos en el ritual de las celebraciones... ni siquiera cuando llegaste a entender perfectamente su idioma; Katya experimentaba una orgullosa fascinación por la impenetrabilidad tribal de la gente entre la cual vivía.) Más allá de las pequeñas villas de los muertos con las urnas de sus jardines marmóreos que difundían el perfume de claveles cortados, como si estuvieran en el florero de cualquier salón familiar; la algarabía de parejas abrazadas que se acercaban y se alejaban trotando, los estertores de las motos, los gorjeos de los mayores que deambulaban por la aldea como si estuvieran ante una exposición de piedra, luces, puertas orladas con cortinas de plástico a rayas, las caras talladas de los leones fundidos por siglos que retrocedían hasta marcar los contornos de un feto. En el vestigio de barranco forestal este elemento conocido desapareció de pronto como un papel que se hace humo azotado por el lengüetazo de las llamas. Se había disipado por encima de las almenas iluminadas del castillo suizo como un dragón domesticado. Katya se precipitó entre matorrales sucios como un raposa o un tejón, que coexiste ingeniosamente con caravanas aparcadas y carreteras. Rosa paseó por la inofensiva jungla europea.

—Espera. Espera.

La respiración de Katya la rozaba como las agujas de pino. Alrededor de las dos mujeres estaba a punto de ser audible un penetrante y dulce tintineo. Una nueva percepción recogía la suprema oleada cuyo centro debe ser un éxtasis inalcanzable. Los temblores de la oscuridad se intensificaban sin acercarse. Ella se movió, inquisitiva; Katya volvió la cara para aquietarla. El vibrante cristal en el que estaban retenidas se hizo añicos en cantares. La sensación de recibir la canción era cambiante; ahora una cuesta celestial en la que planeaban, se ladeaban, navegaban, caían sinuosamente hacia la tierra; después un aliento detenido hasta el desmayo que pasó a ser, más allá, un golpe arrebatador, otra vez, otra vez, otra vez.

Katya tomó a la chica del brazo cuando la senda se ensanchó. Sus pies las llevaban hacia la aldea.

—Así toda la noche. Todos los veranos. Si no puedo dormir, salgo a las dos o las tres de la

madrugada... Los tengo conmigo todos los años.

En pleno invierno, embarazada de siete meses, dando clases nocturnas en alguna vieja fábrica helada... de acuerdo, me «disciplinaron». ¡Qué avergonzada estaba! Tuvieron que disciplinarme a causa de mis tendencias burguesas a poner mi vida privada por delante. Recuerdo que lloraba...

Murmuraban, arriba, como escolares debajo de la ropa de cama. Risas.

Una vez me suspendieron del Partido por «inactividad». Cuando dan nombre a algo, qué quieres que te diga, significa lo que ellos deciden. «A cada uno según su capacidad.» Yo bailaba en una maldita revista musical seis noches por semana... ¿Puedes creerlo? Tenía que hacerlo, Lionel era interno y no ganaba prácticamente nada; paseaba por el piso con el bebé cuando volvía. Pero los domingos, con el pequeño grupo teatral callejero que había logrado formar, me iba a los distritos negros en la parte de atrás de un camión de mudanzas... bebé incluido. Me castigaron. No asistía a sus famosas charlas sobre el marxismo-leninismo... podía leer por mi cuenta. Pero no, se supone que debes ir a escuchar su sermón. Una pobre infeliz, ya no recuerdo su nombre... llegaron a acusarla de haber intentado envenenar a los camaradas hirviendo el agua para el té en una lata de aspecto sospechoso. Una de las trotskistas expulsadas...

¿Qué dijo él?

Nunca hablé con nadie como contigo, sin ningún tipo de continencia, femeninamente.

Dick fue el único que... bien, no me defendió exactamente, nadie podía hacerlo... supongo que en realidad yo no era buen material. Pero hubo una especie de asuntillo... (una pausa divertida, mutuamente culpable en la comprensión de nuestro sexo), algo ocurrió en un momento dado. Mucho después, durante la guerra. Yo sabía que le gustaba de verdad. El pensaba que yo era una criatura extraordinaria... unos cuantos besos en las circunstancias más inverosímiles. ¡Oh, el inocente Dick! Despreciábamos el sometimiento de las mujeres a la moral burguesa pero él le tenía miedo a Ivy y experimentaba sentimientos de honor pueriles y no sé cuántas cosas más hacia su enmarada. A él lo adoraba. Una vez me dijo: Lionel será nuestro Lenin. Creo, ahora que lo pienso, sí, no me dejes mentir, que una vez nos acostamos. ¡En la cama de Ivy! Dios mío. Son curiosos los estímulos que excitan a los hombres, ¿no? Es raro, pero recuerdo las sábanas. Nunca he olvidado las sábanas de Ivy. Estaban bordadas, cadeneta de margaritas y todas esas cosas, en azul y rosa brillantes... siempre usaba una ropa horrible. Se había ido a una conferencia en Durban, con los indios. Nosotros teníamos que hacer panfletos en la multicopista. ¡Querido Dick! Aunque comparado con alguien como Lionel... la aventura no tenía muchas perspectivas. No era inquietante. No logro imaginarme qué aspecto tendrá ahora... Siempre llevaba la chaqueta subida en el trasero, totalmente despreocupado de sí mismo, yo oía las risillas...

¿Qué dijo él?

Nunca me preguntaste por qué vine y yo tampoco te pregunto eso. Me cuentas anécdotas de tu juventud que podrían ser mías. Varias veces podría haber aportado de manera semejante alguna anécdota sobre la forma en que solía ponerme de punta en blanco para ir a visitar a mi «prometido» en la cárcel, usando el anillo de compromiso de Aletta. Sabía imitar el habla de los carceleros y tú reías con el placer de las reminiscencias atenuadas. ¡Es exactamente eso! La brutalidad y la sentimentabilidad sin tapujos del taal de la abuela Marie Burger en sus bocas. Por supuesto sé cómo somos cuando hay un asuntillo... cuando Didier me dio una oportunidad tomando mi dedo del pie por pezón o clítoris. ¿Qué dijo tu marido cuando disciplinaron a su bailarina? Debió de parecerle algo tan mezquino... los zapatos blancos, tus lágrimas. O tal vez consideró esta «limpieza» ideológica como un aprendizaje fundamental para la aceptación incondicional de acciones incondicionalmente realizadas, cuya necesidad se manifestaría en el porvenir. Quizá sonrió y te consoló haciéndote el amor; pero vio que los leales seguían adelante y te sometían a castigo porque

preferías el teatro de aficionados a la educación marxista-leninista.

En cuanto al asuntillo con el camarada Dick... ¿Qué dijo él?

A lo mejor no se dio cuenta. Lo engañaste porque no tenías su calibre; fue tu rebancha por ser inferior, pobrecilla, llegaste a ser plenamente consciente de tus defectos porque él ni siquiera notó la suerte de pecadillos con que te consolabas.

Veo y comprendo todas estas cosas mientras desvainamos guisantes, soltamos un dobladillo con una hoja de afeitar vieja, paseamos entre los alcornoques, vemos cómo se hacen a la mar pescadores, saltamos descalzas sobre la piedra calentada por el sol del día después que tus amigos se han ido a dormir. Es fácil, contigo. Soy feliz contigo... veo que él lo fue. Sonriente espectadora, encantada contigo aunque has engordado y la vivacidad de Katya debió de haberse curtido hasta la payasada y el atractivo a veces se deteriora en algo que yo no quiero observar sólo para complacer—un deseo de complacer—, sin recordar cómo, nunca más.

Un asuntillo. ¿Qué dijo él?

No pudo decir nada porque entonces ya había aparecido la auténtica revolucionaria: reconociste a mi madre en cuanto la viste. Nunca me lo ha contado nadie, pero la versión aceptada, la interpretación es que Katya abandonó a Lionel Burger... algo característico en una persona tan poco adecuada (hasta ella lo reconoce años después) para el hombre que él llegaría a ser. Lo abandonó por otro hombre o por otra vida... que viene a ser lo mismo, en realidad. ¿Qué otra cosa le queda a una mujer que no quiere vivir para el Futuro? No has desmentido esta versión. Pero comprendo que hicieras lo que hicieses, tú, él y mi madre sabían que no dijo nada a causa de ella. Allá en mi tierra alguien está escribiendo una semblanza definitiva en la que esto quedará fuera. De todos modos, *si* me lo preguntaras... no vine en un peregrinaje, adoratriz o iconoclasta, para averiguar nada sobre mi padre. Empero, tiene que haber habido una razón profunda por la que con los ojos cerrados llamé a esta puerta, a esta casa, a esta aldea francesa; una razón que escapa a mi razonamiento de que a Vigilancia no se le ocurriría buscarme aquí.

Quería encontrar la forma de desertar de él. La antigua Katya logró escribirme diciéndome que era un gran hombre, y sin embargo decide que «está el mundo entero», más allá de aquello por lo que él vivió, más allá de lo que habría sido la vida con él.

Fue fácil para Rose Burger rechazar los calculados placeres propuestos por Didier: nunca había tenido la edad de Tatsu, que jugaba con su perro en el jardín del anciano. En una de las reuniones veraniegas le contó a un hombre al que nunca había visto y al que probablemente nunca volvería a ver, su versión del incidente ocurrido en París cuando alguien intentó robarle dinero del bolso.

—Me pescó,

—¿En qué?

—Creía que alguien estaba vigilando mis movimientos.

—Un carterista. Un pobre diablo.

—Sí.

—Un negro.

—Sí.

El francés con el que mantuvo esta conversación en inglés seguía en la aldea el Día de la Bastilla. Algunos amigos de amigos sólo iban allí a pasar un fin de semana, eran nombres y rostros presentados con entusiasmo como un cuñado, un primo, un colega de París o Lyon; su estar de paso daba al visitante una dimensión de relaciones con sedes gubernamentales, negocios y opiniones de moda. El estaba en la *place* bailando como todo el mundo, viendo bailar a los demás, aplaudiendo e intercambiando besos cuando los fuegos artificiales se elevaron desde lo alto del castillo. Katya y Manolis, Manolis y Rosa, Katya y Pierre, Gaby y el alcalde, Rosa y el vendedor de coches que era hijo del pastelero, saltaban y giraban cerca de Georges, que hacía sonar castañuelas con sus dedos; una bellas modelos de Cannes permanecían de pie siguiendo el ritmo con la cabeza, como niñas buenas a las que han dicho que no deben retozar para no estropear sus mejores galas; él era uno de los franceses de ciudad con las nalgas bien proporcionadas, camisas entalladas y jerseys anudados por la mangas alrededor del cuello, cuya presencia cosmopolita reforzaba la fiesta familiar contra el elemento turístico. Bailó con ella, más mal que bien, crispando las mejillas por la deplorable música que salía de un estrado decorado con guirnaldas. Estaba al otro lado de la mesa cuando ocho o diez de los amigos comieron en un restaurante después de audibles y serias discusiones acerca de los platos y los precios.

Gaby Grosbois se había hecho cargo de la situación.

—Arreglaré un buen precio con Marcelle. *Moules marinières*, ensalada... ¿Qué bebemos, Blanc de Blancs? —se alejó a majestuosas zancadas, silbando la Marsellesa, contoneando la espalda en un burlón pavoneo militar.

El pequeño restaurante era un unánime alboroto íntimo. El camarero de Marcelle cantaba en argot y durante una de las canciones arrebató de la panera una *ficelle* curva y pasó por las mesas a saltitos, manteniéndola levantada entre las piernas en jubilosa erección. Blandía la barra de pan delante de las mujeres, que empezaban a chillar. Katya, Gaby... *Mesdames*, se mira y no se toca. Con un floreo y el aire de quien pone una flor en un ojal, la introdujo en la ingle de Pierre Grosbois, desde donde éste, entre aplausos y risas, apretando los músculos de las nalgas, logró hacerla dar golpes sobre la mesa.

En medio del desorden de sillas echadas para atrás y los abrazos de despedida con balanceos de la cabeza, el desconocido se detuvo apenas delante de Rosa.

—Iremos a tomar un copa.

Perdieron a los demás en el tumulto de la *place*.

—¿Dónde? —se detuvo para encender un cigarrillo en una arcada oscura; para él, era la lugareña.

Fueron al bar de Arnys, quien no dio muestras de reconocer a la chica extranjera separada del

contexto de sus compañeros habituales. La vieja cantante siguió jugando al solitario con el vestido de gasa que cubría unas piernas enormes brotadas de pequeños escarpines ceñidos parecidos a cascos de raso. Su perro maltés ciego y de pelaje enmarañado, se acercó y babeó un poco el asiento del hombre: *Chabaliér*, estaba escribiendo para Rosa en el margen de un periódico olvidado sobre la barra, *Bernard Chabaliér*.

—¿Dónde vives cuando estás en París?

—Nunca voy a París.

—Fue allí donde creíste que te seguían.

—Ah, eso. Fueron dos noches; venía hacia aquí. La primera y única vez.

Con la cara entre las manos, él aceptó que no le respondiera.

—¿Quieres más vino? ¿O café? —se dirigió al barman sencilla y severamente, anticipándose a cualquier objeción irritante—. Ya sé que es verano. También sé que es Catorce de Julio. Pero, ¿tenéis limones? Quiero zumo de limón... caliente.

—No quiero más vino. Tomaré lo mismo.

—¿Estás segura de que te gustará? No se trata de una exótica bebida francesa, es puro zumo de limón agrio.

—Eso es lo que entendí.

—Cuando yo estudiaba en Londres solía pedir que me orientaran hacia algún lado en el autobús. Diez personas amables me respondían al instante... Sí, sí, les sonreía, muchas gracias... pero estaba perdido. Es una cuestión de orgullo, nadie se resiste al chauvinismo del idioma extranjero. En las conferencias de prensa oyes a un estadista que visita París hablar con gran elocuencia en su idioma; de pronto intenta decir unas pocas palabras en francés y se transforma en un idiota que habla, un analfabeto de algún caserío miserable que aprende a leer a los setenta años.

La chica no se sintió intimidada.

—Estoy acostumbrada. He hablado dos lenguas maternas toda mi vida y siempre estuve rodeada de otros idiomas que no comprendo.

—Yo hablo inglés.

Ella expresó con un gesto que lo hacía con toda competencia, pero él no se dejó impresionar por un triunfo.

—Trabajé seis años en Londres... pero no sé si tú y yo nos entenderemos.

—¿Por qué no? —ella siguió la fórmula de un hombre y una mujer que se entretienen durante media hora.

—Si hablas así, sí. Yo diré lo que creo que te halagará y me volveré interesante. *Me gusta esto. ¿No opinas que...?* Cada uno hace su ostentación... pero no pasaré por eso. No es eso lo que... está bien, no tienes por qué responderme, es perturbador no coquetear, no abrir las plumas de pavo real y cacarear.

Uno de los jóvenes de Arnys puso dos vasos con sus platillos delante de ellos. El hombre vació el sobre de azúcar en el líquido turbio y lo agitó como si fuera una medicina; Rosa lo imitó. El se sirvió más azúcar.

—¿Qué habías hecho?

Volvió a sentir el apretón con que sujetaba una mano en la calle que se llamaba Rué de la Harpe. Esperó su respuesta mientras ella probaba el zumo de limón y lo tomaba a sorbos porque estaba muy caliente.

—Nada —se volvió a la espera de un veredicto, una prueba de sus propias palabras... algo que él no entendería—. No he hecho nada.

—¿Qué podías haber hecho?

—Ah, no lo sé —paseó indulgentemente la mirada por la barra, observando a los jóvenes que se tocaban el pelo y la ropa como si fueran coristas en espera de entrar en escena, a la vieja cantante que satisfacía su sentido del control sobre todo lo que había vivido mediante la resolución de que saliera el naipe acertado.

—Son muchas las cosas que yo sé que podrías haber hecho. En las tardes parisinas hay chicas que parecen turistas con los pies fatigados y la *Guide bleu* en la mano que son asaltantes fugadas. Estudiantes menudas con bucles art nouveau que en la cartera llevan cocaína para vender. Diputados que cenan en Matignon, de pelo plateado y manicurados donde Anne-Aymone habla con ellos de jardinería... y que venden armas a ambos bandos del Oriente Medio, a América Latina, a África, a cualquier parte.

—No hice ninguna de esas cosas —él no llevaba un jersey anudado alrededor del cuello (había dejado una gastada chaqueta de cuero en el taburete de al lado); se separó de la conciencia en la que unas pocas características en común desembocan en una sola. La frente alta, con el lóbulo derecho y el izquierdo bien definidos, era casi una coronilla; el pelo ondulado raleante la ribeteaba contra la luz y se extraviaba en alas por encima y detrás de sus orejas. La boca amplia y delgada, con movimientos musculares que modulaban en la carne firme una expresión normalmente transmitida por los labios.

—B-bien. También existen quienes imaginan que cometieron algo y sienten que los siguen. Vale —las cejas espesas que compensan a los hombres la pérdida del cabello, levantadas con tolerancia. Los ojos tenían una fijeza de trance, mostrando el arco del párpado más bien bajo encima del globo del ojo en un hueso hundido.

—No me dejo llevar por la imaginación. No hay nada neurótico ni misterioso —sentía la necesidad de ser natural; como había dicho él, no era aceptable «hacer ostentación»—. Si la policía te sigue te acostumbras, lo mismo que ellos. Sabes si se quedan dormidos esperándote y si se escabullen a horarios regulares para tomar una cerveza. Los conozco desde que era una cría. Pero en una ciudad extranjera no me habría resultado tan fácil reconocerlos. No sé qué clase de persona hace ese trabajo aquí, la ropa que usan, el corte de pelo... —se dio por vencida, sonriente—. Si no vives así, si no has hecho... Y aquí, incluso yo, aunque no viva así...

El la miraba con desenvuelto respeto.

—Has estado en dificultades. Vale. Te digo que es imposible... Sé lo que es eso aunque nunca estuve metido.

—En primer lugar yo no pienso en eso como si fueran «dificultades».

—No, por supuesto. ¿Ves? Lo veo cada vez menos posible. Cuando te dije que no nos entenderíamos no pensaba que sería algo así. Sólo estaba pensando que no reconoceríamos por qué te pedí que me acompañaras y tú viniste. Pensaba únicamente en las cosas que ocurren entre hombres y mujeres. Me atraes muchísimo... lo sabes, y respondiste dejando a los demás y acompañándome. ¿Nunca encontraste a un hombre al que desearas entre los que se mostraron interesados? Ah, sí, pero no puedes decírmelo... y tú no podrías entender nada de mí. Como la comida y bebo el vino de unos amigos a quienes no tengo en buen concepto, vivo de ellos... y tal vez yo también pienso que una chica nueva forma parte de mis pequeñas vacaciones... Soy maestro. «Profesor», sí, así nos presentaron, pero los títulos... Todo francés que da clases en un *lycée* es un profesor, todo alemán es *Herr Doktor*. La gente con la que vivo te dirá que estoy escribiendo un libro... en su casa, para ellos es un proceso maravilloso. Debo decirte que se trata de mi vieja tesis del doctorado para el que me presenté en la Sorbona hace tres años y que abrigo la esperanza de que... alguien la publique si alguna vez se termina.

— ¡Y que tú lo digas! —logró reír espontáneamente. Estiró una mano, los tendones extendidos en el dorso, y palpó la espiral de la columna de prensa aceitunera que había seguido con la mirada cuando iba allí con otra gente.

Una voz de mujer grabada treinta años atrás cantaba a la isla donde habían nacido ella y la Josefina de Napoleón. El había cogido la rodaja de limón del fondo de su vaso y engullía la piel con glotonería.

—Un cerdo. Disculpa. Me encanta. ¿Sabes qué es eso? La voz de Arnys... inconfundible. Era la mejor de todas. Como una voz que te llega desde la calle cuanto te estás quedando dormida o aún no estás del todo despierta.

Rosa se inclinó para hablarle al oído y sintió el tacto del pelo de atrás de la oreja, lo olió por vez primera.

—La que está allí es Arnys. Este bar es de ella.

—¡Ah, no!

—Siempre me lo repiten. Pero para mí no significa demasiado.

El miró a la vieja cantante en una especie de orgullo de seguidor, de reconocimiento de su resistencia.

—Elegiste el bar de Arnys. Son cosas que ocurren... —bajó de su taburete y se acercó a la anciana. Ella levantó la vista, con la boca ligeramente abierta, casi de niña, como la que se veía en las fotos de las paredes. Le habló bajo y rápido en francés. Ella gruñó un incierto *Monsieur!*, una nota de contrabajo con las cuerdas rotas. Después, estalló una de esas extraordinarias oleadas de animación francesa. Discutieron, hablaron los dos al mismo tiempo, levantaron sus rostros como picos de aves que se desafían, Arnys con los ojos entrecerrados, tocándose las manos, el profesor Bernar Chaballier repitiendo con reverente formalidad *chere madame, Josette Arnys, Josette Arnys*. El perro forcejeó bajo su brazo para llegar a él o por haber sido desplazado.

Volvió a la barra riendo íntimamente bajo la mirada amistosa de los demás; podría haber estado mostrando su valoración apreciativa de cualquier otro hito local.

—*Muy modesta*. ¿Sabes lo que dice? Me ha dicho que jamás habrá otra como ella. Que «toda esta cuestión feminista» significa que las mujeres ya no podrán cantar al amor, pues les dará vergüenza. Entonces le dije que la canción de la isla no trataba del amor, al menos de ese tipo de amor, sino sobre los orígenes, que incluso era románticamente política, adelantada a su época (eso no se lo dije a ella), las Antillas, la añoranza de Europa por un humanismo que se supone florecerá en un mundo criollo. Pero ella insiste en que la verdadera fuente de la canción sigue siendo la misma... mira a los pájaros, que sólo cantan para llamar a la pareja.

—¿Nunca la habías visto?

—¿Dónde podría haberla visto? ¿En los *nighclubs* de París cuando era niño? Tenemos algunos discos viejos en casa; la familia de mi mujer es de las que nunca tiran nada. Los ponemos una o dos veces al año, cuando hay una fiesta, como esta noche... todos beben mucho vino y brincan... ¿Trabajas mañana?

—No estoy trabajando.

—Cielos, tendré que reprimirme a mí mismo. Me paso el año diciendo: si pudiera alejarme del piso, de los niños, de los comités, de los almuerzos domingueros, de todo el mundo, si pudiera tener tres semanas para mí, sería suficiente. Y ahora estoy solo con mi tesis, de la que siempre hablo por los codos. Todo el verano se ha adaptado a mis necesidades, mi mujer y mis hijos renunciaron a sus vacaciones, hasta mi madre me escribe pidiéndome que no le conteste, estás demasiado ocupado —dejó de girar alrededor de sí mismo—. ¿La gente como tú tiene vacaciones? ¿Puedes decir *arrete?* ¿Fijar una fecha para la *rentrée?*

—Lo prometí —se sintió profundamente tentada, pues este hombre no había demostrado que volverían a verse, a ponerle algo delante como había hecho con aquellos minutos en la Rué de la Harpe—. Me comprometí a tomarme vacaciones. Como cualquiera —el tono era burlón.

—Vendremos mañana —dijo él como si hubieran acordado dar carpetazo a alguna decisión—. ¿Abren a mediodía? Alrededor de las doce —antes de salir volvió a acercarse a la vieja cantante y le besó la mano. Hubo otro intercambio entre ambos—. Quiere abrir una botella de champagne. Sus muchachos se pondrán celosos, *eh?*, obviamente no les ofreció una celebración del Catorce de Julio. Le dije que mañana —mientras la chica lo precedía hacia la calle, se mostró al mismo tiempo implorante y estricto—: Te estaré esperando aquí.

Algunas veces ella llegaba antes. Él comenzó a ceñirse a la regla de levantarse lo bastante temprano como para haber trabajado tres horas antes de aparecer a través de las puertas en forma de

tabernáculo, con los paneles de cristal ampollado color ámbar almibarado. Se abrían hacia adentro y en general sólo para él; apenas iba nadie por las mañanas. Pepe o Toni o Jacques —quien casualmente cogiera las llaves de Arnys cuando cerraba el bar a las cuatro o a las cinco de la madrugada— rondaba apático entre el hueco de la cocina, el nicho del restaurante que olía a corchos hinchados por el vino y los rincones donde el perro maltes había meado en el serrín, la máquina de café exprés que hacía gárgaras y escupía taza tras taza levantada con manos manchadas, delicadas, temblorosas. El ensimismaniento del joven homosexual era extrañamente reposado. Bebía el café como si fuera la fuente de la existencia, fumaba como si lo que aspiraban y expelían elaboradamente sus pulmones a través de la boca y la nariz fuese oxígeno puro; revivía mentalmente y su cara marcada por el sueño y las caricias —como las de un niño por lágrimas olvidadas y una almohada arrugada— cambiaba y vibraba con lo que pasaba por su mente. De vez en cuando limpiaba la barra de un golpetazo en forma de medialuna. En presencia de una criatura tan contenida, Rosa cobraba conciencia de su pobre ser como si fuera el creciente tictac de un reloj en un habitación vacía. Tenía un periódico, o un libro que intercambiaría con Bernard, pero no leía. Las enormes clavijas de madera de la prensa olivarera, la pared del espejo detrás de la barra, las fotos cuyas firmas eran un tesoro en sí mismas, el satén verde que cubría los muros del hueco, inmovilizado donde intentaba soltarse por medio de una tarjeta sujeta con chinchetas, *Ouvert jusqu'a l'aube*; el pescado de porcelana con lápices en la boca, las botellas de Suze, Teacher's, Richard, Red Heart, alineadas en posición invertida como los tubos en un órgano, el televisor en la vieja mesa de junco de Indias de cara a la cocina por capricho de quien en ese momento cocinaba, de modo que lo veía por las noches, cortando o picando o golpeando mientras miraba la pantalla; las cintas de cajas de bombones o ramos de flores ensortijadas como virutas entre los pinchos para cuentas de encima del escritorio de tapa corrediza de Arnys: en estado exactamente inverso al del joven homosexual, todos ellos objetos definidos del presente de Rosa, habitados por ella como todo lo que la rodeaba en ese momento. En el bar donde se sentaba a mirar las vidas de otros en el espejo, no había umbral entre sus reflejos y ella misma. Las columnas que sólo había notado como una curiosidad, ahora eran interpretadas como señales; cada muesca, cada ranura y cada nudo sustentando la armonía y el equilibrio del espacio-tiempo antes de que la puerta se abriese hacia adentro.

—Eliges algo que esperas nadie esté escribiendo ya. Ese es el alcance de la originalidad —la ironía no era impacable consigo mismo ni con los demás. La mantenía inocente de la mezquindad de Europa. Le tomó un momento la mano que ella había dejado sobre su regazo—. También quería darme tiempo —puso una expresión cómica, culpable—. Si eres demasiado tópico, el interés habrá pasado a otro tema antes de haberlo terminado. Y si se trata de algo puramente erudito, a menos que seas un gran sabio... ¿cuál sería su contribución? Nadie se enteraría. Pero la influencia de los antiguos colonos franceses que han vuelto a Francia desde que terminó el imperio colonial... aún no le he puesto título... eso es algo que continuará años enteros. No tengo por qué preocuparme. Al principio pensaba hacer algo acerca de la declinación de la latinidad, de hecho he dado algunos charlas por la radio...

—¿Tiene que ver con la lingüística?

—No, no... la declinación de la fuente latina en las ideas y el temperamento francés, y así sucesivamente. No sé si suena como una montaña de mierda. Tú sabes que es verdad que la vida de los franceses está cada vez más dirigida por los conceptos anglosajones y norteamericanos... Vinculada al Mercado Común, a la OTAN... y sabe Dios a qué más. Si quieres ser extravagante puedes compararlo a la destrucción de la antigua cultura que floreció en el sur de Francia y Cataluña en la Edad Media, la *civilisation occitane*: instintiva, imaginativa, cualidades de autorrenovación que derivan en estériles cualidades tecnológicas militares. Pero no me gusta mucho. ¿Tú qué opinas? Es demasiado nacionalista. Y excluye a Descartes, Voltaire... ¿Dónde termina una cosa así? Aunque yo armo tanto jaleo como el que más cuando veo desaparecer los viejos *bistrots* y ser reemplazados por *drugstores*, los mercados derribados y los supermercados que

levantan en su lugar... a ese nivel... *Enfin*, cuando jugaba con la idea de la latinidad pasé un tiempo en los alrededores de Montpellier, en la Languedoc (la región lleva el nombre de la lengua de esa civilización, el idioma que hablaban se llamaba *langue d'oc* y «oc» significaba sencillamente «sí», eso es todo...). Y desde luego también estuve en Provenza. El provenzal no es un dialecto, sino una de las *Zangues d'oc*. No es mucho más que un remanente; todavía se hacen intentos por publicar obras en su idioma, pero el gran resurgimiento provenzal tuvo lugar el siglo pasado: Frédéric Mistral, el poeta... ¿has oído hablar de él? Sí. Bien, entonces descubrí que comenzaba a pensar en algo distinto, aunque en cierto modo relacionado, porque las migraciones, el cambio social... empecé a pensar acerca de los *pieds noirs* concentrados en Provenza, especialmente aquí en las costas, y qué efecto ejerce su mentalidad en la cultura francesa moderna. Parte de las consecuencias del colonialismo y todo esto. Ajjj —tenía gestos indicativos de lo poco que valía todo esto en el mercado intelectual pero era un hombre práctico—. Han vuelto... después de algunas generaciones en Argelia, Túnez, Marruecos, lo que da a la idea un matiz interesante es que la mayoría de ellos provenían de esa parte del mundo... sus familias, originalmente; el sur de Francia, Córcega, España. Incluso tiene cierta relación con la vieja cuestión de la latinidad: poseen en su sangre las cualidades de las culturas antiguas, el temperamento, pero ahora devuelven a Francia, después de su período imperialista, los valores y costumbres particulares que desarrollaron los colonizadores. Personas-langostas. Descienden a tierra, comen las cosechas y huyen volando cuando la población esclavizada los persigue... Sea como fuere, han vuelto cientos de miles y les va muy bien. ¿Sigue viva en sus venas la antigua espontaneidad, la capacidad de improvisación? Es posible. Un millón de parados en Francia este verano, pero no creo que encuentres a uno solo entre ellos. Muchos tienen su dinero en Mónaco por razones impositivas. He hablado con alguna gente. ¿Sabes que el dos por ciento de su población es *piéd noirt*? No es un mal tema, *eh?* Bastante polémico.

—¿Por qué tiene que ser una tesis? De eso saldría un buen libro.

—Rosa. Rosa Burger —se reclinó en el asiento, con el codo apoyado en la barra, levantó el pescado de porcelana y volvió a dejarlo.

—Me refiero al estilo de una tesis, a las largas y prolijas notas al pie. Lo que quieres decir queda enterrado.

—Soy maestro. Si no obtengo un doctorado, jamás me darán trabajo en una universidad. Lo tenemos todo calculado... tantos francos en comparación con tantos otros en el *lycée*. Podemos comprar un terreno en Limousin o en Bretaña. En equis años levantaré una pequeña casa de campo. Para correr el riesgo de escribir un libro tienes que ser pobre y estar solo, no puedes tener niveles de clase media —la cogió de la muñeca persuasivamente, sonriente, como si quisiera hacer caer un arma que imaginaba en su puño—. No te imaginas lo cautelosos que somos los izquierdistas franceses burgueses. Separamos tantos francos cada mes, no tenemos la menor posibilidad de vivir peligrosamente.

Rosa lo observó, atenta y curiosa.

—¿Quién necesita vivir peligrosamente en Europa?

—Algunos. Pero no los eurocomunistas; no la izquierda que vota. Los terroristas que exigen rescates en un país por los horrores que ocurren en otros. Los secuestradores. Los que pasan drogas. Nadie más.

—Uno de los que tú creías que yo era.

—Sé quién eres.

La tercera vez que se encontraron lo manifestó. No indicó que alguien se lo hubiera dicho, como sin duda lo habían hecho alguno de los amigos de Madame Bagnelli: su padre estaba del lado de los negros, lo habían encarcelado, matado o algo parecido... una historia terrible. *Bernard Chaballier* se encontraba entre los signatarios académicos y periodistas que habían llenado páginas enteras encabezadas por Sartre, Simone de Beauvoir e Ivés Montand con peticiones para la liberación de presos políticos en España, Chile, Irán, y con manifiestos en protesta por el abuso de la psiquiatría en la Unión Soviética y la represión en Argentina. Una vez había firmado una petición de Amnesty

International para la liberación de un líder revolucionario sudafricano, viejo y enfermo, Lionel Burger. «En una oportunidad» (una expresión que empleaba a menudo, no del todo correcta en lengua inglesa, y por lo tanto más ambigua que la acertada) le sugirieron que debía formar parte del comité parisino contra el apartheid. Había pronunciado una breve introducción a una película filmada clandestinamente por los negros, en la que se veía cómo arrasaban sus casas durante los traslados masivos, los datos provenían de los exiliados negros que divulgaron la película en Europa; su principal virtud era la capacidad de comunicarse con ellos en inglés.

—Y la pronuncié como conferencia en «France Culture»; a veces me piden que haga cosas, por lo general sobre las consecuencias sociológicas de cuestiones políticas. Ese tipo de programas...

—Me gustaría ir a escucharte. Si pudiera comprender.

—A partir de ahora te hablaré únicamente en francés; mejorarás rápidamente. Pero nunca me digas nada real excepto en inglés. No quiero renunciar a eso —sin darle tiempo a que interpretara estas palabras, se volvió práctico y entretenido—. Si tuviera un magnetófono te haría una entrevista para la radio. Estoy seguro de que la comprarían. Nos dividiríamos los honorarios. Una buena cifra. ¿Qué haríamos con ese dinero? ¿Cambiar nuestra marca de champagne? —bebían todos los días, sin hacer comentarios, la copa de la amistad del primer encuentro, el mismo *citrón pressé*. Pépé/Toni/Jacques lo preparaba cada vez como si no supiera cuál sería el pedido: una señal de desdén por la cita heterosexual—. Podríamos comprar dos billetes baratos a Córcega. En el transbordador. Yo vomitaría todo el trayecto... me mareo terriblemente en los viajes por mar. Sé que a ti no te ocurriría —un instante de tenebrosa envidia.

—Nunca viajé en barco.

—Sería estupendo... la gente oiría tu voz y yo traduciría lo que dijeras —las yemas de los dedos juntas en la manifestación de un gesto, enseguida separadas— impecablemente.

—Lo prometí. No puedo hablar.

Arnys se sentó ante su escritorio en cuanto llegó; pasaba la primera hora del día en reflexivo retiro detrás de tres paredes de diminutos armarios y cubículos: sus gafas empañadas colgaban de la pequeña nariz que aparecía en las fotos y sus manos traspasaban facturas en pinchos con la ordenada ansiedad por el dinero de arterias cerebrales endurecidas. Sus voces llegaban a ella como las de tantos que eran o serían amantes, cuyos intensos y abruptos interrogatorios y monólogos de banalidades dichas en tono demasiado bajo para ser detectadas, sonaban como si estuvieran en discusión cuestiones secretas e irrevocables.

Bernard dejó de lado lo que había dicho como si se tratara de una baratija con la que estaba jugando.

—¿A quién se lo prometiste?

Rosa captó el espionaje abstracto por encima de las gafas de la vieja cantante, diplomáticamente caída como forma de respeto por la intimidad sexual que todos conocen a partir de experiencias y desenfrenos comunes. La protección de la inimaginable vida de Arnys y la vida a la cual el llamado Pépé estaba en ese momento conectado por teléfono, las columnas, la encerrada realidad del espejo, todo lo contenía a buen resguardo.

—Así es como llegué aquí. Como me dejaron salir.

—¿La policía? —rendido el torpe tono respetuoso de iniciativa.

—No directamente, pero en realidad sí. Oh, no te inquietes... —sus ojos sonrieron, extendió la mano hacia él—. No hablé. Me cercioré de no tener de qué hablar antes de apelar a ellos. Pero hice un trato. Con ellos.

—Muy sensato —la defendió.

Ella repitió:

—Con ellos, Bernard.

—No traicionaste a nadie.

«Opresión.» «Rebelión.» «Traición.» Usaba grandes palabras como suele hacer la gente, sin saber lo que pueden representar.

—Lo solicité. Nadie que conozco lo haría. Hice lo que ninguno de los demás ha hecho.

—¿Qué dijeron?

—No se lo conté a nadie. Me mantuve apartada.

El trabajaba bien; la regulación de sus días había ocupado su lugar alrededor de los encuentros cotidianos en el bar de Arnys por razones comerciales apenas abierto pero tolerando ciertas necesidades. Rosa vio en el borde de espuma de afeitarse todavía húmeda en el lóbulo de la oreja que él había perdido la concentración en el último minuto, sobresaltado en el logro de prepararse para ella. Era supersticioso en cuanto a reconocer el progreso, pero el sereno regocijo con que se deslizaba en el taburete a su lado, o la alegría de sus intercambios con Arnys eran una forma de reconocimiento.

—Me gustaría tenerte en la habitación. Siempre me ha sabido mal tener a alguien en el cuarto mientras trabajo —era una declaración, el ensueño de una nueva relación. Pero se retractó—. El problema consiste en que te haría el amor.

Después del primer domingo, en que cada uno de ellos estaba comprometido a hacer excursiones con otros, el martes fueron directamente desde el bar de Arnys hasta la habitación donde vivía él.

—Pensé en un hotel. Desde el Catorce de Julio he estado pensando adonde podíamos ir —sus anfitriones estaban fuera, pero esta situación no se repetiría con frecuencia—. ¿Conoces el hotelito que está en la calle cercana al gran garaje? Detrás del Crédit Lyonnais.

—¿Te refieres al que está frente al aparcamiento donde juegan a la *boule*?

—Me encanta el aspecto de las dos pequeñas ventanas de arriba.

—En una de ellas hay una gran jaula con pájaros.

—Tú también la viste...

—Es el pequeño restaurante donde Katya y yo comemos cus-cús, lo hacen todos los miércoles. Catorce francos.

La maleta nunca deshecha, estaba abierta sobre una silla, donde él hurgaba; calcetines y camisas usadas entre camisas limpias cuidadosamente dobladas a imitación del formato de una caja y calcetines limpios arrollados en pulcros puños. Alguien había incluido hormas para zapatos que ahora usaba para sujetar pilas de recortes y papeles clasificados encima de la cama.

Era exactamente la hora del día en que Rosa había llegado y se había presentado al pueblo en la terraza de Madame Bagnelli. El trasladó sus papeles al suelo, ordenadamente, ya desnudo, con los testículos asomando entre sus nalgas, el trasero inclinado, equino y hermoso. Surgieron el uno ante el otro de repente: nunca se habían visto en una playa, acostumbramiento público a todo salvo a un triángulo genital. Era como si nunca le hubieran ofrecido a una mujer, ni un hombre a ella. Extraordinarias y dulces posibilidades de renovación brotaron entre ambos hasta estallar en la tierna explosión de todo lo que ha definido a la sexualidad, desde la castidad hasta el tabú, la ilícita licencia para la libertad erótica. En una gota de saliva se manifestaba todo un mundo. El hizo girar la punta húmeda de su lengua alrededor de la espiral del ombligo que Didier había adjudicado a una naranja.

En el calor que habían dejado afuera, la gente comía con suave estrépito, risas y olores de comidas que habían sido guisadas de la misma manera durante tanto tiempo que su aroma era el aliento de las cosas de piedra. Detrás de otros postigos otras gentes también hacían el amor.

La pequeña Rose tiene un amante.

Paso menos tiempo contigo: tú comprendes muy bien este tipo de prioridad. Fuiste tú quien dijo, Chaballier, para qué volver a casa, quédate esta noche y partiremos temprano por la mañana. Las pequeñas expediciones para mostrarme algo del lugar son organizadas por vosotros dos ahora. La gran cama del dormitorio que me diste —la habitación cuya sensación mantendré en los momentos anteriores a tenerte que abrir los ojos en otros lugares, así como Dick Terblanche sabía las proporciones de la mesa del comedor de su abuelo aunque era incapaz de recordar una poesía durante su confinamiento en solitario—, la cama de mi encantadora habitación está destinada a dos personas. Una vez cerrada la pesada puerta negra, no deja pasar los sonidos que tú misma has conocido tan bien. Si son audibles a través de las ventanas, se mezclan con el tráfico nocturno de motos y ruiseñores. Cuando los tres desayunamos juntos bajo el sol antes de que él se vaya a trabajar, noto que te maquillas los ojos y te cepillas el pelo por respeto a la presencia masculina y como delicadeza estética de diferenciación de la etapa de la vida de una mujer perfectamente laxa y descuidada de la sensualidad. No puedo dejar de bostezar hasta que se me llenan los ojos de lágrimas, sedienta y hambrienta (compras croissants rellenos con pasta de almendras para satisfacerme y mimarme), volcando en un gesto hacia ti una historia de amor con la que puedo darme el lujo de ser generosa. Bernard me dice:

—Estoy lleno de semen para ti —no tiene nada que ver con la pasión que fue necesario aprender para engañar a los carceleros y tú no eres una verdadera revolucionaria que espera descifrar mis endechas mientras informo como es debido.

Con Solvig, con la vieja Bobby (que divaga sobre sus injusticias desesperanzadamente filosóficas en un inglés brillante: «En una época le hacía toda la correspondencia a Henry Torren. ¡Diez francos la hora! Por ese precio ni siquiera conseguirías a alguien para que te fregara el suelo. ¡Con los millones que tiene! Aunque en realidad no me importa. No quiero nada distinto. Su abuela usaba zuecos y una manopla de mulotón, te digo la verdad, querida»), con todas las que tu grupúsculo que una vez vivieron con sus amantes: imagino vuestras voces, desde la terraza o la cocina, una conversación sobre las perspectivas que me esperan y que tan bien conocéis.

Manolis hacía una exposición de sus pinturas sobre vidrio; Georges, invirtiendo los papeles y asumiendo la responsabilidad de las labores domésticas para la inauguración, calculaba con Madame Bagnelli el número de personas para las que iba camino de encargarle *amusegueules* a Perrin: Donna y Didier, doce, Tatsu... y Henry; tal vez catorce, tú y Rosa y Chabaliere, diecisiete. Pierre Grosbois había hecho con sus propias manos una barbacoa y la estrenaron con una fiesta. Nada de madonas y burros alados (recuerda demasiado a Chagall, *eh?*), los discos de *bouzouki* que le regala su novio fueron la única inspiración griega, ¿qué te parece? Pero yo también sé hacer cosas con las manos... y la pequeña Rose traerá a su profesor, desde luego.

Imprevistamente Gaby cortó un vestido para ella; hubo ajustes con Rosa de pie en la mesa de la terraza, saludando con la manos a conocidos que levantaban la vista y la veían en lo alto, y los niños del vecindario, curiosos y cohibidos. El mar y el cielo equidistantes quedaban hundidos, desde su posición, por la línea de gravedad, como un reloj de arena, a través del cual una nave envuelta en brumas rosa malva pasaba de un elemento al otro, desplomándose sobre el horizonte. Gaby y Katya prendían alfileres e hilvanaban; mientras Rosa reconocía el transbordador de Córcega o Cerdeña que Bernard identificó cuando paseaban rodeando las murallas, Gaby le hablaba a Katya acerca de un libro que había encargado a París.

—*La Níenopause effacée*; aparentemente si tu médico no es un idiota redomado, puedes evitarla. No tiene por qué ocurrirte, sencillamente —Rosa se partió de risa, sumida en la incontrolada improvisación y parloteo que a veces se volvía compulsivo: Gaby era capaz de charlar en una esquina o ante una puerta, imposibilitada de soltar a su interlocutor—. Puedes seguir siempre. En teoría. No es que a una le interese, santo cielo... con Pierre, *monpauvre vieux*, no tiene mucho sentido. ¿Y dónde encontraría a otro en este lugar? Imagínate, corno la mujer del dentista de Fierre, ¿recuerdas que te lo conté? Se lleva a un policía al Negresco en su día libre todas las semanas, va a buscarlo a la prefectura de Niza, almuerzan bien... ella paga la habitación —la carcajada se convirtió en un quejido—. Ahora está en la recepción la segunda hija de Madame Perrin, el viejo Perrin dice que la verdad es que hacen las cosas *comme il faut*... no es como si un tipo te ligara en la playa, se trata de un hombre de la prefectura, un *padre de familia*. No, pero mírame, mis cejas son cada vez más gruesas, como las de un viejo. Observa las manchas que tengo en las manos...

—Protégete del sol, Gaby.

—¡Protégete del sol! Ya sabes que el sol no tiene nada que ver, Katya. Según mi médico no hay nada que hacer. Claro, es un hombre y a él no le importa. Pero yo no estoy tan segura. Tendríamos que haber tomado hormonas hace años, Katya... dicen que el deterioro no puede repararse pero sí detenerse. ¡Así está mucho mejor, ésta es la forma en que debe caer la falda... Esta chica no tendrá necesidad de envejecer, ¿quién puede saberlo?

El barco pasaba de lo velado a la solidez, del rosa al blanco, y al escorar apuntaba en un océano trazado como un mosaico romano en onduladas bandas de contaminación hacia los límites costeros. Ella y Bernard Chabaliere abordarían una nave, algún día; estarían en cualquier sitio de ese objeto que avanzaba, acercando una vez más las montañas de color lavanda gredoso más allá de Niza y los edificios blancos anidados en los acantilados, donde brillaba una cúpula de tejas en escama de pez, azul, verde o rosa, con la punta dorada, y las torres sobre la playa, hacia Antibes, alzadas por encima del mar, inclinadas, girando lentamente sobre sus ejes el ala del avión, construidas en la espiral —esa ambiciosa figura inacabada— reducida a la escala de su mano en el bar de Arnys. Rosa aspiró una gran bocanada de aire, los alfileres cedieron y las mujeres protestaron con tono indulgente.

—Tomo las píldoras que me recetó, por supuesto, pero me pregunto si eso será lo mejor. Según

lo que he leído siempre hay nuevos descubrimientos. Pienso llevarle el libro y decirle, simplemente... Katya, te haces examinar los pechos, ¿verdad? Es esencial que lo hagas. Espero que no te estés descuidando.

—Tú eres la única que se visita con un médico particular. Te pierdes las reuniones con la chicas en el ambulatorio; Bobby, Françoise y Marthe, Darby con su gorra más vieja (temerosa de que reconsideren las pensiones y le cobren si la ven demasiado próspera). Todas nos hacemos la prueba de Papanicolaus. Es un disparate que pagues.

—Es idea de Pierre, no mía. No confía en los médicos del ambulatorio... en lo que a mí se refiere el nuestro es un *vieux con*. Pero los pechos es algo que hay que ver todos los meses. En la bañera, yo me tiendo en la bañera y con mucho cuidado... cierro los ojos y palpo... tienes que concentrarte.

Katya tendió vivamente la mano a Rosa.

—Baja. Tengo la impresión de que te gusta estar allí arriba —de vez en cuando, en ocasiones en que las francesas se lanzaban a una discusión sobre los movimientos intestinales u otras regulaciones de sus funciones corporales, aún se distinguía por su condición de extranjera. Habló en inglés para redefinirse a sí misma ante los ojos de la chica; un comentario sobre preocupaciones hábilmente abandonadas, dejando deslealmente a sus amigas consigo mismas—. Si alguien escribiera un libro que indicara cómo hacerse vieja y fea sin que a una le importe...

—No te he entendido del todo bien —Gaby pasó la mirada de una a otra.

Katya lo repitió en francés.

Gaby montó su numerito de festiva alegría.

— ¡Fíjate en lo que dices! Todavía conservas tu belleza, Katya —detuvo en Rosa su mirada impresionada—. Mírala... cuando la tengas así —una imitación de la boca de Françoise, o tal vez la de Marthe—, como el ano de una gallina... cuando estés gaga como Poliakov, entonces podrás quejarte, *eh?* Fue bailarina, ¿lo sabías? Todavía tiene los músculos flexibles. El Ballet Russe... —dibujó toda una carrera profesional en el aire.

Katya cruzó sus manos con las de su amiga en la posición del *corps* de polluelos, moviendo la cabeza al ritmo de *El lago de los cisnes*, entonando unos compases. Las masas de sus senos se balanceaban de lado a lado como cojines a los que se golpea para dar forma.

Pierre había salido de la oscuridad de la pequeña escalera y de la casa, un niño calvo y solitario en busca de compañeros de juego. Observó a su esposa que reía y jadeaba y dio a entender a Rosa, acercando una silla en la que se acomodó con gran cuidado, que ella y él eran los únicos seres razonables en ese lugar.

Gaby terminó en seguida.

—¿Te gusta? ¿No está hermosa? Francamente me siento orgullosa de mí misma.

El marido miró personalmente, sin dejarse influir.

—Espera. Siéntate, Rose. No se puede juzgar un vestido hasta ver a la mujer que lo usa yendo y viniendo, levantándose y sentándose. ¿No tengo razón?

—¡Si está muy bien! El color va con su piel. Los dibujos pequeños, auténticos *satín fermiere*, el estilo es gracioso...

—Espera. Sí. Está bien.

Rosa se paseó de un lado a otro como en un desfile de modelos, sonriendo por encima de su hombro al mover el cuerpo que Chaballier definía para ella con sus manos, el rostro que él observaba con una atención sólo a ella dedicada.

La vigorosa conciencia de sí misma que tenía la chica devolvió a Katya la presencia física que había conocido y que había quedado tapada por tantas otras: la carne y el rostro jóvenes de Lionel Burger siempre sometidos a una atención que iba más allá del deseo, a una pasión que superaba la propia en la cama, la pasión-más-allá-de-la-pasión, similar a la pasión de Dios, aunque para él no existía ese concepto: estaba solo, un ser del espanto, un joven que arrojaba su calor dentro de ella en las ciudades más frías del mundo.

Pierre acercó el vaso de pastis que era su intimidad de tío mayor con la chica y la cogió del

cuello en un apretón momentáneo, murmurando con generosidad y un sentido de la celebración que no necesitaba apelar al tacto:

—La pequeña Rose *en pleine forme*, todo es maravilloso en ti, *eh?*

Existe el deseo de crear una pequeña reserva de experiencias comunes entre amantes, entre extranjeros: mientras ella vivía con la familia Nel en el hotel aldeano de Springbok Flats, un joven de dieciocho años hacía su bachillerato en el liceo Louis le Grand. Los cuadritos de cafeterías con terraza, toldos y caniches en las habitaciones del hotel.

—Les dije a las chicas de la limpieza que eso era París, un lugar de Inglaterra.

—Eras una presumida y una ignorante como la mayoría de los presumidos. En tanto yo podría haber puesto un dedo *exactamente* en el punto del mapa de África donde tu tío y tu tía tenían su pequeño hotel —apartó de los párpados de Rosa y de la curva de sus codos los años y lugares que no podían existir, los suyos para ella, los de ella para él. Los del presente y el pasado inmediato no parecían tener mucha importancia. Desde que había quitado la placa y vendido esa casa, vivió con amigos; en un piso; en una cabaña con un joven que se había detenido en sus vagabundeos alrededor del mundo y después otra vez en un piso, en la misma ciudad—. Es un condominio en el *quinzieme*, no está mal, Christine lo encontró cuando estaban reformando el interior, de modo que quedó más o menos de acuerdo con sus ideas. Al menos cuento con una pequeña habitación en la que trabajo; antes tenía mi mesa en el dormitorio y si quería trabajar a altas horas de la noche... la otra persona se harta, quiere dormir. Hay una terraza grande donde los chicos pueden guardar las bicis... pero ella la ha atiborrado con montones de plantas, yo no soy tan entusiasta de...

Rosa Burger y Bernard Chabaliere encajaban fácilmente en estas circunstancias contingentes; usando las mismas ropas para cubrir los mismos cuerpos recién descubiertos y minuciosamente conocidos, recorrían las calles que habían desgastado los zapatos que ahora usaban en su mutua presencia, con un impermeable europeo de color gris en un andén del metro volviendo a casa en uno de los nuevos rectángulos empotrados entre floridas mansardas decimonómicas y frágiles paredes amarillentas de edificios anteriores, o seguidos —una niña fuerte cuyos músculos del hombro de un físico campestre se movían en un vestido con la espalda descubierta, como el que llevaban ahora— a través del tráfico de negros en bicicleta y de negras con bultos en la cabeza, imagen familiar en los telediarios.

Cuando su deleite mutuo desbordaba y sus energías se apagaban les gustaba ir de pesca. El viejo coche que les prestaba Katya seguía huellas abiertas junto al Loup; compartían las modestas oportunidades de su captura con jóvenes maridos que usaban gorros regalados en las gasolineras, viejos con mujeres que tejían y cuidaban las bolsas de papel con carnada, pan y vino; todos se sobresaltaban al ver bajar pandillas de roncros adolescentes que se empujaban, salpicaban y se alejaban, juntos esperaban que las vibrantes estelas de luz y sombra volvieran a asentarse en figuras y agua, afectados en una forma que rompía los límites y producía un único estado del ser durante toda una tarde estival.

Miraban pinturas.

—En África uno va a ver a la gente. En Europa, los cuadros.

Pero ella estaba viendo en los lienzos de Bonnard más allá de los que avanzaban como si los procesara la multitud, una confirmación de la experiencia que corría en su interior. La gente entre la que vivía, la forma de percibir, de estar viva, en el río, coexistían con la vida fijada por la visión del pintor. ¿Cómo era posible?

—Cuando miras una pintura, se trata de algo terminado, ¿no? Es un registro de lo que ya ha pasado por la mente del pintor, tanto el hecho de ver como el concepto que surge, la inventiva, están fijos en la pintura. Así, para mí un cuadro siempre es abstracto... y el estilo pictórico no tiene que ver. Pero cuando Katya y yo nos tumbamos bajo los olivos... incluso en la habitación, la que me dejó, las flores en una vasija en el suelo, y las flores del pintor, ese ramo de mimosa... Estos cuadros

son la prueba de algo. Es la gente entre la que vivo la que veo, no los cuadros.

—¿Quieres saber por qué, querida mía? Esa mujer que ves pisando las hojas y aquella mimosa... la mujer que pintó en 1894 (fíjate en el catálogo, allí figura), la mimosa pintada en 1945, durante la guerra, durante la Ocupación, ¿ves? Muy bien. En los cincuenta años transcurridos entre ambas pinturas se desarrolló el fascismo, hubo dos guerras, la Ocupación... Y para Bonnard es como si nada hubiera ocurrido. Nada. Obsérvalo... Podría haberlos pintado el mismo verano, el mismo día. Y así son los que están alrededor del *château*... así es como viven. Como si nada hubiera ocurrido nunca, como si nada les hubiera ocurrido a ellos ni a nadie, como si no estuviera ocurriendo nada. En ningún sitio. No hay presos en los manicomios soviéticos, ni Sudáfrica... no hay jornaleros migratorios que viven sin mujeres camino abajo... ni «lugar de protección» en Arene, bajo nuestras propias narices en Marsella. Este año ya han encerrado allí a siete mil pobres diablos como si fueran animales extraviados antes de ser deportados... Estar vivo día a día: lo mismo que en Bonnard... *tout voir pour pre-miere fots, a la fots*. Hasta los ochenta años. Es encantador, naturalmente, si lo consigues. Mira aquí, y allí, la carne de la mujer y las hojas que la rodean son hermosas y corresponden a manifestaciones idénticas. Porque ella no tiene más existencia que las hojas fuera de este encantador bosque en el que están. Ni pasado, ni futuro. La mimosa: cincuenta años más tarde, está viva en el mismo verano que la mujer. Como si no hubiera existido Hitler, los campos de concentración —la oleada de gente que se movía lentamente con sus ropas de vacaciones los alejaron de las galerías hasta los peldaños poco profundos y bajaron a un patio de esculturas alargadas como sombras tardías. Las piernas musculosas de Bernard con su vello negro y sus pálidas manos de europeo con el delgado anillo de oro indicativo de su estado civil brillaban tenuamente en las sombras—, ni bombardeos, ni ocupación alemana. Tu chica del bosque y el jarrón con mimosas... *c'est un paradis inventé*.

Los dos llevaban pantalones cortos y mientras paseaban la pierna de él frotaba la de ella a la manera del zigzag de un gato cariñoso.

—Si fuera a París...

—Vendrás, vendrás —Chabaliere tomó un estrecho sendero bajo pinos de tronco azul rosado, extendiendo la mano para guiarla a sus espaldas.

—No logro imaginar cómo sería... elaborado. Cómo te vería...

—Como me ves ahora. Todos los días.

—Y yo estaría... ¿dónde?

—En un hermoso hotelito. Cerca del *lycée*. Para poder llegar rápido hasta ti. Lo primero que quiero hacer es mostrarte *la dame a la licorne* en el Cluny.

—Y harás que nos encontremos por sorpresa.

—¿Qué significa eso?

—Cuando lleves a pasear a tus hijos.

—Ah, no. La quiero, no puedo dejarte seguir adelante sin saber que también la ves a ella.

Rosa se apoyó a su lado contra un muro de piedra, contemplando cuevas con viñedos extendidos a madurar al sol y olivos encorvados a lo largo de terraplenes abandonados interrumpidos por viejas granjas y nuevas villas. Un hombre sin camisa andaba de puntillas por un tejado que estaba reparando; los brazos y la postura de una mujer eran los de alguien que les gritaba, aunque estaba demasiado lejos para ser oída. Más allá, en la franja de mar que se colaba detrás de las torres de castillos de arena, banderas y gallardetes de aldeas encumbradas, un barco despedía humo blanco a la manera del chorro de una ballena. Rosa siguió con la mirada a la mujer que retrocedía para ver el hombre en el tejado, como si completara una figura que conducía al tapiz de la pared de un museo desde una habitación de hotel que sería especial entre calles llenas de hoteles semejantes. Levantó el mentón y sonrió con los labios apretados en una especie de maestría tímida y torpe. Bernard vio al hombre en el tejado.

—Mira su tripa. *Il va se casser la gueule, vieux con*... Tal vez un pequeño apartamento. No es fácil, pero se me ocurren algunas ideas. Sé qué es lo que te gustaría... un pequeño estudio en un

edificio viejo... aunque por lo general apestan... los pasillos... no te imaginas lo que es eso. No, encontraremos algo mejor —dejó de ver al hombre en el tejado, la mujer, el valle; los ojos entrecerrados como para protegerse del destello, de pensamientos en el idioma en que ella no podía seguirlo—. En realidad, un hotel... siempre estará el portero si necesitas algo y yo no estoy —la larga boca con la línea superior delgada reaccionó con tristeza y fina obstinación ante objeciones de las que ella nada sabía; los ojos fijos adquirieron un foco cálido y tranquilizador, rechazándolas—. Estoy absolutamente seguro de que se puede hacer algo a través de la gente que corresponde. El comité antiapartheid puede conseguirte una residencia temporal e incluso un permiso de trabajo. Si no lo hacen por ti, ¿por quién demonios lo harían? Pero discretamente... aunque por supuesto les encantaría que subieras a una plataforma, Rosa, créeme... Podríamos conseguir la película sobre tu padre, sería... no, claro que no, no hasta que tengas documentos franceses. Darían saltos ante la sola idea de que tú... Probablemente encontrarían un trabajo para ti de inmediato. También mis contactos, que no están nada mal. Unos cuantos académicos negros que tienen influencia en los países africanos francófonos de donde provienen. Hay muchos proyectos y nunca gente suficiente para llevarlos a cabo. Es posible que consigas un trabajo maravilloso relacionado con la medicina en Camerún o Brazzaville, en un lugar así... Muchas veces me han ofrecido una cátedra en una de sus universidades negras, un contrato de un año, ni hablar de trasladar a toda la familia...

Habían asumido, sin pensarlo, una de las posiciones clásicas de las parejas; encontraron un lugar en la hierba, donde ella cruzó las piernas debajo de su cuerpo y él apoyó la cabeza contra el vientre, sintiéndolo temblar cuando reía y oyendo los sonidos amortiguados de su tripa como lo haría un hijo suyo en ella.

—Iré solo. Tendríamos un año entero.

—Ayer, antes de que llegaras al bar de Arnys, hablé con esos chicos. Estaban consultando sus horóscopos en «Mari-Claire». Son muy serios. Encontré las palabras necesarias, logré unirlos sin pensar —la cara que se alzó para mirarla era la que él debía tener diez años atrás, una cara curiosa, alisada como una hoja de papel bajo una mano, desprovista de las arrugas de una ansiedad ambiciosa, tal como era antes de que la grieta de la barbilla se viera profundizada por una inteligencia sensual.

—Tu francés funcionará de perlas. Te las arreglarás perfectamente. Y es posible que en África logre terminar mi condenado libro. Una excelente idea: una de las razones para que acepte ese trabajo, al fin y al cabo es necesario volver a las fuentes coloniales y así sucesivamente.

Todas las cuestiones prácticas se manifestaban abiertamente entre ellos; una mujer y dos hijos, una responsabilidad asumida tiempo atrás por un hombre responsable. La actitud en que reposaba la aceptación de Bernard y de Rosa en cuanto a las circunstancias se basaba en una de las declaraciones más simples de un hombre complejo: Vivo entre mi mujer y mis hijos, no con ellos.

La declaración, a su vez, pareció buscar en Rosa una explicación que no podía dar; pero al manifestarla, la carga de la misma se trasladó un poco, su hombro quedó bajo el de él. No tenían hogar pero vivían prácticamente juntos. Para él la seguridad era casi palpable en el vigor y el reposo del menudo cuerpo de Rosa. Apoyado en ella, Bernard adquirió lo que una y muchas veces Rosa había encontrado en el pecho de su padre, cálido y sonoro con los latidos de su corazón, en aguas tratadas con cloro. Los ojos de Rosa (del color de la luz, creadores de incomodidad: ¿ojos de bœr, ojos de *pied-noir*?) se movieron por encima de la cabeza de él, entre árboles, transeúntes y —una rápida mirada hacia abajo— una motivación íntima de visión interior, tan alerta y contenida como la mirada de la que su madre había sido igualmente inconsciente al levantar la vista cuando su hija regresaba lentamente, pisando gravilla, de la visita en la cárcel.

El joven rostro terso habló por debajo del suyo, desde lo que había sido y lo que era:

—Eres lo que más quiero en el mundo.

En las reuniones se perdían entre el gentío y luego tomaban conciencia, cerca, de una nuca o una voz: ella oía una versión ligeramente distinta de Bernard Chabaliere ofreciendo una versión ligeramente distinta de lo que había dicho acerca del pintor.

— ...cincuenta años, fauvismo, futurismo, cubismo, arte abstracto... para él todo pasa como si nada. Para él 1945 es 1895. Quizá lo que está concluido sea intemporal... pero los acontecimientos modifican la conciencia del mundo, ésta se sacude y las sacudidas se registran sismográficamente en movimientos artísticos.

Donna estaba obligada a entretener a un amigo inglés que era propiedad de su familia: el tipo de ejemplo único, escogido en los círculos político-intelectuales cuya existencia ignoran y que es el orgullo de una familia rica. El hombre se tomaba a sí mismo como una tasación de su propia distinción. Esperaba que dieran una fiesta en su honor; Donna había tenido que reunir, entre los asiduos que conocía, a algunos que él considerara en un nivel capaz de apreciarle. Su explicación de lo que era o hacía fue poco certera; había sido miembro del parlamento, tenía algo que ver con el jaleo de la entrada de Inglaterra en el Mercado Común, y también algo que ver con la publicación de un periódico. Ella no recordaba si se manejaba bien en francés; los Grosbois, las lesbianas de la *brocanterie* y otros de su contingente local francés congregados en una parte de la terraza, contentos de todos modos con su propia fiesta; Didier, con un exquisito traje italiano de color blanco (sólo Manolis supo reconocer la pura seda natural) afirmaba su propio estilo de distinción mientras iba de un lado a otro rápidamente, sirviendo bebidas con el absorto desparpajo de alguien contratado para la ocasión. Su contribución a la correcta apreciación del invitado de honor consistió en asumir instintivamente el papel de sustentar la posición de Donna como anfitriona de James

Chelmsford. Este se presentó en mangas de camisa, pantalones de hilo azul, alpargatas que mostraban sus gruesos tobillos pálidos cruzados por venas azules, pañuelo Liberty amarillo bajo una cara encarnada y pulcramente afeitada. Bebía pastis, dejando bien sentado que no era ningún recién llegado a esa parte del mundo. Donna lo llevó hasta un pequeño grupo que incluía a Rosa y que atrajo a uno o dos más que solicitaban opiniones para tener la oportunidad de manifestar las suyas... un periodista parisino que era huésped en la casa de alguien, un ingeniero de la construcción, miembro de la Société des Grands Travaux de Marsella.

—¿Por qué fue necesario Soljenitzin para que la gente se desilusionara con Marx? Otros han salido de la Unión Soviética con el mismo tipo de testimonio. Su Gulag no es algo que desconociéramos.

Chelmsford escuchaba al periodista con aire de atención profesional.

—Bien, en este sentido podríamos preguntarnos cómo es posible, desde los juicios de Moscú...

—No, no, porque pertenecen al período stalinista y la izquierda hace una clara distinción entre lo que murió con Stalin, los malos tiempos viejos... Pero a partir de la nueva era, la posterior a Jruschov, el deshielo y otra vez el hielo, todos saben que se repitieron los horrores, que los hospitales son el último modelo de cárcel, nombres nuevos para el viejo terror. ¿Por qué tuvo que ser Soljenitzin el que sacudió a la gente?

—¿Lo fue?

El periodista dedicó al ingeniero la sonrisa destinada a alguien que carece de opinión. Dirigió su reacción a los demás.

—Sin la menor duda; después de ver a una criatura tan torturada, tan dañada, ¿quién podía mirarlo a los ojos en la pantalla del televisor, cómodamente sentado en un sillón Roche-Bobois con un whisky en la mano? Sé que yo... esa cara que da la impresión de haber sido golpeada, abofeteada, de manera tal que las mejillas ya no experimentan sensación... y esa boca que se vuelve

—levantó los hombros, agitó las manos cerradas y apretó la boca hasta que los labios se pusieron blancos—, esa boca que se vuelve tan pequeña por la costumbre de no poder hablar libremente. La izquierda occidental ya no sabe cómo seguir creyendo. No sabe cómo defender a Marx después de él.

—No es fácil responder —el ingeniero habló amistosamente a Rosa, como si sólo lo hiciera para ambos; poseía los modales escrupulosamente tolerantes de algún nuevo tipo de misionero, los pies calzados con prácticas sandalias, la cabeza rubia casi afeitada para recibir un poco de fresco en los terrenos pantanosos de las desembocaduras de los ríos de Brasil y África donde (parloteó) preparaba estudios de eventuales emplazamientos portuarios—. Tal vez sea su enfoque, algo en su estilo. Me refiero a los escritos. Hay en él algo de Victor Hugo que apela a un amplio público, mucho más amplio...

—El público. El público en general siempre estuvo dispuesto, de todos modos, a tragarse que los comunistas sólo son bestias y monstruos... pero la que ahora rechaza el marxismo es la izquierda intelectual.

—Dudo que lo mismo pueda decirse de Inglaterra... claro que también dudo de que pueda decirse que mi país tenga una izquierda intelectual en el mismo sentido. No podríamos proponer a Tony Crosland como candidato entre los filósofos de café... —los franceses no entendieron el chiste.

—E incluso rechazar a Mao... no se puede «institucionalizar la felicidad». ¡Precisamente los mismos que en el 68 fueron los estudiantes que salieron a la calle!

El periodista y el ingeniero se singularizaron, constantemente interrumpidos, por encima de las cabezas de los demás.

—No, no es del todo cierto; Glucksmann *ataca* a Soljenitzin por decir que Stalin ya estaba contenido en Marx.

—B-bien, montaron una especie de espectáculo poco entusiasta... quiero decir que, por supuesto, uno no se presenta y grita me equivoqué, nosotros, los jóvenes brillantes, los nuevos Sartre y Foucault, nuestras teorías, nuestras premisas básicas... sangre y mierda, eso es todo lo que queda de ellos en el Gulag, *éh?*

—Claro que no debemos pasar por alto que el pesimismo básico de Soljenitzin siempre ha hecho de él un escritor plebeyo más que socialista...

—¿Pero cómo cambiaremos el mundo sin Marx? —el ingeniero admitió, como si confesara sonriente haber sido futbolista de primera división, aunque no se le reconociera en la estructura física: «Yo estuve en las calles en el 68»—. Todavía están de acuerdo en que debe cambiarse.

—Lo dudo. Apenas. Incluso eso. No sé qué tienen entre las piernas, para no hablar de lo que tienen en la cabeza. Filósofos políticos. Capitularán por entero ante el individualismo. O se volcarán en la religión. En cualquier caso, terminarán en la derecha.

—Bien, en principio, debemos repudiar a la primogénita de Marx. *La filie aînée*. Tenemos que declarar a la Unión Soviética hereje del socialismo —Bernard Chabalier se unió al grupo; Rosa oyó la interjección entre otras. El hacía los gestos elípticos de quien ha vuelto a deslizarse en el montón.

—No, no, seamos claros: existe una diferencia entre el antisovietismo de la derecha y el nuevo antisovietismo de los intelectuales izquierdistas. Quizás ahora la izquierda parece definir los males del socialismo soviético tal como lo ha hecho siempre el pensamiento reaccionario: dictadura implacable en los trabajos forzados. Pero lo que condenan no es la diferencia entre el socialismo soviético y el liberalismo occidental... que es más o menos la tesis del liberalismo occidental e incluso de la derecha ilustrada... ¿Esto se aplica a Inglaterra?

—Mmm, sí, supongo que podríamos decir que creemos saber qué derechos humanos defenderemos, pero no deseamos la nacionalización ni la migración ilimitada de los negros. Por esta razón el Partido Laborista se irá al traste —esta vez los franceses rieron con el invitado de honor, que fue apagándose en un vago asentimiento, simulador, desdeñoso en murmullos que lo disociaban de esa específica locura política.

—Tampoco se trata de la ortodoxa tesis apologista según la cual lo ocurrido al socialismo en la Unión Soviética tiene algo que ver con el legado del atraso ruso. La vieja historia: su estado de subdesarrollo cuando llegó la revolución, el revés económico de la guerra, la tradición autocrática del pueblo ruso y así sucesivamente. La teoría de izquierdas dice que si Stalin estaba contenido en Marx se debe a que el culto del estado y *la rationalité sociale* ya estaban contenidos en el pensamiento occidental... esto es lo que se originó en la Unión Soviética, pero su doctrina nace en Maquiavelo y Descartes.

La frente definida con la pelusa detrás de cada oreja se inclinó hacia atrás, los párpados cayeron intensificando la mirada.

—De modo que todo lo que anda mal en el socialismo es lo que anda mal en Occidente. Otra vez la culpa del capitalismo.

—Permíteme terminar... por ende el antisovietismo de los izquierdistas occidentales es un antisovietismo de la *izquierda*, totalmente distinto.

—Y permíteme decirte —saltó Bernard a través de la elipse de su propia ironía— que la tragedia de la izquierda consiste en que aún está convencida de que todo lo que tiene de malo el socialismo está en Occidente. Nuestra tragedia como izquierdistas, la tragedia de nuestra época. El socialismo es el horizonte del mundo, Sartre lo ha dicho de una vez por todas; pero es una evasión... cierra los ojos, apriétate la nariz, antes de reconocer de dónde viene el hedor.

—Sin duda alguna lo importante es...

La voz del ingeniero se paseó por temas que lo complacían:

—Ojalá pudiera acomodar mis convicciones al genio de un nuevo *philosophe*... y hablaban de maniqueísmo... acusan a Giscard...

—Sin ningún género de dudas el factor importante reside en que —el inglés había metido la panza y sacado el pecho, manteniendo sus opiniones por encima de la discusión—, ...al menos estos tipos pueden tener la cordura de haber acabado con las ideas totalitarias y la represión total inseparable de dichas ideas. Cuando encuentras a alguien que dice que el gran invento del siglo veinte puede resultar ser el campo de concentración... cuando apareces con ideas semejantes, es posible que por fin nos estemos alejando del señuelo de la maligna utopía. ¡Si la gente se olvidara de la utopía! Cuando el racionalismo destruyó el paraíso y decidió instalarlo aquí, en la tierra, la meta más terrible penetró la ambición humana. Era evidente que no tenía fin lo que se haría sufrir a la gente para alcanzarla.

Bernard vio que Rosa los miraba a todos, a él mismo como uno de ellos. Sus pómulos estaban tensos de asombro; su presencia entre ellos era como un brazo que los hace retroceder de algo perdido y pisoteado.

—¿«No puedes institucionalizar la felicidad»? ¿En serio? ¿Como un descubrimiento...? Es una de esas máximas que aparecen en las sorpresas del árbol de navidad...

El ingeniero se mostró encantadoramente perspicaz.

—Quizá se referían a la libertad, de alguna manera están... no sé, algo trastornados en estos tiempos para usar esa palabra. Sea como fuere, según la visión izquierdista de la vida, ambas significan más o menos lo mismo, siempre insisten en que su «libertad» es condición de la felicidad.

Ella sopesó por un instante sus manos vacías. Bernard vio que se levantaba y se mostraba allí aquello que había sido pisoteado. Enseguida Rosa ocultó los puños detrás de los muslos.

—¿No lo sabes? No existe ninguna posibilidad de felicidad sin instituciones que la protejan.

El inglés sonrió desde una ventana de minúsculos dientes que sujetaban el cigarro.

—¡Qué Dios nos proteja! Entonces levantan la alambrada de púas y quién sabe en qué momento descubres cuál es el lado erróneo...

—No estoy postulando una teoría. Me refiero a gente que necesita tener derechos (*allá*) en un código para poder moverse en su propio país, decidir qué trabajo harán y qué aprenderán sus hijos en la escuela. Para poder montar en un autobús o entrar en un sitio y pedir una taza de café.

—Ah, sí, los derechos civiles ordinarios. No puedo decirte que sea una utopía. Pero para ello no

es necesario una revolución.

—En algunos países sí. La gente muere por cosas como ésas —dijo Bernard en voz alta, para sí mismo.

Rosa no dio muestras de haberle oído.

—Pero la lucha por el cambio se basa en la idea de que la libertad existe, ¿verdad? La libertad, esa idea estrafalaria. La gente tiene que estar en condiciones de crear instituciones... y *es necesario desarrollar* instituciones que la vuelvan posible en la práctica. Esa utopía es interna... sin ella, ¿cómo puedes... actuar? —la última palabra sonó como si hubiera dicho «vivir», aquella por la que la había sustituido incoscientemente; hubo modificaciones comprensivas, incómodas, apreciativas en esos rostros que aceptaban, amablemente o como un reproche, una verdad ingenua por todos modos admitida.

El inglés colocó su perfil como si lo situara para un retrato, en actitud resuelta.

—Los embustes. La crueldad. Demasiado dolor emana de todo ello.

—Pero no hay indemnidad. No puedes tener miedo de hacer el bien por si acaso el resultado es el mal.

Mientras Rosa hablaba, Katya se detuvo al pasar y la rodeó con un brazo; miró a todos un momento, disfrutando del reflejo de un desafío pretérito, como un viejo veterano que todavía se muestra capaz de recuperar la atención. Prosiguió su camino para limpiar una mancha de vino derramado en la pechera de su vestido:

—Mi enorme balcón recoge hasta la última gota de lo que se cae.

La autoridad del inglés se inclinó y rodó. Cogió otro pastis de la bandeja de Didier sin enterarse del cambio de su vaso vacío por uno lleno.

—No es una cuestión de justificación moral, tenemos que apartarnos de eso. La maligna utopía... el estado monolítico, que es todo lo que es susceptible de producir el sueño utópico, ha asumido la justificación moral y la ha convertido en el mayor embuste.

—Sí, sí, exactamente lo que están diciendo... ya se trate del Partido Comunista como de una gigantesca empresa multinacional, la gente se vuelve contra las estructuras descomunales y limitadoras...

—Nuestra única esperanza reposa en un desapasionado precepto tecnológico, nuestro credo tiene que ser, hablando en un sentido general, ecológico... admitiendo siempre la premisa de que el lugar del hombre es fundamental.

Bernard encontró a Rosa en el matorral del ensimismamiento de los derechos:

—Para ellos ésta es la forma de animar una fiesta.

Ella se encogió de hombros e imitó su gesto de levantar el labio inferior: para todos nosotros. Le sonrió fugazmente.

Se apartaron como si no tuvieran un destino común, como si estuvieran a punto de separarse para ir a la barra de Didier o unirse a la facción Grosbois, donde incitaban a Darby a refunfunar alguna historia que hizo caer sobre ella tal bombardeo de carcajadas que Donna los observó, fastidiada. Se movieron mesuradamente, como dos que se encuentran para intercambiar un mensaje bajo la cobertura de la multitud. De improviso él empezó a hablar.

—Es mucho lo que puedes hacer, Rosa. En París, en Londres... Lo suficiente para abarcar toda una vida. Si creemos que debes hacerlo. Aunque empiezo a pensar... —se interrumpió; siguieron andando lentamente—. Oye, mis motivos no son los de ellos —no podría haber dicho lo que dijo en ningún otro sitio, ni a solas con ella; lo facilitó la presencia de la muchedumbre, salvadora de cualquier muestra de emociones liberadas—. Debo decirte que no puedes inscribirte en la causa ni en la salvación de los demás. Fíjate en los idiotas que hace unos años cantaban en las calles con las cabezas afeitadas. Nunca alcanzarán el nirvana hindú —ella tenía la cabeza baja, inclinada hacia él para oírlo mejor. Daban la impresión de estar cotilleando acerca del grupo que acababan de dejar—. Lo sé, no puedo comparar... —se detuvo en espera de una rápida mirada que no llegó— el mismo caso que tu padre y los negros... su libertad. Disculpa que te lo diga... lo mismo ocurre contigo y los

negros. No es accesible a ti.

—Sigue —lo fijó al tema sabiendo que él no encontraría el momento ni el lugar para atreverse a retomar: una reunión ajena a los amantes Bernard y Rosa.

—Ni siquiera a ti.

Pero tenía miedo. Se perdió en pensamientos en su idioma y la marea de seres humanos estalló a su alrededor. En la visión del mar desde la terraza de Donna desfilaban velas rojas, azules y amarillas de las pequeñas embarcaciones de paseo de los lugareños en una tarde de sábado, que viraban antes las boyas demarcadoras del límite de las aguas protegidas. Vio tambalearse Córcega a través de la distorsión de la distancia.

—Tengo ganas de que vayamos a Ajaccio. Tendríamos que experimentar personalmente la sensación de lo que allí ocurre. El sótano que ocuparon los autonomistas cuando mataron a los dos gendarmes, pertenece a uno de mis *pieds noirs*. Los francoargelinos están amasando una fortuna en Córcega. Me gustaría hablar con ellos.

—¿La rebelión fue realmente contra ellos o también contra el dominio francés? Dicho de otra manera, ¿fue deliberada la elección del sótano de ese hombre?

Bernard gozó explicándole lo que le interesaba, disfrutó de su experta comprensión acerca de la forma en que ocurren las cosas en acontecimientos de esa categoría.

—Las dos cuestiones están íntimamente relacionadas, el traslado de los colonos desde Argelia es visto, por el movimiento independentista, como parte de la explotación colonialista de Francia; cuando los echaron de Argelia, se trasladaron a otra de las «colonias» francesas pobres, aunque se supone que Córcega forma parte de la Francia metropolitana... De modo que es lo mismo. Para los corsos, los francoargelinos representan a París. Hasta rechazan a Napoleón como a una especie de traidor: el gran héroe de los franceses, el asimilador. Los hermanos Simeone, que lideran el movimiento independentista, han adoptado como héroe a Paoli. ¿Has oído hablar de Pascal Paoli? En el siglo dieciocho luchó contra los franceses por una Córcega independiente... sería fascinante para nosotros, ahora... y para mi libro. Una revuelta popular que realmente está dentro de su alcance... los disturbios constituyen los problemas más serios de Córcega. El tema daría para un buen capítulo.

—Sería suficiente con que apartaras tu mente del estómago —cuando los amantes no pueden tocarse, se toman el pelo.

—Iremos en avión. Al cuerno con el transbordador.

—Yo querría viajar en ese hermoso barco blanco...

—Santo cielo, no quiero que me veas vomitar. Y no es un hermoso barco blanco. Rosa, sólo es una panza flotante llena de coches.

—¿Cuándo? Espero no tener ningún problema con la visa. ¿Me dejarán entrar?

—Ya estás dentro. Como te he dicho está colonizada, es Francia...

Le apretó la muñeca, lleno de alegría.

Georges y Manolis se reunieron con ellos. Didier había puesto un viejo disco de Marlene Dietrich e hizo levantar a Tatsu de los cojines apilados en el suelo como en un harén escenificado. Ella no sonreía ni emitía risillas entre dientes mientras bailaba: la expresión de su rostro era otra. Manolis seguía con la mirada los pasos de Didier:

—Le estaba diciendo a Georges... *beati, mais tres ordinaire*.

Bailando, la expresión de la japonesita era distinta a como había sido siempre; ahora era grave, ensoñadora, plenamente expectante, y sentí lo que ella deseaba: vivir su época. Algo se nos debe. A las mujeres jóvenes, todavía chicas. La capacidad que experimento al bajar corriendo los callejones regados bajo jardineros para ir al encuentro del hombre que me dice que su carne se eleva cuando sus oídos reconocen el deslizar de mis sandalias, los fogonazos de brillantes sensaciones que me zarandearon en el punto desde el que veía el mar, la abundancia que persigo para mí en olorcillos que llegan desde atrás de las cintas de plástico de puertas abiertas de cocinas y los saludos de los barrenderos que se detienen a tomar un vaso de vino en el *bar tabac*. Los escolares salen a almorzar y un remolino de chiquillos atolondrados se enreda en mis piernas, sujetándose de cualquier sitio que ofrezca un asidero, regateo de un lado a otro como un guardameta, los brazos extendidos...

Veo que todo, todo, tiene que detenerse para acariciar a cada gato que adopta la pose de un león de Grimaldi en un umbral. O voy con los ojos vendados en la oscuridad de sensaciones que acabo de experimentar, sorda a todo salvo a una larga dialéctica de cuerpo y mente que prosigue en mi interior y en el de Bernard Chabaliere cuando no estamos juntos. De pronto una mujer apareció ante mí; el otro día, una mujer en camión me detuvo en una de esas calles cerradas que son la madriguera de mis amores. Una de las chicas, las lesbianas o bellezas de los años treinta. Por un instante creí que era Bobby.

Me cogió del brazo; los nervios de sus dedos se crisparon como pulgas. Las lágrimas formaban arroyos en las arrugas de su cuello. *Ayúdame, ayúdame*. Me asomé a su necesidad con el encogimiento y la cobardía ante la luz de una hora del día o de la noche que no se reconoce. Y eso era precisamente lo que en ella moraba: *¿Qué hora es?* Quería saber si acababa de levantarse o si estaba lista para acostarse; se le habían escurrido las amarras de los días y las noches. Cuando le pregunté qué era lo que andaba mal, investigó mi rostro, la boca abierta y tensa, el lápiz labial manchando los pliegues verticales que interrumpían el contorno de sus labios: eso era lo que andaba mal... que no lo sabía, que no podía recordar qué era lo que andaba mal.

La alejé de la calle, a través de unos dobleces de nilón azul dejaba al descubierto el balanceo de sus oscuros pezones en el extremo de dos alerones de piel. La puerta de una casa pequeña —*Lou Souliou* escrito en hierro forjado— estaba abierta a sus espaldas. Le ofrecí ayuda para vestirse o volver a la cama (suponiendo que hubiera estado en la cama: ella misma no lo sabía). Pero en cuanto estuvimos dentro empezó a charlar con una animación normal y cotidiana. No mencionamos lo que había ocurrido en la calle. Se puso algo más parecido a un traje de terciopelo que a una bata. Me ofreció café... o vodka. Tenía que haber una botella de vodka en la nevera. ¿Un poco de zumo de tomate? Cuando oyó mi francés macarrónico respondió en inglés con el formal fraseo norteamericano de un personaje de Henry James. Fotografías y recuerdos en una acogedora habitación con tenue luz... como todas las casas de las mujeres que viven por aquí. Una vida de amplio alcance; algunos objetos parecían peruanos, mejicanos... de los indios norteamericanos. El *panetiere* provenzal con libros y pequeños tesoros detrás de sus barras de madera, el ahusado escritorio con florituras cargado de periódicos arrollados, sin abrir.

—Tú eres la amigueta de Arnys, ¿no? En su bar nos hemos visto. Arnys adora a la gente.

El amiguito de Arnys es Bernard, pero supongo que ésta debía de ser una de las mujeres que me han visto tan a menudo en el bar este verano. Cuando vuelva otro año tal vez recuerden a tu chica, la chica de Madame Bagnelli, el gran amor del profesor parisino que estaba escribiendo un libro.

Yo quería irme y ella quería retenerme por si la mujer que había conocido en la calle volvía a tomar posesión de su cuerpo. Volé cuesta arriba a buscarte, a oírte cantar mientras tapizabas una vieja silla o pintabas las uñas de tus pies con una valiente capa de esmalte rojo. Quería preguntarte

quién era y contarte lo que había ocurrido. Pero al verte, Katya, no dije nada. A ti podría ocurrirte lo mismo. Cuando yo no esté. Algún día. Cuando esté en mi país, o en Camerún reuniendo cosas con las que me encapriche, los recuerdos que me llevaré.

Las perspectivas: ¿cuáles son las perspectivas? Para la primera mujer de Burger, la amante de Ugo Bagnelli, para Rosa Burger.

Tú tienes los ruisseños cada mes de mayo, y los pechos que dieron tan dulces placeres son palpados clínicamente cada tres meses en la rutina de prolongar la vida. La cama donde se acostaba Ugo Bagnelli cuando podía alejarse de su familia en Toulon —en la que yo duermo ahora con Bernard— no será ocupada por otro hombre tuyo. Como dice Gaby Grosbois, sólo puede haber un acuerdo, una paga la habitación de hotel, como la mujer del dentista de Pierre y el policía. El querido y viejo Pierre con su Levis azul... a su esposa no le preocupa que todavía pudiera encontrarse deseable; lo único que queda es hacer una broma entre vosotras a costa de su impotencia. Te ríes de ella cuando dice: «Todavía conservas tu belleza, Katya»; hoy te vi bajo la buena luz que sólo se encuentra en el cuarto de baño entre las habitaciones en penumbra de esta casa en la que ojalá pudiera quedarme el resto de mi vida... te he visto arrancándote cerdas de la barbilla.

Es posible vivir dentro del ámbito de una persona, no de un país. París, Camerún, Brazzaville; el terruño. Existe la posibilidad con Chabaliere, mi Chabaliere. Me dice que una vez instalados en París, tendría a mi Chabaliere, que es el único que cuenta. No es desleal. No dice que no ama a su mujer y a sus hijos: «Vivo entre ellos, no con ellos». Entre nosotros no pronunciamos palabras rituales; no quiero usar las que tuve que emplear para entrar *bonafide* en una cárcel. ¿Cómo lo sabía él? Pero de alguna manera lo estaba reconociendo en su disgusto por coquetear como es debido aquella primera noche en el bar.

—A veces tengo que satisfacerla.

Se lo pregunté francamente: tendrás que hacerle el amor cuando vuelvas a casa. Sabíamos que no sólo me refería al día en que se fuera de aquí, sino cuando esté viviendo «cerca» del *lycée* y él haya estado conmigo. Nunca miente y la mía era una pregunta que, sin duda, sólo puede hacer una extranjera. Lo comprendo. No estoy celosa aunque he visto su foto... ella aparecía en la que me mostró cuando le dije que quería ver a sus hijos. Es una mujer bonita, con una cabeza insolente y decidida, a la que imagino diciendo, como me contaste que dijo la mujer de Ugo: Puedes tener todas las mujeres que quieras mientras yo no me entere.

—Una burguesa indestructible —dijiste de la mujer de Ugo y reíste generosamente, Katya—. Eso estaba muy bien. Yo no quería destruir a nadie, no quería nada de ella —y tuviste a tu Bagnelli más de quince años. Bobby tuvo a su coronel. Es posible.

Incluso podríamos tener un hijo.

—Eres el tipo de mujer que puede hacerlo —me ha dicho—. No tendría miedo de que tuviéramos un hijo. En general no estoy de acuerdo con la idea de que una chica deba seguir adelante y tener un hijo sólo porque quiere demostrar que no necesita un marido... lo mismo que demostrar que es capaz de obtener un título. Ahora no es más fácil que antes. Un chico sin familia, sin hermanos mi hermanas... pero nuestro. Un niño para tu padre.

En la edad mediana tendré un hijo joven que ira al Liceo Louis le Grand y llevará el nombre de Lionel Burger; no necesitará reivindicar el apellido de los hijos de Chabaliere. Tenemos familia en París, mi niño y yo: a veces pienso que algún día, cuando viva allá, la buscaré, buscaré a la prima Marie, que promociona naranjas. En París no habrá ninguna razón para evitar a nadie en cuanto tenga documentos nuevos. Seré libre de hablar. Libre. ¿Y si encuentro a Madame Chabaliere en compañía de su marido en una de las reuniones de izquierdistas?

—No importa. Probablemente os caeréis bien. Tú hablarás con ella como con cualquiera con quien tienes ideas políticas más o menos semejantes... eso es todo. Ella intenta aguantar —saca la

correosa rodaja de limón del vaso después que se ha comido la suya, y la chupa—. No le has hecho ningún daño.

No quiero saber nada más de ella, no quiero conocer sus debilidades ni calcularlas. Lo que yo tengo no es para ella; él me da a entender que su mujer no sabría qué hacer con eso y que no es culpa suya.

—Uno está casado y no hay nada que hacer.

Sin embargo me ha dicho que se casaría conmigo si pudiera, queriendo decir: deseo intensamente estar casado contigo. Lo ofendí un poco al no mostrarme conmovida. Son otras cosas que me ha dicho las que corresponden al texto según el cual vivo. En realidad no sé si deseo alguna forma de manifestación pública, de posición, de código como el matrimonio. No hay nada más privado y personal que la vida de una amante, ¿verdad? Externamente, nadie sabe siquiera que somos responsables el uno ante el otro. La amante de Bernard Chaballier no es la hija de Lionel Burger; indudablemente no es responsable del Futuro, puede ir a hacer buenas obras en Camerún o contemplar el unicornio en la foresta de tapicería. «Este es el ser que nunca ha sido», me recitó una poesía acerca de este unicornio, traducida del alemán. Una criatura mítica. *Un paradis inventé.*

Cuando te vi arrancarte la barba cruel de tu suave mentón, tendría que haberme acercado y haberte besado y rodeado con mis brazos para protegerte de la perspectiva de la decadencia y la muerte.

Después de un breve viaje de investigación a Córcega para su tesis, Bernard Chabaliere dedicó sus pensamientos a encontrar una sólida razón para justificar su necesidad de ir también a Londres. Era bueno en estas cuestiones; sumamente experimentado y práctico, empezó convenciéndose a sí mismo. Una vez superada esta prueba —el rostro que habitualmente se arrugaba en irónico escepticismo y diversión ante proposiciones sospechosas, aceptó ésta como pasable—, confiaba en poder convencer a quien fuera necesario.

—Tendría que pasar unos días en Londres para hablar con un colega británico... sí, por supuesto, de la LSE... se dedica al mismo tipo de investigación que yo. La influencia de la contraemigración en Inglaterra. No está mal lo de «contraemigración». Creo que acabo de inventarla. Los colonizadores que regresaron de Kenya, los rodesianos que está volviendo desde la Declaración Unilateral de Independencia, los paquistaníes, huelga decirlo, los antillanos. A modo de comparación: un capítulo corto con fines comparativos. La mutación de los valores anglosajones post coloniales frente a... Esas cosas son estupendas para una tesis. Toques de erudición. Impresionan a los supervisores —apenas era necesario plantear estas cuestiones a su mujer (se llama Christine) y a su madre, para quienes las necesidades de la tesis eran prioritarias—. Si sentarme en lo alto de una columna en medio del desierto fuese la mejor manera de obtener el doctorado me enviarían, sin la menor compasión, una botella de Evian para asegurarse de que en caso de estar a punto de morir de sed no bebería agua con gérmenes. Son ambiciosas por mí, te lo aseguro. Ellas también hacen sacrificios, es verdad...

Cuatro días y tres noches juntos en Córcega habían permitido a Rosa Burger y Bernard Chabaliere degustar la experiencia de estar solos, una pareja en estado puro, la incomparable experiencia de que no corrían peligro de perder en el intento de prolongación que es el matrimonio. Pero la alegría sin exigencias —porque la presencia constante del otro, la sensación y el ritmo de la respiración, el olor, el tacto, la voz, la vista, la interpretación mutua era la provisión total— se convierte en una única exigencia unificadora. De la pareja; sobre el mundo, sobre el tiempo: volver a experimentar ese equilibrio perfecto. Una resolución impetuosa, fuerte, bronca, de ojos entrecerrados, fundida en deseo, rozando los límites, derribando todo lo que vuelve improbable e incluso imposible el tránsito de la voluntad. Rosa Burger y Bernard Chabaliere no tenían muchas oportunidades de vivir juntos días enteros con sus noches mientras sus cuerpos se velaban mutuamente en el sueño como las efigies de tumbas vecinas que representan cuerpos enamorados y desertados por la muerte. Si los días y las noches han de contarse con los dedos, la suma es importante. A Rosa le pareció brillante la idea de Londres porque en un contexto urgente las ideas sólo tienen que ser factibles para resultar brillantes. Estaba en condiciones de complementar la ocurrencia básica de Bernard, su razón para ir a Londres. Un hotel era peligroso; por retirado que fuese, alguien que conociera a alguno de los dos podía alojarse allí; al fin y al cabo siempre existen sobradas razones para buscar lugares recónditos. Ella disponía de un piso... tenía acceso a la llave de un piso en Holland Park, que nunca había usado. Jamás había estado en Inglaterra, en Londres. ¿Le parecía bien Holland Park? A Bernard le encantó la idea de mostrar Londres a la *jeune anglaise* (los franceses del pueblo donde la había conocido no sabían hacer distinciones de origen entre los extranjeros de lengua inglesa). ¡Holland Park era ideal! Un corto trayecto en metro hasta el West End.

¿Y a qué distancia de la London School of Economics?

Ataques de risa y parloteo.

—Lejos de nuestra ruta, nunca la encontraremos, no te preocupes. Pero mi colega *sí* que vive en Holland Park y me conseguirá una habitación en casa de unos amigos *éh?* Será más barato que un hotel... y si alguien llama por teléfono —Rosa entiende la pausa, deduce, la anciana Madame

Chabaiier ha sufrido un infarto, de hecho dos, y siempre tiene que haber una manera de llegar a su hijo—, no tiene nada de particular que otra persona que vive en la misma casa atienda, ¿no?

Sí. Y otra vez sí. Sí a todo, a medida que empieza a alcanzarse lo que no se podía hacer, con el entusiasmo de las soluciones prácticas seguidas paso a paso y atentamente planeadas, porque la negligencia produce heridas y nadie debe resultar herido si Bernard Chabaiier y Rosa Burger han de permanecer intactos e inalcanzables.

El 7 de septiembre Bernard Chabaiier reunió las páginas escritas a máquina y las notas manuscritas dispersas en ordenado desorden por toda la habitación donde había trabajado y hecho el amor, ambas cosas bien... tenía que admitirlo; testigo singular, esa habitación con la que no quería volver a enfrentarse bajo otras circunstancias, nunca... y volvió a París. Faltaba una semana para el comienzo de las clases en la escuela donde era profesor. Una decisión razonable. Faltaba una semana para el comienzo de las clases en las escuelas de sus hijos; ésa era la razón. Podía volver un día y entrar en su aula al siguiente... había enseñado muchas veces lo que debía enseñar, pero a sus hijos les gustaba que los acompañara cuando había que comprar lápices y cuadernos y zapatos nuevos como preparativos para el nuevo curso. Había hablado con Rosa acerca de su conciencia de que no sabía, más allá de cierto nivel elemental, cómo debía comportarse para ser lo que él mismo etiquetaba como padre «constante», cómo satisfacer necesidades que debía adivinar; por el momento se limitaba a hacer lo que parecía complacer más obviamente a los niños. No le dijo que la fecha que habían acordado para su partida correspondía a un caso específico. Este era el tipo de cosas que ella adivinaba y tendría que adivinar en la clase de vida que vivían y vivirían; no era necesario plantear el supuesto de que un «profesor» necesita una semana para asumir esta identidad. Amando a la chica, en cualquier sitio ajeno al estado puro, el principio de que nadie debía resultar herido invertía su posición de posible perpetradora en posible víctima. Si nada se decía y no obstante ella comprendía por qué él estaba comprometido consigo mismo a marcharse ese día, éste sería otro de los sobreentendidos que unirían firmemente a Rosa Burger y Bernard Chabaiier.

Se fue un día distinto al que especificaba el billete aéreo. Las muchedumbres de vacaciones ya se habían marchado, pero los antiguos huesos de piedra de la aldea contenían la médula estival. El azul del mar, triunfante a pesar de su contaminación, era sólido. Por contraste, las montañas se esfumaban en delicados halos de bruma solar, sin memoria de la nieve, que nunca retornaría. En el coche de Madame Bagnelli aroma a geranios a través de las ventanillas en lugar de vapores de gasolina, y los viejos jugando bajo los olivos en el aparcamiento vacío de coches, tal como Rosa lo vería jugar a él cuando envejeciera. Conducía ella y tal vez su concentración (todavía incapaz de confiar en sus reflejos para mantenerse del lado derecho del camino en vez del izquierdo... como era norma en su lugar de origen) mantuvo a raya la desesperación que acometió a Bernard, de modo que a su lado las manos le temblaban y respiraba con la boca abierta.

Pero dentro de unas semanas se encontraría con ella en Londres. Entretanto le buscaría el apartamento en París, en el *quartier* del *lycée*; ella se instalaría en Londres a esperarlo, en el piso que siempre estaba a su disposición. El pediría una semana de permiso —no había faltado por enfermedad ni por estudios un solo día en diez años, le importaba un rábano que el trimestre acabara de empezar— y volverían juntos a París el mismo día, si no en el mismo avión, o sea juntos. No era una separación sino el inicio del compromiso de estar precisamente así: juntos. Ya no eran una de las aventuras de la aldea. El le telefonaría todos los días; una vez más volvieron a hablar de la mejor hora para hacerlo... también ella era muy hábil en los tejes y manejes de la intimidad. Rosa no lloró, pero él estaba impresionado por todo lo que había tenido que pasar con el fin de aprender a no llorar, algo que no podía desaprender. Todo eso cayó de nuevo sobre ella, pero de pronto volvió su pequeño perfil a la manera que se modifica el ángulo de un espejo para mostrar el rostro pleno, los grandes labios serenos, los ojos del color de las conchas de mejillones negros (Bernard tardó semanas enteras, muy influido por el entorno en el que se movía con ella e incluso —¡por fin!— reconociéndose a sí mismo como un ejemplo de la preocupación francesa: las cosas que comían, decidir el color).

—Tú eres el único hombre que he amado entre aquellos con los que he hecho el amor. Por eso siento que tú puedes hacer que todo sea posible para mí.

—¿Qué cosas?

Rosa cogió la lengüeta del billete que sobresalía del contador en la barrera del aparcamiento del aeropuerto y no reaccionó en seguida cuando aquella se levantó. El le observó la boca con la apasionada atención de los placeres que allí encontraba. La mandíbula era casi fea; ella se empeñaba tan poco en ocultar algo nada bello como en fomentar las hermosuras de su semblante. Sus labios se movieron en busca de formas para la plenitud: el placer de sí misma, la inocente y jactanciosa confianza de ser, la certeza de dar lo que sería recibido, aceptado sin cuestionamientos. Antes de arrancar lo intentó.

—No sé. Cosas que no conocía. Que he descubierto. A través de ti.

—¡A través de mí! Querida mía, debo decirte... que a veces contigo me siento como un niño al que echan de la sala mientras los adultos hablan, y que ahora he crecido... que he vivido toda mi vida... allí...

¡Cuánto le encantaban los giros de su fraseo! Rieron juntos de él, en el viejo coche de Madame Bagnelli que los llevaba a una parada, al destino de aquel día. Las risas se tornaron abrazos y en el estado de descarada borrachera recíproca, totalmente confiada, se separaron por un rato. Menos de dos horas más tarde, desde el aeropuerto Charles de Gaulle donde acababa de aterrizar, Bernard Chaballier —encontrando una excusa para alejarse unos minutos de quienquiera fuese (Christine con o sin los niños, la madre anciana) que había ido a su encuentro— telefoneó a Rosa Burger. Esta vez le dijo con tono de contundente maravilla: Eres para mí la criatura más querida de este mundo. Ella lloró con una emoción desconocida, un nuevo aspecto de la alegría, una extraña experiencia.

Partió a Londres diez días después, en tren, porque era el medio más barato. Había ganado algo de dinero ejerciendo su profesión con gente a la que había sido recomendada, en los puertos para yates, pero la libreta de *traveller's checks* que había llevado a Europa estaba casi vacía. No se sentía especialmente inquieta. Había telefonado a Flora Donaldson a Johannesburgo y le explicó que después de pasar el verano en Francia quería visitar Londres. Un tipo de itinerario normal para unas vacaciones en el extranjero; Flora —como Rosa sabía muy bien que podía esperar de cualquiera de los amigos y/o conocidos de su padre— no le hizo preguntas susceptibles de sugerir otra cosa ni expresó ninguna sorpresa o reproche por el hecho de que la hija de Burger hubiera viajado sin hablarle de su intención a nadie, sin explicar cómo había sido posible, sin despedirse de quien se consideraba, justificadamente, la amiga más íntima de la familia, que había permanecido a las puertas de la cárcel con la chica cuando ésta tenía catorce años y padecía los retortijones de la primera regla. No informó a Flora con quién ni dónde estaba en Francia. Flora le dijo a quién debía pedir la llave del piso de Holland Park y encontró la forma de hacerle saber que si necesitaba dinero también era una cuestión que podía arreglarse. La voz del pasado sonaba muy cercana y con timbre de soprano a causa de la excitación que siempre la embargaba ante la perspectiva de mezclarse en problemas de evasión e intriga. Rosa también encontró el modo de agradecersele, aunque supo explicarle que no necesitaba dinero. De repente Flora Donaldson dio la impresión de hablar como si no se la oyera claramente:

—¿Pero cómo estás tú? ¿Cómo estás? ¿Realmente bien? ¿Cómo estás?

La pequeña Rose dejó atrás los vestidos de verano que le había hecho Gaby Grosbois porque se sabía, en el sur de Francia, que los otoños ingleses eran como el invierno de cualquier otro sitio, y el verano siguiente volvería a hospedarse con Madame Bagnelli.

—Oh, mucho antes. Volverás para navidad o para *Paques*, en esas fechas Bernard... las cosas pueden ser difíciles para ti en París. En cualquier momento, ésta será siempre tu casa. Aquí las mimosas brotan la semana de navidad —los besos cálidos en las mejillas, el fuerte olor a deliciosa sopa de verduras y a barniz para madera. ¿Y los ruiseñores?—. ¡Por supuesto! En mayo, ven en mayo y te estarán esperando.

La calle londinense no era un túnel atravesado por una lluvia sucia y por la niebla, tal como

decían. Los árboles eran de un fuerte verde sereno. Alfombras soleadas junto a las ventanas alargadas, frente a la estera española de Flora Donaldson. Una planta baja con una franja de jardín compartido que descendía desde los plátanos. Pájaros negros (¿urracas? Pájaros de tarjetas de navidad del hemisferio norte) soltaban dulces exclamaciones desde una silvestre domesticidad de hierbas sin cortar y margaritas.

¡Parece una casa! Sonaba emocionada, por teléfono. Una especie de esfera de reloj de madera con un rabo de vaca móvil para indicar cuántas botellas debía dejar el lechero en la puerta. Una pared llena de libros y un congelador lleno de alimentos, suficiente para aguantar un sitio. Pero los franceses no sabían cómo era Inglaterra... Inglaterra era el sol, los pájaros, los amantes ocultos en el césped. Apenas paraba en casa. Paseaba por los parques y tomó el barco a Greenwich. No conocía a nadie y hablaba con todo el mundo. Bernard Chabaliere se vio obligado a postergar su llegada otras dos semanas porque uno de sus colegas había contraído *oreillons* y el *lycée* estaba escaso de personal. (¿Qué demonios. .. ? No conocía el nombre de esa enfermedad en inglés pero describió los síntomas: paperas, de eso se trataba, paperas.) No sólo la llamaba todos los días excepto los domingos, sino que le escribía largas cartas; la demora sirvió meramente para darle más tiempo en el goce de la anticipación del momento en que estarían juntos, solos, entre tantos placeres. Seguía un curso audiovisual de francés en el centro estudiantil... costaba muy poco y era excelente. Se había presentado en el Consulado Francés y estaba a la espera de información acerca de la validez de su título de fisioterapeuta en Francia. El había hablado confidencialmente con el presidente del Comité Antiapartheid en París con el fin de conseguirle residencia permanente y un permiso de trabajo, con toda probabilidad usando expresiones como «un miembro anónimo de una familia blanca cuyos miembros son víctimas destacadas del apartheid». Incluso entre París y Londres, por teléfono o en las cartas, él no fue más allá de hacerle saber que había «hablado con unos amigos», como si —otro amante adoptaba los tics de su amada en el deseo de identificarse con la forma de vida que la había conformado antes de conocerla— asumiera las costumbres de un país que desconocía.

Aparte de la precaución de inscribirse en el centro estudiantil bajo un apellido que no era el suyo —aunque por motivos privados más que políticos—, Rosa Burger se mostraba relajadamente comunicativa y no participaba en conversaciones cuyo tema exigiera discreción: intercambios de palabras con madres jóvenes acerca del ingenio de los hijos que construían casas con palos y hojas; discusiones con barqueros sobre los peces que habían vuelto a poblar el Támesis; debates entre condiscípulos acerca del significado de tal o cual escena en una película japonesa que todos habían visto. Sus respuestas rápidas no llegaban al punto de permitirle verse envuelta en ligues de bares: poseía la sonriente e invencible habilidad para desviar tales intentos, habilidad sólo posible en una mujer que ya está enamorada. Pero asistió a una fiesta con una joven pareja de indios que estudiaba francés con ella. La chica era originaria de la India, pero el hombre hablaba inglés con un acento que Rosa reconoció, así como él reconoció el suyo. En la reunión había otros indios sudafricanos; había dicho a la pareja su verdadero nombre pero les pidió que por el momento callaran su identidad; el resto de los invitados sólo vio en ella a una estudiante de su tierra. Volvió a encontrarlos en el piso de la joven pareja. Esos encuentros casuales ejercieron el curioso e imprevisto efecto de hacerle pensar, o soñar despierta, en buscar a la gente que se había ocupado de evitar, porque no podía imaginarse a sí misma deseando lo contrario. Ahora se veía hablando con ellos, acompañada por Bernard Chabaliere. La siguiente vez que una de las fieles en el exilio telefoneó al piso con la esperanza de encontrar a Flora, Rosa no respondió como una ocupante anónima; aceptó el entusiasta supuesto de que aquella se presentaría; un sábado por la tarde estuvo en el Swiss Cottage, una refugiada política entre otros, hablando de los viejos tiempos. Se suponía que al igual que ellos seguiría en la lucha de un modo u otro; alguien dijo que había mencionado Francia como su base de operaciones. Fue a otra reunión; en esta ocasión resultó ser en honor de una delegación del Frelimo de paso por Londres para pedir ayuda al gobierno británico. Algunos hombres de Samora Machel habían asistido a la escuela o a la universidad en Sudáfrica. En la causa

revolucionaria común al África meridional entre los negros de Mozambique, Angola, Rodesia y Sudáfrica, el gobierno del Frelimo formaba parte de la autorrealización de los negros sudafricanos, era una prueba de su existencia. Mozambiqueños negros que eran jornaleros migratorios todavía trabajaban mano a mano con los negros sudafricanos en las minas de oro y como sirvientes de hoteles y casas a todo lo largo y lo ancho de Sudáfrica. Los exiliados de ambos países habían estado juntos en campo de refugiados, juntos habían sido entrenados como guerrilleros en recónditos lugares del mundo, tomando partido en las luchas internas por el poder, las divisiones y los nuevos alineamientos; los unos hablaban el idioma de los otros, y el inglés del blanco que había industrializado culturalmente el extremo de su continente aun allí donde la lengua del poder colonial era el portugués. No era fácil saber cuáles de entre los negros de la ruidosa y atestada sala eran de Mozambique y cuáles de Sudáfrica. Al menos entre los que llevaban el uniforme del liderazgo: los trajes bien cortados y las chaquetas estilo Mao contaban con el favor indiscriminado del mismo sujeto de rostro autoritario y esclarecedor, tanto si pertenecía al CNA o al Frelimo, y pasaban de grupo en grupo. Alguien pronunció un discurso sobre el Frelimo y el principio del fin del imperialismo colonialista en el África austral. Otro pronunció un discurso acerca del Congreso Nacional Africano y la lucha contra el racismo y el fascismo mundial, vinculando a Vorster con Pinochet. «Unas pocas palabras» fueron dichas espontáneamente —y desarrolladas en una elegía con la elocuencia de uno (de los files) que habían bebido lo suficiente para calibrar su gran momento— sobre los grandes hombres que no habían vivido para ver las fisuras de la opresión en el África meridional... Xuma, Luthuli, Mondlane, Fischer, y por supuesto Lionel Burger, que esa noche ocupaba especialmente los pensamientos de mucha gente porque «alguien muy cercano a él» y su esposa, Cathy Jansen, otra estupenda camarada... se encontraban entre ellos. El papel de Lionel Burger en la lucha; la callosidad y la cobardía del gobierno de Vorster al mantener en la cárcel a un hombre anciano y agonizante, en contraste con la valentía de ese mismo hombre, invicto hasta su último aliento, que rechazó la concesión de compasivas apelaciones en su nombre, que nada pidió a Vorster salvo justicia para el pueblo. El gobierno racista blanco había robado su cadáver pero su espíritu estaba en todas partes... en Mozambique, en esta sala, esta noche. Una anciana inglesa blanca se acercó a la chica y la besó. Se la llevaron de allí para presentarla al contingente del Frelimo. Un maduro miembro del CNA recordó las campañas de los años sesenta, trabajando con Burger. Ella sonreía y agradecía, como una novia durante la boda o una actriz entre bastidores. En su intimidad estaba a su lado Bernard Chabaliér, manteniéndola a buen resguardo en otro orden de realidades.

Un periodista del «Guardian» le preguntó si existía la posibilidad de hacerle una entrevista. Un productor de la televisión independiente quiso acordar una charla con ella para incluir a Lionel Burger como tema en una serie de televisión que llevaba el título provisional de «A hombros de la historia». ¿Tendría acceso a fotos, cartas, además de (afortunadamente) el testimonio de muchos exiliados que se encontraban en Inglaterra y podían hablar de él? Rosa mencionó una fuente en Suecia. El hombre la guió solícitamente hasta la mesa donde se pescaban salchichas calientes en una enorme olla. Unos cuantos jóvenes negros comían con espíritu de clan, de espaldas a la sala. El hombre irrumpió entre ellos, hablando sobre su proyecto, presentándole a uno o dos que conocía, murmurando el civilizado borboteo inglés que ocultaba su desconocimiento de los nombres de los demás. Los agrupados dieron la lacónica respuesta de gente que se siente invadida. Rosa miró a uno que, con sus altos hombros hundidos hacia el plato, mientras masticaba la contemplaba como si de alguna manera lo estuviera amenazando. Le había tendido por un segundo mano delgada, caliente y seca, y luego apuñaló una salchicha de piel dura con el tenedor. Rosa cogió su plato; el grupo que ahora incluía al hombre de la televisión y a ella fue nuevamente invadido por otro, Rosa pasó a formar parte de un nuevo alejamiento, de un nuevo núcleo. Pero no participó de la conversación de este último. Comió lentamente y bebió su vaso a sorbos regulares. Poco después dejó de lado el plato y el vaso, como ante un llamamiento; la persona que hablaba a su lado pensó que había sido llamada por alguien que estaba fuera de todo ángulo de visión salvo el de ella.

Volvió junto a la camarilla de jóvenes negros. Rechinando palabras y bocados él hablaba bajo, en xosa, con su vecino, pero el toque que él le había dado antes se interpretó a sí mismo y ella lo interrumpió:

—Bassie —la respuesta a una pregunta.

Un trozo de piel o de cartílago que se negaba a bajar por la garganta. Tragó notoriamente. Los tendones que unían la boca con la mandíbula tironearon hacia el lado izquierdo mientras intentaba, con los músculos de la mejilla, desalojar algo encajado entre dos dientes. El movimiento se transformó en dispersión; en una sonrisa resucitada, desenterrada, una vieja prenda de vestir todavía adecuada.

—Sí. Rosa.

Ella avanzó torpemente (él dejó de lado su plato).

Ella recurrió al saludo de los extranjeros aprendido en todo encuentro en cafeterías, bares y esquinas, se estiró para rozarle ambas mejillas. El se secó la boca como si la de ella se hubiese posado allí.

—Sí, Rosa. Te vi cuando entraste.

La conversación parecía seguir alguna fórmula, como una carta tipo copiada de un manual que trata de saludos de cumpleaños, nacimientos y defunciones.

—Entonces vives aquí; ¿llevas fuera mucho tiempo?

—Un par de años, por aquí y por allí.

—¿Y antes?

El arrugó la frente para restar importancia a toda cronología, o para establecer una constante en su vaguedad.

—Alemania, Suecia. Estuve dando vueltas.

—¿Estudiando algo? ¿Cómo es Suecia? Me han invitado a ir pero nunca hice nada por llevarlo a la práctica. Parece gente muy servicial.

El soltó una risotada triste y amarga.

—Están muy bien.

—¿Estuviste trabajando o...?

—Se supone que estudiaba económicas. Pero el idioma... tienes que pasarte dos años aprendiendo el idioma antes de seguir un curso en la universidad. De lo contrario no entiendes lo que dicen en clase.

—¿No me lo imaginaba! Tiene que ser espantosamente difícil.

—Oh, simplemente renuncias, abandonas.

—¿Y Alemania?

—Está muy bien. Quiero decir que sabiendo afrikaans no es tan difícil captar un poco de alemán.

—¿Aquí sigues algún curso o ya te has graduado?

El parecía dudar entre responder o no; dio la impresión de no saber la respuesta.

—Bien, aquí, una vez que vives en este lugar —una carcajada, por primera vez toda su cara tembló—. En realidad aún no he vuelto, como debería, a los estudios. Antes tengo que aprobar algunos exámenes...

—Sí... me pregunto si a mí me permitirían trabajar aquí. Si reconocerían mi título.

—Pero tú has asistido a una universidad, ¿no? —como muchos negros de su país natal (de él y de ella) para quienes el inglés y el afrikaans son *tingue franche*, no lenguas madres, utilizó la frase traducida literalmente del afrikaans, en lugar del equivalente inglés.

—Sí, pero no todos los títulos son internacionales. De hecho, muy pocos lo son. Hice uno que tenía que ver con la medicina. No era lo que realmente quería... pero... —las razones, para él, estaban implícitas.

—Pensé que serías médico, como tu padre.

El hombre de la televisión había vuelto con una joven pareja que esperaba serle presentada a Rosa, escuchando con amables movimientos de los ojos de una cara a la otra, con el propósito de no

perderse nada.

—Es increíble la forma en que prosiguió con su trabajo en el interior de la cárcel. ¿Es verdad que los carceleros solían consultarle sus dolencias y lo preferían a los médicos de la prisión? ¿No tenían miedo de que los envenenara o algo semejante? —rió con Rosa, se volvió hacia la pareja—. Un hombre fantástico. Estoy inspirado para hacer la serie. Esta es su hija, Rosa Burger... Polly Kelly, Vernon Stern. Dirigen la AAA de las universidades, que no tiene nada que ver con el RAC; es la Acción Antiapartheid.

No había necesidad de presentarles a nadie más; la pareja saludó con un gesto a su alrededor, era conocida de todos los presentes.

En medio de la conversación, Rosa se puso apremiante.

—¿Cuándo nos vemos? —sin que mediara respuesta agregó—: Ven a verme. O yo iré a verte a ti. Podemos encontrarnos en algún sitio... donde tú digas. No conozco Londres. ¿Estás muy ocupado?

—No estoy ocupado.

Rosa pidió prestado un bolígrafo a alguien, que lo sacó del bolsillo de la chaqueta, sin interrumpir la conversación con Kelly y Stern sobre la mano de obra migratoria. Escribió su domicilio y el número de teléfono, le metió el trozo de papel en la mano. El lo estaba observando cuando alguien le habló a Rosa y reclamó su atención. Estuvo por allí toda la velada, no lejos de ella, que una a dos veces le sonrió, aunque Bassie debió de sentir sus ojos en él, pero no volvieron a estar juntos entre el gentío. El siempre había sido esbelto, del tipo que se volverá alto y delgado. Un chiquillo de ojos estrechos, casi orientales, y las diminutas orejas de su raza... las del hermano de Rosa eran el doble de grandes cuando hicieron las comparaciones anatómicas que suelen hacer en secreto todos los niños por curiosidad sexual y asombro científico. Ahora había una irregularidad en su mirada cuando la paseaba por la sala; cuando estuvieron juntos ella había notado que su ojo derecho sobresalía un poco y vacilaba, desenfocándose. Una cicatriz le atravesaba la frente; una vieja cicatriz con pequeños puntitos donde habían estado las suturas... pero en aquellos tiempos nada tenía. La pareja de universitarios la siguió de grupo en grupo; se convirtió en el centro de unas mujeres que querían saber de qué manera el movimiento feminista podía tener una función explícita en la situación sudafricana (tendría que habérselas remitido a Flora), y volvió —por intermedio de diversas personas que la reclamaban— con sus amigos indios, que explicaban al periodista del «Guardian» la asociación de su padre con los líderes Dadoo, Naiker, Kathrada. Muy tarde, habló a solas con uno de los hombres del Frelimo cuya pasión por su país era un revelación, vista desde la distancia de los europeos que la habían aceptado como a una de ellos y que sólo entendían el nacionalismo en términos de chauvinismo o asqueada apatía. La acometió agradablemente un anhelo sensual, la oleada de relajación después de un bostezo; ansia de Bernard, de exhibir a ese hombre ante Bernard Chabaliér.

—Cuando tu delegación vaya a Francia, me gustaría que conocieras a alguien.

El hombre se mostró entusiasmado.

—Estoy interesado en todo el que esté interesado en Mozambique... ¿Comprendes? Cualquiera que pueda ayudarnos. Necesitamos apoyo de la izquierda francesa. Y lo tenemos, sí. Pero lo que más necesitamos es dinero del gobierno francés.

La blanca bonita dijo que no podía prometerle eso... pero comerían juntos los tres, beberían algo de vino. Sus fechas de llegada a París, en la medida en que podían predecirlas a partir de sus intenciones presentes, coincidían. Rosa prometió confirmárselo tras la habitual llamada desde París al día siguiente.

El teléfono sonaba enterrado en la carne.

Bernard.

Tambaleante —el vértigo del sueño— chocando alegremente contra objetos en la oscuridad, hacia la sala.

La voz de la tierra dijo: Rosa.

—Sí.

—Sí, Rosa.

—¿Eres tú, Baasie?

—No —una larga pausa vacilante.

—Lo eres.

—No soy «Baasie», soy Zwelinzima Vulindlela.

—Lo siento, así surgió esta noche... es ridículo.

—¿Sabes lo que significa mi nombre, Rosa?

—*iVuindlelaf* El apellido de tu padre... tampoco sé si el mío tiene algún significado... «ciudadano», ciudadano fuerte... —tratando de complacer al otro, aunque a semejante hora... tal vez había bebido demasiado.

—*Zwel-in-zima*. Ese es mi nombre. «Tierra doliente». El nombre que me dio mi padre. Tú conoces a mi padre. Sí.

—Sí.

—¿Sí? ¿Sí? Lo conociste antes de que lo mataran.

—Sí. Cuando éramos niños. Tú sabes que lo conocí.

—¿Cómo lo mataron? No lo sabes, no lo sabes, no lo sabes, no hablas de eso.

—No... porque no quiero decir lo que dijeron ellos.

—Dilo, dilo...

—Lo que ellos siempre dicen es que... lo encontraron ahorcado en su celda.

—¿Cómo, Rosa? ¿No sabes que te quitan los cinturones y todo lo demás?

—Lo sé.

—Se colgó con sus propios pantalones de preso.

«Baasie»... no dice ese nombre pero está presente en su voz, en su intimidad infantil:

—Te pregunté si querías venir a verme... o si querías que fuera a verte yo, mañana, pero tú...

—No, te estoy hablando ahora.

—¿Sabes qué hora es? Yo lo ignoro... me levanté para atender el teléfono en la oscuridad.

—Enciende la luz, Rosa. Te estoy hablando.

Ella no usa ningún nombre porque no tiene ninguno para él.

—Estaba profundamente dormida. Podemos hablar mañana. Será mejor que hablemos mañana, ¿eh?

—Enciende la luz.

Un intento de risa:

—Será mejor que los dos volvamos a la cama.

—Yo no estaba acostado —ramalazos de ruidos bruscamente interrumpidos como telón de fondo de su voz; todavía estaba en algún sitio, en medio de gente que a cada rato abría y cerraba la puerta.

—¿La fiesta sigue animada?

—No estoy hablando de ninguna fiesta, Rosa.

—Ven mañana... hoy, supongo que ya es hoy, todavía está tan oscuro...

—Entonces no encendiste la luz. Te dije que lo hicieras.

Empezaron a pelearse.

—Óyeme, no sirvo de mucho cuando me despierto así. Y es tanto lo que quiero... ¿Cuántos años teníamos? Recuerdo que tu padre... o alguien, te trajo de vuelta una sola vez. ¿Cuántos años teníamos entonces?

—Te dije que la encendieras.

Rosa imploró, riendo.

—¡Estoy tan cansada! Por favor, hasta mañana...

—Escucha. No me gustaron las cosas que dijiste esta noche.

—¿Que yo dije?

—No me gustó la forma en que ibas de un lado a otro y hablabas.

El receptor adquirió forma y tacto en la mano de Rosa, la sangre fluyó hacia su cerebro. Oyó la respiración de él y la propia, la suya con aliento a ajo por la salchicha a medias digerida.

—No sé qué responder. No entiendo por qué me dices todo esto.

—Oye, no me gustó en absoluto.

—¿Lo que yo dije? ¿Acerca de qué?

—Lionel Burger, Lionel Burger, Burger...

—Yo no pronuncié ningún discurso.

—Hay que contarle a todo el mundo que fue un gran héroe y que sufrió mucho por los negros. Todos tienen que llorar por él y mostrar su vida por la tele y escribir artículos en los periódicos. Escucha, hay docenas de padres nuestros enfermos y muriendo como perros, echados a patadas de las localidades cuando ya no pueden trabajar. Envejeciendo y muriendo en la cárcel. Asesinados en prisión. Como si nada. Conozco a montones de negros como Burger. Pero no es nada, somos nosotros, tenemos que estar acostumbrados a eso, nadie lo mostrará por la televisión inglesa.

—El habría sido el primero en decir lo que tú estás diciendo. No consideraba algo especial que un blanco fuera un preso político.

—Te besaban y te rodeaban, tu padre murió en la cárcel, fue terrible. Conozco a montones de padres, de padres negros...

—El no pensaba que lo que le ocurrió fuese más importante.

—Te besaban y te rodeaban...

—¡Tú lo conociste! ¡Sabes que todo esto es verdad! Es delirante que yo tenga que decírtelo.

—Oh, sí, lo conocí. Diles que me entrevisten a mí para el programa de televisión. Cuéntales que tus padres introdujeron al negrito en su casa, no por la puerta trasera como hacen otros blancos, no en el patio sino en el interior de la casa. Que comía en la misma mesa y dormía en el dormitorio, el cabronzuelo negro dormía en la misma cama. Y después el cabronzuelo fue arrojado otra vez a sus chozas de adobe y sus casillas de hojalata. Su padre estaba demasiado ocupado para atenderlo. Siempre tenía que huir de la policía. Demasiado ocupado con los blancos que aplastarían al gobierno y dejarían que otro puñado de blancos nos dijera cómo debemos dirigir nuestro país. Uno de los negros mejor domesticados por Lionel Burger tuvo que escabullirse como una condenada cucaracha, uno de esos bichos a los que siempre es posible pisotear.

Tironeando del teléfono —el cordón era corto, por un instante su voz se perdió— palpó la suave y fría pared en busca del interruptor: bajo la luz de las lámparas la voz ya no estaba en su interior, se retransmitía débil, desmayada y desabrida en un sistema de comunicación pública, en presencia de una multitud.

Acercó el objeto a su cabeza, apretando con la otra mano la muñeca de la mano que lo sostenía.

—¿Adonde te llevaron cuando nos dejaste? ¿Por qué no quieres decírmelo? ¿Al Transkei? Oh, Dios. ¿A King William? Y supongo que sabes... aunque quizá no lo sepas... que Tony se ahogó. En casa.

—Pero fue él quien nos enseñó a nadar.

—Zambulléndose. Se golpeó la cabeza contra el fondo de la piscina.

—No, no me enteré. Tu negrito que era de la familia no pudo aprovechar las lecciones, no había piscinas privadas en los lugares donde estuve.

—Cuando dejamos el parvulario no había ninguna escuela a la que pudieras asistir en nuestra zona. ¿Qué podrían haber hecho tu padre o el mío al respecto? Mi madre no quería que tu padre te llevara.

—¿Y qué tenía yo de especial? Era un chico negro. Todo lo que tocáis los blancos se convierte en una expropiación. El era mi padre. Incluso cuando nos liberemos querrán que nos acordemos de darle las gracias a Lionel Burger.

Rosa había empezado a temblar. Los dedos de sus pies descalzos colgaban, cubriéndose el uno al otro, como los de un chimpancé nervioso en el zoológico.

—Y te hablo de hechos consumados. El está muerto pero puedo decirte en su nombre que nada quería tanto como esa liberación. No tengo por qué defenderlo, pero tampoco tengo más derecho que tú a juzgarlo.

La voz de él danzó, se elevó y chocó contra la de ella.

—Bien, bien, ahora empiezas a mostrarte.

—A menos que quieras pensar que ser negro te da ese derecho. Tu padre también murió en la cárcel, no lo he olvidado. Déjalos en paz.

—¡Vulindlela! Nadie habla de él. Ni siquiera yo recuerdo muchas cosas sobre mi padre.

El temblor se irguió como el pelaje de un perro en su lomo.

—Quiero decirte algo. Cuando te vea y podamos hablar. No ahora.

—¿Y por qué tendría que verte, Rosa? ¿Porque incluso nos bañábamos juntos? ¿Como a la familia no le molestaba la piel negra somos diferentes a todos para siempre? Tú eres diferente, de modo que yo también tengo que serlo. Ni tú eres blanca ni yo soy negro.

Ella estaba gritando:

—¿Cómo pudiste seguirme por esa sala como si fueras un hombre del BOSS? ¡Escuchando estúpidas palabrerías! ¿Por qué estamos hablando en medio de la noche? ¿Por qué me telefoneaste? ¿Para qué?

—No soy tu Baasie, no sigas pensando en el chiquillo que vivió contigo, no pienses en ese «hermano» negro, eso es todo.

Ahora ella no quería que él colgara; deseaba que cada uno se mantuviera enclavado en la voz del otro y de la hora de la noche en que nada fortuito podía liberarlos... *bien, bien*, él había echado por tierra su capricho de volver a la cama y enterrarlos a ambos.

—Te diré algo más. No nos encontraremos, tienes razón. Vulindlela. Con respecto a él y a mí. Te diré algo. A mí me enviaron a llevarle un pase falso para que pudiera volver a Botswana aquella última vez. Lo entregué en cierto lugar. Después lo cogieron, fue entonces cuando lo cogieron.

—¿Y qué significa esto? ¿Qué sentido tiene para mí? Ahora son los negros quienes deben sufrir. No pueden atraparnos aunque estemos atrapados, no pueden matarnos aunque la muerte nos coja en la cárcel, estamos acostumbrados a eso, no tiene nada que ver contigo. Los blancos confinan a los negros todos los días. ¿Querías hacer tu gran confesión? ¿Por qué crees ser distinta al resto de los blancos que se han cagado en nosotros desde el día que llegaron? El pudo volver y ser aprehendido porque tú llevaste ese pase. Quieres que lo sepa por si se me ocurre culparte por nada. Piensas que como me lo dices todo estará bien... para ti. No fue culpa tuya... quieres que te lo diga para sentir que todo anda bien. Para ti. Porque yo soy el único que puede decirlo. Pero él está muerto. ¿Y qué decir de los demás? ¿A quién le interesa saber de quién es la «culpa»? Mueren porque los matan los blancos, la sangre negra es la materia prima para quitarse de encima a la mierda blanca.

—Este tipo de conversación sonaría mejor entre gente que está en el país y no entre gente como nosotros —impulsos de crueldad estimularon sus vasos sanguíneos sin calentar el frío de los pies y las manos; mientras él hablaba ella daba saltitos, encorvada, balanceando su cuerpo, deseosa de lanzarse sobre él en cuanto vacilara.

—No sé quién eres. ¿Me oyes, Rosa? Ni siquiera conoces mi nombre. No tengo por qué decirte lo que estoy haciendo.

—¿Qué es lo que quieres? —el insulto la estremeció mientras seguía adelante—. Estás buscando algo. Si es dinero, debo decirte que no lo hay. Ve a pedirselo a uno de tus ingleses blancos, que pagarán pero no lucharán. Nadie telefona en medio de la noche para quejarse del nombre que le daban cuando era un crío. Has bebido de más, Zwelinzima —pero puso el acento en la sílaba que no correspondía y él se echó a reír.

Como si hurgara con un palo a un animalejo que se retorció entre ambos:

—Estabas loca por verme, eh, Rosa. ¿Qué quieres?

—Podrías haberlo dicho directamente. ¿Por qué no apartaste la mirada cuando me acerqué a ti? ¿Por qué no pusiste en evidencia que me había equivocado de persona? Pero no, me hiciste hacer el papel de tonta.

—¿Qué podía decir? No fui yo quien te buscó.

—Podrías haber movido negativamente la cabeza. Habría sido suficiente. Cuando dije ese nombre. Te habría creído.

—Vamos, anda.

—Te habría creído. No te había visto desde que tenías nueve años y por lo que sabía podías estar muerto. Estás en mi mente en la misma forma que mi hermano... que nunca crece.

—Lamento lo de tu hermanito.

—Podían haberte matado en el monte con los Combatientes por la Libertad. Tal vez eso es lo que yo pensaba.

—Sí, tú piensas eso. No tengo que estar vivo en tu mente.

—Adiós, entonces.

—Sí, Rosa, de acuerdo, tú piensa eso.

Ninguno de los dos agregó palabra y ninguno de los dos colgó el receptor por un rato. Luego ella soltó los dedos rígidos por el apretón y el objeto volvió a su lugar. Las luces encendidas fueron testigos.

Permaneció en medio de la habitación.

Dio un puñetazo a la puerta al pasar, corrió hasta el cuarto de baño y cayó de rodillas ante el inodoro, vomitando. El vino, los trozos de salchicha... apoyó la cabeza, jadeando entre un espasmo y otro, en el borde de porcelana, chorreando baba por la boca mientras se deslizaban las lágrimas del esfuerzo por su nariz.

El amor no exorciza los temores pero hace posible llorar, aullar al menos. Como Rosa Burger había llorado de alegría una vez, salió del cuarto de baño y se paseó por el piso, encendiendo todas las luces al pasar, sollozando y apretando su fea mandíbula, manchada, metiéndose el puño en la boca. Durmió hasta bien entrado el día siguiente: otro mediodía perfecto. La racha de buen tiempo continuó un poco más. Así, para Rosa Burger, Inglaterra siempre tendrá este aspecto; hileras de sombras por la calle soleada, los tímidos pies blancos de gente que se ha quitado los zapatos y los calcetines para sentir la hierba, el sol serpenteando a través de las sendas que marcan las embarcaciones de paseo en el antiguo río; un lugar donde la gente se sienta en bancos para beber al aire libre a la puerta de los pubs, las chicas arreglándose con los dedos sus brillantes cabelleras.

Tres

Paz. Tierra. Pan.

Los hijos y los hijos de los hijos. El lema de todo político reaccionario y de todo revolucionario, y todo revolucionario accede al poder como político. Todo se hace en nombre de las generaciones futuras.

Me han dicho que hasta la gente que carece de convicciones religiosas a veces pasa por la experiencia de tener plena conciencia de los muertos. Una ausencia vuelve a llenarse... esto sintetiza lo que describen. A mí nunca me ha ocurrido contigo; quizá sea necesario estar en el entorno en donde uno espera encontrar a esa persona... y nuestra casa fue vendida hace tiempo. No les pedí tus cenizas, contrariamente a lo que afirma la historia apócrifa que los fieles divulgan y yo no desmiento, según la cual me fueron negadas. A fin de cuentas, tú eras médico y recoger un puñado de potasa... esa vana reliquia del cuerpo humano que tú considerabas un excelente ejemplo de funcionalismo. Aunque apócrifa, en algún sentido tiene su utilidad. Es probable que no me hubieran entregado las cenizas en caso de haberlas pedido.

No puedo explicarle a nadie por qué razón esa llamada telefónica en medio de la noche volvió imposible todo lo que era posible. A nadie, no. No entiendo por qué lo que *él* tenía que decir y su forma de decirlo —incluso antes de la llamada, incluso en la sala donde nos encontramos— me encolerizó tanto. He oído con anterioridad todos los clichés negros. Sé muy bien que, al igual que los que utilizan los fieles, son un intento por acostumbrar la comunicación ordinaria a significados abrumadores en la existencia humana. Golpetean los teclados mecánicos de los télex; el mensaje tiene que ser recibido y leído. Se convierten en enormes mentiras que encierran enormes verdades, aún existentes en algún sitio. He experimentado antes la misma hostilidad: ser tratada como si no estuviera allí... la chica y el joven en el lugar de Fats, por ejemplo; después no me sentí vil ni despreciable y encontré armas a mano. Como la reacción liberal a comprender y a perdonarlo todo, esta vengativa exaltación me es extraña. El hábito de ordenar en supuestos objetivamente correctos y falsos la posición adoptada... la sensata costumbre de los nuestros me salva de la ridiculez y la vanidad de la afrenta personal. *Una guerra en Sudáfrica producirá, sin duda alguna, un enorme sufrimiento humano. También es posible que en sus etapas iniciales abarque un alineamiento en el que los principales antagonistas caigan en los campos raciales, lo que añadiría otra dimensión trágica al conflicto. Por cierto, si existiera una perspectiva razonable de un grupo lo bastante poderoso entre los blancos unidos en un futuro previsible con quienes representan a la mayoría dominante, la sublevación sería menos compulsiva.* Tu biógrafo me citó estas palabras en busca de confirmación de un fiel reflejo de ese punto de vista. Entonces no veo por qué he de estar tan... desintegrada, sí; me disolví en lo que dijo, en el ácido de sus palabras. ¿Por qué sentirme tan humillada de haber —automáticamente, sin pensarlo— corrido hacia él en la convención del afecto, de los encuentros casuales intercambiados con las mejillas de los Grosbois, de Bobby, Georges y Manolis, Didier... un frotamiento de narices aprendido de los esquimales? ¿Qué importaba eso?

Lo que se dijo fue reacomodado un centenar de veces; las otras cosas que podía haber dicho a cambio de las que dije, o al menos lo que recordaba haber dicho. ¿Cómo puedo haber manifestado las cosas que manifesté? ¿Dónde estaban ocultas? No creo que tú lo sepas. O quizá, si hubiese crecido en otra época y disfrutado de una educación política abierta, habría sabido resolverlas. Podrían haberme ayudado. Indudablemente Katya era ineducable en este sentido. Nuestra Katya... exagera para impresionar; encantada me dejaría censurar, por ti o los demás, por haber sido capaz de decir lo que dije. «A menos que quieras pensar que ser negro te da ese derecho.» Rechazada por él. ¡Odiándolo! Deseando ser querida... cuánto me desfiguré. Qué sucia y fea me vi en el espejo del cuarto de baño. Corrompida. Con el propósito de defenderte, aproveché la ocasión para sacar a relucir la acusación de más-bueno-que-tú... la timorata defensa última de la clase de gente para la

que no habrá futuro. Si todavía hubiéramos sido niños, podría haberle arrojado piedras en un berrinche.

Repasé mis declaraciones (así las pienso: tenía que responder de ellas ante mí misma) una a una, las llevé conmigo a todas partes y las miré a la luz del día, les di vueltas entre mis manos mientras permanecía en clase o hablando dulcemente por teléfono con París. ¿Cómo puedo saber lo que está haciendo en Londres? Acaso entra y sale ilegalmente de Sudáfrica como hacía su padre, en misiones que sé muy bien que no puede divulgar. «Este tipo de conversación sonaría mejor entre gente que está en el país y no entre gente como nosotros.» Lo fastidié recordándole que se encontraba a miles de kilómetros del monte donde *creí que podía haber muerto combatiendo*. ¡Yo! Equiparé su deserción con la mía, cuando en el terruño él es un *kaffir* que lleva pase e incluso yo podría vivir la vida de una dama blanca. Con ayuda de Brandt, no creo que sea demasiado tarde para eso.

¿Es dinero lo que quieres?

Pero esas cinco palabras que con más frecuencia recuerdo se presentaron de manera distinta a la forma en que le habían sido arrojadas fríamente para herirlo, para volver venal su compromiso, cualquiera que fuera. No suenan como respuesta a un atraco, sino como el lamento de alguien que quiere librarse de una amenaza por medio del dinero.

No tiene nada de inverosímil que en vacaciones una conozca a un joven y llegue a amarlo, pero semejante encuentro —con Baasie— no es fácil que se produzca. ¿Entonces no había modo de evitarlo? En una noche logramos maniobrar hasta adoptar la posición que nos proponían sus libros de historia en el país: él amargo, yo culpable. ¿Qué otro lugar de encuentro podía haber para nosotros? Hubo tantos arrestos, juicios, interrogatorios, fugas: fracasos. El futuro ha estado largo tiempo por venir: ¿Quién reconocerá al mesías por la forma que finalmente adopte? Isaac Vulindlela llamó «tierra doliente» a su hijo y probablemente nunca tradujo para ti, su camarada, el significado de ese nombre; tú pusiste a tu hija el nombre de aquella otra Rosa... ah, si nos hubieras oído... ¡Qué cabrón es! ¡Qué hijo de perra!

Pero al menos tú *sabes*; todavía sabes... que sólo hay un final para la sucesión de fracasos necesarios. Sólo un éxito; la vida, a diferencia de la suya o de la mía, que recorre todo el camino hasta la cita que interesa, la victoria en la que habrá lugar para todos.

Una pelea entre tus niños.

Mi Chabaliér... por supuesto le hablé del encuentro, de la llamada telefónica en medio de la noche. De la historia familiar, de Baasie y de mí. *Mi pobre querida. Precisamente a ti*. Pero estaba borracho, ¿? ¿? ¡Pobre diablo! Tendrías que haber colgado el teléfono. Al cuerno con ese infeliz. ¡No me importa quién es! ¿No estará un poco loco? Ya sabes, el exilio, la negritud, no es fácil. *Je hais, done je suis*. ¿Qué más hay para alguien como ése? Uno de los exiliados que sobreviven en Londres, bebiendo como esponjas hasta morir... la autocompasión, incluso en París hay algunos que haraganean y viven de favor con un régimen u otro.

Todas estas cosas; y una vez mi amor dijo (lamento que haya sido por teléfono. Si hubiera visto su cara, los gestos... habría descubierto, en ese momento, cómo explicar lo que me estaba ocurriendo, habría descubierto que él se movía para interponerse entre eso y yo), dijo: «Hay ciertas cosas que sólo pueden manifestarse en medio de la noche... y lo que tú quieres decir es que el día siguiente habrán desaparecido para siempre, probablemente la próxima vez... si es que alguna vez vuelves a verlo, todo estará bien». Pero sólo era la voz de Bernard Chabaliér. La oportunidad ya había pasado. *No te alteres, querida mía*. Claro que perdiste los estribos. ¡Tu padre! Es absurdo. Todo el mundo, blancos y negros...; cualesquiera sean las diferencias políticas. Ocurra lo que ocurra. Una vida noble. ¿Qué importancia tiene que en medio de la noche aparezca un loco con sus propias frustraciones? No es más que eso... Ni siquiera deberíamos exaltarnos. Pero es natural, te ofendiste.

Dio con la palabra que a veces empleo para escribir *tu* clase de indignación, aunque naturalmente la mía no era de ese tipo. Siendo extranjero, probablemente había aprendido ese término de mí.

El hecho es que después de unos días mi obsesión por lo que me había dicho (casi veinte años y luego ese abrazo a préstamo en una mesa llena de comida) me abandonó. Me desertó. No resolví nada pero dejé de sentirme acosada. No tengo ninguna explicación para la forma en que esto ocurrió. Silencio. En lugar de la obsesión estaban los datos simples y prácticos de un plan de vida. El había encontrado un pequeño apartamento con un balcón diminuto en el que no cabía una silla pero de dimensiones suficientes para que una paloma encontrara un saliente donde poner un huevo. Esto era bastante para tomar la decisión de aceptarlo... la paloma ya residía allí con su huevo. Era imposible sentirse sola en compañía de esa paloma, *éh?* No había paisaje porque lamentablemente las habitaciones daban a una de las estrechas calles laterales (menos ruidosas, de cualquier manera) pero el edificio estaba realmente en una viejísima plaza olvidada, casi como un patio, donde había una iglesia con un reloj que chirriaba antes de repicar. Dos castaños. Ni una brizna de hierba pero sí un banco. Una buena panadería muy cerca. Una especie de tienda furtiva atendida por dos amables árabes, madre e hijo, donde a cualquier hora podía comprarse yogur y alimentos e incluso vino barato... aparentemente nunca cierran. El metro en la esquina... uno de los más viejos, con florituras de cobre verde, auténtico art nouveau, exactamente a dos paradas del *lycée*.

Apunté el domicilio y dejé el papel donde siempre pudiera tenerlo a la vista. Lo releía con frecuencia. No tenía la impresión de haber estado en las calles que llevan hasta allí, a unas pocas manzanas de un instituto. París. «París es un lugar distante, en Inglaterra.»

No es Baasie —Zwel-in-zima, tengo que ponerle bien el acento— quien me envió de vuelta. Tú no lo creerías. Porque estoy viviendo como cualquiera y él fue quien dijo que quién era yo para creer que podíamos ser distintos a cualquier otro blanco. Como cualquiera; pero la idea empezó con Brandt Vermeulen. Tú y mi madre y los fieles nunca os limitasteis a ser como cualquiera.

Había encontrado una mujer en camión deambulando por la calle. Era como cualquiera: Katya, Gaby, Donna; pobrecilla, una hámster que hacía dar vueltas a su rueda de molinillo. Recuerdo hasta el último detalle de esa calle, podría recorrerla con los ojos cerrados. Mi sentido de la hermandad femenina era clara. Nada podía evitarse. Ronald Ferguson, 46 años, ex minero, murió en un banco del parque mientras yo me ocupaba de mis asuntos. Nadie puede desertar.

No conozco la ideología:

Trata del sufrimiento.

De cómo poner fin al sufrimiento.

Y termina en sufrimiento. Sí, es extraño vivir en un país donde todavía hay héroes. Como cualquiera, hago lo que puedo. Les enseño a caminar de nuevo, en el Hospital Baragwanath. Ponen un pie delante del otro.

El retorno de Rosa Burger a su país natal dentro del período en que era válido su pasaporte coincidió con dos acontecimientos que rivalizaban en importancia en los periódicos. Orde Greer estaba sometido a juicio por traición. Había tres acusaciones contra él: haber escrito una de las versiones (descartadas) del texto de una octavilla supuestamente incitadora, distribuida en Ciudad del Cabo por medio de una bomba-panfleto que se hizo estallar en la calle; poseer ciertos manuales referentes a la guerrilla urbana, incluidos *Coup d'Etat* de Edward Luttwak y los escritos del general Giap; y (la causa principal) haber intentado reclutar a un joven de una conocida familia liberal, que estaba cumpliendo su servicio militar obligatorio, para que proporcionara información y material fotográfico de instalaciones y equipos de defensa sudafricanos. El proceso estaba bastante avanzado. El Estado prácticamente había terminado con las declaraciones de los testigos cuando Rosa asistió a una sesión. El juicio se celebraba en Johannesburgo, pues no consideraban a Greer una personalidad lo bastante destacada como para que hubiera riesgo de que los blancos abarrotaran los tribunales, y con el creciente separatismo político entre radicales blancos y negros se pensaba que era improbable que se reunieran allí las multitudes negras que suelen hacerlo cuando se trata de juicios políticos a los de su raza. De hecho, se congregaron centenares de negros en las puertas del tribunal todos los días; trasladaron la prosecución del juicio a un remoto poblado de cultivos de maíz, en el Transvaal oriental, antes de oír a la defensa.

En la etapa que estuvo presente Rosa el tribunal todavía estaba asentado en Johannesburgo. Alguien le hizo lugar en el extremo de un banco en la última fila de la galería de visitantes; llevaba en el bolsillo del abrigo un pañuelo, pero se enteró que desde el juicio de su padre había caído en desuso la convención talmúdica según la cual las mujeres debían cubrirse la cabeza en presencia de un juez. Estaban haciendo repreguntas a Orde Greer sobre la prueba de la grabación de una llamada telefónica de larga distancia controlada por un artilugio que él ignoraba que había sido instalado en su piso por la oficina de telecomunicaciones siguiendo instrucciones de la Rama de Seguridad del BOSS. El tribunal escuchó el rechinar de la cinta y luego la voz de Orde Greer, nada sobria, en un momento dado llorona, preguntando qué había hecho. ¿Qué había dejado de hacer? Con pruebas documentales se estableció que la persona a quien iba dirigida la llamada y que había colgado el receptor de inmediato al reconocer (presumiblemente) la voz y oír las primeras frases, era un antiguo comunista sudafricano, experto en explosivos gracias a sus experiencias como Rata del Desierto durante la guerra y que ahora, según se creía, dirigía el terrorismo urbano en el país. El fiscal recordó a Greer que después de haber sido reclutado en algún momento de 1974, el Partido Comunista lo había dejado caer debido a que no era de fiar. Tenía problemas con el alcohol, ¿verdad? La falta de confianza de sus amos quedó en evidencia, más allá de toda duda, mediante esa ridícula llamada telefónica solicitando instrucciones para cumplir tareas clandestinas que le habían encomendado... Operando con un sentido de «destino decepcionado» se había sentido «diabólicamente inspirado» —¿verdad?— a ponerse a prueba ante sus amos, a rehabilitarse. Incluso controló la bebida, durante un tiempo. Consultó a un médico por sus problemas alcohólicos, el doctor A. J. Rodease, un psiquiatra de Durban, el 25 de febrero de 1975, mientras estuvo en esa ciudad en función de su trabajo de periodista. Había informado al doctor Rodertse que padecía tensiones debido a sus problemas conyugales. Pero no tenía ningún problema «conyugal»; no estaba y nunca había estado casado, tenía problemas con sus amos, los comunistas de Londres, que ya no confiaban en él debido a su ingestión de alcohol. Había decidido mostrarse digno de ellos y en consecuencia fue él mismo, actuando por propia iniciativa aunque estrictamente dentro de las metas y objetivos del Partido Comunista, quien había intentado obtener información militar convenciendo a un joven Soldado Nacional de que si era en realidad un liberal acérrimamente contrario a la

política del apartheid, tenía que estar dispuesto a robar documentos, hacer planos y tomar fotos que pudieran conducir a la destrucción del ejército gracias a cuya fortaleza se mantenía dicha política... En resumen, que la obligación de un joven no consistía en defender a su país sino en traicionarlo.

Rosa Burger no pudo volver a insistir. Una semana después de su regreso aceptó un puesto en el departamento de fisioterapia de un hospital negro. Siguió el proceso, como cualquiera, en los periódicos. La defensa reconoció que Orde Greer había escrito un texto que apareció en forma modificada como octavilla distribuida mediante un inofensivo artefacto explosivo («no más revolucionario que un fuego de artificio disparado en Nochevieja»). La diferencia en el texto era decisiva: la versión de Greer (Documento A, retirado de su piso en una redada policial) no incluía exhortaciones a la violencia, en tanto el texto del panfleto divulgado contenía diversas afirmaciones —evidentemente agregadas con posterioridad por otra persona— que podía interpretarse como pertenecientes a esta naturaleza. La conocida frase utilizada por Greer —¿acaso no se la oía en todos los pulpitos, empleada para introducir el justo temor de Dios en toda comunidad cristiana?—, «día del juicio final» no era en modo alguno una amenaza de violencia ni un estímulo a la misma. Por el contrario, era un recordatorio de que en última instancia todos tendrían que responder ante su propia conciencia por sus convicciones y acciones.

Hubo un largo debate entre la defensa y el fiscal por la definición de «manual»: el clásico de Clausewitz sobre la estrategia, ¿era un «manual» o una obra histórica sobre el arte de la guerra, un tipo específico de memoria militar? Y en este último caso, ¿los escritos del general Giap no eran su contrapartida moderna? En cuanto al libro de Luttwak sobre el *coup* «hágalo usted mismo», ¿puede alguien tomarse en serio semejante obra? ¿No era con toda evidencia la clase de radicalismo distinguido con que se exalta la gente que vive en países políticamente estables, un entretenimiento en los cócteles? El juez solicitó una definición de la expresión «radicalismo distinguido», lo que dio intervención a un periodista cuya misión en el juicio eran las aclaraciones, preferentemente irónicas cuando no triviales. Y en el contexto del material de lectura de un hombre que era, demostrablemente, un excepcional lector de amplio alcance... Un hombre que ganaba un salario modesto y que debía de haber gastado un buen porcentaje del mismo en los más de tres mil libros, sobre todos los temas habidos y por haber, que eran el principal mobiliario de su pequeño piso... ¿tenía algún significado la presencia de los libros de Giap y Luttwak?

El acusado aseguró que esos libros se los habían enviado los editores para las correspondientes reseñas, durante el período en que trabajaba como director literario de un periódico.

Por último, la defensa proporcionó una noticia sensacional para el diario de la tarde guardando en secreto, hasta el momento apropiado, un descubrimiento: el «experto en explosivos» identificado por el Estado como el hombre con quien hablaba Greer en la incoherente conversación telefónica grabada se encontraba en Estocolmo cuando el artilugio incorporado al teléfono de Greer la grabó finalmente. El número era el que figuraba bajo el apellido de ese hombre en el listín telefónico de Londres, sí, pero el abonado no vivía en Inglaterra en ese momento. No había pruebas de que la persona que atendió el teléfono fuese miembro del Partido Comunista, de hecho no existía ninguna prueba para adjudicarle identidad a esa voz; fuera quien fuese, había colgado de inmediato el receptor, como hace normalmente cualquier persona que recibe una llamada fastidiosa. El acusado no negó la evidencia de que no estaba sobrio cuando se hizo esa llamada. De hecho, señaló que no recordaba haber llamado.

Pero fue la principal acusación —el presunto reclutamiento de un joven liberal que cumplía su servicio militar— la que despertó mordaces y soterrados antagonismos en los suburbios blancos. Cenas tranquilas entre personas inteligentes se volvían estridentes y explosivas cuando hombres y mujeres airearon sus pareceres secretos sobre la moral política y personal de los demás bajo el disfraz de desacuerdos acerca de la significación política y moral, no tanto de lo que había hecho Orde Greer, como de la conducta del joven que él había contactado. En principio ese joven había accedido a hacer lo que le solicitó Greer, y estaba en condiciones de hacerlo porque era una especie de asistente-conductor de un agregado de prensa militar que con frecuencia acompañaba a su

superior, con los altos mandos, en inspecciones oficiales de instalaciones secretas de todo el país, de posición lo bastante humilde como para que lo tuvieran tan en cuenta como a un mueble, aunque de ojos y oídos abiertos, manos con acceso a archivos y fotografías de información reservada. Después de un breve período durante el que nada entregó a Greer excepto una guía confidencial de comportamiento entre negros rurales extranjeros —un folleto distribuido entre las tropas sudafricanas durante la invasión de Angola— aparentemente se asustó o decidió, por alguna razón, que no estaba dispuesto a seguir adelante en su compromiso con Greer. Con los puños cerrados en posición de descanso junto a un vaso de vino, o golpeándolos, alguien insistía en que la actitud correcta, si tanto repugnaba al joven la idea de servir en «ese ejército», si era algo tan contrario a sus principios, consistía en hacerse objetor de conciencia y no espía. La posición liberal era la de oponerse abiertamente al régimen, y no la de traicionar el derecho de los ciudadanos del país a defenderse de potencias extranjeras que querían aprovecharse de esta situación. Un joven rió enfurecido: ¿Cuándo aprenderá la gente que esta moral de campos de deporte evidencia un profundo equívoco de lo que *es* la represión.

—Dices que quieres liberar a los negros y liberarnos a nosotros mismos de este gobierno y al mismo tiempo esperas que la gente juegue a ser decente.

—¡Caray! El apartheid es el timo social más sucio que el mundo haya conocido... y tú quieres combatirlo según las reglas del patriotismo, la honradez y la decencia desarrolladas para sociedades donde todos tienen algo que vale la pena proteger de la traición. Estas virtudes, estas preciosas «pautas» tuyas... no son más que otro timo, ¿no te das cuenta? Jamás se permitió a los negros entrar en vuestras escuelas, vuestros clubes, vuestro ejército, entonces... ¿qué significan? ¿Las reglas de quiénes? Dices que estás en contra de la supremacía blanca... en cuyo caso no puedes limitar tu conciencia de la fineza moral que sólo pueden permitirse los blancos. Ese tío tenía todo el derecho del mundo a usar su servicio militar obligatorio para obtener cualquier información que pudiera contribuir a destruir a ese ejército y a todo lo que representa. Yo sólo quiero aplastar a esos hijos de puta de cualquier manera posible. ¿Quieres librarte de ellos o no? Esta es la única pregunta que me hago a mí mismo.

William Donaldson interrumpió la discusión haciendo elegir a sus invitados entre Grand Marnier y Williamine mientras Flora, su esposa, seguía sirviendo café.

Orde Greer fue declarado culpable del principal cargo de la acusación y condenado a siete años de cárcel. La única ocasión en que Rosa lo vio en los tribunales iba acicalado como un escolar desarrapado al que ponen presentable para una cita en el despacho del director. Llevaba la barba afeitada. Su pelo, todavía largo, había sido peinado con agua hasta quedar domado. Usaba un traje de pana color tabaco proporcionado por alguien que no quería llegar tan lejos como para ponerlo totalmente fuera de papel con un traje a rayas azul marino. Rosa pensaba que no la había visto en la galería. La cara rojiza y poco atractiva de Greer (durante largo tiempo los ojos en sus arcos profundos, la delgada boca inteligente y retorcida, la frente alta bifurcada, el pelo crespo detrás de las orejas sería la imagen con que compararía los rostros de todos los hombres) estaba serena y secretamente inquisitiva, como si él y sus acusadores atravesaran juntos el mismo proceso de escrutinio. Rosa tenía esta representación mental de Greer cuando leyó que en ocasión de dirigirse al tribunal afirmó (inevitablemente) que había actuado de acuerdo con su conciencia. A continuación se había interrumpido —diciendo no, no, no— para declarar que ésa sólo era una frase hecha, que lo que quería decir era de acuerdo con la «necesidad». Todos los días había detenidos por expresar, meramente, su convicción de que aquella era una sociedad injusta, hipócrita y cruel. «He pasado muchos años enorgulleciéndome de codearme con gente lo bastante valerosa para arriesgar su vida en actos. Pasé demasiados años observando, escribiendo sobre el tema; ahora prefiero ir a la cárcel por actuar contra el mal a haber esperado a que me detuvieran sin haber hecho nada.»

La otra historia sólo se convirtió en un titular cuando se supo que estaba implicada una chica sudafricana. Antes era un asunto europeo, concerniente a los secuestros de industriales y asesinatos

de funcionarios de embajada y políticos cuya responsabilidad era reivindicada por —y a veces imputada a— grupos terroristas internacionales. Se pensaba que un hombre conocido como García —al que se creía de origen boliviano y miembro de los Núcleos Armados para la Autonomía Popular, el Ejército Rojo Japonés, la banda Baader-Meinhof, o quizás algún nuevo agrupamiento que incluía a éstos y otros— era el cerebro gris de la serie más reciente de actividades terroristas urbanas. Seguía en libertad y había sido protegido por una serie de mujeres, cada una de ellas ignorante de la existencia de las otras, con las que mantenía relaciones amorosas en Londres, Amsterdam y París. La de París resultó ser una sudafricana empleada por la Junta de Cítricos para promocionar la venta de naranjas. La historia dominó los periódicos dominicales; se trataba de Marie Nel, hija de un destacado granjero de Springbok Flats, que junto con su esposa también regentaba el hotel de la aldea. Había fotos de la fachada en las que se veía el bar y la placa: C. J. S. NEL, «Venta autorizada de vino y bebidas alcohólicas». En otra aparecía Marie Nel tomada por sorpresa y con flash por un fotógrafo itinerante de los nightdubs; parecía ser navidad o año nuevo, y el lugar de reunión era probablemente una ciudad sudafricana; un camarero indio sonreía al fondo.

La historia cobró vida una semana más cuando uno de los periodistas, sin duda mientras husmeaba en la aldea, se enteró de que la señora Velma Nel era hermana de Lionel Burger. A los ojos de muchos lectores, ésta fue una especie de explicación. La diferencia entre el fenómeno anárquico de una banda Baader-Meinhof o algo llamado Ejército Rojo Japonés que tenía muy poco que ver con Japón, y las ideas de un Lionel Burger, que quería entregar su país a los negros, quedaron desdibujadas por la equidistancia de semejantes ideas en la comprensión de los lectores. La prima de Mariel Nel, hija de Lionel Burger y único miembro superviviente de su familia inmediata, trabajaba como fisioterapeuta en un hospital de Johannesburgo. La reproducción de una vieja fotografía en los archivos periodísticos mostraba a una chica muy joven saliendo del tribunal en el curso del juicio de su padre.

Ni siquiera una postal del Musée de Cluny.

El unicornio entre las beldades medievales, los tapices de flores, cohibidos conejos; el espejo. *O dieses ist das Tier das es nicht gibt*. En la unión del Boulevard Saint-Germain con el Boulevard Saint-Michel. Una vieja abadía en el solar de las termas galorromanas, y ella entraría en el patio descrito y subiría a la sala redondeada donde puedes sentarte en los peldaños poco profundos y contemplar los seis tapices. En una isla milflores azul celeste la Dama sostiene un espejo en el que el unicornio, con las patas delanteras sobre el terciopelo rojo del forro de su vestido plegado hacia atrás, ve una diminuta imagen de sí mismo. Pero el óvalo del espejo corta la imagen precisamente en el nivel de su cabeza donde se eleva el cuerno: un cuerno blanco como su pelaje, rabo empenachado, melena y barba rizadas, un cuerno alto y delicadamente curvado. Dos mechones del pelo rubio de la Dama unidos con una cinta de perlas alrededor de su rostro oval (como el marco dorado que rodea el espejo) y entrelazados en lo alto de su cabeza a imitación del modelo del cuerno, que al mismo tiempo es un artificio, *éh?*, el hueso a imitación de una espiral. Un león sonriente sujeta estandartes heráldicos. Allí hay conejos, un perro, una jineta moteada. Zorros, onzas, cachorros de león, un halcón en persecución de una garza, perdices, un mono doméstico atado con una cadena a una pequeña rueda —para evitar que trepe a los árboles—, se distinguen alrededor de la representación de los otros cuatro sentidos:

El León y el Unicornio escuchando la música que en el jardín interpreta la Dama con su órgano portátil.

La Dama ensartando claveles de dulce aroma en una guirnalda mientras su mono olisquea inquisitivamente una rosa hurtada de una cesta.

La Dama cogiendo dulces de una bandeja que le tiende a su doncella; es posible que piense alimentar con ellos a su periquito... el mono paladea algo exquisito en secreto.

La Dama toca el cuerno del Unicornio.

El sexto tapiz muestra a la Dama delante de un suntuoso pabellón o tienda, entreteniéndose con un alhajero. En los Bestiarios medievales se le llama «monochirus»; allí está, esta vez en pareja con el león, sujetando con una zarpa uno de los alerones de la tienda y sosteniendo su estandarte, graciosamente rampante (en la ridícula posición de un perro pordiosero). Alrededor del toldo de la tienda aparece la siguiente leyenda, tejida en oro: *A mon seul désir*.

Aquí están: para amarte dejándote venir a descubrir lo que amas.

Allí permanece con la vista fija, con la vista fija.

Un viejo mundo encantador, jardines y amables beldades entre amables bestias. Semejante armonía en paz sensual en la época de las empulgueras y la mazmorra que ahí llega con su cuerno de marfil en espiral

ella permanece con la vista fija

engalanada, engatusada,

afianzada por fin mediante una caricia... ¡Oh, la queridísima! ¡La maravilla! Nada sorprendente, nada abandonado al temor, aproximándose...

Ella permanece con la vista fija, con la vista fija. Y si ha llegado la hora del cierre del museo podrá volver mañana y otro día, cualquier día, días.

Permanece con la vista fija, este ser que nunca ha sido.

Los niños a quienes Rosa enseñaba a caminar y que eran lisiados de nacimiento recibían excelentes cuidados de rehabilitación, mejores de los que su hermano médico podía soñar con proporcionar en Tanzania. En el segundo semestre de 1976, se unieron a los que habían nacido deformes aquellos que habían sido tiroteados. Las secuelas de los disturbios escolares llenaban el hospital; la policía, que respondió a las piedras con ametralladoras y que patrullaba Soweto disparando sus revólveres a cualquier grupo reunido en una esquina, que hacía batidas en las escuelas secundarias y escogía como blanco a los jovencuelos que escapaban a la desbandada, también hería a quien casualmente estuviera al alcance de sus balas perdidas. El hospital propiamente dicho se vio amenazado por un contragolpe de enfurecido pesar que llevó a la gente de Soweto a incendiar y saquear todo lo que los blancos habían «dado» a cambio de todo lo que, a lo largo de tres siglos, habían negado a los negros. El millón o más (nadie conoce la cifra exacta) de residentes en Soweto no tienen municipio propio; un funcionario blanco que había hecho lo que podía dentro del sistema de bienestar para negros dirigido por blancos, para ayudarlos a soportar su vida, fue apedreado y pateado hasta que murió. Otros funcionarios blancos se libraron por los pelos; algunos fueron rescatados y escondidos por los propios negros, en sus propias casas. No había forma de identificar una cara blanca distinta a cualquier otra, alguna que pudiera salvarse. Los médicos y técnicos sanitarios blancos del personal viajaban todos los días ida y vuelta, entre el hospital y la ciudad blanca de Johannesburgo, con el privilegio de atravesar las barricadas policiales que aislaban el área de Soweto, y a riesgo de verse rodeados y arrancados de sus coches al pasar por el camino por donde habían pasado antes los vehículos blindados a los que la gente llamaba «hipos» o «hipopótamos», levantando en vano los puños contra las planchas de acero y las armas.

Después de los funerales de la primera ola de niños y jóvenes muertos por la policía, en cada entierro sucesivo, disparaban a los negros que se reunían para rendir homenaje a sus muertos o mientras se lavaban las manos en casa de los deudos siguiendo la tradición. La policía afirmaba que era imposible diferenciar a los dolientes de la turba; lo que decían era más verídico de lo que creían: allí se fusionaban el dolor y la rabia.

Aunque el personal blanco del hospital conocía los acontecimientos y las consecuencias en los distritos negros —apenas tratados superficialmente por los informes periodísticos reunidos, entre peligros y dificultades, por periodistas negros—, ningún miembro blanco del personal del hospital podía entrar en los lugares de los que salían sus pacientes. Aunque extraían proyectiles de la matriz de la carne, recogían astillas de huesos destrozados, suturaban, socorrían, devolvían gota a gota a las arterias los fluidos derramados en las calles junto con las bebidas alcohólicas de botellas hechas añicos por niños que despreciaban los consuelos de sus padres, estos blancos no podían imaginar lo que era estar viviendo como vivían sus pacientes. Un domingo por la noche, un conocido de Rosa, Fats Mxenge, la visitó en su piso. Se disculpó por aparecer sin previo aviso, pero no era sensato utilizar el teléfono aunque (naturalmente) él era uno de los pocos habitantes de Soweto que lo tenía. Debía transmitirle un mensaje; después de cumplida su misión se quedó en el piso (un estudio de una sola habitación al que ella se había mudado al regresar de Europa) y aceptó el coñac y el té caliente que le ofreció. Fats paseó la mirada a su alrededor; alguien desembarcado de una tempestad mirando cortinas, lámparas, el plato giratorio del tocadiscos dando vueltas justo después de retirar el disco. Bebió de un trago el coñac y luego removió el té con las rodillas juntas, lo removió y lo removió. Para recapitular meneó la cabeza... y se dio por vencido. Hablaron de lo obvio.

—Terrible, terrible. Sólo quiero sacar a mi chico, eso es todo.

Ella empezó a hablar de alguna de las cosas que había visto en el hospital, aunque no en su departamento: una cría que había perdido un ojo; estaba acostumbrada a trabajar con horrores

(empleó el término «deformidades») sobre los que podía hacerse algo... devolver sensaciones a los nervios, reforzar músculos para que vuelvan a flexionarse.

—El ojo izquierdo. Siete u ocho años. Perdido para siempre —no fue capaz de describir el agujero negro, el vacío donde debía estar el ojo.

—La semana pasada el hombre que vive al lado... ¿conoces nuestro lugar? Sí, estuviste con Marisa... allí mismo, en la casa de al lado, salió a comprar algo a la tienda, velas, algo que necesitaba su madre. Nunca volvió. Esta vino a averiguar qué debía hacer. Acude a la policía, le dijo mi mujer, pregúntales dónde está... creía que lo habían arrestado. Entonces la mujer va a ver a la policía y pregunta dónde está el hijo, dónde puede buscarlo. ¿Sabes qué le contestaron? No nos lo pregunte a nosotros, vaya al depósito de cadáveres.

—Yo paso por allí cuando vuelvo a casa. Todos los días hay cola afuera: una fila de hombres y mujeres negros que esperan ordenadamente para levantar sábana tras sábana hasta encontrar el rostro familiar entre los muertos. Hay bebés, por supuesto, dormidos, abrigados y húmedos contra las espaldas, bajo la manta, siempre hay bebés. Y las usuales bolsas de la compra con el sustento envuelto en papel de periódico, destinadas a los tribunales y los hospitales y las cárceles; una mujer tenía una bolsa de la que asomaba un termo a cuadros... la cola era larga y algunos tendrían que volver al día siguiente.

—La policía debió de dispararles entre nuestro lugar y la tienda. Muerto. Lo identificó de inmediato. Allí mismo, en la calle donde vivía. Era alrededor de las nueve de la noche cuando salió, eso es todo. Te encierras en casa en cuanto oscurece. No te mueves. Esta noche no volveré de ninguna manera. Te aseguro que cuando oscurece tengo miedo de cruzar el patio para ir al lavabo. No puedo saber en qué momento recibiré un balazo de la policía en la cabeza o una cuchillada de algún otro en el estómago —agitó los gemelos de la camisa que tenían un cuadrado dorado y eslabones esmaltados. Iba trajeado para el éxito y la felicidad, sus acostumbradas ropas elegantes, como una mujer que no tiene nada que entregar en una emergencia salvo el conjunto que usó para la cena y dejó colgado sobre la silla al acostarse—. Todas las mañanas espero encontrar el coche quemado. En nuestros lugares no hay garajes. ¿Qué puedo hacer? Lo dejo en la calle. Los estudiantes van por allí prendiendo fuego a los coches de representantes y gente así, que tiene buenos puestos de trabajo en empresas de blancos... ¿Quién no trabaja para los blancos? Si saben que el propietario de tal o cual coche es un promotor deportivo que organiza encuentros de boxeo con blancos... Pueden caerme encima... —su carcajada fue una exclamación, una protesta—. ¡Fíjate lo que nos ha hecho este gobierno! ¿Puedo? —Rosa le acercó la botella de coñac y él se sirvió. Ella volcó las últimas gotas de té de su taza y se sirvió coñac, dando un primer sorbo voluptuoso que le quemó los labios mientras lo escuchaba—. Quiero sacar a mis hijos, eso es todo. Margaret y el bebé pueden ir a Natal con la vieja... allí está su gente. Quiero meter a los mayores en internados... ¿Pero sabes lo que dicen los estudiantes? Abordarán los trenes cuando los chicos partan hacia las escuelas del campo y los harán detener, los bajarán a rastras. Dicen que nadie debe quebrantar el boicot. Y lo harán, te aseguro que lo harán. Me llevaré a los míos en coche. No nos escucharán a mí ni a su madre, no van a la escuela, corren por la calle y todos los días uno se pregunta si volverán vivos.

—Yo no sé lo que haría —era blanca, nunca había tenido un hijo, sólo un amante con hijos de otra mujer. Ningún chico salvo los que pasaban bajo sus manos y a los que debía rehabilitar cuando era posible, en el hospital.

CONSEJO REPRESENTATIVO DE ESTUDIANTES DE SOWETO

¡Los negros de Azania* recordamos a nuestros amados muertos! Mártires que fueron masacrados desde el 16 de junio de 1976 y que aún siguen siendo asesinados. Deberíamos saber que los terroristas de Vorster no han interrumpido su agresión a estudiantes y personas inocentes que se han consagrado a la liberación del negro en Sudáfrica... en Azania. Intentarán a cualquier precio sofocar los sentimientos de los hombres y mujeres jóvenes que ven la liberación a pocos kilómetros, si no metros, de distancia. No hay forma de retroceder, hemos llegado al punto sin retorno como la joven generación de este desafiante país. Hemos demostrado que somos capaces de cambiar las leyes como jóvenes, y en ello proseguiremos hasta alcanzar la meta final. ¡UHURU** PARA AZANIA!

Recuerda que Héctor Paterson, el negro de 13 años de Azania, futuro líder que podría habernos guiado, cayó víctima de la intransigente e incontrolable banda de la brigada antidisturbios. ¿Qué dicen sus padres, qué dicen sus amigos, qué dice el estúpido y pelado soldado que lo mató —que de hecho lo asesinó a sangre fría—, aunque por supuesto él está menos comprometido? ¿Qué dices tú como negro oprimido y hermano de Héctor? ¿Recuerdas a nuestro sabio científico Tshazibane, «que de repente decidió suicidarse»? Sospechamos que alguien, en algún sitio, sabe algo de este «suicidio». ¿Cuánto tiempo seguirá nuestro pueblo con estos «intentos de suicidio» y «sucidios logrados»?

¿Recuerdas a Mabelane, que «intentó escapar de la plaza John Vorster saltando por la ventana del décimo piso» aparentemente para eludir unas preguntas? ¿Recuerdas a nuestros hermanos y hermanas baldados deliberadamente por personas que habían sido preparadas para faltar el respeto y hacer caso omiso del negro como ser humano? ¿Recuerdas la sangre que fluía sin cesar de las heridas infligidas por los pistoleros de Vorster a la masa inocente que se manifestaba pacíficamente? ¿Y qué decir de los cadáveres de nuestros colegas muertos que fueron arrastrados a esos monstruosos y horripilantes coches de la brigada antidisturbios que se llaman hipos? Nosotros los estudiantes seguiremos llevando a hombros el carro de la liberación al margen de estas maniobras racistas para demorar la inevitable liberación de las masas negras. El 16 de junio nunca se borrará de nuestra mente. Será conocido y quedará registrado en la mente del pueblo como DÍA DEL ESTUDIANTE, pues los estudiantes hemos demostrado más allá de toda duda razonable, ese día, que somos capaces de jugar un importante papel en la liberación de este país sin armas.

También conocemos la conspiración del sistema:

1. Desacreditar al liderazgo presente y pasado con la esperanza de apartar a las masas de sus líderes.
2. Apresar al liderazgo actual con la esperanza de retardar la lucha y los logros estudiantiles.

¡¡¡SIEMPRE ADELANTE.....NUNCA ATRASÜ!

publicado por el C.R.E.S.

* *Azania*: Nombre común a varias comarcas de la antigüedad (significa aproximadamente «país de los ases»), pueblo escita del que se hallan rastros en varias regiones africanas (entre otros sitios), con el que los negros prefieren designar a Sudáfrica. (N. de la T.)

** *Uhuru*: «Libertad», en algunas lenguas bantúes. (N. de la T.)

Nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. Los pecados de los padres; por fin, los hijos vengan en los padres los pecados de los padres. Sus hijos y los hijos de sus hijos; ése era el Futuro, padre, en manos no previstas.

Tú sabías que no podía ser: *un cambio en las condiciones objetivas de la lucha percibido antes de que lo percibieran los líderes*. Lenin sabía; la forma en que ocurrió después de la revolución de 1905: *como siempre ocurre, la práctica avanzó por delante de la teoría*. Las viejas frases se resquebrajan y el significado se despliega, húmedo y nuevo. Parecen saber qué es lo que debe hacerse. Ya no van a la escuela y son «constantemente reeducados por su actividad política». Los padres que forman comités para mediar entre sus hijos y la policía también son detenidos y proscritos. Podría ocurrirle a Fats; ahora un peso pesado negro puede ganarle el título a un peso pesado blanco, y equipos blancos y negros juegan juntos en los campos de fútbol, pero esto no es lo que aceptarán los hijos. Le ha ocurrido incluso a Daphne Mkhonza, que solía asistir a los almuerzos de Flora. En Johannesburgo hay nuevos nightclubs donde la vestimenta de moda proporciona igualdad a los consumidores y aparentemente privilegia la sociabilidad blanca y negra de nuevo estilo cuando hay una redada policial. Pero no son éstos los placeres que reivindican los hijos. Los negros con ansias de ser hombres de tercera clase, concejales no europeos que participaban de las Juntas Consultivas y juntas escolares establecidas por los blancos, han renunciado ante la amenaza del justo castigo de una generación. Los que eran Tío Tom y evitaban a los Mosutsanyana, Kotane, Luthuli, Mandela, Kgosana, Skobukwe que iban a la cárcel por el CNA y el CP finalmente han comenzado a verse tal como son, tal como los ven sus hijos. Han sido radicalizados —como dirían los fieles— por sus hijos, actúan en consecuencia, son arrestados y detenidos. La Rosa original estaba convencida de que la auténtica iniciativa revolucionaria debía surgir del pueblo. ¿Me pusiste su nombre por eso? Esta vez surge de los hijos del pueblo, que enseñan a los padres... El CNA, el CP, el CPB y el resto, todas las siglas se apresuran a reivindicar, a ponerse al día: la teoría en persecución de los acontecimientos.

Es bastante evidente el tipo de educación contra la que se han rebelado los hijos; no saben escribir y no pueden formular su exaltación ni su angustia. Pero saben por qué están muriendo. Tenías razón. Dan vuelta la cara y cierran los ojos, gritan «*Eie-na*» [¡Ay!]. (*N. de la T.*) cuando les dan una inyección, pero siguen andando hacia la policía y las ametralladoras. Tú sabes cómo comprenden qué es lo que quieren. Sabes cómo expresarlo. Derechos, no concesiones. Su país, no ghettos asignados en él, ni «patrias» tribales parceladas. La riqueza creada con el trabajo de sus padres y madres, y transformada en dividendos del blanco. El poder sobre su propia vida en lugar de un destino inventado, decretado e impuesto por los gobiernos blancos. Bien, ¿quién entre aquellos a quienes no les gustaba tu vocabulario, tus métodos, lo ha dicho más sinceramente? ¿Quiénes son ellos para hacerte responsable de Stalin y negarte a Cristo?

Hay algo sublime en ti... no podría decírselo a nadie más. No en tu biografía. Habrías encontrado en tu propia persona lo que ocurrió a los negros en Bambata, en Bulhoek, en Bondelswart, en Sharpeville. Pero esta vez están más juntos que nunca, como no lo estuvieron en la derrota de las guerras del *Kaffir*, en el lugar de Bambata, en Bulhoek, en el lugar de Bondelswart, en Sharpeville. ¿Se trata de algo que les es peculiar? Me usaste como visitante de la cárcel, como correo, como todo aquello para lo que servía, pero... ¿te habrías visto a ti mismo observándonos a Tony y a mí, tomados de la mano, acercándonos a las ametralladoras? Nunca me lo dirás. Nunca lo sabrás. A nosotros no nos es dado (no te inquietes, la referencia corresponde a un punto de mira cerebral, no a un Dios miserable; no me he vuelto religiosa, no me he vuelto nada, soy lo que siempre he sido) saber qué nos hace miedosos o audaces. Tú *ienes* que haber tenido miedo alguna vez, de lo

contrario no habrías tenido tu tierna lucidez. Pero eras un poco como los hijos negros: poseías esa exaltación.

Huí. Baasie me resultó repulsivo y me dejé penetrar por la repugnancia: el regate entre la diverticulitis, el cáncer de mama, el estreñimiento, la impotencia, los huesos y la obesidad. Me asusté. Te reirías. Sabías mucho de esas cosas; cuando alguien ha muerto le atribuimos omnipotencia. Tuve miedo. Tal vez me creas. Nadie más me creería. Si intentara decirlo, cosa que no haré. Y el resultado no es el tradicional, según el cual no me «defiendo» de quien piensa mal de mí; por el contrario, se me adjudica un mérito que no merezco. Cuando aparecí detrás de él en la calle, Dick dijo: Sabía que eras tú. Esperaban a tu hija. El hombre de Francia era el único con el que podía hablar y cuando se planteó la cuestión fue el único tema en el que no pude abrirme. No es que él carezca de capacidad para imaginar... ¿qué? Este sitio, todos nosotros aquí. Lee mucho acerca de nosotros. Nuestro destino aleatorio, lo llama. Sabe proyectar. Tenía mucha imaginación... una especie de escritor, además de profesor (pero él se burla de las pretensiones académicas de este título). Una vez mientras me secaba después de la ducha, de pronto se le ocurrió la idea de un libro de ciencia-ficción que produciría dinero. Supongamos que ocurriera que a través de los productos químicos utilizados para matar insectos nocivos, aumentar las cosechas, etcétera, perdiéramos la capa de aceites naturales de la piel que nos hace impermeables, como el aceite de las plumas de los patos... supongamos que empezáramos a absorber agua, nos saturáramos y nos pudriéramos... En otro nivel, incluso podría interpretarse como una alegoría de la explotación capitalista del pueblo mediante el abuso de los recursos naturales...

—Jamás lo habría pensado.

J. B. Marks, tu primera elección como padrino, murió en Moscú mientras estabas preso. Logré transmitírtelo. Ahora, una vez más, tengo la impresión de pasarte fragmentos de noticias como hacía a través de la rejilla de alambre. No veré a Ivy; ha desaparecido, cumpliendo órdenes, antes del juicio de Greer. Si se hubiera quedado la habrían encausado nuevamente; en la acusación la mencionaron como co-conspiradora *in absentia*. El fiscal aseguró que fue ella quien reclutó a Orde; Theo alegó que el sentido de agravio de su cliente por la injusticia, unido a la experiencia de un periodista político en este país donde los intentos de cambios constitucionales son constantemente derrotados, lo llevó a las manos de personas que entendían su agravio.

Y así, por fin, tú. Es a ti...

El aire está denso de verano, entretejido de vida, pájaros, libélulas, mariposas, formas oscilantes de cocuyos que son moscas enanas viajeras. Después de las lluvias abundantes, los edificios de hormigón tienen bajo el sol un rubor matinal que a mis ojos los vuelve orgánicos. La carretera atraviesa la plaza John Vorster al nivel del quinto piso y en las ventanas de las salas con el mobiliario básico desde donde han saltado algunos, veo mientras conduzco margaritas en tiestos sobre los alféizares. A tu lucidez no se le escapaba nada, en la celda ni alrededor de la piscina. Una lucidez sublime. Tengo una ligera idea de ello. No pienses que estoy melancólica... deprimida. La felicidad no es moral ni productiva, ¿no? Sé que es posible ser feliz mientras (supongo que así fue) se hace daño a alguien. De ello se desprende naturalmente que es posible sentirse muy vivo cuando flotan en el aire cosas terribles: miedo y dolor y amenazadora valentía.

He ido a ver a los Nel. Se pusieron contentos al verme. Siempre había sido bien recibida. Hay una «Holiday Inn» donde ahora van casi todos los viajantes. Pero la venta de bebidas alcohólicas no se ha visto afectada. La federación de Mujeres celebra su reunión anual en una sala privada de la «Holiday Inn», me ha contado tía Velma (distráida por un momento de su problema), aunque es un establecimiento autorizado para despachar bebidas alcohólicas. Y el jefe de la «patria» cercana va a almorzar en el restaurante con los asesores blancos de minería, que estudian la posibilidad de que haya estaño y cromo en su «país».

Los Nel están perplejos. Yo no sabía que podía ser un estado de ánimo tan aplastante. Están sobre todo... desconcertados. Estaban tan orgullosos de ella, que ocupaba un puesto cuasigubernamental, que hablaba un idioma extranjero; el cerebro de tu rama de la familia, pero

puesto al servicio de su país en la promoción de nuestros productos agrícolas. Tan orgullosos de Marie, de su vida sofisticada... todo el tiempo imaginando París como los Champs-Élysées de las reproducciones que suelen venderse a los hoteles rurales.

En la granja pedí que me pusieran en una de las glorietas y no en la finca principal. No argumentaron que estaba ofendiendo su hospitalidad; cuando la gente tiene problemas, de alguna forma se vuelve más comprensiva acerca de las necesidades o de los caprichos, ¿verdad? Andando de noche después de las lluvias, la finca, los cobertizos se desvían de mi vista en una neblina que se puede lamer con los labios. El vino todavía no está servido en la mesa pero el tío Coen nos hizo beber coñac. Me movía insegura pisando la hierba empapada, choqué contra el aljibe, creía que sólo tenía las piernas afectadas, pero supongo que también lo estaba mi cabeza. Apoyé la oreja en el costado de la pared de piedra del granero, en cuya cavidad anidan las abejas, y las oí hormigear. Capa tras capa de noche las ocultaban. Caminé alrededor, no a través, de las sombras de muros y cobertizos, y sobre los capós de coches aparcados unas luces tendían sábanas de oscuridad y brillo. Como parpadeantes pestañas a mi alrededor: calor, humedad e insectos. Pisé estrellas en los charcos. Es tan fácil sentirse próxima a la tierra, ¿verdad? No es extraño que se hagan todo tipo de sospechosas demandas populares sobre esa base. Los fuertes reflectores que los granjeros de las inmediaciones han colocado en lo más alto de sus fincas aparecen a través de los negros árboles. Unos focos avanzan por el nuevo camino; las tierras de labrantío se funden con la aldea. Pero ésta está demasiado lejos para oír un grito de socorro. Si surgen ahora desde atrás de los grandes y añosos árboles de jeringuilla —en cuyas ramas quedaban los lazos de alambre de los juegos de los chicos y donde cuelga el ángulo de hierro que sonará a las seis de la mañana para marcar el inicio de la jornada—, si saltan sin hacer ruido y me ponen en la espalda una ametralladora rusa o cubana, o sencillamente cogen (¿ha llegado la hora?) una guadaña o incluso una azada... sería una solución. No está mal. Pero no me ocurriría, no te preocupes. Me acosté en la glorieta y dormí como lo hacía de niña, apartando de una patada las gruesas mantas rosadas, con una almohada apelmazada bajo el cuello. Cualquiera podría haber entrado y haberme contemplado: no me habría movido.

Quizás un día alguna calle lleve esa fecha por nombre. Mucha gente fue detenida, arrestada o proscrita el 19 de octubre de 1977; muchas organizaciones y el único periódico negro de ámbito nacional fueron prohibidos. La mayoría de las personas eran negras: africanos, indios, mestizos. La mayoría pertenecía a organizaciones de la Conciencia Negra: Convención del Pueblo Negro, Organización de Estudiantes Sudafricanos, Consejo Representativo de Estudiantes de Soweto, Movimiento Estudiantil Sudafricano, Asociación de Padres Negros y otras, menos conocidas, de las que los blancos nunca habían oído hablar. Algunos pertenecían a las organizaciones clandestinas de los anteriores movimientos de liberación, prohibidos tiempo atrás. Y otros pertenecían a ambas. Todos —organizaciones, individuos, el periódico— parecieron recientemente motivados, después de más de un año, por la rebelión de escolares y estudiantes sobre la cuestión de la educación inferior para los negros. Cientos de maestros habían aceptado la autoridad del boicot escolar y renunciado a su cargo a modo de apoyo. La persuasión, el soborno y la fuerza de la amenaza por parte del gobierno no tuvieron éxito con los jóvenes y mayores de quienes era mentor; el gobierno, por su parte, se negó a abolir el sistema de educación segregada para los negros. De cualquier manera que se evaluara la situación, la explicación seguía simplista. La mayoría de niños de Soweto no había vuelto a la escuela después de junio de 1976.

El 19 de octubre de 1977 y las semanas siguientes fueron detenidos, proscritos o sometidos a arresto domiciliario unos pocos blancos. Entre ellos se encontraba la hija de Burger. Se la llevaron tres policías que la estaban esperando en su piso a la vuelta del trabajo, una tarde de noviembre. El de más alto rango era el capitán Van Jaarseveld, quien para hacerla sentir cómoda con él durante el interrogatorio en una de las salas con dos sillas y una mesa, le recordó que había conocido bien a su padre.

No presentaron cargos contra ella. Como tantos miles de personas detenidas bajo custodia a todo lo largo del país, podían retenerla semanas, meses o años antes de soltarla. Pero su abogado, Theo Santorini, tenía motivos para creer —por cierto, un fiscal se lo había dicho en un momento de indiscreción profesional durante uno de sus frecuentes encuentros en los descansos para tomar el té o almorzar— que el Estado esperaba reunir evidencias para presentarla ante el tribunal en un importante logro de Segunda: un sonado juicio, por fin, a la mujer de Kgosana. Esa, había dicho; Santorini esbozó su regordeta sonrisa de querubín. Esa era la importante. Durante muchos años se había visto empeñado con el mismo fiscal en una batalla de legalidades mediante la cual había logrado que Marisa Kgosana saliera absuelta una y otra vez. El gobierno —probablemente más aún la policía, porque, se quejaban a su abogado, «les ponía las cosas difíciles», no cooperando ni siquiera con el largo de una de sus uñas rojas cuando ellos sólo estaban cumpliendo con su obligación—, el ministro de Justicia, quería quitarla de en medio, confinarla, condenarla durante un largo período. El fiscal, en lo que a la señora Kgosana se refería, hizo una sugerencia por su propio bien, objetivamente, bajo la forma de una advertencia a Santorini. A su defendida no le convenía correr el riesgo de ventilar, en respuesta a alegatos que se hacían ante la Comisión Investigadora de los disturbios de Soweto y que entonces estaba en sesión, ninguna línea de defensa que pudiera resultar útil a la acusación en el caso de que en el futuro se plantearan acusaciones contra ella. Más le valía no hacer presiones para «presentarla»... porque también Marisa estaba detenida.

Las cárceles para mujeres que aguardan juicio y para las que están detenidas, no se encuentran entre las comodidades segregadas que el país se enorgullece en proporcionar. En la que se encontraron Rosa y Clare Terblanche también había mestizas, indias y africanas; las de diferente color y grado de pigmentación no ocupaban celdas contiguas ni correspondientes a los mismos retretes y cuartos de baño, ni se les permitía estar en el patio al mismo tiempo, pero la cárcel era tan

vieja que las barreras físicas contra la comunicación interna estaban desvencijadas y la vigilancia de las carceleras —nocivas minifalderas devotas de la Jefa como si de la abadesa de una orden religiosa se tratara— no podía impedir que entre las distintas razas se intercambiaban mensajes o los pequeños y preciosos regalos de la economía carcelaria (cigarrillos, un melocotón, un tubo de crema para manos, una minúscula linterna eléctrica), o canciones. Muy temprano, la penetrante voz de contralto de Marisa anunciaba su presencia, no muy lejos, desde su confinamiento en solitario, a Rosa y Clare. Cantaba himnos religiosos, fluctuando entre el tono de «Sométeme» y canciones del CNA en xosa, estallando en ocasiones con estrofas de Miriam Makeba, sobre todo para apaciguar a las carceleras, para quienes era una reconocida cantante popular. Las voces de otras negras se unían en armonía en cualquier tema que cantara, siguiendo rápidamente los cambios de repertorio. Las negras que eran presas comunes y eternamente lustraban la roca granosa del claustro de la Jefa, alrededor del patio, recogían diminutos mensajes arrollados, caídos cuando permitían salir a Rosa y a Clare para vaciar sus cuencos o a hacer su colada, y por el mismo sistema las mujeres de la limpieza les entregaban mensajes. De inmediato Marisa se convirtió en la más habilidosa de la presas políticas y en la encarnación, la personificación, de una especie de autoridad de la que ni siquiera estaba protegida la Jefa: obtuvo permiso para que la acompañaran dos veces por semana a la celda de Rosa para realizar ejercicios terapéuticos a causa de una dolencia en la columna vertebral agravada por la vida sedentaria en prisión. Durante las sesiones escapaban risas a través de la gruesa malla romboidal y los barrotes de la celda de Rosa. Aunque las detenidas no estaban autorizadas a tener artículos para escribir con ningún propósito ajeno a las cartas que eran censuradas por el jefe de Carceleros Magnus Cloete antes de ser despachadas, Rosa solicitó materiales de dibujo. Su abogado le envió un cuaderno de dibujo de los que se usan en los parvularios y una caja de pasteles; ambos artículos pasaron el escrutinio. Las carceleras encontraban *bate, baie mooï* [en afrikaans: «muy, muy bonitos». (*N. de la T.*)] (hablaban con ella en su lengua madre) los desmañados bodegones con que intentaba enseñarse a sí misma el que según había afirmado era su «hobby», y el ingenuo paisaje imaginario, no susceptible de despertar ninguna sospecha de que estuviera incorporando planos del trazado de la cárcel: representaba, en una serie de versiones, una aldea con un castillo en la cumbre de la montaña, una arboleda en primer plano, el mar detrás. La piedra de las casas parecía crearle dificultades: la intentó en rosas, grises, incluso naranjas amarrados. Había tenido más éxito con las alegres banderas de las almenas del castillo y las brillantes velas de pequeñas embarcaciones, aunque debido a algún fallo de perspectiva navegaban directamente hacia la torre. Aparentemente la luz emanaba por los cuatro costados: todos los objetos se veían soleados. Para navidad se permitió a las detenidas enviar tarjetas hechas a mano a un número razonable de parientes o amigos. Para el jefe de Carceleros Cloete la de Rosa era una escena trivial, pues podía encontrarse en cualquier estantería con tarjetas de felicitaciones: un grupo de cantores de villancicos en el que sólo los encantados destinatarios reconocerían, inconfundiblemente, pese a la ausencia de arte y técnica con que estaban dibujadas las figuras, a Marisa, Rosa, Clare y una india conocida de todos. A través de la postal también sabrían que esas mujeres estaban en contacto, aunque separadas del mundo exterior.

Theo Santorini no repitió, ni siquiera a los más íntimos de la familia de Rosa Burger durante muchos años, la firme posibilidad de que el Estado intentara establecer la connivencia de Rosa con Marisa en la conspiración para fomentar los objetivos del comunismo y/o del Congreso Nacional Africano. La acusarían de incitación, apoyo y complicidad en la rebelión de escolares y estudiantes.

Su discreción no impidió todo tipo de especulaciones. No está claro qué hizo Rosa durante las últimas dos semanas que pasó en Londres. Después de todo, se puso en contacto con exiliados de izquierdas. Estuvo en un mitin (los informadores tienden a mejorar la calidad de su información) en homenaje a líderes del Frelimo, donde su presencia se vio honrada por un discurso —pronunciado por uno de sus antiguos compañeros íntimos— encomiando a su padre, Lionel Burger. Todo eso había sido vigilado y sin duda alguna aparecería en cualquier acusación. Aparentemente abandonó sin explicaciones su intención de exiliarse en Francia, donde el Movimiento Antiapartheid francés

estaba dispuesto a protegerla bajo sus alas. No le dijo a nadie, absolutamente a nadie, cómo había ocupado su tiempo entre la reunión con los viejos camaradas en ese mitin o fiesta y su regreso. Es razonable suponer que hizo planes con otros, poniéndose al servicio de la última estrategia de lucha, que proseguirá hasta que el último preso salga de Robben Island y el último disidente cuerdo abandone un manicomio de Europa del Este. ¿Quién puede creer que los niños se rebelan por su propia voluntad? En su mayoría, los blancos postulan la teoría de que los agitadores (sin especificar), y las organizaciones prohibidas y clandestinas, adoptan la rebelión como parte de su propio impulso incrementado, si no como su inspiración directa. Los marineros vomitan con la carne podrida, los niños se niegan a ir a la escuela. Nadie sabe dónde comenzará el fin del sufrimiento.

Una mujer que llevaba cajas de fruta y flores esperaba con un grupo ante las puertas de la cárcel.

Había pulsado el timbre con más fuerza y durante más segundos de lo aparentemente necesario. Las pocas personas que esperaban afuera lo oyeron sonar débilmente en el interior. No obstante, hubo que esperar para obtener respuesta. Habló con ellas: una prostituta negra que llevaba dinero para la fianza en un monedero de plástico dorado y que movía un tumor de chicles de una mandíbula a la otra, dos mujeres que reñían soltándose susurrados tacos en zulú, una joven en compañía de una vieja que fumaba una pipa con una pequeña cadena adherida a la tapa. Se mostraban pacientes. La joven bailaba —mientras alguien tarareaba inaudiblemente— apoyada en los talones y los dedos de los pies calzados con zapatillas azules, rojas y negras. La mujer era blanca, conocía sus derechos, estaba habituada a considerar mezquina y ridícula la burocracia, no poderosa.

—¿Están durmiendo? —la voz alta y penetrante de una señora rica—. ¿Cuánto tiempo lleváis aquí? No os deberíais quedar tan tranquilas... se supone que deben atendernos.

Las negras estaban acostumbradas a que los blancos hicieran caso omiso de ellas y sospechaban de cualquier presunción de causa común, excepto la prostituta joven, que conocía demasiado íntimamente a los blancos para dejarse impresionar por las mujeres que los habían parido. Hizo una mueca:

—Contestaron, pero dijeron que debíamos esperar.

—¡Esperar! Ya hemos esperado bastante —la blanca apoyó el pulgar en el timbre y jugó a inclinar todo el peso de su cuerpo, sonriendo alegremente a las demás. Su pelo teñido, como los oscuros cristales de sus gafas de sol, contrastaban con su frente bordeada de blanco; una cincuentona con la enérgica franqueza de una chica encantadora. La mano que apretó el timbre lucía jades y marfiles.

La prostituta rió entre dientes, animándola:

—Muy bien, eso está muy bien. Me gustaría tener un anillo como ése.

—¿Cuál? No, no, este pequeño es mi favorito. ¿Ves cómo está hecho? Muy ingenioso...

Se abrió la mirilla de la puerta y apareció en el marco una cara de payaso, dos cejas arqueadas, tensas y delgadas, ojos perfilados en negro, mejillas rosa tiza.

—Tengo algunas cosas para unas detenidas —la mujer era vivaz; la cara pintada no dijo nada. La mirilla se cerró y la mujer acababa de volver la cabeza en exasperado comentario a las otras, cuando se oyeron sonidos de cerrojos y llaves aceitadas y se movió una puerta en el interior del gran portal para dejarla entrar. Se cerró de inmediato, dejándola pasar únicamente a ella.

La carcelera propietaria de la cara dijo:

—Espere.

La falda plisada color crema y la camisa de seda amarilla de la mujer reflejaban luz en el oscuro pozo de ladrillos y hormigón, por lo que una criatura que fregaba el suelo con trapos atados a las rodillas para protegerlas, levantó la vista. Apareció una imagen tardía ante los ojos que volvieron a la fregona y al suelo. Esencias de finos jabones, cremas, cuero, ropas guardadas en armarios de donde colgaban bolsitas aromáticas, perfume destilado de azucenas y hasta un leve aroma natural a ciruelas y mangos, un aura que separaba a la mujer del aire viciado e impregnado de tristes fragancias a mala comida y a la lejía de la higiene institucional, del olor bajo las uñas rotas, desteñidas hasta la médula. La visitante ya había estado antes; nada había cambiado salvo la vestimenta de las carceleras, blanca y negra... acicaladas con los que le parecían uniformes sobrantes de los que cinco años antes usaban las azafatas: viajaba mucho en avión. Debajo de las escaleras de la izquierda había maletas y cajas de cartón atadas con cuerdas etiquetadas, incluso

algunos abrigos; posesiones retiradas a las detenidas al llegar, que guardaban el día o la noche de su liberación. Vio la resplandeciente luz solar encerrada en el patio de la cárcel. Las gordas palmeras ornamentales, la brillante piel púrpura de la roca granosa. Hábilmente se deslizó unos pasos hacia adelante para echar un rápido vistazo, pero no había nadie haciendo ejercicios... suponiendo que les permitieran acercarse a la entrada.

Una falda diminuta moviéndose en un trasero alto y redondo, un cuerpo con tacones altos la condujo al despacho de la Jefa.

Como, como... para poder describir después a la Jefa era necesario hacer la comparación con una imagen en un escenario que formara parte de la experiencia de sus interlocutores, porque la suya era una figura indescriptible, un elemento de una escala de valores estéticos que sólo podía definirse a sí mismo. Como la mujer del *patrón* en un bar o salón de baile de una pintura francesa decimonónica... Toulouse-Lautrec, sí... aunque más bien alguien de segunda categoría, Félicien Rops, digamos. Su escritorio quedaba calzado debajo de unos pechos con toda la parafernalia: llevaba galones de servicio y aretes de oro empotrados en sus carnosos lóbulos. Las pequeñas cejas de la carcelera eran una buena imitación de las suyas, rojo-cobrizo, dibujadas en lo alto desde las cercanías de ambos lados del tabique nasal. Su menuda mano regordeta, con las uñas pintadas de un espeso rosa refinado, golpeteaba un bolígrafo y se movía entre papeles que observaba a través de unas gafas de arlequín con las piezas laterales doradas y decoradas con volutas. Había gladiolos en un florero, en el suelo. Sobre el escritorio, unos lánguidos claveles blancos con un cuenco de oropel que contenía un vaso... probablemente había asistido a un baile de la policía.

La visitante llevaba dos bandejas de madera con fruta, y un enorme ramo de margaritas y rosas de su jardín.

—Rosa Burger y Marisa Kgosana. Sus nombres están en las etiquetas. Ciruelas, mangos, naranjas y unos caramelos... sueltos. En paquetes abiertos. No puedo traer un pastel, ¿no?

—No, nada de pasteles —el tono de alguien que intercambia observaciones sobre las rarezas del menú de una cafetería.

—¿Ni siquiera si lo corto delante de usted? —la visitante sonreía, con la cabeza inclinada, coquetona, las comisuras de los labios en expresión desdeñosa.

La Jefa sabía compartir una broma, pero de allí no pasaba.

—Ni siquiera en ese caso, no, ya sabe que no está permitido. Deje las cajas en el suelo, allí, muchísimas gracias, nos ocuparemos de que las reciban en seguida. Ahora mismo —nadie la igualaría en femenina corrección—. Firme en el libro, por favor.

—Las flores están separadas en dos ramos... ¿Sería tan amable de ponerlos en un cubo con agua? ¡Hacía tanto calor en el coche!

Una pareja de pomeranias olisqueaba los zapatos de la visitante. La Jefa los regañó en afrikaans:

—Abajo Dinkie, abajo, chico. Romperás las medias de la señora... —cambió de tono y prosiguió, en inglés—: Ya no se permite traer flores. No sé qué... es una nueva orden que llegó ayer, no podemos aceptar flores. Lo siento en el alma.

—¿Por qué?

—No sabría decírselo, yo misma lo ignoro...

—Mi nombre está en las cajas.

—Pero escríbalo aquí, por favor —la carcelera saltó para acercar un enorme registro casi antes de que la Jefa diera la señal—. Déjeme ver, sí... eso es, y el domicilio por favor... muchísimas gracias —su estilo era el de quien intenta ser amable por una mera cuestión de forma: la necesidad de que una dama comprensiva y bien intencionada se comprometiera, de su puño y letra, en su relación con las sospechosas políticas. La Jefa movió los labios leyendo las sílabas del nombre, como si así pudiera comprobar si era falso o auténtico: Flora Donaldson.

A los detenidos según la Sección 6 del Acta de Terrorismo no se les permite recibir visitas, ni siquiera de sus parientes más cercanos. Pero más adelante, cuando Rosa Burger pasó a ser una prisionera en espera de juicio se le concedieron los privilegios de esa condición, y, en ausencia de

parientes cosanguíneos, Flora Donaldson solicitó permiso para verla y se lo concedieron. Otros postulantes fueron rechazados, con la única excepción de Brandt Vermeulen quien, sin duda por medio de influencias en las altas esferas, apareció allí de repente, un día que llevaron a Rosa a la sala de visitas. No eran visitas de contacto; Rosa recibía a las suyas desde detrás de una mirilla metálica. No se sabe de qué habló Brandt Vermeulen dentro de la categoría de «cuestiones domésticas», categoría a la que deben ceñirse todas las conversaciones de la cárcel bajo la supervisión de carceleros presentes. Es un conversador fluido y entretenido, un hombre de amplias miras y con muchos intereses, que no se desorientaría con facilidad. Flora informó que Rosa «no había cambiado mucho». Hizo esta observación a William, su marido.

—Está muy bien. En buena forma. Parecía una cría; por lo que entendí, Leela Govind o alguien volvió a cortarle el pelo, hasta aquí, a la altura del cuello... Me dio la impresión de tener catorce años... aunque se la ve más vivaz que antes. En cierto sentido. Menos reservada. Bromeamos muchísimo... eso es algo que a los malditos carceleros les cuesta seguir. ¿Pero por qué no habrían de ser divertidas las cuestiones familiares? Ya son de por sí bastantes aburridas. Sólo te das cuenta de lo aburridas que son cuando intentas transformarlas en metáforas de otras cosas... Theo me ha dicho que la defensa se las hará pasar canutas a los testigos públicos. Piensa que esta vez Rosa tiene bastantes posibilidades de salir bien librada... tal vez el Estado retire los cargos después del interrogatorio preliminar. En cuyo caso es posible que la sometan a arresto domiciliario en cuanto la suelten... cualquier cosa es preferible a la cárcel. Se pueden hacer muchas cosas bajo arresto domiciliario y al fin y al cabo Rosa saldrá todos los días a trabajar...

En Francia, Madame Bagnelli recibió una carta. Llevaba el sello del Departamento de Prisiones de Pretoria, lo que no despertó el menor interés en el apuesto cartero que se detenía a tomar un Pernod cuando le entregaba la correspondencia, porque no leía inglés ni sabía dónde estaba Pretoria. En un párrafo relativo a las comodidades de una celda a la manera en que se describen las características de un hotel turístico que no se ajusta exactamente a lo prometido en el folleto —*he improvisado con una caja de fruta una especie de escritorio portátil de estilo japonés (¿recuerdas el que tenía el viejo han Poliakoff, el que usaba cuando escribía en la cama?) y encima de él te estoy escribiendo*— había una referencia a una filigrana de luz que se filtraba en la celda al atardecer, reflejaba desde alguna superficie exterior de cara al oeste; algo que una vez mencionó Lionel Burger. Pero el censor de la cárcel había tachado esa línea. Madame Bagnelli nunca logró descifrarla.